



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE POSGRADO

¿Faros en la ruta de la cultura?

**Bibliotecas populares platenses en la trama de sociabilidades
y construcciones identitarias urbanas durante el período de
entreguerras**

Ayelén Fiebelkorn

Tesis para optar por el grado de Doctora en Historia

Director: Andrés Bisso, Universidad Nacional de La Plata

La Plata, diciembre de 2020

Resumen

Esta tesis reconstruye una trama de sociabilidades urbanas desde la especificidad de las bibliotecas populares surgidas durante el período de entreguerras (1914-1945) en la región de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Parte de la hipótesis de que las bibliotecas populares son prismas a través de los cuales es posible analizar un repertorio de sociabilidades urbanas y prácticas culturales que se hibridaron con particular vigor en un período signado por la expansión de bienes culturales y entretenimientos urbanos masivos.

En el marco del auge del asociacionismo de inicios del siglo XX, proliferaron en la capital bonaerense tres tipos de asociaciones sostenidas por la sociedad civil: centros de fomento, clubes deportivos y asociaciones culturales. Emplazadas en vecindarios céntricos, barriadas suburbanas y localidades portuarias de una región que iniciaba su despegue urbano; dueñas de perfiles y orientaciones ideológicas heterogéneas, la mayoría de estas entidades coincidió, sin embargo, en el objetivo de “difundir cultura” entre el vecindario mediante el auspicio de salas de biblioteca.

A partir de un intensivo abordaje de fuentes documentales y las contribuciones de la historia sociocultural y los estudios culturales, se exploran los sentidos y actores involucrados en la fundación y el funcionamiento de bibliotecas. En particular, se examina la construcción de identidades, valores morales y jerarquías sociales, territoriales y de género desde la especificidad de las prácticas de sociabilidad de los actores históricos ligados a las asociaciones auspiciantes.

Asimismo, se busca ampliar el conocimiento específico respecto de las bibliotecas populares, sus materiales de lectura y sus públicos lectores en interacción con, por un lado, la expansión del mercado editorial y la producción en serie de prensa y literatura barata prototípica del período de entreguerras; y, por el otro, con las acciones de fomento desplegadas por el estado nacional y provincial hacia este tipo de instituciones culturales.

Palabras claves: sociabilidades urbanas- bibliotecas populares- región platense- entreguerras

Abstract

This thesis rebuilds a series of urban sociabilities from the specificity of public libraries which emerged during the interwar period (1914-1945) in the La Plata area, Buenos Aires province's capital, Argentina. It is based on the hypothesis that popular libraries are prisms, through which it is possible to analyse a repertoire of urban sociabilities and cultural practices that were combined vigorously during a period denoted by the expansion of mass culture and massive urban entertainments.

During the framework of the early 20th century associationism's peak, three types of associations, which were held by civil societies, proliferated in Buenos Aires's capital: development centres, sport clubs and cultural associations. Placed in downtown neighbourhoods, suburban slums and port towns from an area that started its urban take off; with heterogeneous profiles and ideological orientations, most of these entities, nevertheless, agreed on the goal of "spreading culture" across the neighbourhood through the support of library rooms.

Starting from an intensive approach of documentary sources and sociocultural history contributions, senses and actors involved in the foundation and functioning of libraries are explored. Particularly, the construction of identities, moral values and social, territorial and gender hierarchies are examined from the sociability practices specificity of the historic actors linked to the sponsoring associations.

In addition, it is intended to widen the specific knowledge regarding popular libraries, their reading materials and their public readers interacting with, on the one hand, the editorial business expansion and the press serial production and cheap literature prototypical of the interwar period; and, on the other hand, with the promotion actions performed by the National and Provincial State towards this type of cultural institutions.

Keywords: urban sociabilities – popular libraries – La Plata area – interwar period

Índice

Introducción

1 Objeto de estudio hipótesis.....	7
2 Estado de la cuestión.....	8
3 Apropiações teóricas y metodológicas.....	17
4 Fuentes y estructura de la tesis.....	22

Primera parte

Capítulo 1: Cultura urbana, fomentismo y bibliotecas populares

Introducción.....	26
1.1 Mientras la grilla se puebla.....	28
1.2 Noche a noche: fomentar la lectura, años diez.....	33
1.3 Tolosa: el <i>deber</i> de reabrir la biblioteca popular.....	36
1.4 El dique y las distancias culturales.....	40
1.5 Rieles, fomento y bibliotecas.....	43
1.6 La consagración de los barrios.....	50
1.7 Consideraciones finales.....	53
Anexo documental.....	56

Capítulo 2: Entre la cultura física y la cultura letrada: clubes, sociabilidades barriales y bibliotecas populares

Introducción.....	58
2.1 “Sean eternos los colores”: el auge de los clubes en la región (1910-1930).....	59
2.2 De los <i>fields</i> a las pistas: nuevas formas de sociabilidad barrial.....	65
2.3 La hora de la cultura.....	72
2.3.1 Un pionero en barrio Hipódromo: Ateneo Popular y biblioteca	73

2.3.2 Ferroviarios, futbolistas y señoritas en Sp. Villa Rivera.....	84
2.4 De honores masculinos y auxilios femeninos	88
2.5 Una década de clubes con bibliotecas (1935-1945).....	95
Anexo documental.....	101

Capítulo 3: Asociaciones culturales, bibliotecas y universidades populares

Introducción.....	104
3.1 Las tablas y los anaqueles: Asociación Sarmiento.....	105
3.2 Tensiones entre política y cultura: de Vicente de Tomaso a Alborada.....	115
3.3 Itinerarios que se bifurcan.....	126
3.4 Sarmiento y Alborada: universidades populares.....	129
3.5 Consideraciones finales.....	134

Capítulo 4: Sociabilidad juvenil, femenina y barrial: itinerario de una Biblioteca Cultural

Introducción.....	137
4.1“El genio alado de Ariel”	138
4.2 Un boletín y el contenido ideológico de la palabra cultura (1931-1932).....	142
4.3 Biblioteca del (y para el) barrio.....	147
4.4 El rol de las conferencias en la configuración de un circuito cultural local.....	150
4.5 Activismo femenino e infancia del barrio.....	159
4.6 La celebración en plural: mascaritas, kermesses y cinematógrafo.....	163
4.7 Consideraciones finales.....	171

Segunda parte

Capítulo 5: Las bibliotecas populares de la región de La Plata y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en entreguerras

Introducción.....	174
-------------------	-----

5.1 La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en entreguerras.....	175
5.2 Las visitas y los informes de inspección.....	185
5.3 Los libros observados en los anaqueles.....	191
5.4 Los libros privilegiados por la CPBP.....	195
5.5 Consideraciones finales.....	199

Capítulo 6: Bibliotecas populares, industrias culturales y público lector

Introducción.....	203
6.1 Donadas y pedidas: cuando las novelas reinaban.....	204
6.2 Fantasía e instrucción: lecturas infantiles.....	214
6.3 El público lector: de las representaciones a las prácticas.....	219
6.4 Consideraciones finales.....	228
Anexo documental.....	230
Conclusiones.....	232
Fuentes.....	240
Bibliografía.....	245
Agradecimientos.....	265

Introducción

1. Objeto de estudio e hipótesis

Esta tesis reconstruye una trama de sociabilidades urbanas desde la especificidad de las bibliotecas populares surgidas a lo largo del período de entreguerras en la región de La Plata. Parte de la hipótesis de que las bibliotecas populares son prismas a través de los cuales es posible describir y analizar un repertorio de sociabilidades urbanas y prácticas culturales que se hibridaron con particular vigor en un período signado por la expansión de bienes culturales masivos.

Mediante el diálogo entre un amplio corpus de fuentes documentales y las contribuciones de la historia sociocultural y los estudios culturales, se analiza el surgimiento y las prácticas cotidianas de decenas de bibliotecas populares emplazadas en disímiles puntos de la trama urbana, sostenidas por centros de fomento, clubes deportivos y asociaciones culturales con distintos perfiles ideológicos.

Más allá de sus singularidades, las bibliotecas populares solían coincidir en el motivo por el cual eran fundadas: “difundir cultura” entre la población. En este sentido, la metáfora que las postula como “faros que marcan la ruta de la cultura”, deslizada por el socialista Ángel Giménez en un artículo periodístico de 1938, resume de algún modo las representaciones hegemónicas de la época respecto de la misión civilizatoria atribuida a las salas.¹ Esta investigación parte del interrogante respecto de esa representación no con la intención de contestarla, sino más bien en función de desplegar, a partir de ella, los complejos sentidos y las plurales prácticas que la obra cultural asumió en tiempos de expansión inédita de bienes culturales y entretenimientos urbanos masivos.

El enfoque sociocultural y el intensivo abordaje documental privilegiados procuran, en primer lugar, examinar la construcción de identidades sociales, valores morales y jerarquías sociales, territoriales y de género desde la especificidad de las prácticas educativas, físicas,

¹ Giménez, Miguel Ángel, “Qué Hacer de las Horas Libres: Una Actividad útil para la mujer”, *Vida Femenina*, año VI, n°61, pp. 6-7.

artísticas y lúdicas de los actores históricos vinculados a las bibliotecas y asociaciones auspiciantes de la región. En segundo lugar, ampliar el conocimiento específico sobre las bibliotecas populares, sus materiales de lectura y sus públicos lectores en interacción con, por un lado, la expansión del mercado editorial y la producción en serie de prensa y literatura barata; y, por el otro, con las acciones de fomento desplegadas por el estado nacional y provincial durante el período.

2.Estado de la cuestión

Desde las últimas décadas del siglo XIX, el proceso de modernización de Argentina y su inserción en el mercado capitalista internacional abrevó en una serie de transformaciones de la vida social largamente transitadas por la historiografía. De todas ellas, cabe destacar como punto de partida para nuestra investigación, la expansión y transformación demográfica, a partir del arribo de masivos contingentes inmigratorios y la mixtura con la población nativa; la urbanización, tangible en la expansión de las ciudades y en la concentración demográfica en un puñado provincias de la pampa húmeda; y los inicios de la expansión educativa, a partir de la sanción de la Ley 1420 en 1884.²

Dentro de aquel universo de transformaciones sociales iniciado a fines del siglo XIX, la vigorosidad de las prácticas asociativas fue ampliamente destacada por la historia social como un factor clave en la construcción de lazos de pertenencia y solidaridad en el seno de una sociedad civil con un fuerte componente aluvional. Al calor de la expansión demográfica y urbana de la región de la pampa húmeda, distintos estudios históricos dieron cuenta de la proliferación, en el seno de esa población cosmopolita y compleja, de asociaciones étnicas, sociedades gremiales y de resistencia, centros criollistas, sociedades recreativas, círculos culturales y centros sociales libertarios.³

² Cfr. Lobato, Mirta (dir.), *Nueva Historia Argentina tomo V: el progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2000.

³ Para un panorama general de esos aportes, ver: Di Stefano, Roberto, Sábato Hilda, Romero Luis Albergo y Moreno José Luis, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis-Edilab Editora, 2002. Sobre el asociacionismo étnico: Devoto, Fernando y Míguez Eduardo (comp.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992; Devoto, Fernando, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Bjerg, María, *Historias de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2009. Sobre los círculos culturales libertarios, ver: Suriano, Juan, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

De acuerdo al censo nacional, en 1914 el 53% de la población argentina residía en centros urbanos de más de 2.000 habitantes, mientras que para 1930 aquel porcentaje ascendía al 68%.⁴ Por aquellos años, y en línea con el gradual arraigo de la población, su creciente heterogeneidad y el surgimiento de nuevos vecindarios, fueron fundadas un sinfín de asociaciones vecinales, sociedades de fomento, clubes deportivos y bibliotecas populares, como dio cuenta el pionero estudio de Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, enfocado en la singular experiencia de la ciudad de Buenos Aires.⁵

Fruto de una compilación de artículos producidos en los años ochenta en el marco del PEHESA⁶, el libro de Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez publicado en 1995 se convirtió en el antecedente de numerosas indagaciones históricas consagradas a las dimensiones socioculturales. En lo que a nuestra investigación respecta, la obra resulta una referencia insoslayable pues recorta la centralidad de las bibliotecas populares en el marco de aquellas instituciones barriales florecientes. En líneas generales, la hipótesis de los autores establece que las bibliotecas fueron uno de los ámbitos específicos en los cuales se “reconstituyó la cultura de los sectores populares”, cuya identidad otrora “trabajadora y contestaria” fue mudando, al calor de la argentinización y la movilidad social, hacia otra “popular, conformista y reformista”. Abonando a esa última configuración identitaria, entonces, las bibliotecas propiciaron “un cruce singular entre ciertos aspectos de la cultura erudita y ciertas experiencias sociales vividas por los habitantes de los barrios”.⁷ Si bien existían desde 1870, cuando se

⁴ Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987 (1ª ed. 1955), p. 68.; Ballent, Anahí y Gorelik, Adrián, “A la búsqueda del país urbano”, en Cattaruzza, Alejandro, *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930- 1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 143-200.

⁵ Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007 [1995]. Como ha sido ampliamente señalado, la mayor nota de singularidad se vincula con un aumento demográfico sin precedentes: de un millón y medio de habitantes en 1914, la ciudad poseía casi el doble hacia 1947.

⁶ Programa de Estudios de Historia Económica y Social radicado en el Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración. En la actualidad funciona en el marco del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani de la Universidad de Buenos Aires. Constituido en 1978, durante sus primeros años, nucleó a autores como Luis Alberto Romero, Ricardo González, Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, Juan Carlos Korol y Leandro Gutiérrez.

⁷ Gutiérrez y Romero, op. cit., p. 72. De acuerdo a estos autores, en torno a la década de 1920 los habitantes de los barrios porteños ya no podían ser definidos con arreglo a la categoría de clase social, debido a que Buenos Aires no era una ciudad industrial y a que el mundo laboral no era el único articulador identitario. Postularon la categoría de “sectores populares urbanos” en función de “marcar un espacio de la sociedad donde se constituyen identidades cambiantes, de bordes imprecisos y en estado de fluencia”. Cfr. “Introducción”, op. cit. La utilización de esta categoría suscitó un debate historiográfico que retomaremos en el transcurso de la investigación a partir de los aportes de Adamovsky, Ezequiel, “Historia y lucha de clase. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado”, *Nuevo Topo / revista de historia y pensamiento crítico*, n° 4, septiembre/octubre 2007, pp. 7-33 y Camarero, Hernán, “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920

sancionó, bajo el proyecto de Sarmiento, la Ley 419 de fomento y protección a bibliotecas populares, de acuerdo a estos autores su gran crecimiento se produjo en entreguerras, en estrecha correlación con la amplia alfabetización de la sociedad porteña. Fundadas por iniciativa de grupos de vecinos, a veces mantuvieron una existencia institucional autónoma, aunque en la mayoría de los casos surgieron adosadas a instituciones como clubes, sociedades de fomento o centros del Partido Socialista. Para sus patrocinadores, las bibliotecas tenían un sentido misional y civilizador; los libros cumplían en ellas un papel “aglutinante, justificatorio y legitimador” a partir del cual se llevaron a cabo un conjunto heterogéneo de actividades como conferencias, excursiones campestres, matinées danzantes, torneos lúdicos, “que estiraron el concepto de lo cultural hasta cubrir buena parte de lo recreativo”.⁸

El postulado de la biblioteca popular como espacio de “cruce” entre la cultura letrada y otras experiencias sociales es el punto de partida de esta investigación, que de todos modos se inscribe en las perspectivas actuales que ponderan la puesta en tensión, a partir de nuevas preguntas y documentos, de distintas hipótesis de este paradigma interpretativo sustentado por Romero y Gutiérrez.⁹ Un conjunto de análisis históricos consagrados a la reconstrucción de ámbitos de sociabilidad e itinerarios de bibliotecas populares en ciudades como Buenos Aires, Rosario, Mar del Plata, Bahía Blanca o Tandil, resultaron claves para ir avanzando en la formulación de esos nuevos interrogantes y la definición de nuestra escala de análisis. Desde distintas perspectivas analíticas y escalas espaciales, tales estudios nos acercaron a una pluralidad de mediadores culturales y de inscripciones ideológicas e institucionales que complejizan el paradigma comentado, sobre todo en lo que respecta a las identidades de los actores históricos.¹⁰

y 1930: clase obrera y sectores populares”, *Nuevo Topo / revista de historia y pensamiento crítico*, n° 4, septiembre/octubre 2007, pp. 35-60.

⁸ Gutiérrez y Romero, op. cit., p. 88.

⁹ Ver: Gayol, Sandra y Palermo, Silvana (eds.), *Política y cultura de masas en la Argentina de la Primera mitad del siglo XX*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018. En particular el capítulo inicial a cargo de Palermo y Gayol tematiza esta puesta en tensión, pp. 13-27.

¹⁰ Para el caso de Buenos Aires, cfr. González, Ricardo, “Lo propio y lo ajeno: actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal. Barrio Nazca (1925-1930)” en Armus Diego, *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Barrancos, Dora, *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; De Privitellio, Luciano, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; Saitta, Alfio, “From the Barrio to the Nation: Social, Neighborhood, and Sports Clubs in Argentina, 1920-1975”, Tesis de doctorado en Historia, Indiana University, 2014; Horowitz, Joel, “Las bibliotecas populares como asociaciones cívicas: el papel de las bibliotecas en la creación del ambiente político y social del gran Buenos Aires anterior a 1945”, *Desarrollo Económico*, vol. 58, no. 226, 2019, pp. 373-398. Para el caso de Rosario: Roldán, Diego P., *La invención de las*

Asumimos para nuestra investigación la periodización que inauguraron las investigaciones del PEHESA. La agenda de intereses de sus integrantes incorporó líneas de renovación historiográfica y se abocó a la reconstrucción de la vida cotidiana, formas de sociabilidad y usos del tiempo libre de los “sectores populares urbanos”. Así, al centrar el interés analítico no ya en las esferas políticas y económicas, lo cual llevaba a postular una clásica divisoria entre los “dorados años veinte” y la “infame” década del treinta, sino en la vida cotidiana de los “sectores populares urbanos”, la categoría temporal “entreguerras” venía a proponer una línea de continuidad durante los años abiertos entre las dos Guerras Mundiales, asociada al devenir “callado” de esa sociedad que crecía hacia los suburbios. Es preciso aclarar que si bien para buena parte de la historiografía europea e incluso para ciertas investigaciones locales “entreguerras” comprende, efectivamente, los veintiún años transcurridos *entre* uno y otro estallido bélico (1918-1939), nuestra periodización asume la propuesta más amplia de aquellos trabajos que incluyen también los años de cada una de las guerras (1914-1945). Esa extensión se sustenta en el afán por establecer cierta sincronía con fenómenos de peso para la historia social argentina: en 1914, el inicio de la Gran Guerra interrumpió el flujo inmigratorio y planteó al país severas dificultades económicas; mientras que hacia 1945 la jornada del 17 de octubre emblemizó la irrupción de los “sectores populares” en la escena pública.¹¹ Tal como indica Lila Caimari, el período sería así una unidad separada por dos grandes momentos transformadores: el boom agroexportador-demográfico, por un lado, y el peronismo por el otro.¹² En este sentido, la periodización ha sido particularmente productiva para investigaciones que, como la presente, no se inscriben en la “gran historia política o económica”, sino que atienden a procesos sociales y culturales más cotidianos.¹³ Sin embargo, ponemos un signo de

masas. Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945, La Plata, Universidad Nacional de La Plata. Para los casos de Tandil, Mar del Plata y Bahía Blanca: Pasolini, Ricardo (1997), “Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: la biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945”, en *Anuario del IEHS*, N° 18, pp. 449-474; Quiroga, Nicolás, “Lectura y política. Los lectores de la biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata (fines de los años treinta y principio de los cuarenta)”, *Anuario del IEHS*, n° 18, (2003); Agesta, María de las Nieves “A puertas cerradas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana”, *Estudios del ISHiR*, 16, 2016, pp.6-30.

¹¹ Un buen ejemplo es la compilación de Francis Korn y Luis Alberto Romero, *Buenos Aires/entreguerras. La callada transformación, 1914-1945*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2006.

¹² Caimari, Lila M., *Mientras la ciudad duerme. Pistolerros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2012, pp. 91-92.

¹³ Sobre el dificultoso establecimiento de “límites” cronológicos, en su estudio sobre sociabilidad y política en espacios bonaerenses, Andrés Bisso destacó que resulta mucho más fácil de justificar el establecimiento de fronteras cronológicas a partir de la historia política que de “una dinámica histórica basada en la sociabilidad, en

interrogación respecto a la carga valorativa que en distintas obras se le asignó al período presentándolo como años “relativamente tranquilos”.¹⁴ En cambio, nos resulta sugerente cierta capacidad de referencia semántica a un escenario internacional catastrófico, caracterizado por la crisis del sistema de valores liberales, la Gran Depresión y el auge de los fascismos.¹⁵

Evidencias empíricas un tanto fragmentarias nos animaron a incorporar esa periodización, dentro de la cual luego iríamos delimitando “cortes” o subperíodos. En primer lugar, un dato demográfico extraído de los censos nacionales: en 1914, la población del Partido de La Plata era de 137.413 habitantes, mientras que hacia 1947 la cifra había ascendido a 207.390.¹⁶ En segundo lugar, nuestra “cartografía” inicial (y siempre provisoria) de bibliotecas populares indicaba que sus años de fundación quedaban comprendidos entre las décadas de 1910 y 1940. En tanto, hacia 1944 advertíamos una etapa de institucionalización en clave estatal con la puesta en vigencia la Ley Provincial nº 4688, sancionada hacia 1938 en el marco del gobierno conservador bonaerense de Manuel Fresco, la cual establecía que las bibliotecas populares debían adoptar “un nombre que se refiera a una personalidad argentina” como uno de los requisitos en pos de ser beneficiarias del fomento público.¹⁷

Con todo, lo anterior resulta en parte ilustrativo de la fragmentariedad de fuentes característica de nuestras primeras aproximaciones al objeto. En la vía pública, carteles y placas recordatorias nos indicaban la existencia de decenas de bibliotecas, clubes y sociedades de fomento fundadas en entreguerras. A su vez, un corpus ecléctico de literatura no académica, fundamentalmente compilaciones institucionales y suplementos de diarios locales, nos permitía

la que los cortes serían siempre menos evidentes”, cfr. Bisso, Andrés, *Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)*, Buenos Aires, Editorial Buenos Libros, 2009, pp. 3-4.

¹⁴ Romero y Gutiérrez, op. cit., “Introducción”, p. 11.

¹⁵ Cfr. Hobsbawm, Eric J., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, cap. IV: “La caída del liberalismo”. Por otra parte, estrictamente en el ámbito de la circulación cultural, como bien demostró el estudio de Karush sobre la cultura de masas en Argentina, no se debiera renunciar a una cierta perspectiva trasnacional, cfr. Karush, Matthew B., *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.

¹⁶ *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914*, Tomo II: “Población”, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1916; *Cuarto Censo Nacional*, Tomo I: “Población”, Publicación de la Dirección Nacional del servicio estadístico, Buenos Aires, 1948.

¹⁷ Artículo 22, Decreto 9991/44 Reglamentando la Ley Nº 4688 de creación de la Dirección General de Bibliotecas Populares de 1938. Disponible en: <https://normas.gba.gob.ar/documentos/05zy9Ph5.html>. El decreto provincial entraba en vigencia en el marco del gobierno militar que Félix Luna describió como de “descargas masivas de un nacionalismo elemental”, cfr. Luna, Félix, *EL 45*, Madrid, Hyspamérica, 1984, p. 41.

ampliar esa cartografía.¹⁸ De manera que un primer procedimiento necesario fue comenzar a ensamblar esos fragmentos, o para decirlo con palabras de Carlo Ginzburg, los indicios.¹⁹

Desde luego, la evocación no es fortuita: nuestra investigación está inspirada en la práctica historiográfica de la microhistoria no sólo por los procedimientos indiciarios, como tematizaremos en el próximo apartado.²⁰ Pero de algún modo esos procedimientos fueron un *continuum* en la trayectoria de esta investigación. Entretanto, la bibliografía académica sobre bibliotecas y ámbitos de sociabilidad platenses se reveló escasa y dispersa. El panorama contrastaba así con el de otras ciudades como Rosario, Córdoba o Bahía Blanca (por no sobreabundar en ejemplos) sobre cuyas prácticas asociativas y ámbitos de sociabilidad existían compilaciones académicas actualizadas.²¹

Accedimos, de todos modos, a unos pocos estudios históricos sobre asociaciones vecinales de la ciudad: dos trabajos sobre clubes barriales a cargo de Emir Reitano y Jorge Troisi, un informe de investigación de Fernando Jumar sobre las asociaciones vecinales del barrio de Tolosa y una ponencia de Enrique Garguin que sopesa el rol de la sociabilidad barrial en los procesos de diferenciación y búsqueda distinción entre vecinos.²² Estos estudios, dueños de enfoques disímiles, fueron un insumo para delimitar cierto perfil social de los dirigentes de asociaciones locales y también para avanzar en aquella cartografía plena de asociaciones y bibliotecas populares.

Pero como resulta obvio, nuestro enfoque no es institucional, sino sociocultural. Nos interesa capturar, como propone Roldán en su investigación histórica sobre la ciudad de Rosario, los modos en que estas bibliotecas “se insertaron en la cultura urbana de entreguerra

¹⁸ El volumen editado por la Federación de Biblioteca Populares de la provincia de Buenos Aires, *Bibliotecas Populares, apuntes de memoria e historia*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2004, resultó un aporte indispensable. También: Katz, Ricardo Santiago, *Historia de la federación de Instituciones Culturales y Deportivas de La Plata y Biblioteca Popular Mariano Moreno*, Edición por el 70º aniversario, La Plata, 2009. El diario *El Día* publicó distintos suplementos especiales con motivo de los aniversarios urbanos, cfr. “Clubes de barrio en los que vive la ciudad” Parte I y Parte II, *El Día*, ed. especial por el 122º aniversario urbano, 19/11/2004.

¹⁹ Ginzburg, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, *Tentativas*, Tucumán, Prohistoria, 2004, pp. 69-114.

²⁰ Levi, Giovanni, “Sobre microhistoria”, en Burke, Peter (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1996 [1993], pp. 119-144.

²¹ Sobre Rosario, cfr. Bravo, María y Fernández Sandra (coord.), *Formando el espacio público: Asociacionismos y política. Siglos XIX y XX*, Edunt, Buenos Aires, 2014. Para el caso de Bahía Blanca, Mabel Nélica Cernadas, Juliana López Pascual y María de las Nieves Agesta (coords.), *Amalgama y distinción. Culturas políticas y sociabilidades en Bahía Blanca*, Bahía Blanca, Ediuns, 2017.

²² Jumar, Fernando, *Tolosa: Asociaciones vecinales, lugares de memoria y generaciones, 1871-1995*, Informe de investigación, Universidad Nacional de La Plata, 1997; Reitano, Emir y Troisi Melean, Jorge, *Barrios y clubes platenses. Reconquista y Unión Vecinal*, Colección Serie del Encuentro, La Plata, La Comuna Ediciones, 2002; Garguin, Enrique, “Diferenciación e identificación de clase media en la esfera pública popular”, ponencia presentada en IX Congreso Argentino de Antropología Social, Posadas, Misiones, 2008.

y cómo sus patrocinadores y usuarios edificaron su identidad en relación con otras prácticas sociales”.²³ En pos de avanzar sobre aquella cultura urbana y las prácticas sociales del período, entonces, fue preciso realizar un riguroso relevamiento de fuentes primarias: diarios locales, revistas, folletos, memorias, fotografías, ensayos y crónicas de contemporáneos y contemporáneas.

En esas lides, distintas investigaciones académicas resultaron fundamentales para ampliar nuestro conocimiento empírico y al mismo tiempo afinar claves de lectura respecto de la especificidad del espacio urbano. De algún modo estos trabajos parten de una perspectiva común según la cual, lejos de operar como un mero contexto, la ciudad es un objeto de cultura productor de significaciones, tanto desde su materialidad, como a través de permanentes representaciones e imaginarios.²⁴

La Plata, fundada en 1882 como capital de la provincia de Buenos Aires tras la federalización de la ciudad homónima, epítome urbano de los ideales de orden y progreso de la generación del 80, fue abordada exhaustivamente por las investigaciones de Gustavo Vallejo, cuya trilogía sobre la historia urbana resulta ineludible a la hora de reconstruir los discursos de poder hegemónicos y la trama de saberes, prácticas y actores que atravesaron y constituyeron a la ciudad durante sus primeras décadas de existencia.²⁵ En su tesis doctoral del año 2005, este autor señaló que si bien existían numerosos estudios que abordaban la ciudad, sin embargo sus perspectivas e instrumentos de análisis aún no habían sido alcanzados por la renovación historiográfica de los últimos años.²⁶

De un tiempo a esta parte, algunas investigaciones históricas dueñas de líneas de indagación renovadas, así como la publicación de compilaciones documentales académicas sobre la ciudad, indicarían una cierta modificación de ese panorama.²⁷ Sin ánimos de agotar la

²³ Roldán, Diego P., *La invención de las masas* (...), op. cit., p. 175.

²⁴ Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

²⁵ Vallejo, Gustavo, *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y universidad (1882-1955)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008; *Utopías cisplatinas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009; *Proyecto urbano y sectores populares en la génesis de La Plata*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2015.

²⁶ Cit. en Badenes, Daniel, *Un pasado para La Plata. Producción editorial y disputa de sentidos sobre la historia de la ciudad en su centenario -1982*, Tesis de Maestría en Historia y Memoria, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2012, p.

²⁷ Distintas compilaciones documentales fueron publicadas en los últimos años. Destacamos dos particularmente relevantes para nuestro período temporal: Belinche, Marcelo y Panella, Claudio (comps.), *Postales de la memoria: un relato fotográfico sobre la identidad de la región*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2010 y De Diego, José Luis (dir.), *La Plata. Una geografía literaria*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2019.

cuestión, mencionamos como aportes la tesis de Daniel Badenes, dedicada a analizar, en clave de “invención de tradiciones” las construcciones de sentido sobre el pasado local formuladas en ocasión del centenario urbano (1982); la correspondiente a Javier Bonafina, que explora el cúmulo de transformaciones sociales acaecidas en la ciudad entre 1880 y 1920; y la tesis de Leandro Stagno acerca de la configuración de una cultura juvenil callejera de varones platenses a fines de los años treinta.²⁸

Desde ya, estas producciones académicas transitan enfoques, objetos y marcos temporales diversos, y por fuera de los datos y/o hipótesis específicas a retomar en cada capítulo, interesa señalar que de manera transversal potenciaron nuestro interés por delimitar un recorte regional, que lograra dar cuenta de la pluralidad de prácticas de sociabilidad en puntos disimiles de la trama urbana, no necesariamente homologables a experiencias políticas o universitarias de ciertos sectores de la ciudadanía más transitados por las narrativas disponibles (experiencias que, de todas formas, desde una perspectiva empírica tienden rápidamente a complejizarse).

Los riesgos de los recortes regionales son varios, acaso el mayor de ellos, como destacó Pasolini, consista en cierta “exaltación localista”, dominante en los primeros intentos por construir aproximaciones académicas a partir de experiencias locales y regionales diferentes a la porteña. El enriquecedor desarrollo, durante los últimos años, de una historiografía en clave regional, comprensiva de las particularidades locales/regionales y, al mismo tiempo, de las dinámicas nacionales e internacionales, resulta un insoslayable punto de referencia e inspiración.²⁹

A propósito de esas dinámicas, un corpus de antecedentes bibliográficos contextuales se reveló fundamental para el avance de nuestra investigación y la formulación de nuevos interrogantes. Afirmamos más arriba que la concepción de la biblioteca popular como espacio de cruce entre la cultura letrada y otras “experiencias sociales” funcionó como nuestro punto de partida. Esto nos condujo a ahondar en distintos estudios de historia social y cultural, según

²⁸ Badenes, Daniel, op. cit., 2012; Bonafina, Javier, *Una sociedad en la bruma de la ciudad fantasma: La Plata, 1880-1914*, Tesis de Maestría en Historia, Universidad Torcuato Di Tella, 2013; Stagno, Leandro, *La configuración de la juventud como un problema. Delitos y vida cotidiana de varones jóvenes provenientes de los sectores populares (La Plata, 1938-1942)*, Tesis de Doctorado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2019.

²⁹ Cfr. “Prólogo” a cargo de Ricardo Pasolini del libro compilado por Paula Laguarda y Flavia Fiorucci, *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina* Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012. También: Agüero, Ana Clarisa y García, Diego, “Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir”, en *Prismas*, Revista de Historia intelectual, n°17, 2013, pp. 181-185.

los cuales uno de los fenómenos socioculturales claves del proceso de modernización en el país, está ligado a la expansión de múltiples formas de entretenimiento urbano como los bailes, el hipódromo, los espectáculos teatrales, musicales y circenses, sobre los cuales existen interesantes investigaciones pormenorizadas.³⁰ En esta misma dirección, cabe señalar la expansión tanto de las prácticas como de los espectáculos deportivos, área de creciente indagación en los últimos años, dentro de la cual el fútbol ha merecido mayores atenciones por parte de la historia social, la antropología y la sociología cultural.³¹ Este conjunto de estudios intentan, con mayor o menor intensidad, capturar las prácticas culturales en correlación con los clivajes identitarios político-ideológicos, étnicos, nacionales, de clase y de género (y su rico juego de yuxtaposiciones) de los actores del período, sopesando dinámicas de integración y resistencia.

A ese repertorio de divertimentos urbanos cabe añadir, más específicamente durante los años de entreguerras y al calor del desarrollo capitalista internacional, el componente emergente: la expansión de las industrias culturales de masas, es decir, aquellas producidas o reproducidas por medios técnicos, concebidas para ser dirigidas a un público considerable en cantidad como el cine, la radio, la prensa de masas y la publicación de impresos a bajo costo.³² De acuerdo a Beatriz Sarlo, en entreguerras se configuró una “cultura de mezcla, donde coexisten elementos defensivos y residuales junto a los programas renovadores; rasgos culturales de la formación criolla al mismo tiempo que un proceso descomunal de importación de bienes, discursos y prácticas simbólicas”.³³

³⁰ Pasolini, Ricardo, “La ópera y el circo en el Buenos Aires de fin de siglo. Consumos teatrales y lenguajes sociales”, en Devoto, F. y Madero, M. (Dir.) *Historia de la vida privada*, Buenos Aires, Taurus, 1999, Tomo II, pp. 252-273; Pujol, Sergio, *Historia del baile. De la milonga a la disco*, Buenos Aires, Gourmet Musical Ediciones, 2011; Matallana, Andrea, *Qué saben los pitucos. La experiencia del tango entre 1910 y 1940*, Buenos Aires, Prometeo, 2009; González Velasco, Carolina, *Gente de teatro: ocio y espectáculos en la Buenos Aires de los años veinte*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2012; Hora, Roy, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Editorial Siglo Veintiuno Editores, 2014.

³¹ Archetti, Eduardo, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; Frydenberg, Julio, *Historia Social del Fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011; Scharagrodsky, Pablo (coord.), *Mujeres en movimiento. Deporte, cultura física y feminidades. Argentina 1870-1980*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2016; Elsey, Brenda y Naden, Joshua, *Futbolera. A History of women and sports in Latin America*, Austin, University of Texas Press, 2019.

³² Más allá de distintos aportes singulares que iremos señalando en lo sucesivo, una mirada integral y renovadora respecto de la radio, la música y el cine es aportada por Karush, Matthew B., *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, op. cit. Para el caso de la prensa de masas, remitimos a Saitta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2013.

³³ Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988, p. 28.

Pero también la bibliografía contextual informa que otro de los fenómenos claves del período se vincula con la expansión del estado y la ampliación de su estructura administrativa, y en estricta correlación, con la puesta en marcha de toda una serie de instituciones y dispositivos culturales “que buscaron consolidar identidades colectivas en clave nacional”.³⁴ El interrogante respecto del impacto que tenía aquello para nuestro objeto fue cobrando forma a partir no sólo de reflexiones teóricas sobre la hegemonía sustentadas por los estudios culturales, sino también de estudios históricos empíricos con perspectivas renovadoras como los de Lilia Ana Bertoni y Alejandro Cattaruzza, que atienden a los complejos procesos de construcción de la identidad nacional y usos del pasado vehiculizados por el estado argentino.³⁵ Para empezar a atender a las interacciones entre el estado en sus distintos niveles y las bibliotecas de la región sostenidas por la sociedad civil, resultaron indispensables la investigación de Javier Planas sobre los orígenes de las bibliotecas populares y la Comisión Protectora de las mismas creada en 1870; así como también el trabajo de Flavia Fiorrucci acerca de las actuaciones de dicha comisión durante el peronismo.³⁶

3. Apropiaciones teóricas y metodológicas

Los estudios cuyo objeto son las prácticas, las formas y los ámbitos de sociabilidad dialogan, en mayor o menor medida, con los aportes de la pionera obra del historiador Maurice Agulhon y se nutren de distintas reflexiones que en los últimos años se han establecido respecto de los alcances y límites de la utilización de la categoría “sociabilidad”.³⁷ La doble condición

³⁴ Cattaruzza, Alejandro, “Introducción”, *Historia de la Argentina. 1916-1955*, op. cit., p. 15.

³⁵ Bertoni, Lilia Ana, “Héroes, estatuas y fiestas patrias”, en *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2007 [2001], pp. 79-120; Cattaruzza, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

³⁶ Planas, Javier, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017; Fiorrucci, Flavia, “La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo”, *Desarrollo Económico*, Vol. 48, n° 192, enero-marzo, 2009, pp. 543-556.

³⁷ Cfr: Canal, Jordi, “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)”, *Siglo XIX*, n° 13, 1993, pp. 5-25; Escalera, Javier, “Sociabilidad y relaciones de poder”, *Kairós*, Universidad Nacional de San Luis, año 4, n° 6, 2000; Navarro Navarro, Javier, “Sociabilidad e historiografía: trayectorias, perspectivas y retos”, *Saitabi: Revista de la Facultat de Geografia i Historia*, 56, 2006, pp. 99-119; González Bernaldo de Quirós, Pilar, “La <sociabilidad> y la historia política”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2008; Caldo, Paula y Fernández, Sandra, “Sobre el sentido de lo social: asociacionismo y sociabilidad. Un breve balance”, en Fernández, S. y Videla, O. (comps.), *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*, Rosario, La Quinta Pata & Camino Ediciones, 2008, pp. 145-151; Gayol, Sandra, “Sociabilidad”, en Biagini, Hugo y Roig, Arturo (dirs.), *Diccionario del pensamiento alternativo*, Editorial Biblos, Universidad

de la categoría ha sido extensamente señalada por los y las especialistas: por un lado, se trata de una categoría histórica empleada por los actores del pasado desde el siglo XVIII, y en ese sentido, remite a un marco conceptual e ideológico en el cual la sociabilidad quedaba equiparada con el proceso de civilización. Como destaca Graciela Zuppa, en las obras de Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, el concepto se asociaba a la necesidad de dirigir las prácticas sociales en un sentido civilizatorio; según Alberdi “el verdadero modo de cambiar la constitución de un pueblo es cambiar sus costumbres: el modo de cambiarlo es darle costumbres”.³⁸ A lo largo de nuestra investigación, veremos que el vocablo aparecía en la prensa como una referencia mundana a la civilidad, por medio de la descripción de los bailes de familias respetables, mientras que desde los estatutos de las asociaciones se articula esta clave más pedagógico-reformista.

Pero es en cuanto categoría analítica, introducida primero por la sociología de Simmel, Goffman y Weber -entre otros- y posteriormente incorporada por la historiografía de la mano de Agulhon en 1966, que interesa delimitar los usos priorizados. Como señala González Bernaldo, el historiador francés logró desplazar la categoría de ese marco ideológico al postular que “todo grupo humano, ya se lo defina en el espacio, en el tiempo o en la jerarquía social, posee su sociabilidad, en cierto modo por definición, cuyas formas específicas es conveniente analizar”.³⁹ En esta apropiación agulhoniana, por tanto, la sociabilidad abandonó su corset de civilidad moderna y esa apertura tuvo como deriva una proliferación de estudios sobre actores, procesos y períodos históricos de lo más diversos.

Ante la multiplicación de usos de la categoría, aconteció cierta trivialización “teórica, conceptual y metodológica”.⁴⁰ En Argentina y en América Latina en general, como señala Sandra Gayol, a través del estudio de las prácticas asociativas distintos analistas intentaron bucear en los modos de participación y “medir” su impacto y capacidad de contribuir a la democratización de las instituciones y de la sociedad.⁴¹ De igual modo, como puntualiza

Nacional de Lanús, 2008, pp. 495- 497; Bisso, Andrés, “El lugar de la sociabilidad como factor de análisis en los estudios de historiografía de la democracia renovada”, *Cuestiones de Sociología*, La Plata, 2013, pp. 1-4.

³⁸ Cit. en Zuppa, “Apertura”, en Zuppa Graciela (ed.), *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. Mar del Plata 1870-1970*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2004, p. 13.

³⁹ Cit. en González Bernaldo, Pilar, op. cit.

⁴⁰ Caldo y Fernández, op. cit., p. 145.

⁴¹ Gayol, Sandra, “Sociabilidad”, op. cit., p. 496. Esta matriz interpretativa se aprecia en las hipótesis iniciales de Luis Alberto Romero y otros autores ligados al PEHESA para quienes las asociaciones vecinales habrían funcionado como “nidos de democracia” donde los vecinos se entrenaban en prácticas democráticas como el debate y la elección de autoridades, cfr. “¿Dónde Anida la democracia?”, en *Punto de Vista*, V, 15, agosto-octubre,

Andrés Bisso para el caso argentino, tras la última dictadura militar, la idea de que la “*débil* ciudadanía, el autoritarismo, la violencia, la represión estatal y la intolerancia ideológica no habían surgido de la noche a la mañana”, se tradujo en una atención renovada hacia las pautas cotidianas de sociabilidad y en la cultura política que ellas fomentaban.⁴²

En vistas a las críticas que fue cosechando y a una reinante confusión según la cual la “sociabilidad” era postulada como sinónimo de “asociativismo”, el propio Agulhon brindó en su clásica *Historia vagabunda* (1988) algunas definiciones operativas para nuestro trabajo. Ya entonces el autor había desplazado su foco de interés desde la sociabilidad de sectores aristocráticos hacia las clases populares y proponía una definición de la sociabilidad como “la aptitud de vivir en grupos y consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias”. Sin embargo, no todos los “grupos” disponían de los mismos recursos para constituir asociaciones y es en este sentido que el concepto de “lugar” aparece como un indicador primordial de las diferencias:

“Existen diferencias entre la sociabilidad de las clases superiores y la de la clase obrera -o popular en general. No existe asociación ya sea informal -simple reunión de parroquianos- o formal -con estatutos y reglas escritas- sin que exista un lugar de reunión estable. Ese lugar es un bien material, un capital”.⁴³

Este pasaje resulta clave porque captura la clásica distinción agulhoniana entre una “sociabilidad informal” y otra “formal” expresada en asociaciones voluntarias, las cuales constituyen nuestro objeto de estudio y a las que analizamos desde una materialidad que nos posibilita auscultar la gama de diferencias habilitadas entre ellas. De todos modos, si bien la distinción formal/informal resulta sumamente operativa, al mismo tiempo, compartimos la advertencia metodológica de Navarro, respecto de no prescindir, al momento de analizar

1982. Más tarde, el autor reconsideró esta hipótesis, aduciendo que en connivencia con las prácticas democráticas, operaron en las asociaciones otras caras al exclusivismo, el patronazgo, la intolerancia y la burocratización. Romero, Luis A. y de Privitellio, Luciano, “Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática: el caso de Buenos Aires, 1912-1976”, *Revista de Historia*, año 1, n° 1, Mar del Plata, 2005, p. 4.

⁴² Bisso, Andrés, “El lugar de la sociabilidad (...)”, op. cit.

⁴³ Agulhon, Maurice, *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México Instituto Mora, 1994, p. 56. El autor establece una tipología de la sociabilidad obrera hacia la primera mitad del siglo XIX: si el lugar de la sociabilidad formal de los obreros es el taller de trabajo, los *lugares* de la sociabilidad informal son las *chambrées* (dormitorio en el cual se aloja un grupo de hombres), cabarets y guinguettes (espacio al aire libre en las afueras de la ciudad donde se acude de paseo en familia), cfr. pp. 57-64.

entidades y asociaciones, “del estudio de las manifestaciones informales de la sociabilidad con las que conviven y en algunos casos se integran”.⁴⁴

En este último sentido, las investigaciones de Gayol sobre ámbitos de sociabilidad informal en torno a los despachos de bebidas y los cafés de Buenos Aires entre 1862 y 1910 abrieron una línea de indagación de escasa tradición en el país, a diferencia de la historiografía europea o de otros países latinoamericanos. En esa obra pionera, la autora aportó una definición de la sociabilidad como “contactos, relaciones, encuentros, intercambios cara a cara y directos gestados entre dos o más personas” que nos resulta sugestiva tanto para considerar ciertas prácticas de sociabilidad informales como, más aún, puertas adentro de las asociaciones formales, como veremos a propósito de las visitas de inspección a las bibliotecas.⁴⁵ A esa obra sucedieron investigaciones que aportaron escalas espaciales y cruces temáticos novedosos: una compilación de estudios sobre prácticas de sociabilidad en Mar Del Plata o la investigación de Andrés Bisso sobre sociabilidad y política en el interior de la provincia de Buenos Aires. En la actualidad, se trata de un campo en plena expansión, y que ofrece precisiones conceptuales de inestimable valor para esta investigación.⁴⁶

Para atender específicamente a las dinámicas de funcionamiento interno de las asociaciones, resultan útiles, en primer lugar, las contribuciones teóricas de Nancy Fraser, quien, en su crítica al concepto de esfera pública de Habermas, logró demostrar a partir de aportes de historiadores como Eley, Ryan y Landes, que en ciertos países europeos la esfera pública burguesa se constituyó a partir de un número importante de exclusiones y conflictos relacionados con el género y la clase social.⁴⁷ Desde una matriz más antropológica, Javier Escalera propone abordar las expresiones de sociabilidad a partir de los sistemas de relaciones de poder. Sin desestimar la función adaptativa, más bien socializadora, que puedan desempeñar las asociaciones voluntarias en las sociedades urbanas capitalistas, entre sus funciones más

⁴⁴ Navarro, Javier, op. cit., p. 111.

⁴⁵ Gayol, Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, Honor y cafés*, Buenos Aires, Buenos Aires, Ed. Del signo, 2007, pp. 14-15.

⁴⁶ Bisso, Andrés, *Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)*, Buenos Aires, Editorial Buenos Libros, 2009.

⁴⁷ Fraser retoma el trabajo de Eley (1992) quien sostiene, para el caso de Inglaterra y Alemania, que el entramado de asociaciones burguesas -filantrópicas, cívicas, profesionales y culturales- estaba lejos de ser accesible a todos, funcionando en cambio, como la base de poder de un estrato de hombres burgueses que, mediante un sexismo exacerbado, empezaban a autoperibirse como “clase universal” y se preparaban para ejercer su capacidad de gobernar, cfr. Fraser, Nancy, “Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia existente”, *Entre pasados. Revista de Historia*, n° 7, 1994, Buenos Aires, pp. 87-114.

relevantes se anota su carácter de marcos para el establecimiento y la extensión de redes sociales y medios para la obtención de prestigio, influencia y liderazgo social por parte de los individuos y de los grupos.⁴⁸

Para el caso argentino, autores como Adamovsky y Garguin propusieron en los últimos años tender puentes entre el proceso de formación de una “clase media” y el conjunto de prácticas y valores sostenidos por las asociaciones barriales de entreguerras.⁴⁹ Estos aportes nos permitieron construir el interrogante respecto del lugar de las prácticas de distinción y construcción de valores morales desde el punto de vista de los propios actores vinculados a las asociaciones.⁵⁰

En estricta correlación, intentaremos recuperar en el nivel empírico las dinámicas de “exclusión/inclusión” de las mujeres en las bibliotecas y asociaciones patrocinadoras.⁵¹ Esta problemática ha sido bastante menos explorada en los estudios sobre asociaciones, principalmente debido a la dificultad de acceso a fuentes; en este sentido, nuestra investigación la pondrá en relieve a través de algunas fuentes novedosas y en diálogo con estudios históricos dedicados a las prácticas y experiencias femeninas en distintos tipos de asociaciones entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX.⁵²

En segundo lugar, incorporamos algunas herramientas teóricas y metodológicas de los estudios culturales y la sociología de la cultura. Aquí mencionaremos sólo las centrales, pues otras, acaso más subterráneas, se irán desplegando a lo largo de los capítulos, y esclarecemos usos en lo sucesivo. En las fuentes de nuestra investigación el objetivo de “difundir cultura” aparece como motivo organizador de un repertorio de prácticas heterogéneas. Para atender a

⁴⁸ Escalera, Javier, “Sociabilidad y relaciones de poder”, op. cit., p. 8.

⁴⁹ Garguin, Enrique, “Diferenciación e identificación de clase media”, op. cit.; Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, caps. 7 y 8, pp. 177-216. En efecto, para estos autores la autopercepción de los propios actores es un factor de primer orden en la articulación de una identidad de clase.

⁵⁰ Bourdieu, Pierre, “Espacio social y génesis de las clases”, *Sociología y Cultura*, México, Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, [1984], pp. 281-309.

⁵¹ Este tándem conceptual es retomado de Barrancos, Dora, *Inclusión / exclusión. Historia con mujeres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

⁵² Caldo, Paula, “Introducción al Dossier: Por una historia con mujeres. Asociaciones, experiencias y prácticas femeninas en la historia argentina de fines del siglo XIX y primera mitad del XX”, *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes-UNR, vol. 3, n° 5, 2011, pp. 3-10; Paz Trueba, Yolanda de, *Mujeres y esfera pública. La campaña bonaerense entre 1880 y 1910*, Rosario, Argentina, Prohistoria Ediciones, 2010; Vignoli, Beatriz, “Educadoras, lectoras y socias. La irrupción de las mujeres en un espacio de sociabilidad masculino. La Sociedad Sarmiento de Tucumán (Argentina) entre 1882 y 1902”, *Secuencia*, n° 80, México, mayo/agosto 2011.

los usos nativos del concepto, la genealogía aportada por Raymond Williams constituye una referencia ineludible, al igual que su concepción de la cultura como un sistema de significados conformado por representaciones simbólicas y materiales.⁵³

Asimismo, en función de abordar aquel repertorio de prácticas heterogéneas patrocinadas por las asociaciones, será de utilidad el concepto de hibridación aportado por Néstor García Canclini, sobre todo en vistas a “liberar a las prácticas musicales, literarias y mediáticas, de la misión <folclórica> de representar una sola identidad”.⁵⁴ Precisamente Michel De Certeau colocó a las prácticas cotidianas de los actores en el centro de su basamento teórico, brindando una enriquecedora perspectiva para decodificarlas: en los intersticios de los dispositivos de poder, en las plurales “maneras de hacer” de hombres y mujeres anónimas, se habilitan espacios de invención y creatividad, atajos y desvíos frente a los lugares consolidados de poder.⁵⁵

En tercer y último lugar, como adelantamos, esta investigación se inspira en la práctica historiográfica de la microhistoria desde el momento en que se propone un análisis intensivo del material documental, en sintonía con la “descripción densa” de la antropología de Clifford Geertz. También en cuanto incorpora una escala reducida de observación, no en vistas a encontrar la “representatividad” del caso local en relación a un “modelo” general, sino en la convicción de que una observación más reducida aloja la potencia de relevar factores anteriormente no observados. Por último, adscribimos al interés de esta práctica por reflexionar acerca de la construcción del relato y la comunicación con los lectores y las lectoras. En la medida de nuestras posibilidades, intentamos “incorporar al cuerpo principal del relato los procedimientos de la propia investigación, las limitaciones documentales, las técnicas de convencimiento y las construcciones interpretativas”.⁵⁶

4. Fuentes y estructura de la tesis

⁵³ Williams, Raymond, “Cultura”, en *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000, pp. 87-93; *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, pp. 128-129.

⁵⁴ El autor entiende por hibridación “procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar otras estructuras, objetos y prácticas”, García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001. [1990].

⁵⁵ De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 2008.

⁵⁶ Levi, op. cit., p. 136.

La tesis está compuesta por seis capítulos y se divide en dos partes de acuerdo a una variación de enfoque y de fuentes documentales. En la primera parte, el foco está puesto en las prácticas de la sociedad civil en torno a tres tipos de asociaciones que auspiciaron bibliotecas populares: centros de fomento, clubes deportivos y asociaciones culturales. En concreto, reconstruimos el surgimiento de bibliotecas en el marco de las prácticas y representaciones de las entidades asociativas que integraban y del desarrollo de fenómenos como la expansión urbana, deportiva y la configuración de un circuito cultural local con particular gravitación del reformismo universitario y el socialismo.

En función de eso, desde una metodología cualitativa, trabajamos con cuatro tipos de fuentes primarias, en cuyo análisis incorporamos una perspectiva atenta a los usos semánticos desplegados. El corpus principal se compone de boletines, cartas, memorias, reglamentos, estatutos, afiches, fotografías, cuadernos de recortes y libros de actas de sesiones de distintas sociedades de fomento, clubes deportivos y asociaciones culturales del período. En segundo lugar, consultamos noticias, reseñas, suplementos, entrevistas y fotografías publicadas en los diarios matutinos de mayor tirada *El Día* y *El Argentino*⁵⁷ cuyo objeto fuesen las actividades de dichas asociaciones, o bien, los barrios y localidades donde éstas se insertaban, lo cual nos permite construir una mirada más dinámica y contextualizada del objeto. En tercer lugar, relevamos crónicas, memorias, ensayos y composiciones poéticas de contemporáneos y contemporáneas, centrales para capturar una dimensión atenta a las subjetividades y representaciones urbanas de época. Por último, recurrimos a documentación oficial como censos nacionales, boletines de estadística municipal e inspecciones a cargo de la provincia de Buenos Aires y de la CPBP, las cuales nos proporcionan datos empíricos de rigor para los temas de cada capítulo.

Porque, en efecto, los capítulos de esta primera parte se estructuran de acuerdo a un criterio temático que fue el que consideramos más conveniente para dar cuenta de procesos y fenómenos socioculturales de mayor alcance. Es importante aclarar que si bien en la mayoría de los casos analizamos bibliotecas “populares”, en el sentido de reconocidas como tales por el estado nacional por intermedio de la CPBP -para lo cual había que cumplimentar una serie de condiciones técnicas-, no asumimos este criterio como excluyente en la primera parte de

⁵⁷ Se trata de los dos principales matutinos de la ciudad según el censo nacional de 1914. *El Día* surgió en 1884 y en el período registraba una tirada estimada de 11.000 ejemplares. Por su parte, *El Argentino* fue fundado en 1906 por el Dr. Tomas R. García, doctor en derecho y diputado por la Provincia de Buenos Aires. Su tirada no ha podido establecerse, ciertas estimaciones sugieren más de 3000 ejemplares. Datos extraídos del trabajo de Emiliano Sánchez, “La gran guerra con ojos platenses. El diario *El Argentino* de La Plata ante los inicios de la primera guerra mundial”, *Revista Forjando*, n° 6, febrero de 2014, n°6, año 3, pp. 76-86.

nuestra investigación. Esta decisión se fundamenta en el hecho de que varias bibliotecas barriales fundadas en estos años fueron, de hecho, reconocidas como “populares” con posterioridad a 1945. Pero, en lo sucesivo, sus perfiles y prácticas cotidianas no diferían de las salas declaradas “populares” y protegidas por la CPBP entre 1914 y 1945.

El primer capítulo reconstruye la proliferación de asociaciones fomentistas en el marco de la expansión urbana regional. Identifica los motivos esgrimidos por dirigentes fomentistas para fundar y sostener bibliotecas populares en sus medios de residencia cotidianos. Sopesa el rol de las asociaciones fomentistas y de la prensa local en el denominado progreso urbano y en la construcción del dispositivo cultural barrial. Persigue, asimismo, funcionar como una presentación del escenario, las asociaciones y los actores que continuará desplegando la investigación.

El auge de clubes deportivos en la región, en correlato con la popularización del fútbol y la exploración de las identidades sociales de sus patrocinadores es la materia inicial del segundo capítulo. Luego reconstruye las prácticas concretas por medio de las cuales estas entidades deportivas se configuraron como ámbitos claves de las sociabilidades barriales. Asimismo, explora ciertas representaciones construidas en torno a la figura del dirigente institucional como modelo de virtud moral y, correlativamente, analiza las modalidades de participación femenina al interior de las entidades deportivas. De manera pormenorizada, atiende a los sentidos prácticos y simbólicos anudados en torno a la fundación de bibliotecas desde el punto de vista de sus impulsores. Por último, da cuenta de la proliferación regional de salas en torno a 1935-1945 y de las disposiciones puestas en marcha por el estado provincial para que éstas pudiesen acceder a una subvención monetaria.

El tercer y cuarto capítulo están dedicados al estudio de tres asociaciones culturales cuyas bibliotecas se contaron entre las más completas del casco urbano. El tercero da cuenta de las trayectorias de las asociaciones Sarmiento y Alborada, ambas fundadas durante la década del diez en La Plata, atendiendo a los perfiles institucionales e ideológicos originarios; a la singular posesión de capitales sociales, culturales y económicos de cada entidad; a las modalidades de circulación de la política, la composición social de sus integrantes y la puntual inscripción que sus bibliotecas tuvieron dentro de las respectivas entidades. Por último, se estudia el patrocinio de formas de instrucción popular a partir de la creación de universidades populares organizadas en las décadas de 1930 y 1940.

El cuarto capítulo traza el itinerario de una “biblioteca cultural” -de acuerdo a la nomenclatura originaria- a partir del singular cruce entre el ideario del reformismo universitario y el ámbito de residencia suburbana de sus jóvenes animadores. Se aborda el rol que las conferencias a cargo de intelectuales reformistas y socialistas tuvieron en la configuración de un circuito intelectual local a lo largo de la década de 1930. El particular activismo femenino, la innovadora experiencia de los cursos “pre-escolares” y el rol de la biblioteca en la celebración del carnaval del barrio, permiten alumbrar dimensiones de la “obra cultural” no reductibles al componente letrado de la cultura y también visibilizar actores -como las mujeres y la infancia-, menos transitados por las investigaciones disponibles.

Estando la investigación en estado avanzado, pudimos acceder a catorce expedientes de las bibliotecas de la región conservados por la actual CONABIP (ex CPBP). De manera que la segunda parte de la tesis propone un cambio de enfoque; interroga al objeto desde otros ángulos. En este caso, tomamos a las bibliotecas populares de la región como corpus -nos atenemos al criterio de clasificación del estado nacional- e incorporamos estrategias metodológicas de corte cuantitativo. Dentro de la enorme riqueza documental que alojan esos expedientes, priorizamos el abordaje de informes de inspección y de solicitudes de compra bibliográfica y sumamos memorias institucionales de la CPBP y notas de prensa correspondientes al marco temporal.

El quinto capítulo analiza la dinámica de la relación establecida entre las salas de la región y la CPBP. En particular, se recupera la información recogida por los informes de inspección y se tematiza el surgimiento de una tensión entre el material bibliográfico ponderado por la CPBP y el material presente en los anaqueles de las bibliotecas.

El sexto capítulo parte de esa tensión para reconstruir los puntos de contacto entre las bibliotecas y una industria editorial en plena expansión, productora de libros y folletos a bajo costo. Recuperando algunos aportes de la historia del libro y la lectura, e incorporando como fuentes los pedidos de solicitud bibliográfica elevados por las salas a la CPBP, se reconstruyen cartografías de lecturas y representaciones sobre el público lector y se delimitan prácticas, modalidades y usos de lecturas.

Capítulo 1

Cultura urbana, fomentismo y bibliotecas populares

Introducción

Primavera de 1932: la víspera del cincuentenario urbano apareció un nuevo plano de la ciudad, obra del cartógrafo Fulgencio Domínguez. El aspecto de aquel plano difería del fundacional porque a la cuadrícula que había maravillado a más de un contemporáneo, se adosaban ahora “los progresistas centros de población” de los alrededores del casco urbano: Tolosa, Los Hornos, Villa Yrigoyen, Villa Rivera, Villa Alegre, Villa Elvira de Ponsati, Pueblo Dique, entre otros.⁵⁸

Tras cincuenta años, la ciudad asumía otra representación. Después de marchas y contramarchas, la opinión pública verificaba el ansiado crecimiento demográfico.⁵⁹ En los días cercanos al cincuentenario, la idea del “despegue” platense, de la “ciudad en marcha” triunfal de progreso, se articuló a través de distintos sueltos, libros y notas de opinión.

Las prácticas conmemorativas incluyeron homenajes, un banquete, desfile militar, reunión hípica y función de gala en el Teatro Argentino. También divertimentos populares, como funciones cinematográficas gratuitas para niños y niñas. Sin embargo, la prensa destacó que la iniciativa oficial de los festejos fue, en líneas generales, “discreta” y “adecuada” a la situación. Desde luego, no eran tiempos de derroche: aquel año el país atravesaba uno de los momentos más álgidos de la crisis económica desatada en 1929 y las alusiones a la misma aparecieron en las alocuciones del presidente Justo y del gobernador bonaerense Martínez de Hoz.⁶⁰

⁵⁸ Domínguez, Fulgencio, “Plano de la ciudad de La Plata”, La Plata, Taller de Publicaciones Oficiales, 1932.

⁵⁹ Según estadísticas municipales, la población rondaba las 170.000 personas, *Boletín de Estadística Municipal*, La Plata, Taller de Publicaciones Oficiales, 1931.

⁶⁰ Cfr. Korol, Juan Carlos, “La economía”, en Cattaruzza Alejandro, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 17-48.

El impacto social de la crisis económica era tal que el programa oficial del cincuentenario incluyó un “racionamiento en distintos barrios de la ciudad” y “distribución de ropa”. Los puntos previstos para la entrega de víveres y ropa fueron informados por los diarios: la Liga de Fomento Dardo Rocha, el Centro de Fomento Zona Sud Este, la Liga Juan de Ortuzar, la Sociedad de Bomberos Voluntarios de Ensenada, el Centro de Fomento Circunvalación, el Centro de Fomento Villa Banco Constructor Berisso, Centro de Fomento Zona Oeste, entre varios otros. La crónica sucesiva anotó que “entre la gente menesterosa se repartió, principalmente, gran cantidad de carne obtenida del faenamiento de animales donados por municipalidades y vecinos de la provincia”.⁶¹

El hecho de que las autoridades municipales eligieran estas sociedades de fomento como “puntos de entrega” no resulta llamativo si consideramos que este tipo de asociaciones se habían ido consolidando desde inicios del siglo como espacios de referencia en los distintos barrios y localidades adyacentes. Fundadas con el objetivo de promover el “progreso” de su zona de influencia, además de gestionar demandas edilicias ante el municipio, la mayoría impulsaba prácticas recreativas y hacía sus votos por la “difusión de la cultura” auspiciando bibliotecas populares y cursos gratuitos de enseñanza.

La expansión de sociedades fomentistas en las ciudades de la región pampeano-litoraleña del país fue tan considerable que, para ilustrarla, autores como Romero y De Privitellio acuñaron la expresión “marea fomentista”, postulando a estas instituciones como vectores claves de las sociabilidades barriales en los años de entreguerras.⁶² En términos generales, aquella “marea” remite a procesos claves la época: la expansión urbana ligada a la consolidación capitalista, el crecimiento demográfico asociado a las oleadas inmigratorias masivas y una fuerte tradición asociativa entre la población.

Las características de estas entidades, ocupadas en garantizar el avance de sus vecindarios o localidades, impide desatender (y al mismo tiempo permite capturar) las tramas urbanas más generales en las que desplegaban sus prácticas. Instituciones fomentistas de Buenos Aires, Bahía Blanca o Rosario, entre otras, han sido abordadas por la historiografía con arreglo a ese carácter situado, mientras que en el caso de capital bonaerense advertimos una ostensible vacancia analítica.

⁶¹ “Reparto de víveres”, *El Argentino*, 19/11/1932, p. 12.

⁶² La expresión es sugerida por De Privitellio, L. y Romero, LA. en “Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática: el caso de Buenos Aires, 1912-1976”, *Revista de Historia* 1 (2005), pp. 11-59.

Este capítulo se dedica a reconstruir la proliferación de asociaciones fomentistas y su interés específico por auspiciar bibliotecas para sus vecindarios en el marco de la expansión urbana de la región platense. Mediante distintas fuentes institucionales, identificamos los motivos esgrimidos por dirigentes fomentistas para fundar y sostener bibliotecas, exploramos formas de funcionamiento y afluencia de usuarios y usuarias. De manera paralela, damos cuenta del rol de la prensa como un actor clave en la promoción del progreso urbano y en la configuración de ciertas representaciones urbanas de la época. Los productivos aportes de la historia cultural urbana nos permiten desarmar las piezas de aquel “rompecabezas” al que se asemeja cualquier ciudad.⁶³ Teniendo como eje las prácticas asociativas de sus habitantes, nuestro recorrido procura una aproximación al espacio urbano “en tanto vivido y testimoniado”⁶⁴ así como a ciertas representaciones urbanas construidas desde la opinión pública en estos años. En función de eso, y desde un enfoque que también recupera los estudios dedicados al asociacionismo fomentista, acudimos a fuentes como crónicas de viaje y memorias de contemporáneos, estatutos y documentos de las asociaciones fomentistas, columnas y suplementos de la prensa local.⁶⁵

1.1 Mientras la grilla se puebla

Las ligas, asociaciones y centros de fomento surgieron en la región durante las primeras décadas del siglo; su proliferación obedece al fuerte impulso asociativo de los y las habitantes de la región, ilustrado en el cúmulo de sociedades gremiales, clericales, benéficas y masónicas censadas por la Municipalidad en el año 1909.⁶⁶ En términos más concretos, remite a las múltiples necesidades edilicias y de infraestructura urbana experimentadas por distintos

⁶³ Fundamentalmente a partir de: Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque*, op. cit.; Gorelik, Adrián y Peixoto Aréas Adriana (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016; Romero, José Luis, *Latinoamerica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011 [1976]; Sennett, Richard, *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid, Alianza Editorial, 1997; Vallejo, Gustavo, *Proyecto urbano (...)*, op. cit.

⁶⁴ Morse, Richard M., “Ciudades periféricas como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina)”, en Hardoy Jorge Enrique y Morse Richard (comps.), *Cultura urbana latinoameciana*, Buenos Aires, Clacso, 1985.

⁶⁵ De Privitellio, Luciano, *Vecinos y ciudadanos*, op. cit.; González, Ricardo, “Lo propio y lo ajeno (...), op. cit.; Gutiérrez, Leandro H. y Romero, Luis Alberto, “Sociedades barriales y bibliotecas populares”, op. cit., pp. 71-109.

⁶⁶ Para un análisis de este censo, así como de las asociaciones civiles de la etapa 1880-1914, remito a: Bonafina, Gustavo Javier, “Las organizaciones de la sociedad civil: un comienzo venturoso”, op. cit., pp. 97-121; Vallejo, Gustavo, op. cit., pp. 38-46.

vecindarios, que peticionaban ante las autoridades municipales en pos de la pavimentación de calles, desagües, agua corriente y luminaria, entre otras.

Una ciudad primero planificada y luego levantada en tiempo récord sobre una llanura prácticamente despoblada, inevitablemente dio lugar a toda suerte de “distancias” entre la “ciudad ideal” prevista por el proyecto fundacional y la “real” inmediatamente conformada, como comprobó el estudio de Vallejo.⁶⁷ Esas distancias eran por supuesto singulares, aunque al mismo tiempo, como destacó Badenes, podemos concebirlas en clave de continuidad con un amplio conjunto de ciudades latinoamericanas fundadas *ad-hoc* por los conquistadores europeos: siguiendo a José Luis Romero, si cada ciudad se instalaba y fundaba de acuerdo con una tesis general y en relación con circunstancias concretas, lo cierto es que “su sola instalación desencadenaba un mundo de nuevos problemas, prácticos e ideológicos, que se resolvían a veces a plena conciencia y, a veces, intuitiva y espontáneamente”.⁶⁸

Tras la veloz fundación de la capital provincial en 1882 -velocidad que alimentó la recurrente invocación de la diosa *Atenea*, nacida armada de la cabeza de Zeus-, se sucedieron ciertos patrones de localización territorial. Los contingentes de obreros inmigrantes abocados a la construcción de la ciudad, se radicaron, tanto a causa de la oferta laboral como también de ciertas estrategias de higiene pública implementadas por el estado, en los núcleos urbanos de Tolosa (1871), Berisso (1871), Los Hornos (1883) e inmediaciones de Ensenada, en la villa improvisada en torno a lo que sería el puerto de La Plata. Estas áreas asumieron entonces un perfil obrero; mientras que también al interior de la cuadrícula urbana el estado provincial dispuso ciertas áreas para la localización de familias trabajadoras: una zona de quintas en el sur del damero, tierras frecuentemente inundables.⁶⁹ De acuerdo al censo nacional de 1914, el partido de La Plata era habitado por 137.413 personas: 66% vivían el casco urbano, 10% en Ensenada, 10% en Tolosa, 4% en Berisso; 3,8% en Los Hornos; 3,2% en Romero, 2.3% en Villa Garibaldi, 2% en Villa Elisa; 2,2% en población fluvial e islas.⁷⁰

Durante las primeras décadas posteriores a 1882, la condición netamente urbana de la grilla se redujo a la superficie delimitada por las avenidas 1, 19, 44 y 60.⁷¹ Dentro de aquella

⁶⁷ Vallejo, op. cit., p. 16.

⁶⁸ Badenes, op. cit.; Romero, José Luis, op. cit., p. 69.

⁶⁹ Vallejo, op. cit., “Tierras para inmigrantes”, pp. 34-38.

⁷⁰ Bonafina, op. cit., Cap. 2: “La evolución de la población platense según los censos”, pp. 52-53.

⁷¹ Vallejo, op. cit.

superficie quedó contenido el eje cívico -Palacio de Gobierno, Ministerios, Municipalidad, Catedral, etc.- y se fue radicando, de modo bastante lento debido a la proximidad de Buenos Aires, la población vinculada con la actividad política, burocrática y educativa. De acuerdo a un ciudadano contemporáneo, en ese circuito “todo se hacía casi puntualmente sobre los horarios de la escuela, de las cátedras y de tribunales”.⁷²

Esta porción urbana fue capturada y también glorificada por numerosas plumas. En su obra celebratoria del cincuentenario platense, el poeta Arturo Capdevilla dispensó *loores* a las noches urbanas bañadas “de luz eléctrica, de gas, de kerosene: las tres hadas luminosas del tiempo de tus horóscopos”.⁷³ Distintos viajeros y viajeras que llegaban en tren desde Buenos Aires y partían cuando declinaba la tarde, recogieron por escrito sus impresiones. Entre ellos, el prolífico escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez, cuyas novelas gozarían, en décadas sucesivas, de gran popularidad en las bibliotecas populares, como veremos en capítulos posteriores. En su obra *Argentina y sus grandezas* (1910), expresó que la fundación de la capital bonaerense había sido “una de las locuras grandiosas de la República en aquella época de imprevisiones, desorientaciones y atrevidos derroches, originados por el exceso de fortuna”. Sin embargo, “el dinero no lo podía todo”, y si los hombres emprendedores de entonces habían logrado erigir una gran ciudad con palacios grandiosos, no habían logrado “rellenarla” con los habitantes necesarios:

“La Plata ofrece realmente el aspecto de una gran población. Hermosas y anchas avenidas dan acceso a plazas enormes, con jardines frondosos. Esta capital, completamente nueva, tiene cierto aire de noble tradición, como las poblaciones históricas del viejo mundo. Nada ha ocurrido en ellas: sus edificios monumentales, sus calles como plazas y sus plazas como llanuras, no guardan ningún recuerdo famoso”.⁷⁴

En tiempos del centenario, Blasco Ibáñez describe una ciudad “noble pero desalmada”, “vieja sin haber sido nunca joven”. Captura tanto la atmósfera de modernidad que había desvelado a sus impulsores higienistas -las calles aireadas y luminosas, la omnipresencia de espacios verdes- como el acuciante fantasma de la falta de “almas”. Ese aspecto irremisiblemente desértico aparece en otros testimonios de los años diez: la escritora italiana

⁷² Szlagowski, Miguel Blas, *La Plata, los años 20*, La Plata, Librería Editora Platense, 1979, p. 31.

⁷³ Capdevilla, Arturo, *Loores Platenses*, Buenos Aires, Ed. Cabaut y Cía, 1932, p. 17.

⁷⁴ Blasco Ibáñez, Vicente, “La Plata: improvisación brillante, locura grandiosa”, en *Argentina y sus grandezas*, Madrid, La Editorial Española Americana, 1910, pp. 530-533.

Cesarina Lupati Guelfi se refirió a una “ciudad del recogimiento, del silencio, del sueño”, con inmensas calles “abiertas para una multitud hipotética”, desiertas y cubiertas de hierba.⁷⁵ En franco contraste con la metrópolis porteña, Arlt elogiaba una ciudad plena de “silencio, sol, árboles”, “con gente que camina sin apuro (...) con plazas sin atorrantes, con calles sin ómnibus”, tranvías que frenaban en mitad de la calle, gente tranquila y amable.⁷⁶

De algún modo esas representaciones coinciden con los testimonios legados por los y las habitantes de la ciudad en entreguerras. La poetisa Amalia Alcoba Martínez expresaba desde sus versos: “mi ciudad se parece a una muchacha/ muy bella, soñadora, silenciosa (...) /es tranquila y sosegada/se duerme muy temprano/ y en las mañanas claras/ vuelca su buen humor de colegiala/ en paisajes al óleo (...)”.⁷⁷ Por su parte, el periodista y escritor Jaime Sureda, convoca a lo largo de sus memorias la figura de una “ciudad embrionaria”, “aquietada” y “silenciosa”.⁷⁸ Nacido en 1912 en el seno de un hogar de inmigrantes españoles, sus recuerdos remiten a un circuito céntrico ampliamente urbanizado -servicio de tranvía, alumbrado público, asfalto- con crecientes niveles de suburbanización conforme se avanzaba unas cuadras a la redonda. Un puñado de arterias céntricas contaban con asfalto o empedrado parejo, mientras las restantes “se mantenían modestamente con pavimento de tierra”.⁷⁹ La casa de su infancia se emplazaba dentro de aquel área densamente urbanizada, frente a una diagonal con rambla arbolada, aún sin embaldosar, iluminada por un farol a gas. La rambla, e incluso la calle, eran escenarios de juego cotidiano para él y otros niños de la cuadra: antes de los años veinte, salvo coches tirados por caballo o “carritos” de repartidores, no había demasiado tránsito vehicular. Además de las calles, las plazas sin parquizar eran utilizadas como potreros; en avenidas rematada por desagües, Sureda y sus amigos entretenían las tardes pescando ranas junto a un anciano italiano. Toda vez que el joven se aventuraba en dirección sur para asistir a los partidos de fútbol o a una quinta familiar, el paisaje urbano no tardaba en difuminarse: surgían campos alambrados, pastizales, quintas, baldíos y caseríos achaparrados. Desde la cancha del club

⁷⁵ Lupati Guelfi, Cesarina, “La Plata, ciudad del recogimiento, del silencio, del sueño”, en *Vida argentina*. Versión española de Augusto Riera, Barcelona, Maucci, 1910, cit. en de Diego, José Luis (dir.), *La Plata. Una geografía literaria*, op. cit., pp. 33-36.

⁷⁶ Arlt, Roberto, “Elogio a la ciudad de La Plata” (1928), *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires, Alianza, 1993, pp. 8-11.

⁷⁷ Fragmento de poema incluido en una entrevista a Amalia Alcoba Martínez (La Plata, 1906) compilada por Díaz González Argentino, *Autores y artistas platenses*, Tomo I, Buenos Aires, Editorial Minerva, 1930, p. 132.

⁷⁸ Nació en La Plata en 1912. Escritor, periodista y desde 1946, director del diario platense *El Argentino*.

⁷⁹ Sureda, Jaime, *La Plata. La Edad de mi infancia*, La Plata, Ramos Americana Editora, 1982, p. 43.

Everton, situada en el sur de la cuadrícula, “no se divisaba más que campo sólo escindido por la vía del tranvía que se internaba a lo lejos por el magro caserío de Los hornos”.⁸⁰

Estos crecientes niveles de suburbanización, en contraste con el aspecto del área céntrica, aparecen testimoniados también desde las columnas de los diarios locales tituladas “quejas de vecinos” o “cartas del pueblo”. Concretamente los reclamos vecinales publicados en los matutinos *El Día* y *El Argentino* tenían como objeto de denuncia tanto las deficiencias edilicias como también determinados comportamientos sociales juzgados “incultos” o “indeseables”. Estas fuentes permiten capturar las conexiones entre espacialidad urbana, construcción de moralidades y el protagónico rol de la prensa local como mediadora entre la sociedad civil y el municipio. Las quejas vecinales ante la presencia de “muchachos molestos” que jugaban al fútbol, apedreaban casas o proferían gritos a altas horas fueron muy frecuentes durante los años diez. Por entonces, los baldíos y arroyos de la ciudad funcionaban como lugares de encuentro y diversión para estos jóvenes: “varios vecinos” del barrio Hipódromo, denunciaron en 1916 a los “incultos muchachos” reunidos en un baldío “con el objeto de cazar pajaritos”, profiriendo gritos y palabras deshonestas, “molestando al tranquilo vecindario”.⁸¹ En Tolosa, vecinos “poco escrupulosos” habían desafiado “la salud pública” convirtiendo un baldío en un basural que, además, por las noches “servía de refugio a rateros y vagabundos”.⁸² Los brazos del arroyo también eran espacios de encuentro para “grupos de bañistas” que no guardaban “el menor respeto” frente a los transeúntes o vecinos de la zona.⁸³ Incluso las esquinas, donde “grupos de menores se estacionan entreteniéndose en jugar a los naipes, cobres, correr carreras”.⁸⁴ Este género de quejas pueden pensarse como un antecedente de las denuncias policiales que los vecinos “decentes” platenses realizaron a fines de los años treinta, y cuyo objeto fue precisamente la desafiante conducta de los jóvenes plebeyos reunidos en torno a baldíos, esquinas y potreros, de acuerdo a la reciente tesis de Leandro Stagno.⁸⁵

Un segundo tipo de quejas vecinales muy recurrente en los años diez señalaba diversos problemas de infraestructura urbana: falta de apertura y pavimentación de calles, carencia o pésimo estado de las veredas, permanentes anegaciones causadas por lluvias y desagües, falta de servicio de alumbrado público y de agua corriente, presencia de animales y residuos, entre

⁸⁰ Sureda, op. cit., p. 186.

⁸¹ “Cartas del pueblo”, *El Día*, 18/08/1916.

⁸² “Queja de vecinos”, *El Argentino*, 9/06/1918, p. 5.

⁸³ “Quejas de vecinos”, *El Argentino*, 14/03/1918, p. 5.

⁸⁴ “Quejas de vecinos”, *El Argentino*, 17/09/1918, p. 7.

⁸⁵ Stagno, Leandro, *La configuración de la juventud como un problema (...)*, op. cit.

muchas otras. Una queja publicada por *El Día* en 1916 ilustra la superposición de varias de ellas:

El mal estado de las calles suburbanas no es un secreto para nadie. Todo el mundo sabe que no hay una sola de ellas que pueda decirse transitable sobre todo durante los meses del invierno. Dicen los quejosos [vecinos de zona sur] que parecería que se hubiesen reunido en ellas, todos los pozos y las basuras del mundo (...) Los vecinos piden en su ingenuidad: luz, compostura de calles, vigilantes y perrera (...).⁸⁶

Era usual que en las líneas finales los autoreferenciados “vecinos” culminaran demandando intervención policial y/o municipal. A medida que los vecindarios aumentaron su población, los reclamos se fueron canalizando por medio de las asociaciones fomentistas. De todas formas, la publicación de quejas vecinales en los diarios locales fue una constante a lo largo del período.

Hacia 1914, las nomenclaturas de las entidades fomentistas indican su emplazamiento en distintos vecindarios de la cuadrícula urbana: Liga de fomento del Barrio Noroeste -300 socios-, Liga de fomento del Barrio Sud -250 socios-, Liga de fomento del Barrio Sud Oeste, el Centro de fomento Unión Vecinal Zona Este, Centro de fomento La Loma y muchas otras.⁸⁷ Funcionarios, profesionales y empleados públicos provinciales conformaban los elencos dirigentes de estas primeras asociaciones, cosechando “modestas formas de notabilidad” entre sus pares.⁸⁸ Ahora bien, si uno de los objetivos de las entidades fomentistas consistía, como indican los estatutos, en el mejoramiento edilicio de su zona de influencia, un segundo objetivo de igual trascendencia era aquel relativo a la “elevación moral e intelectual del vecindario”, para lo cual patrocinaban salas de biblioteca y cursos gratuitos de instrucción, como atenderemos a continuación.

1.2 Noche a noche: fomentar la lectura en los años diez

⁸⁶ “Las calles intransitables. Quejas de vecinos”, *El Día*, 21/8/1916, p. 3.

⁸⁷ Las entidades con sus respectivas ubicaciones: Liga de fomento del Barrio Noroeste (42 n° 719), Liga de fomento del Barrio Sud (diag. 74 e/ 60 y 61), Liga de fomento del Barrio Sud Oeste (12 e/58 y 59), Centro de fomento Unión Vecinal Zona Este (diag. 73 n° 844), Centro de fomento La Loma (s/d) y Centro de fomento de Tolosa (1 n° 129), en *Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914/1915*, op. cit., pp. 55-62.

⁸⁸ Esto se deduce a partir de ciertos nombres aportados por la inspección. De Privitellio, op. cit., p. 38.

Como ha sido ampliamente señalado, la cultura letrada era uno de los medios que posibilitaba no sólo la inclusión sino también el ascenso social en una sociedad fuertemente aluvional como la Argentina de las primeras décadas del siglo XX.⁸⁹ Las escuelas y las bibliotecas eran instituciones de una relevancia social incontrastable, aunque a diferencia de las primeras, las segundas eran fundadas y sostenidas a diario por la sociedad civil, a partir de distintos tipos de asociaciones, quedando el estado a cargo de la actividad de fomento. Si bien atenderemos a las políticas del estado nacional en materia de fomento de bibliotecas populares por medio de las actuaciones de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares creada en 1870 (las cuales abordaremos pormenorizadamente en el quinto capítulo de esta tesis), la trayectoria del estado provincial bonaerense resulta bastante menos conocida, y la evidencia documental disponible indica políticas fluctuantes a lo largo del período, al menos hasta 1938 con la creación de la Dirección Provincial de Bibliotecas Populares, punto sobre el que volveremos en lo sucesivo.

De acuerdo a los documentos consultados, en el año 1910 se creó una Comisión Protectora y de Fomento de Bibliotecas Populares bonaerense presidida por Jacob Larraín.⁹⁰ Con el fin de otorgar protección oficial a las bibliotecas “de origen y carácter popular” existentes en la provincia, el gobernador conservador Marcelino Ugarte decretó hacia 1914 el levantamiento de una Inspección de bibliotecas populares.

Según informa el documento publicado en 1915, La Plata contaba entonces con doce bibliotecas populares sostenidas por distintos tipos de asociaciones civiles.⁹¹ De la primera mitad, dos correspondían a centros socialistas, dos a asociaciones gremiales -Sociedad Tipográfica (1900) y Asociación de Maestros (1902)- una a una asociación cultural -Centro Sarmiento (1914) y una sexta a una agrupación estudiantil -Biblioteca Estudiantes del Sud de

⁸⁹ Pasolini, Ricardo, *La utopía de Prometeo. Juan Antonio Salceda del antifascismo al comunismo*, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2006.

⁹⁰ Creada en 1910, la Comisión Protectora y de Fomento de Bibliotecas Populares de la Provincia de Buenos Aires buscaba “estimular a las asociaciones que tuviesen por objeto despertar el hábito de la lectura, por medio de la conveniente difusión del libro”, siendo sus funciones, “crear bibliotecas populares, fomentar las existentes, promover el hábito de la lectura entre las poblaciones y difundir libros útiles”. Jacob Larraín, quien la presidió entre 1910 y 1911, anotó la necesidad de un mayor presupuesto y propuso que se elevara a la comisión a institución permanente de la provincia bonaerense. Para 1910, el territorio de la provincia bonaerense contaba con más de cien bibliotecas populares, de las cuales 36 habían recibido subvenciones en dinero de esta Comisión, y unas cien, donaciones de libros. Cfr. *Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914/1915*, La Plata, Taller de Publicaciones Oficiales, 1915.

⁹¹ Aunque no revistiesen el carácter de popular, se enumeraba a otras bibliotecas existentes en la ciudad: Biblioteca de la Universidad Nacional, Biblioteca Pedagógica de la Dirección Gral. de Escuelas, Biblioteca Escolar del Museo Pedagógico, Biblioteca de la Escuela Normal Nacional, las bibliotecas de ambas cámaras legislativas, de los diversos centros estudiantiles, del Centro de Contadores, etc., *Fomento y protección (...)*, op. cit., p. 55.

la Academia de Dibujo de Ensenada (1909)-.⁹² La seis bibliotecas restantes formaban parte de asociaciones de fomento.⁹³

Nuestro relevamiento de la prensa local nos permite conjeturar que el número de salas sostenidas por entidades fomentistas posiblemente fuese mayor: es probable que el estado provincial sólo haya censado a las entidades dueñas de un mayor grado de institucionalización. Un dato relevante detallado en el cuerpo de esta fuente que puede contribuir a explicar este hiato entre las salas existentes y las censadas para recibir el fomento público provincial, es el hecho de que un amplio número de bibliotecas emplazadas en territorio bonaerense declaraba pertenecer a centros recreativos, sociales o de enseñanza -eran de “origen” popular- pero no podían acreditar el “carácter” popular debido a que sólo prestaban servicios a sus asociados. Aquí la provincia seguía lo establecido por la Ley 419 de 1870 debida a Sarmiento: para acreditar el carácter de popular, las bibliotecas debían “ofrecer libremente su sala de lectura y sus libros a toda persona, sin limitaciones, y que se mantuvieran abiertas al público, por lo menos tres veces por semana, por la noche y días feriados”.⁹⁴

En la capital bonaerense, entonces, doce bibliotecas cumplían esos requisitos, lo cual las convertía en destinatarias de la acción oficial de fomento bonaerense consistente en una subvención monetaria destinada al acondicionamiento de sala y compra de libros.⁹⁵ Seis de ellas habían sido fundadas por asociaciones fomentistas entre 1908 y 1913: radicadas en distintos puntos del casco urbano y en Tolosa, abrían sus puertas tres o cuatro veces por semana en horario vespertino-nocturno.

“La Liga [de Fomento del Barrio Noroeste] cuenta con 300 socios, tiene por objeto el fomento del barrio y el sostén de una biblioteca [popular Mitre] y de una escuela popular de artes y oficios para mujeres (...) Se abre al público los días martes, jueves y sábados de 8 a 10 p.m. y domingos de 2 a 5 p.m. Su sala de lectura tiene capacidad para 25 lectores y dispone de luz eléctrica. El promedio diario de lectores es de 12, de los cuales 9 en sus domicilios y 3 en la misma biblioteca. Fue subvencionada por el gobierno de

⁹² *Fomento y Protección* (...), op. cit., pp. 12-13.

⁹³ BP Mitre de la Liga de Fomento del Barrio Noroeste, BP de la Liga de Fomento del Barrio Sud, BP Jacob Larraín de la Liga de Fomento del Barrio Sudoeste, BP Luis M. Doyhenard del Centro de Fomento Unión Vecinal Zona Este, BP. del Centro de Fomento La Loma y BP Martín J. Iraola del Centro de Fomento de Tolosa, *Fomento y Protección* (...), pp. 55-62.

⁹⁴ *Fomento y Protección*, op. cit., p. 27.

⁹⁵ El otorgamiento de subvenciones esporádicas del gobierno de la provincia fue usual aún antes de la creación de esta Comisión de 1910, como demuestra Jumar a partir del caso de la biblioteca del centro musical Martín J. Iraola de Tolosa subvencionada en 1905, ver: Jumar, op. cit., pp. 57-58 y Agesta, op. cit., p. 185.

la provincia en los años 1913 y 1914 con pesos 480, de los cuales la mitad se destinaron a la adquisición de libros”.⁹⁶

A partir de las inspecciones de las otras cinco salas, es posible establecer un promedio de lectores diario de alrededor de diez a veinte personas y caudales bibliográficos estimados en 1500 volúmenes. Sólo en el caso de una biblioteca se incluye una descripción de su fondo bibliográfico: “obras de texto, ciencias varias, didáctica, de literatura y recreativas (...) Recibe diarios y periódicos para su mesa de lectura”.⁹⁷

Los usuarios de estas bibliotecas eran vecinos y vecinas que, siguiendo el caso citado, se inclinarían por el préstamo circulante para leer en sus domicilios. Sin embargo, la inspección provincial impide establecer generalizaciones sobre este punto: la biblioteca M. Iraola del centro de fomento de Tolosa, que abordaremos a continuación, reportaba un promedio diario de diez lectores “todos en la sala de lectura de la biblioteca, que dispone de luz eléctrica, y se abre al público todos los días hábiles, de 8 a 10 p.m.”.⁹⁸

1.3 Tolosa: el *deber* de reabrir la biblioteca popular

Tú eres Tolosa, pero ¿cuál el conde? ¿En qué castillo la princesa legendaria? (...) Tolosa, primer núcleo urbano (...), hubo de quedarse suburbio.

A. Capdevilla.⁹⁹

La biblioteca M. Iraola funcionaba desde 1909 al interior del centro de fomento tolosano, según la inspección provincial. Sin embargo, el cruce con otras fuentes indica que la sala registraba una existencia más antigua. Desde su fundación como pueblo en 1871, al calor de la afluencia de población trabajadora de origen mayoritariamente inmigratorio, Tolosa había conocido la proliferación de numerosas asociaciones mutualistas, étnicas, sindicales, caritativas y recreativas.¹⁰⁰ Como indica Vallejo, el poblado funcionó inicialmente como sede

⁹⁶ “Biblioteca Mitre”, *Fomento y Protección (...)*, op. cit., pp. 58-59.

⁹⁷ “Biblioteca Jacob Larraín”, *Fomento y protección (...)*, op. cit., p. 58.

⁹⁸ *Ídem*, p. 61.

⁹⁹ “Loor cuarto. Los barrios lejanos”, *Loores platenses*, op. cit., pp. 56-58.

¹⁰⁰ Sobre la fundación de Tolosa, una reseña publicada en la prensa local consigna: “Una vez desaparecida la fiebre amarilla en el año 1871 don Martín J. Iraola fundó el pueblo recordando a la provincia de España de donde

provisoria para las autoridades provinciales; a su estación ferroviaria llegaban los principales insumos requeridos para erigir la ciudad y en sus calles se improvisaban campamentos donde pernoctaban los trabajadores.¹⁰¹

Una vez fundada la nueva capital provincial, Tolosa (lindante con el casco urbano por el cuadrante noroeste) dejó atrás su carácter de pueblo y se fue constituyendo, de acuerdo a Jumar, como un “conglomerado de distintos barrios”, cuyos habitantes se autopercebían como “tolosanos” y “tolosanas”.¹⁰² Al interior de ese conglomerado, se emplazaron distintos establecimientos industriales: hornos de ladrillos, corralones y canteras para la extracción de conchilla. Además, el estado provincial instaló allí los talleres del ferrocarril Oeste: un conjunto de galpones de enorme dimensión y capacidad productiva, proyectados por el ingeniero Otto Krause, inaugurado en 1886. En sus inmediaciones se localizó también uno de los primeros “barrios obreros” del país, un complejo de más de doscientas viviendas conocido como las “Mil casas”, patrocinado por el encumbrado Juan de la Barra e inspirado en similares iniciativas de sectores patronales europeos.¹⁰³

En ese medio, un grupo de trabajadores de los talleres del ferrocarril Oeste fundó en 1892 el centro musical Martín J. Iraola con el objetivo de “sostener una banda de música para que amenice el paseo en la plaza pública de la localidad (...) así como preste su concurso gratuito en todo aquello que implique un acto filantrópico o un progreso en la localidad”. El reglamento fundacional preveía, asimismo, “crear una biblioteca y salón de lectura e instrucción cuando los recursos sociales permitan su regular sostenimiento”.¹⁰⁴ Aquello fue posible en el corto plazo, pues para 1898 el centro ya estaba organizado en tres secciones: escuela y banda de música, sección recreativa y biblioteca popular.¹⁰⁵ El objetivo de la biblioteca, según quedó expresado en los reglamentos de 1905, consistía en “propender por todos los medios a generar la afluencia del mayor número posible de lectores, procurando hacer conocer los beneficios que estas prestan al vecindario como factor importante de civilización de los pueblos”. En otro pasaje de los reglamentos, sus dirigentes consideraban la misión social

era natural su abuelo (...) Al proyectar el Dr. Dardo Rocha la fundación de La Plata en el año 1882 se les notificó a doña Francisca Ocampo de Iraola y doña Antonia Iraola de Pereyra que el terreno caía bajo la expropiación, lo que comprendía el perímetro de la nueva capital de la provincia”, “En el barrio más tradicional y viejo de nuestra ciudad”, *El Argentino*, 5/9/1931, p. 7.

¹⁰¹ Vallejo, “Enclaves obreros”, op. cit., pp.145-160.

¹⁰² Jumar, op. cit., pp. 17-19.

¹⁰³ Acerca de esta iniciativa de vivienda obrera, ver: “Tolosa y las mil casas”, Vallejo, op. cit., pp. 145-151.

¹⁰⁴ *Centro Musical Martín J. Iraola. Reseña: catálogo general de biblioteca popular y reglamentos*, La Plata, Taller de impresiones oficiales, 1906, p. 37.

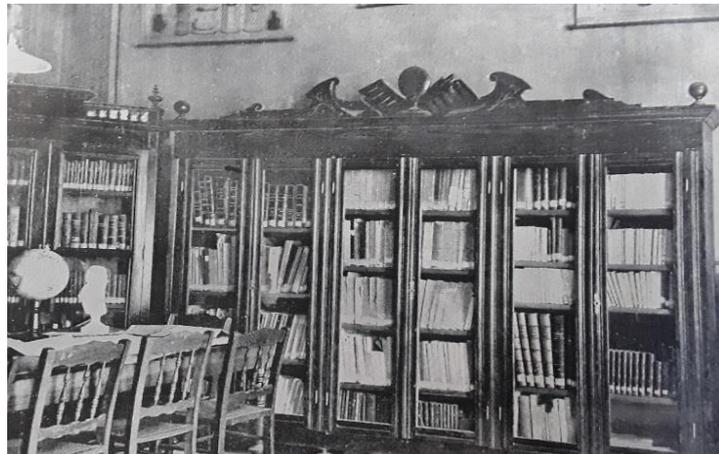
¹⁰⁵ Jumar, op. cit., p. 55.

de las bibliotecas en términos más amplios, citando como referencia la obra de Carlos Lemée *La Escuela y la biblioteca* (1898)¹⁰⁶:

“A estas bibliotecas populares, tan útiles a la cultura general de las ciudades o villas que las albergan y que son, como dice muy bien el señor C. Lemée en su opúsculo *La Escuela y la Biblioteca* <la prolongación de la escuela, su complemento indispensable; porque inútil es enseñarle la lectura al niño si el hombre no debe leer. El adulto que ha pasado por la Escuela y no frecuenta alguna biblioteca particular o pública no solamente no hace fructificar su capital escolar, sino que se expone a perderlo>, debieran, pues, acudir todos los vecinos para nutrir su pensamiento con la lectura de los buenos autores cuyos libros nos conducirán siempre, sino a figurar como astros deslumbrantes del saber, a lo menos a una perfectividad intelectual que nos habilitaría siempre para juzgar a los hombres y las cosas con mayor acierto. Todo esto puede obtenerse en nuestra biblioteca popular y nos haríamos un honor en ver concurrir a ella a todos los vecinos”.¹⁰⁷

La biblioteca era concebida por sus patrocinadores de inicios de siglo como un recinto destinado a los vecinos adultos: de hecho, sólo las personas mayores de quince años podían consultar libros, diarios o revistas. Este es un punto interesante: en las décadas sucesivas, como veremos, el público infantil y juvenil “inundaría” las bibliotecas populares.

Imagen 1.3.1: “Salón de lectura”, 1905



Fuente: *Centro Musical Martín J. Iraola. Reseña y catálogo (...)*

¹⁰⁶ Carlos Lemée (1828-1914) marino, periodista, cónsul de Francia. Se desempeñó como funcionario de instrucción pública en distintos municipios bonaerenses. Escribió libros de agricultura, ganadería, apicultura. Fue Miembro de la Comisión Provincial de Bibliotecas de la provincia.

¹⁰⁷ *Ídem*, p. 7.

Hacia 1910, el centro musical Iraola se fusionó con el centro de fomento de Tolosa (1908). La biblioteca continuó en funcionamiento cada noche, con un promedio de diez lectores “todos en sala”, como mencionamos más arriba. Ese detalle nos conduce a considerar, retomando el estudio de las bibliotecas obreras europeas de Martyn Lyons, la posibilidad de que los usuarios y las usuarias viviesen en hogares estrechos, donde podía escasear la luz o ser demasiado costoso su uso.¹⁰⁸

Dos décadas más tarde, en 1931, el suplemento semanal del diario *El Argentino* titulado “De los barrios” -volveremos sobre él más adelante- dedicó una de sus entregas a Tolosa, definiéndolo como “el barrio más tradicional y viejo de la ciudad”.¹⁰⁹ Entre las diversas fotografías y sueltos dedicados a denunciar problemas edilicios “dignos de atención” como las calles clausuradas o falta de luminaria, se publicaron también reseñas de sus muchas asociaciones civiles: la liga de fomento Dardo Rocha¹¹⁰, dos cooperativas escolares, sindicatos ferroviarios como La Fraternidad y Unión Ferroviaria, clubes deportivos -Los Tolosanos, Sud América-.¹¹¹ Además, se incluyó una columna titulada “bibliotecas populares”:

“Es de lamentar que desde hace unos meses ha sido cerrada la única biblioteca popular con que contaba Tolosa, desde hace 33 años, que era anexa al Centro de Fomento Martín J. Iraola y que al fusionarse este con el Club Sud América, ha dejado de funcionar como tal. No es posible poner en duda la función civilizadora y de cultura que desempeñan esos centros con bibliotecas públicas en barrios como el nuestro (...) Ya que una biblioteca eleva el nivel común y da mayor valor al vecindario que la sostiene (...)

¹⁰⁸ Lyons, Martyn, “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros”, en Chartier, Roger y Cavallo, Guglielmo, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2004 [1997], p. 581.

¹⁰⁹ El suplemento se refería a las calles tolosanas como “harto tranquilas”. La silenciosa atmosfera recordaba, según el corresponsal de prensa tolosano, “la indefinible tristeza de los pueblos a quienes se les priva de su medio de supervivencia”. El periodista hacía referencia a la desarticulación productiva producto del traslado de los talleres ferroviarios a Liniers en 1905, la cual había motivado la migración de muchas familias trabajadoras para sostener sus puestos de trabajo; postal a la que cabía sumar el cierre de varios establecimientos fabriles. A lo largo de la década de 1920 y 1930, Tolosa comenzó a experimentar un cierto ascenso demográfico y su perfil social se tornó un poco más heterogéneo: se radicaron empleados públicos, familias de comerciantes y profesionales, aunque la identidad ferroviaria continuó siendo gravitante.

¹¹⁰ De acuerdo al mismo suplemento, esta entidad fomentista fue fundada en 1929 en el barrio tolosano más antiguo, Villa Rivera, por un “núcleo de caracterizados vecinos”. En sus primeros años de actuación, la entidad obtuvo numerosas demandas de interés vecinal como la fundación de la escuela n° 89 “en la antigua estancia de Don Juan Rivera, ex ministro de obras públicas bonaerenses”, la construcción de veredas a base de carbonilla y pasos de piedra, la extensión de la red tranviaria y de agua, entre otras.

¹¹¹ Entre los años 1920 y 1959, Jumar contabilizó la existencia de unas 75 asociaciones voluntarias en Tolosa, aunque aclara que probablemente la cifra sea más amplia. El hecho de que muchas asociaciones civiles se referenciaban como “tolosanas”, sugiere que esa identidad barrial estaba extensamente arraigada entre sus habitantes, como manifestó el lucimiento de los festejos por el cincuentenario de la localidad en 1921 Jumar, *Tolosa (...)*, op. cit.

Tolosa, está en el imprescindible deber por su propio prestigio de pueblo culto de fundar una biblioteca como la del ex centro Martín J. Iraola”.¹¹²

Si la apertura de una biblioteca solía ser celebrada por la opinión pública, no sorprende que su contraparte desatara el lamento del corresponsal. Como atenderemos a lo largo de los capítulos, era frecuente que dos clubes se fusionaran, o bien que un club y una sociedad de fomento de cercanías (como es el caso) lo hicieran; más aún en coyunturas de crisis, como la de inicios de la década del treinta, cuando sostener los locales se tornó aún más dificultoso, entre otras causas, debido a que el aporte de cuotas societarias se desgranaba. A pocos meses de la fusión entre las entidades tolosanas, la biblioteca aún permanecía clausurada al público, “restándole así un beneficio a los vecinos que concurrían al ex centro a vivificar y fortalecer su intelecto con la savia de sus libros”.¹¹³ Pero lejos del pulso meramente nostálgico, el lamento del periodista daba paso enseguida a una interpelación a los “cultos convecinos” tolosanos para que asumieran el deber civilizatorio de volver a auspiciarla.

1.4 El Dique y las distancias culturales

El centro de fomento Mariano Moreno se fundó en El Dique, localidad surgida en torno a 1885-1890 cuando se iniciaron las construcciones del puerto La Plata y de un complejo sistema de canales diseñados por el ingeniero holandés J.A. Waldorp.¹¹⁴ El Dique se extendía por detrás del Paseo del Bosque, uno de los bordes verdes de la cuadrícula urbana, ocupando una extensa porción urbana entre La Plata y Ensenada. A lo largo de sus cuadras se fueron emplazando distintas reparticiones públicas como la compañía de gas en 1887, la escuela n° 22 y el hospital naval; mientras en 1904 se instaló la fábrica de sombreros Erbiti y Cía. De manera similar a Tolosa, El Dique diversificó gradualmente su inicial perfil portuario, convirtiéndose

¹¹² “En el barrio más tradicional y viejo de nuestra ciudad”, *El Argentino*, 5/9/1931, p. 8.

¹¹³ *Ídem*.

¹¹⁴ La obra de Vallejo informa que los primeros jornaleros portuarios, mayoritariamente italianos y españoles, conformaron un núcleo poblacional a base de rústicas casillas de chapa y madera sobre los “bañados de Ensenada”, donde Antonio Cambaceres y Juan Berisso habían instalado saladeros en 1871. En las décadas sucesivas, se fueron estableciendo los vecindarios El Dique n°1 -cuyo nombre alude al único dique que efectivamente llegó a finalizarse en 1895-, Campamento y Albino Barrios, entre otros, cfr. Vallejo, *Proyecto urbano*, op. cit., pp. 23-35. Con frecuencia, desde la prensa local se denunció la permanente situación de abandono de estos últimos dos “parajes de población extensa”, cuyo aspecto semejaba al de los pueblos “más rezagados de la provincia”. A fines de la década de 1910 no contaban con ninguna clase de servicios públicos y sus calles eran intransitables, cfr. “Barrios abandonados”, *El Argentino*, 11/10/1919, p. 3.

en una localidad entre cuyos moradores se contaban, además, empleados, maestras, comerciantes, obreros y obreras de la carne, de la construcción y petrolíferos (con la instalación de la destilería a mediados de los años veinte).

Redactados en 1918, los estatutos del centro M. Moreno expresan los fines perseguidos por sus impulsores:

“Gestionar ante los poderes públicos y empresas particulares la ejecución de obras que sean beneficiosas para la localidad.

Formar una Biblioteca a base de las publicaciones que se obtengan por canje con la sociedad, y con los libros adquiridos por compra, donación o préstamo (...)

Propender al desarrollo de la educación primaria tratando de facilitar por todos los medios a su alcance la concurrencia a la escuela de los niños pobres de la localidad (...)

Fomentar la cultura intelectual y moral de sus asociados realizando festivales, certámenes y reuniones que podrán ser científicas, literarias, conmemorativas y de homenajes”.¹¹⁵

Además, se aclaraba que cualquier persona podía asociarse a la entidad, pues no se hacía “distinción de razas, creencias o nacionalidades”. Con mayor o menor variación, este criterio aperturista en cuanto a la masa societaria, así como los objetivos tendientes a fomentar el aspecto edilicio, cultural y festivo, tienden a repetirse en otros estatutos de la época. En relación a la biblioteca, el reglamento establecía que se administraría con sus propios recursos: subvenciones oficiales o privadas, veladas realizadas por la institución y una asignación anual de la CD. Su finalidad era “propender a la elevación moral e intelectual del pueblo mediante la difusión de libros instructivos, sala de lectura y todo aquello que la CD estime conveniente para la cultura general”.¹¹⁶ La utilización de la palabra “elevación” aparece con recurrencia en este tipo de fuentes estatutarias y se corresponde, como ha sido advertido por distintos autores, y expresado en las fuentes transcritas más arriba, con el fuerte arraigo de una tradición iluminista que concebía a la cultura como factor civilizatorio.¹¹⁷

Entre los documentos originarios del centro, además, encontramos una carta, fechada en noviembre de 1918, dirigida al entonces presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (CPBP, en adelante), con el fin de solicitar protección para la biblioteca de reciente fundación. Como veremos pormenorizadamente en el quinto capítulo de esta tesis, a diferencia

¹¹⁵ Comisión protectora de bibliotecas populares (CPBP, en adelante), Exp. n° 476-D-18, *Reglamento del Centro de Fomento y biblioteca Mariano Moreno El Dique N°1*, pp. 1-2.

¹¹⁶ CPBP, Exp. n° 476-D-18, *Reglamento de la Biblioteca Popular Mariano Moreno Dique N°1*, p.1

¹¹⁷ Entre otros, ver: Pasolini, op. cit., p. 67.

de la subvención económica que otorgaba el gobierno provincial, la protección de la CPBP no implicaba el otorgamiento de dinero en efectivo, sino más bien un saldo a favor para adquirir material bibliográfico, además de frecuentes donaciones de libros. Pero lo que nos interesa aquí recuperar es la descripción que sus animadores elaboraron respecto del funcionamiento de la sala y del perfil de sus usuarios:

“Hacemos constar de paso, que es ésta la única biblioteca que presta desinteresadamente sus servicios en el perímetro comprendido por designación oficial como Dique N°1. Dentro de éste mismo perímetro se encuentra instalado el Hospital Naval de la Nación, de cuyos asilados, muchos de los dados de alta, concurren a la biblioteca (...) En la actualidad nuestra biblioteca encuentra en su índice, más de quinientos volúmenes, en su casi mayoría de literatura, salvo algunas obras de historia extranjera (...) Las obras de consulta para los estudiantes pobres de esta localidad, son otra necesidad que falta eliminar (...) **Para consultar una obra necesitan trasladarse a La Plata pudiendo evitarse esos inconvenientes, si las hubiese en nuestra biblioteca**”.¹¹⁸

La misiva recupera ciertos usos cotidianos de la sala. Tematiza la(s) distancia(s) respecto a la ciudad y la necesidad de garantizar el acceso material a los libros en el medio cotidiano. A diferencia de la biblioteca tolosana que hacia 1905 consideraba a los vecinos adultos como sus usuarios predilectos, aparecen aquí consignados los “estudiantes pobres” de la localidad. En este sentido, y como iremos demostrando a lo largo de los capítulos, los libros no parecen haber cumplido una función “más simbólica que real”, como apuntaron Gutiérrez y Romero en su clásico estudio sobre las bibliotecas populares, sino en todo caso tan real como simbólica.¹¹⁹

Rubricada con la firma del presidente del centro, Elías Nin, empresario de cargas y descargas de buques, y su secretario Alcides Seguí, estudiante avanzado de medicina, la narrativa de la carta confirma el hecho de que los dirigentes de esta entidad fomentista eran varones con cierto capital cultural -empleados públicos, comerciantes, profesionales, estudiantes universitarios- que “ponían al servicio de la institución sus variadas experiencias administrativas y de gestión”, como indica González para el caso de la Corporación Mitre del barrio porteño de Nazca.¹²⁰

¹¹⁸ CPBP, Exp. n° 476-D-18, Carta al presidente de la CPBP, 9/11/1918. El subrayado me pertenece.

¹¹⁹ “Aunque no se leyera o se leyera poco, los libros cumplían una función esencial, más simbólica que real, en estas instituciones de la cultura popular”, Gutiérrez L. y Romero L. A., “Sociedades barriales y bibliotecas populares”, op. cit., p. 94.

¹²⁰ González, Ricardo, “Lo propio y lo ajeno. Actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinas. Barrio Nazca (1925-1930)”, op. cit., pp. 93-128.

Transcurridas algunas semanas del envío de la carta, uno de los inspectores de la CPBP usualmente encomendado a región, Manuel Bortón, se apersonó en el centro de fomento de El Dique. El funcionario informó que la sala era “bien concurrida, tanto por sus asociados como por otras gentes que no lo son (...) es de verdadero beneficio en esa población por ser la única y entre su vecindario hay una escuela a la que asisten 300 alumnos”.¹²¹ Su promedio de lectores diarios se estimaba entre 15 y 25 personas. Bortón incluyó además una descripción de los socios fundadores de la entidad fomentista entre quienes se contaban “propietarios, comerciantes, empresarios, empleados, estudiantes universitarios y obreros”.¹²² El inspector capturaba así aquel perfil heterogéneo y policlasista característico de muchas entidades fomentistas de entreguerras.

1.5 Rieles, fomento y bibliotecas

Con un acto de celebración al que asistieron el gobernador bonaerense y funcionarios, en 1910 se inauguraron los primeros cien kilómetros de vías del ferrocarril provincial al Meridiano V, destinados a unir la capital bonaerense con localidades del oeste y sur de la provincia de Buenos Aires.¹²³ En consonancia con el desarrollo de la economía agroexportadora, el objetivo era articular importantes centros de producción agrícola-ganadera bonaerenses con el Puerto La Plata, auspiciando, de ese modo, “una estrategia de desarrollo alternativa al carácter sólo subsidiario que hasta entonces había tenido con el puerto de Buenos Aires”.¹²⁴ En principio de cargas y de pasajeros desde 1912, el ferrocarril se convirtió en el medio de transporte más importante de la provincia hasta el cierre del ramal principal en la década de los sesenta.¹²⁵

¹²¹ CPBP, Exp. n°476-D-18, Informe de Inspección a cargo de Manuel Borton, 29/11/1918.

¹²² *Ídem*.

¹²³ La inauguración de un ferrocarril o tramo ferroviario, como indica Silvana Palermo, daba lugar a altisonantes festejos públicos y expresiones de algarabía oficial, pues la infraestructura ferroviaria era juzgada imprescindible para alcanzar la ansiada prosperidad económica en la Argentina moderna. Cfr.: Palermo, Silvana, “Los ferrocarriles del estado entre la política electoral y la modernidad administrativa: la revista “Riel y Fomento” a comienzos de 1920”, *Estudios del ISHIR*, vol. 2, n°3, 2012, pp. 59-83.

¹²⁴ Vallejo, op. cit., pp. 171- 173. El ferrocarril provincial salía del Puerto La Plata, bordeaba el casco urbano por el bulevar Circunvalación hasta la Estación Central, desde donde partía rumbo a Mirapampa. El trayecto La Plata-Mirapampa llegó a contar con 57 estaciones y un total de 1020 km. de vías férreas.

¹²⁵ En el marco del denominado Plan Larkin, plan de “racionalización ferroviaria” alineado con el Banco Mundial, puesto en marcha durante la presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962), cuyas consecuencias fueron el cierre de ramales, talleres y despidos masivos de trabajadores. El último ramal del ferrocarril provincial funcionó en 1977. Desde entonces y hasta la actualidad, un conjunto amplio de asociaciones vecinales y ferroviarias, reclaman al estado la reapertura de los ramales.

La estación central se construyó en la zona sudeste del casco urbano: un edificio proyectado por el ingeniero Dengrenmont, sucedido por una serie de enormes galpones y depósitos. Desde entonces, las manzanas del cuadrante sudeste del casco urbano y alrededores, zona conocida como “circunvalación”, conocieron una transformación considerable a partir de la radicación de trabajadores vinculados primero a las obras de construcción y luego a la actividad ferroviaria. Las calles adyacentes a la estación cabecera fueron dueñas de una intensa actividad comercial y la asociación vecinal no tardó en manifestarse bajo la forma de tres centros de fomento que auspiciaron bibliotecas.

“Circunvalación” (1927)

Circunvalación fue el nombre de una de las estaciones del ferrocarril Oeste emplazada sobre el bulevar 72, más allá del cual comenzaba, a apenas tres kilómetros del centro del casco urbano, un territorio de quintas y chacras. En la primera década del siglo XX, debido a la cercanía con la nueva estación ferroviaria, se lotearon tierras e instalaron modestas casas de jornaleros y familias ferroviarias. El Centro de Fomento y Cultura Circunvalación fue fundado en 1927 por un grupo de vecinos entre los cuales “había un importante número de radicales” y “algunos conservadores”, como admitió quien fuera el presidente de la entidad en los albores del siglo XXI.¹²⁶

En efecto, si bien la prescindencia política de entidades fomentistas y clubes deportivos se proclamaba por medio de los estatutos -“el centro [circunvalación] podrá adherirse o tomar parte en cualquier iniciativa que implique un progreso en la zona del barrio, siempre que aquella no tenga carácter político ni religioso”, rezaba uno de sus artículos-¹²⁷ muchos de sus dirigentes eran simpatizantes, o incluso militantes de partidos políticos como el radicalismo, el conservadurismo o el socialismo. Los lazos entre los dirigentes fomentistas y los partidos políticos, como demostró De Privitellio para el caso porteño, fueron múltiples y permanentes a lo largo del período: debido a su base territorial, las entidades fomentistas funcionaban en ocasiones como trampolines para el ascenso en el ámbito de la política partidaria. Sin embargo, en cuanto se atravesaba la puerta de la asociación “era de rigor mostrar que se había

¹²⁶ Así lo recordó uno de los presidentes de la institución del año 2001. Ver: “Circunvalación”, *La historia de mi barrio*, La Plata, Municipalidad de La Plata, 2001, p. 88.

¹²⁷ CPBP, Expediente nº177-L-33, *Estatutos del Centro de Fomento y Cultura Circunvalación*, La Plata, 1932, p. 3. El radio de acción del centro se establecía entre las calles 72 a Villa Garibaldi y de 13 a 120.

abandonado toda preferencia partidaria”. Más aún, la defensa de la prescindencia política era una marca de identidad y legitimidad del fomentismo frente a los partidos y al municipio, en parte porque delimitaba un espacio de actividades y legitimidades propias de la práctica asociativa.¹²⁸ Lo anterior explica la opacidad que las identidades políticas asumen para quienes nos aproximamos a los documentos institucionales de este tipo de asociaciones, como iremos tematizando en lo sucesivo.

Por otro lado, en vistas al carácter marcadamente suburbano de la zona donde se emplazaba este centro, no sorprende que uno de los objetivos principales consistiese en “convenir la forma práctica de obtener mejoras en los medios de comunicación, caminos de acceso, pasos de piedra, veredas, plantaciones, luz y todo lo que represente un adelanto edilicio”. Por lo mismo, debido a la abundancia de quintas y chacras, desde los estatutos se llamaba a estrechar los vínculos entre “propietarios” y “vecinos” en pos de propender a una “mayor ilustración, sociabilidad”. A esos fines, se instalaría una biblioteca, se organizarían conferencias, festivales, y “se instalará un campo de deportes, de recreo y educación física”.¹²⁹

A diferencia de El Dique o Tolosa, referenciados en las fuentes como localidades, Circunvalación aparece aludido como “barrio”. En un folleto publicado por el centro homónimo y destinado a la circulación vecinal, puede leerse: “Contribuya ud. al engrandecimiento del barrio y facilite la ilustración de sus hijos adhiriéndose al centro”. Debajo, la Comisión Directiva (CD, en adelante) enumeraba algunas de mejoras alcanzadas: ampliación de aguas corrientes, un servicio de ómnibus, reparto de tres mil kilos de carne y la instalación de una biblioteca, pronta a inaugurarse.¹³⁰

El sostén económico del centro provenía del aporte de una masa societaria de trescientas personas y la recaudación de festivales. Tras funcionar algunos años en el domicilio particular de un socio fundador, en 1932 la entidad logró alquilar una propiedad a un miembro de la CD. Esa disponibilidad de lugar le permitió encarar la obra cultural:

“Este centro ha llegado en la actualidad [1933] a ocupar entre sus similares un lugar destacado y su evolución constante de progreso ha hecho comprender a la C.D. lo necesario de una biblioteca para los asociados. Perseverar en la educación común es parte de nuestro programa de acción, debemos propender al desarrollo del libro es su faz moral y colectiva buscando divulgar lo instructivo y práctico para la vida”.¹³¹

¹²⁸ Ver: De Privitellio, Luciano, *Vecinos y ciudadanos*, op. cit., pp. 134-147.

¹²⁹ CPBP, Expediente n°177-L-33, *Estatutos del Centro de Fomento y Cultura Circunvalación*, p. 1.

¹³⁰ *Ídem*, Afiche gráfico, 1933.

¹³¹ *Ídem*, Carta al presidente de la CPBP, 12/5/1933, p. 2.

También por entonces la entidad instaló un “campo de deportes”. A diferencia de otros barrios en los cuales el deporte se practicó en el seno de clubes, como veremos en el próximo capítulo, esta entidad fomentista fue también la impulsora de la cultura física.

“Meridiano V” (1929)

A partir de la inauguración de la estación ferroviaria, el vecindario circundante quedó pronto identificado con el destino final del ferrocarril provincial: el V meridiano, es decir, el límite provincial entre la provincia bonaerense y la pampeana. Esta porción de la ciudad experimentó un sostenido avance demográfico: las calles adyacentes a la estación se poblaron de comercios, fondas y hospedajes.

El Centro de Fomento y Biblioteca Meridiano V, fundado en 1929 a pocas cuadras de la estación cabecera, también hizo suya la referencia limítrofe. A diferencia de Circunvalación, esta entidad se emplazaba en una zona más urbanizada. Las primeras peticiones del centro tuvieron que ver con obras de pavimentación y sanitarias, construcción de pasos de piedra, habilitación de los juegos para niños en el parque cercano y concurrencia de la banda de música, entre otras.¹³²

En pocos años, el sostenido activismo institucional y la amplia convocatoria vecinal se tradujeron en la conformación de distintas subcomisiones: “femenina”, “de fiestas”, “bibliotecaria y cultural” y “recreativa”. Esta última tenía a su cargo los campeonatos de truco, mientras la subcomisión festiva organizaba reuniones danzantes de “saliente éxito” y “pruebas deportivas en las calles del barrio”, que incluían carreras de bicicletas para niños, señoritas y hombres, y carreras de patines y de sortijas en automóviles para señoritas.¹³³

Pero acaso la nota singular de este centro se anote en el amplio número de asociadas y en el activismo de la “subcomisión femenina”, que auspiciaba distintos cursos de enseñanza femeninos: corte y confección, piano, dactilografía, bordado a máquina, tejidos, labores y declamación. Dictados por un cuerpo de diez profesoras, los cursos registraban una matrícula numerosa: por caso, durante 1937, más de cien asociadas concurren a clases.¹³⁴

El patrocinio de instancias de instrucción popular femenina en las entidades fomentistas no fue exclusiva de este centro: unas páginas más arriba mencionamos la escuela de artes y

¹³² “Barrio Meridiano V. Centro de Fomento Meridiano V”, *El Argentino*, 14/11/1930, p. 7.

¹³³ *Memoria y Balance del Centro de Fomento y Biblioteca Meridiano V*, año 1938, p. 21.

¹³⁴ *Ídem*, p. 19.

oficios para mujeres auspiciada por la liga de fomento del barrio noroeste en 1914. En su análisis sobre la Corporación Mitre, González divide los cursos femeninos allí impartidos entre aquellos encaminados a proveer conocimientos “de índole práctica” en pos de la inserción laboral de las mujeres -como corte y confección, bordado, dactilografía, tejidos-, de otros de índole más creativa y ligada al tiempo libre como el piano o la declamación, cuyo protagonismo puede apreciarse en las veladas y matinées organizadas por las propias entidades.¹³⁵

Por último, la “falta de una sala independiente” entorpeció hasta fines de los años treinta el desenvolvimiento de la biblioteca debido a que en el único salón disponible se dictaban los cursos de enseñanza de la subcomisión femenina. Como en el caso anterior, cuando la entidad se instaló en un local más espacioso, sus dirigentes enviaron la carta de rigor al presidente de la CPBP en busca de protección para la biblioteca:

“Nuestra institución agrupa en su seno a 600 socios en su mayoría jóvenes obreros y estudiantes de una barriada modesta y contamos en nuestra biblioteca cultural con apenas 1000 volúmenes notándose la falta de muchas obras que pueden ser de utilidad para nuestro movimiento intelectual de la zona”.¹³⁶

Resulta oportuno destacar que más de la mitad de esos “600 socios” se componía de “socias cooperadoras”.¹³⁷ Con la mudanza al nuevo local, la entidad construyó una cancha de bochas y otra de básquet, deporte que se convirtió, con los años, en una de las actividades principales de la entidad. La fotografía publicada en la prensa local a propósito del acto de clausura de la exposición de labores realizada por las alumnas de corte y confección de la entidad, testimonia la presencia de varios niños y niñas quienes, como veremos en los próximos capítulos, eran asiduos usuarios y usuarias de la biblioteca.

¹³⁵ González, “Lo propio y lo ajeno (...)”, op. cit.

¹³⁶ CPBP, Expediente 99-L-40, Carta al presidente de la CPBP, 22/3/1940.

¹³⁷ *Memoria y Balance (...)*, p. 40. A fines de 1938, la relación era de 194 socios y 338 socias.

Imagen 1.5.1: “Clausura de exposición del centro de fomento Meridiano V”, ca. 1945



Fuente: CPBP, Expediente 99-L-40

Hornos y talleres ferroviarios (1931)

Con el avance del tendido férreo, el gobierno provincial decidió instalar un nuevo complejo para los talleres del ferrocarril provincial. El espacio elegido fue otro tramo del bulevar, cercano a la estación Gambier y a Los Hornos, localidad fundada en 1883 al suroeste del casco urbano, destinada a la instalación de hornos de ladrillos, materia prima primordial para erigir la ciudad. Trabajadores de la industria ladrillera y familias agricultoras instalaron allí quintas, chacras y molinos harineros. A pocos años de su fundación, Los Hornos contaba con dos escuelas, una parroquia, un juzgado de paz, una seccional policial y era circundada por el tendido férreo del ferrocarril provincial. La comunidad italiana fundó pioneramente la *Unione e Fratellanza del Muttuo Socorso* (1883), mientras que en décadas sucesivas proliferaron distintas asociaciones mutuas y clubes sociales.

Inaugurados en 1930, los nuevos talleres ferroviarios superaron la escala de los anteriormente emplazados en Tolosa (y trasladados en 1905 a Liniers), convirtiéndose en uno de los polos ferroviarios más importantes de Sudamérica.¹³⁸ El Centro de Fomento Los Hornos fue inaugurado al año siguiente, con el doble objetivo de “propender al progreso y

¹³⁸ Disponían “de más de 50.000 metros cuadrados de instalaciones y equipamiento de alta tecnología que incluían pabellones, almacenes, oficinas, comedor y dependencias para 2500 operarios”, Vallejo, op. cit., p. 173.

mejoramiento edilicio de la zona” y “fomentar la elevación de las condiciones morales, intelectuales y físicas de los asociados y del vecindario en general”. Según su primer presidente, Juan Lázaro, las obras de los talleres ferroviarios auguraban “un pronto mejoramiento” de un barrio “olvidado siempre por los encargados de velar por su adelanto”.¹³⁹

En efecto, la falta de caminos, pasos, veredas y luminaria, generaba al vecindario un sinnúmero de trastornos, entre ellos, una baja asistencia escolar, incrementada los días de lluvia, cuando sólo asistían a clase el 10% de escolares. Las maestras de las dos escuelas -nº 21 y nº 53- llegaban en tranvía hasta el bulevar, y luego eran trasladadas en un coche tirado por caballos. Ante los numerosos problemas edilicios, el presidente de la entidad fomentista no se extrañaba de que los trabajadores de los nuevos talleres ferroviarios prefirieran “las molestias de un viaje (...) antes que exponer a sus familias a trances desagradables como no poder recibir asistencia médica en casos de urgencia o asegurar la asistencia de los niños a la escuela”.¹⁴⁰ Otro asociado se refería al “feo aspecto” de Los Hornos, “una verdadera Cenicienta” si se lo comparaba con La Plata. Sólo si vecinos -por medio del centro de fomento- y las autoridades municipales actuaban en conjunto, se lograría “no un progreso de transformar un barrio en ciudad de luces, de fábricas y de sensaciones artificiales”, sino uno que mostrara “su espíritu sencillo y cándido de barrio laborioso y tranquilo”.¹⁴¹

Las demandas iniciales de la entidad fueron, entre otras, los afirmados de calles, la ampliación de la luz eléctrica y de las vías tranviarias. Pero además de atender los problemas edilicios, el centro organizó actos públicos, veladas literarias y bailes. Así, en diciembre de 1931, patrocinó “romerías populares” con el fin de recaudar fondos para instalar “una plaza de ejercicios físicos” para niños y niñas del barrio.¹⁴² Al igual que Circunvalación y otros barrios alejados del casco urbano, Los Hornos carecía de plazas y paseos públicos. Por eso, cuando la entidad logró adquirir su local social, montó un salón para juegos, un amplio gimnasio y una biblioteca, inaugurada en 1933, bajo el lema “la buena lectura”.

¹³⁹ “El Argentino en Los Hornos. Por el progreso”, *El Argentino*, 19/09/1931, p. 8.

¹⁴⁰ *Ídem*, p. 8.

¹⁴¹ *Ídem*

¹⁴² “En beneficio de las romerías está destinado a proporcionar expansiones a los niños de ese laborioso vecindario”, *El Argentino*, 19/12/1931, p. 13.

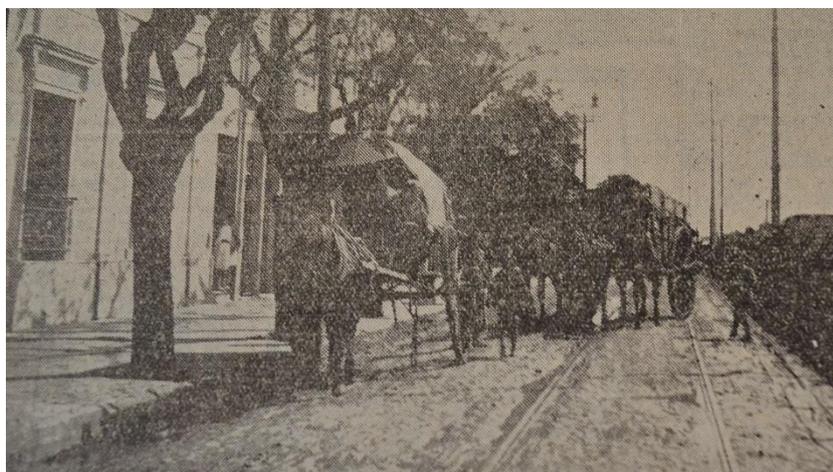
1.6 La consagración de los barrios

Señor Director de *El Argentino*:

Veo con agrado que su prestigioso diario se viene ocupando de “Los Hornos” (...) El barrio está allí, hasta hoy totalmente olvidado de vecinos y autoridades (...) Felizmente en nuestro caso un grupo de vecinos inteligentes y emprendedores han encontrado en el señor comisionado municipal para llevar a buen término la obra meritoria que se han propuesto. Si a esto se agrega el concurso siempre eficaz de la prensa, es dable confiar en que se ha de obtener éxito, no obstante las dificultades con que siempre se tropieza aún en las más nobles empresas”.¹⁴³

Tal como lo manifestaba el “vecino” que firmaba estas líneas, la prensa local, mediadora entre las asociaciones fomentistas y el municipio, se consolidó en el período como un actor clave del progreso urbano. Las modalidades de aquella mediación fueron múltiples: como vimos, los diarios publicaban desde inicios del siglo las “quejas vecinales”. Las reseñas, sueltos y notas de opinión celebraban y alentaban permanentemente la asociación vecinal. A fines de los años veinte e inicios de los treinta, en línea con la incorporación de ciertos rasgos innovadores del nuevo periodismo norteamericano replicado en el país por el popular *Crítica*, la prensa local incorporó ciertos rasgos novedosos. Por ejemplo, el reporter que se acercaba a los “barrios”, entrevistaba a los vecinos y ofrecía testimonio con fotografías: calles anegadas, basurales, lodazales o desagües aparecían retratados, en blanco y negro, con pie de imágenes elocuentes.

Imagen 1.6.1: “Las vías del tren y del tranvía dificultan el paso de otros vehículos por la calle 1”



¹⁴³ “El Argentino en Los Hornos. Por el progreso”, *El Argentino*, 19/09/1931, p.5.

Imagen 1.6.2: “Para eludir este amerengado barrial, los vehículos y los pur-sang pasan sobre la vereda”



Imagen 1.6.3: “Vista panorámica de la avenida 1 con su rambla central y su pavimento recientemente construido”



Fuente: *El Argentino*, Sup. “De los barrios”, 5/9/1931, 12/9/1931 y 25/09/1931.

Gorelik definió al barrio como un dispositivo cultural moderno producido por el mismo curso de la modernización: la aparición de una forma sobre la indiferenciación anónima de la

grilla.¹⁴⁴ Como señala Saitta para el caso porteño, este dispositivo cultural asumió una mayor visibilidad tanto en el periodismo, escrito por periodistas provenientes de los suburbios y que se hacían eco de las denuncias de las sociedades de fomento -en el medio local, con frecuencia, formaron parte de ellas-, como en la literatura y las letras de tango.¹⁴⁵ Sugerimos que fue en torno a 1930 cuando aquel dispositivo se articuló con vigor en los discursos periodísticos platenses.

El suplemento de doble plana titulado “De los barrios”, editado semanalmente por *El Argentino* durante el año 1931, resulta ilustrativo en este sentido. Sus números se destinaron a los “barrios” de Tolosa, Villa Rivera (parte de Tolosa), Hipódromo, Los Hornos, Elizalde, Berisso y El Mondongo. A lo largo de dos páginas, las fotografías fueron utilizadas para denunciar permanentes problemas edilicios: vías ferroviarias en desuso, zanjas peligrosas, calles imposibles de transitar, pasos de piedra socavados por el agua, etc. Distintas columnas reforzaban, a su vez, el reclamo a partir de títulos mordaces, en ocasiones inspirados en el popular séptimo arte, como sugiere “Escenas de far-west”.¹⁴⁶

El suplemento no se limitaba a demandar la acción municipal frente a los padecimientos edilicios. No se construía al “barrio” desde la mirada piadosa, sino más bien laudatoria. Los títulos son sugerentes en ese sentido: Tolosa, “el barrio más tradicional y viejo de nuestra ciudad”; Villa Rivera, “dispuesto a progresar”; El Mondongo, “pintoresco y alegre”; Hipódromo, barrio “cuya vida se desliza por el pintoresco desfile de los parejeros”; Los Hornos, “decidido a progresar”; Berisso, “barrio popular y cosmopolita, lindo y trabajador” y Elizalde, “un barrio trabajador y alegre que tiene su problema edilicio”.¹⁴⁷ Las entregas incluyeron entrevistas a vecinos, a dirigentes fomentistas y deportistas populares; anecdotarios o recuerdos de “personajes típicos”, en ocasiones también acompañados de fotografías; reseñas de clubes, escuelas y cooperadoras escolares, centros de fomento y bibliotecas populares. Estas asociaciones eran construidas como la garantía para el progreso tanto “material” como “espiritual” de las barriadas.

¹⁴⁴ Gorelik, op. cit., p. 274.

¹⁴⁵ Saitta, Sylvia, “Mapas urbanos en la literatura y el periodismo”, en Korn, Francis y Romero, Luis Alberto (comps.), *Buenos Aires/Entreguerras. La callada transformación*, op. cit., pp. 191-229.

¹⁴⁶ “Nuestras calles, tan mal alumbradas como vigiladas, constituyen un escenario propicio para quienes alientan veleidades de cow-boy (...)”, comenzaba dicha columna dedicada a las calles del barrio Hipódromo, “El Argentino en el barrio Hipódromo”, *El Argentino*, 12/09/1931, p. 10.

¹⁴⁷ Suplemento “De los barrios”, *El Argentino*, 5/9/1931, 12/9/1931, 19/9/1931, 25/9/1931, 10/10/1931, 17/10/1931, 29/10/1931.

Así, desde las asociaciones de fomento y los discursos de la prensa local, a inicios de los años treinta los barrios fueron ganando protagonismo en las representaciones urbanas. En ocasión del cincuentenario de 1932, el mencionado poeta Capdevilla proclamaba en sus loores: “Es Berisso. Es la Ensenada. Es Cambaceres. Son tus barrios más lejanos, ciudad”.¹⁴⁸ La utilización del dispositivo “barrio” para el caso de localidades con identidades arraigadas como Tolosa, o el caso más extremo de Berisso, donde la configuración de una identidad local era particularmente fuerte, tendió a reforzar, en el imaginario urbano de más largo plazo, la jerarquía espacial urbana: mientras “los barrios” se esforzaban día a día en alcanzar el progreso, el centro de la ciudad, en cierto sentido, lo condensaba: allí residía el poder político-administrativo, económico y cultural; allí, por extensión y siguiendo el planteo de Daniel James, acontecían las actividades social y culturalmente relevantes.¹⁴⁹

1.7 Consideraciones finales

A lo largo de este primer capítulo intentamos aproximarnos a una trama urbana en plena expansión y presentar algunos de los actores que continuaremos analizando en lo sucesivo: las asociaciones vecinales y sus bibliotecas populares, la prensa local y las acciones de fomento del estado en sus distintos niveles.

La cuadrícula urbana fundada en 1882 condensó en su epicentro un eje cívico-monumental y una serie de vecindarios anexos fuertemente urbanizados y con acceso temprano a servicios modernos como, por nombrar solo uno, la red tranviaria. Aquellas postales de modernidad cosecharon más de un elogio entre contemporáneos. Un amplio conjunto de narrativas capturó, de hecho, las experiencias urbanas derivadas. El pulso cotidiano fluía allí al ritmo de las distintas actividades legislativas, judiciales y educativas. Por fuera de las manzanas fuertemente urbanizadas del casco, la grilla desplegaba crecientes niveles de suburbanización: en mayor medida hacia el sur, el paisaje se poblaba de baldíos, cañados y brazos de arroyos, caseríos dispersos y chatos.

Aquel perfil suburbano fue modificándose al calor de las actividades productivas derivadas de la consolidación capitalista de matriz agroexportadora, sobre todo, a partir de los

¹⁴⁸ Capdevilla, op. cit., “Los barrios lejanos”, p. 64.

¹⁴⁹ James, Daniel, “El 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, *Desarrollo económico*, n°107, octubre-diciembre de 1987.

años diez, la vinculada con la expansión del sector de servicios y específicamente del eje ferropuerto, como testimonia la instalación de la estación y los talleres ferroviarios en torno a la zona sur-sureste.

En cierta medida, el clásico estudio de Romero y Gutiérrez sobre las instituciones barriales en entreguerras canonizó la experiencia de expansión territorial o movilidad ecológica porteña: una ciudad que se expandió horizontalmente sobre la llanura a partir de sucesivas periferias urbanas, conformándose entonces nuevas sociedades “casi de frontera” donde “todo estaba por hacerse”. Según los autores, esos nuevos “barrios” y sus entidades fomentistas expresaron los rasgos más prototípicos de aquella identidad “popular, reformista y conformista” de los sectores populares.¹⁵⁰

Sin desconsiderar esa modalidad de expansión territorial -cuya pretensión de exclusividad, ha sido discutida, incluso, para el propio caso porteño¹⁵¹-, nos aproximamos en este capítulo a las dinámicas específicas de la capital bonaerense vinculadas a que, en primer lugar, la cuadrícula urbana estuvo delimitada desde la fundación y se trató, más bien y parafraseando a Blasco Ibáñez, de “rellenarla”. En segundo lugar, a la existencia de núcleos urbanos precedentes -como Ensenada, Berisso, Tolosa- o de formación simultánea, como Los Hornos, con dinámicas de localización específicas asociadas a determinadas actividades productivas (ferroviarias, portuarias, construcción, etc.) que se fueron consolidando en el período.

Tal como en otras ciudades del país, las entidades fomentistas de la región fueron fundadas para promover el “progreso” de sus zonas de influencia, crecientemente evocadas bajo la figura de “barrios” por la opinión pública local en torno a 1930. Como mostró el recorrido realizado, el concepto “progreso” implicaba el fomento edilicio y la promoción de instancias de instrucción y recreación para el vecindario. El progreso connotaba, por tanto, un carácter irremisiblemente comunitario que en el nivel cotidiano se traducía en una multitud de prácticas vehiculizadas por un conjunto de vecinos: gestiones ante las autoridades municipales en pos de la apertura y pavimentación de calles, servicios de agua corriente e iluminación, desagües, medios de transporte; y otras más específicas, vinculadas a las singulares fisonomías de los vecindarios: pasos a nivel en el caso de zonas ferroviarias, calles anegadas por lluvias en áreas frecuentemente inundables, etc.

¹⁵⁰ Gutiérrez y Romero, op. cit., p. 13.

¹⁵¹ Este y otros aspectos son discutidos en: Camarero, Hernán, “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930 (...)”, op. cit.

Pero desde luego, también se trataba de “elevar” moral e intelectualmente al vecindario por medio del patrocinio de diversas formas de recreación y de instrucción popular. Siendo la instrucción una pieza clave del ascenso social, las salas de bibliotecas se planteaban como una necesidad para distintos actores del espacio vecinal. A medida que la trama urbana se expandía, vencer distancias en relación al acceso a la cultura letrada se tornaba cada vez más necesario. Montar las salas no era difícil, pero su funcionamiento exigía la disposición de un espacio físico, que como mostraron algunos casos presentados, no siempre estuvo garantizado en lo inmediato. También se necesitaba disponer de algunos libros onerosos, para lo cual hubo que solicitar ayuda a otros actores como la CPBP. Las actividades recreativas, en cambio, podían tener como escenario las calles o las plazas del espacio público. Con frecuencia, las entidades de fomento organizaron romerías y festivales lúdicos en conjunto con los clubes deportivos, que como veremos a continuación, también florecieron durante estos años.

Anexo documental del primer capítulo

Cuadro 1.1: Asociaciones de fomento con bibliotecas populares reconocidas por la Inspección del gobierno bonaerense en 1914

Nombre de la asociación de fomento	Nombre de la biblioteca	Fecha de fundación
Centro de fomento Unión Vecinal Zona Este	Biblioteca popular Luis M. Doyhenard	1913
Liga de fomento Barrio Sudoeste	Biblioteca popular Jacob Larrain	s/d
Liga de fomento Noroeste	Biblioteca popular Mitre	1913
Liga de fomento del Barrio Sud	Biblioteca popular homónima	1908
Centro de fomento La Loma	Biblioteca popular homónima	1913
Centro social y de fomento Tolosa	Biblioteca popular Martín J. Iraola	1909

Cuadro 1.2: Asociaciones de fomento con bibliotecas populares reconocidas por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares

Nombre del centro de fomento	Fecha de fundación	Nombre(s) de la biblioteca	Fecha de fundación	Zona/Barrio
Centro de Fomento Mariano Moreno	1917	Biblioteca popular Mariano Moreno	1917	El Dique
Centro de fomento y cultura Circunvalación	1927	Biblioteca popular Nicolás Avellaneda	1933	Barrio Circunvalación
Centro de fomento Meridiano V	1929	Biblioteca Meridiano V/ popular Enrique Gonino	1929	Casco urbano Barrio Meridiano V

Centro de fomento Manuel Belgrano	1929	Biblioteca Manuel Belgrano	1939	Tolosa
Centro de fomento Los Hornos	1931	Biblioteca Los Hornos/ popular Bartolomé Mitre	1933	Los Hornos
Asociación de fomento edificio Mayo	1936	Biblioteca popular Adolfo Alsina	1937	Casco Urbano Barrio norte
Centro de fomento Parque San Martín	1936	Biblioteca popular General San Martín	1940	Casco Urbano Barrio Parque San Martín
Asociación de fomento cultural y social Libertad	1940	Biblioteca popular Bernardo De Monteagudo	1940	Casco Urbano Zona centro
Centro de fomento Avenida 44. Zona Sudoeste	1940	Biblioteca popular Fray Justo Santa María de Oro	1940	Casco urbano Barrio La Loma
Centro de fomento Mundial	1941	Biblioteca popular Alfonsina Storni	1941	Tolosa

Capítulo 2

Entre la cultura física y la cultura letrada: clubes, sociabilidades barriales y bibliotecas populares

Introducción

Para 1945, al menos veinte clubes deportivos de la región auspiciaban bibliotecas populares. Más tarde o más temprano, en algún momento de sus trayectorias, estas entidades dispusieron de salas alejadas del bullicio deportivo para que el vecindario acudiera, cuando caía la tarde, a consultar libros, prensa y folletos.

En este capítulo estudia las conexiones entre la cultura física y la cultura letrada impulsadas por los clubes de la región en entreguerras. En función de eso, reconstruimos el circuito amateur de clubes surgidos como consecuencia de la popularización del fútbol e indagamos en las adscripciones identitarias de sus jóvenes impulsores. Atendemos a continuación a la diversificación de las prácticas deportivas de los clubes hacia esferas recreativas; relevamos, en particular, el patrocinio de prácticas y formas de sociabilidad lúdico-deportivas y danzantes de popular convocatoria, por medio de las cuales los clubes se configuraron como ámbitos claves de las sociabilidades barriales.

A través del análisis pormenorizado de dos entidades que auspiciaron bibliotecas en distintos momentos de sus trayectorias, reconstruimos las conexiones existentes entre la acción deportiva, social y cultural desde el punto de vista de sus animadores. Exploramos los sentidos prácticos y simbólicos ligados a la fundación y el funcionamiento de salas de bibliotecas en el contexto específico de sus barrios.

Transversalmente, damos cuenta de la construcción de la figura de dirigente de club como modelo de determinadas virtudes morales y abordamos las formas de participación femenina en el seno de estas entidades deportivas.

2.1 “Sean eternos los colores”: el auge de los clubes en la región (1910-1930)

Entrado en años y domiciliado a pocas cuadras del club Gutenberg, el reconocido poeta Almafuerte escribió un himno destinado a ser cantado por generaciones de jugadores e hinchas:

“Sean eternos los colores
blanco y verde, verde y blanco.
Los cantamos alto y franco,
sin vergüenza y sin temor.

Ningún club podrá en la vida
si nos juega legalmente
derrotarnos frente a frente
en los campos del sport.

Viva Gutenberg querido,
donde tantos han luchado
donde tantos han hallado
fuerzas, músculos y salud.

Viva la Patria Argentina
la libertad y la cultura,
el progreso y la bravura
del Gutenberg *Football Club* (...).”¹⁵²

Las estrofas condensan sentidos simbólicos poderosos: el amor al club es análogo al sentimiento patrio, particularmente efervescente en el clima cultural de la década de 1910. El club -fundado en 1911 por jóvenes trabajadores de la industria gráfica- funcionaba como una *pequeña* patria, plena de símbolos, donde era posible el progreso y la bravura, luchar y redimirse.

¹⁵² Extraído de la página web del club, disponible en: <http://www.clubgutenberg.com/web/app.php/historia>. Consultado el 28/9/2019.

Cada domingo, cuando caía la noche y el vecindario flotaba en un silencio aldeano, aquellas estrofas almafuerteanas irrumpían, coreadas por jugadores e hinchas que regresaban de lejanos *fields* situados en Tolosa, Berisso, El Dique, Puerto La Plata, Los Hornos, Villa Elisa.¹⁵³ Es probable que pocas personas conocieran tan bien la geografía urbana como estos jóvenes que se trasladaban en tranvía, en ocasión de los ansiados *matches*, a lo largo y a lo ancho del espacio urbano y suburbano platense.

Mediante la práctica de fútbol, como advirtió Frydenberg, comenzaba a “percibirse y ponerse en juego la pertenencia a la ciudad, el sentirse unidos a un espacio común finito y compartido”.¹⁵⁴ El juego se improvisaba en ramblas, baldíos, plazas o en los descampados, predominantes, como vimos, en la joven ciudad. Se trataba de una práctica lúdica sumamente popular: entre sus *players* se contaban varones de todas las edades, con predominio de jóvenes y de niños que utilizaban los árboles de las ramblas como arcos y las desiertas calles como canchas.¹⁵⁵

Lo cierto es que para poder competir con otros equipos en el marco de ligas o campeonatos locales, esas prácticas informales vinculadas al ocio urbano acababan por formalizarse en un “club”, figura asociativa definible como “asociación voluntaria de socios que se autogobiernan”.¹⁵⁶ De existencia efímera muchos, dueños de una larga trayectoria otros, la mayoría de los clubes de la región fueron fundados entre 1900 y 1930 como consecuencia de la popularización del deporte británico, inicialmente practicado en colegios y empresas inglesas radicadas en Argentina y otros países latinoamericanos, pero rápidamente extendido y apropiado por las clases populares urbanas.¹⁵⁷

En la capital bonaerense, el campeonato amateur local era patrocinado por la Federación Amateur Platense de Foot-Ball (FAPF, en adelante), entidad federativa fundada en 1913 como

¹⁵³ Escena recuperada de las memorias de Jaime Sureda, op. cit., pp. 25-26.

¹⁵⁴ Frydenberg, Julio, “Espacio urbano y práctica del Fútbol, Buenos Aires 1900-1915”, *Lecturas: Educación física y deportes*, n° 13, año 1999.

¹⁵⁵ Si bien la práctica fue mayoritariamente masculina, últimamente la existencia de grupos de mujeres jugadoras de fútbol ha comenzado a ser visibilizada por investigaciones como la de Elsey y Nadel, de escala latinoamericana. En el caso argentino, Elsey recuperó una publicación de 1923 en la cual aparecen tres equipos femeninos de Buenos Aires en pleno juego. Ver: Elsey, Brenda y Nadel, Joshua, “Physical education, media and, sportswomen in Argentina”, cap. 1, op. cit., pp. 22-31.

¹⁵⁶ Reyna, Franco, “La formación y difusión de los clubes de futbol en Córdoba (1900-1929). Espacios de sociabilidad y prácticas asociativas”, III Jornadas Nacionales de Historia Social, 11, 12 y 13 de mayo de 2011, La Falda, Argentina.

¹⁵⁷ Alabarces, Pablo, *Historia mínima del futbol en América Latina*, Ciudad de México, México, El Colegio de México, 2018.

consecuencia de la multiplicación de clubes y ligas locales.¹⁵⁸ Como en otras ciudades, el deporte se desarrolló, durante la década de 1910, a partir de una estructura dual: los populares clubes Estudiantes y Gimnasia, desde 1913 y 1915 respectivamente, disputaron en Primera División, mientras decenas y decenas de clubes amateurs se afiliaban a la FAPF, que a mediados de 1920 nucleaba más de cincuenta clubes.¹⁵⁹ De acuerdo a la prensa local, mediante el apoyo de la FAPF habían florecido “infinidad de clubes nacidos en terrenos baldíos de los distintos barrios” y sus partidos “movilizaban a miles de platenses substrayendo a muchos de lugares perjudiciales”.¹⁶⁰

A diferencia de Buenos Aires, Córdoba o Rosario, en el caso de La Plata las investigaciones históricas sobre el circuito futbolístico amateur son escasas.¹⁶¹ Si bien no es objeto de esta tesis abordar ese denso circuito -aunque sí podría resultar significativo señalar su vacancia en función de alentar futuras investigaciones-, resulta imprescindible avanzar en una mínima reconstrucción de ese universo de clubes, muchos de los cuales patrocinaron bibliotecas. A esos fines, retomamos el señalamiento de Frydenberg respecto del valor heurístico alojado en los nombres de los clubes, los cuales ofrecen “pistas” acerca de los distintos recortes identitarios de los varones que los fundaban.¹⁶² En su investigación sobre los círculos culturales anarquistas finiseculares, Juan Suriano puso en juego un procedimiento metodológico similar al destacar que los nombres de los círculos hacen emerger de la oscuridad rasgos concretos que remiten a su cosmovisión de la sociedad. El autor destacó la importancia simbólica que para los propios actores tenía ese “acto iniciático” de nombrarse ante la sociedad.¹⁶³

Si tomamos como referencia los clubes nombrados en la prensa por su afiliación a la FAPF, advertimos que un amplio número de ellos eligió nombrarse con arreglo al barrio o localidad de pertenencia.¹⁶⁴ Tales fueron los casos de “Atlético Defensores El Dique” (1915),

¹⁵⁸ Dicha entidad habilitaba tres categorías: Primera División o Libre con jugadores a partir de 19 años y sin límites de máxima; Segunda División hasta 19 años; Tercera División: a partir de 16 años.

¹⁵⁹ “La actualidad deportiva platense”, *El Argentino*, 19/11/1925, p. 10.

¹⁶⁰ “La Federación platense de football en la actividad local”, *El Argentino*, 19/11/1924, p. 10.

¹⁶¹ Existe un trabajo de Ricardo Katz, *Historia centenaria de la Liga Amateur Platense de Fútbol 1913-2013*, La Plata, Ed. del autor, 2013. Frydenberg, Julio, *Historia social del fútbol (...)*, op. cit.; Reyna, Franco D., *Cuando éramos footballers (...)*, op. cit.; Roldán, Diego P., “Circulación, difusión y masificación: El fútbol en Rosario (Argentina) 1900-1940”, en *Secuencia*, 2015, n° 93, p. 137-161.

¹⁶² Frydenberg, Julio, “Los nombres de los clubes de fútbol. Buenos Aires 1880-1930”, en *Revista Digital: Educación Física y Deportes*, 1996, vol. 1, n° 2.

¹⁶³ Suriano, Juan, “La importancia de tener un nombre”, *Anarquistas (...)*, op. cit., pp. 41-45.

¹⁶⁴ Este criterio implica un doble recorte: respecto de decenas de clubes-equipo no afiliados a la FAPF, y de otros, que aún adheridos a dicha entidad, registraron una efímera trayectoria.

“Atlético Abastense” (1915), “Atlético Elizalde” (1921), “Estrella de Berisso” (1921), “Deportivo Romerense” (1921), “Sportivo Villa Elisa” (1923), “Sportivo La Loma” (1923), “Atlético Villa San Carlos” (1925), “Unidos del Dique” (1925), “Atlético City Bell” (1926), “Los tolosanos” (1926); “Chacarita platense” (1927). En el caso de los clubes situados dentro del casco urbano, el gentilicio de la ciudad o de la región otorgó horizontes de referencia, como indica el caso de “Atlético Platense” (1921) o “Unión Platense” (ca. 1925) o “Rioplattente” (1925).

Otra porción considerable de clubes se referenció a partir de los lugares de trabajo de sus jugadores: “Ferrocarril Provincial” (casco urbano, 1913), “Muelles y depósitos” (Ensenada, 1918), “Conservación y Tráfico” (Puerto La Plata, 1920), “Yacimientos Petrolíferos fiscales” (Puerto La Plata, 1926); “Frigorífico Armour” (Berisso, 1917), “Atlético Banco de la Provincia de Buenos Aires” (casco urbano, zona centro, 1918), “Ferro Carril Sud Tolosano” (Tolosa, barrio Villa Rivera, 1923) o el citado “Gutenberg”, conformado por trabajadores gráficos (casco urbano, zona este, 1911).

Los homenajes a equipos británicos, como era frecuente en la época, se advierten en otro conjunto de entidades: un pionero en este sentido fue uno de los clubes platenses más antiguos, el “Everton” (casco urbano, 1905), cuyos dirigentes tuvieron “el ferviente deseo de encontrar en ese nombre sajón la meta soñada de auténtico *fair play* que caracterizó al equipo inglés”.¹⁶⁵ La lista continúa con “Overland” (1920), “Forever” (casco urbano, barrio Mondongo, 1913), “Liverpool” (casco urbano, barrio La Loma, 1926), “Ever Ready” (casco urbano, zona este, 1917).

Los motivos continentales e hispánicos aparecen como otro motivo identitario, tal como demuestran cuatro clubes: “Sudamérica” (Tolosa, 1916); “América” (casco urbano, 1927); “Doce de octubre” (casco urbano, 1920) y “Nuevo Mundo” (s/d, 1924). Otro grupo de clubes eligieron nombres vinculados con símbolos, próceres o personalidades alusivas al pasado nacional: fue el caso de uno de los primeros clubes de la ciudad, el “Atlético Nacional” (1903); “Sol de Mayo” (casco urbano, 1915), “Defensores de Cambaceres” (Ensenada, 1921) y “Nacional Sporting” (casco urbano, 1924).¹⁶⁶

¹⁶⁵ “Coronado de gloria por los años de los años”, *El Día*, Suplemento 122º aniversario urbano, 19/11/2004, pp. 24-25.

¹⁶⁶ En 1934 cambió su nombre por “Asociación cultural y deportiva Reconquista”, debido a que “un decreto prohibía a toda asociación o entidad particular el uso de la expresión <nacional>”, ver: Reitano, Emir, “Reconquista”, en Troisi y Reitano, *Barrios y clubes platenses*, op. cit., p. 24.

Otras nominaciones se presentan más esquivas a las clasificaciones. Por ejemplo, el “Ateneo Popular” (barrio Hipódromo, 1915); el club “Pettirossi” (Ensenada, 1917), el cual homenajeaba al aviador homónimo (1887-1916), fallecido en un accidente aéreo en la zona de Ensenada; o el “Nueva Paris” (casco urbano, 1924) “fundado por un grupo de jóvenes que practicaban el viril deporte del Foot Ball en un terreno baldío frente a un comercio que llevaba el nombre de este club”.¹⁶⁷

En síntesis, la diversidad de referencias alojada en la elección de los nombres de los casi cuarenta clubes de la región mencionados, remite a la compleja articulación identitaria de las clases populares urbanas, en la cual convivieron, mixturadas, distintas adscripciones: si las barriales y laborales fueron mayoritarias -en numerosas ocasiones, incluso, coexistentes-, también aparecen los motivos asociados a la identidad nacional y a los sucesos deportivos internacionales. Así, en línea con los resultados arrojados por Frydenberg en su referido trabajo sobre los nombres de los clubes porteños, advertimos la falta de elección de motivos vinculados al universo inmigrante y la multiplicación de nominaciones asociadas al patrón de residencia territorial y a la adscripción laboral.

Desde luego, además de un nombre -que en muchos casos se modificaba al cabo de un tiempo-, para poder competir en el marco de la FAPF las entidades debían contar con un campo de juego acondicionado -*field*-, una camiseta distintiva, estatutos, reglamentos y una Comisión Directiva (CD, en adelante). La trayectoria del club Ferro Carril Sud Tolosano puede resultar, en este sentido, ilustrativa: muchos de sus jugadores, además de compartir patrón de residencia en el barrio tolosano de Villa Rivera, trabajaban en el ferrocarril homónimo. Según rememora el boletín de prensa del club, tras compartir sucesivos partidos en “el campito de la calle 3” estos jóvenes “entusiastas, trabajadores y amantes del deporte”, decidieron fundar un club que cumpliera con “todas las formalidades legales”.¹⁶⁸ Así, en una primera reunión realizada en el domicilio de un vecino, a fines de 1923, se conformó la primera CD y dos comisiones auxiliares: una encargada de realizar la “conscripción de socios” en el barrio, debido a que las cuotas societarias constituían el principal sostén económico, y la otra encaminada a entrevistarse con las autoridades del ferrocarril Sud, “a fin de conseguir la cesión del campo de deportes de su propiedad”.¹⁶⁹

¹⁶⁷ Nota del club Nueva Paris (s/f), *Foja de correspondencia de la FAPF* (1927), Fondo documental del club Ateneo Popular.

¹⁶⁸ *Horizontes. Publicación mensual del Club Sportivo Villa Rivera*, año I, n° 7, diciembre 1936, p. 6.

¹⁶⁹ *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre 1936, p. 5.

En efecto, una de las principales exigencias solicitadas por la FAPF consistía en que los equipos jugaran en canchas acondicionadas y éste fue uno de los aspectos más problemáticos y urgentes al que se consagraron los primeros socios. Conseguir un terreno -público o privado- y acondicionarlo exigía largas gestiones, desembolsos de dinero y altas dosis de trabajo comunitario entre jugadores y primeros simpatizantes. Una de las modalidades más usuales consistió en alquilar terrenos a particulares o subarrendar canchas a otros clubes: fue el caso del citado Gutenberg, que alquiló el ex-campo de Gimnasia y Esgrima. En tanto, un socio del club América desliza en una entrevista que “la segunda cancha fue alquilada al señor Cortelesi, entre todos la alambramos y construimos una casilla que funcionaba como vestuario con bombas de agua para bañarse y que sirvió para las reuniones del club”.¹⁷⁰

Clubes como Nacional, Ateneo Popular y Ever Ready consiguieron la concesión “en carácter precario” de terrenos fiscales por parte del estado provincial, abonando por ellos un monto anual bastante menor que los clubes que arrendaban a particulares.¹⁷¹ Por ejemplo, los socios del club Nuevo Mundo (1927) se enorgullecían de haber transformado un terreno fiscal inundable situado en La Loma en un cómodo *field* “mediante la inversión de dinero y energías”.¹⁷² En tales casos, ciertos socios o dirigentes de clubes, valiéndose del capital social derivado de otros ámbitos -profesional, universitario o político-partidario- podían influir o tomar parte en las gestiones con funcionarios provinciales en pos de esa concesión -sin que estas gestiones, como veremos luego, fuesen percibidas por los socios como prácticas “políticas”-.

De manera que las primeras prácticas de los clubes consistieron en alquilar y acondicionar campos de juego, constituir CDs, captar socios en la zona de influencia y redactar estatutos y reglamentos. Al menos eso se deduce de la lectura de una foja perteneciente a la propia FAPF correspondiente al año 1927, la cual reúne distintas notas y documentos emitidos por los clubes afiliados.¹⁷³ Con menores o mayores variaciones, en estas fuentes los clubes se definen como asociaciones voluntarias sin fines de lucro y proclaman como su objetivo

¹⁷⁰ “El viejo club América de la barriada”, *El Satélite. Revista de los barrios platenses*, año VII, 2004, n° 38, pp. 2-3.

¹⁷¹ Ateneo Popular, en los años veinte, abonaba anualmente 50 pesos, mientras que un club como Ferro Carril Sud, que arrendaba terreno a un particular, pagaba 155 pesos anuales.

¹⁷² Nota del club Nuevo Mundo, *Foja de correspondencia de la FAPF (1927)*, Fondo documental del Club Ateneo Popular.

¹⁷³ Curiosamente, he hallado esta foja de correspondencia entre los documentos institucionales club Ateneo Popular (afiliado a la FAPF).

“fomentar la cultura física entre los asociados y la población” (club Nacional); o bien, “procurar la difusión de la enseñanza del músculo, a la vez que inculcar la cultura inherente al deporte del football” (club Every Ready).¹⁷⁴

El concepto de “cultura física”, central en los estatutos de clubes y en la prensa de la época -como bien ilustran las páginas de la revista *El Gráfico* desde 1919- denominaba un conjunto de prácticas, saberes y discursos surgidos en Europa y Estados Unidos a fines del siglo XIX a partir de la difusión de las gimnasias y los deportes modernos.¹⁷⁵ Ilustrado por el popular lema latino “mens sana in corpore sano”; o su variación almafueriteana, “fuerzas, músculo y salud”, el concepto aludía a un estilo de vida “moralmente” saludable, prototípico de la modernidad, basado en una relación integral entre el cuerpo y el intelecto de las personas.¹⁷⁶ Distintos discursos modernos como el médico-higienista, el jurídico, el pedagógico y el periodístico, cuyos portavoces tenían una notable capacidad de resonancia en la capital provincial, valoraban al deporte por su potencial civilizatorio, “por las energías que pone en juego, por su capacidad de forjar un carácter sano y auténtico y por funcionar socialmente como un antídoto contra ciertos males de la vida moderna como el hacinamiento, la fatiga, el stress, etc.”.¹⁷⁷ Dicho en los clásicos términos de Elías y Dunning, los deportes modernos promovían valores y pautas de conducta caras al proceso civilizador como la moderación de la violencia, el respeto por las reglas, el autocontrol, la disciplina, el sacrificio y la camaradería.¹⁷⁸

2.2 De los *fields* a las pistas: nuevas prácticas de sociabilidad barrial

“La creación de este club no debe significar para el barrio, únicamente, que unos cuantos muchachos jueguen al *foot-ball*; debe significar también el compromiso de todos sus componentes actuales y futuros de crear una institución grande y culta”.¹⁷⁹

¹⁷⁴ “Nota del club Ever Ready”, 6/4/1927, *Foja de Correspondencia de la FAPF*, s/p.

¹⁷⁵ Scharagrodsky, Pablo (coord.), *Mujeres en movimiento. Deporte, cultura física y feminidades* (...), op. cit.

¹⁷⁶ Tomamos esta definición de Bergel, Martín y Palomino, Pablo, “La revista *El Gráfico* en sus inicios: una pedagogía deportiva para la ciudad moderna”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n°4, 2000, pp. 103-124.

¹⁷⁷ Bergel y Palomino, op. cit.

¹⁷⁸ De acuerdo al postulado de Elías y Dunning, el deporte fue un componente clave del proceso civilizador británico entre las clases aristocráticas y la gentry de los siglos XVII y XVIII. En sincronía con los cambios sociopolíticos, desde la práctica deportiva se estableció una regulación de la violencia y la agresión, sustituyendo los antiguos juegos de naturaleza violenta por hábitos pacificadores y disciplinados. Ver: Elías, Norbert y Eric, Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

¹⁷⁹ Nota del Club Nuevo Mundo, s/f, *Foja de correspondencia de la FAPF*, s/p.

Estas palabras corresponden a uno de los socios-fundadores de Nuevo Mundo (1924) y fueron pronunciadas en ocasión de la asamblea fundacional. Expresan aquella voluntad, que distaba de ser exclusiva de esta entidad, por ampliar las esferas de actuación más allá del fútbol. A pesar de que esa *deseada* ampliación tuvo lugar, de hecho, en numerosos clubes, acordamos con Reyna cuando señala la escasez de indagaciones “que reparen en los fundamentos y mecanismos por los cuales los clubes trascendieron su actuación deportiva a otros planos asociativos”.¹⁸⁰

Esa voluntad por trascender el fútbol asumía una proyección territorial inmediata: el club debía contribuir al progreso del barrio -o la localidad, en el caso de El Dique, Romero o Abasto-; más aún, debía funcionar como su marca de orgullo. Pero vayamos por partes. Una vez formados, los clubes debían afrontar sucesivos gastos económicos derivados de la práctica y competencia futbolística: desde el alquiler y acondicionamiento del *field*, hasta la inscripción en los campeonatos y la confección de las camisetas para sus jugadores, entre varios otros. La mayoría de las fuentes consultadas indican la incierta y pendular marcha económica de los primeros meses o años de existencia; de hecho, muchos clubes-equipos, tras un mal campeonato y/o la escasez de fondos, se disolvían o fusionaba con otros, corroborándose en la región el cuadro de “fragilidad asociativa” ya señalado para ciudades como Buenos Aires y Córdoba.¹⁸¹

Siendo asociaciones sin fines de lucro en una sociedad capitalista, los clubes debían procurarse distintas fuentes de ingreso, las cuales provenían, en términos generales, de las cuotas societarias, la organización de eventos deportivos y/o recreativos, donaciones de socios honorarios u otras instituciones y, más ocasionalmente, de algún tipo de subsidio del estado nacional y/o provincial. Conseguir socios y socias en el territorio circundante fue el modo más inmediato de garantizar una entrada económica, sobre todo en los tiempos iniciales. Las campañas de “conscripción de socios” eran un ritual indispensable para todas las entidades. La permanente apelación del boletín del club Sp. Villa Rivera es en cierto sentido demostrativa de aquello: “Señor Socio: demuestre su amor al CLUB cooperando en la medida de sus fuerzas al

¹⁸⁰ Reyna, Franco, “El proceso de transformación de los clubes de fútbol en entidades sociales y deportivas en Córdoba, Argentina, en los años de entreguerras”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n° 11, 2018, p. 59.

¹⁸¹ Frydenberg, op. cit.

engrandecimiento del mismo. Haga porque sus buenos amigos se inscriban como socios”.¹⁸² En esta misma dirección, los estatutos se esforzaban por presentar a las entidades como sociedades abiertas e interclasistas, superando los tradicionales discursos de distinción y exclusión hegemónicos en décadas previas.¹⁸³ Como vimos en relación a las entidades fomentistas, el hecho de que en sus primeros artículos se estableciera que el club no hacía distinción de “razas, creencias o nacionalidades”, o bien, que “guardaba prescindencia en toda cuestión política o religiosa” puede concebirse como parte de ese mismo esfuerzo por propiciar el acercamiento del vecindario.¹⁸⁴

Además de la “conscripción de socios”, la organización de eventos recreativos fue otro de los modos centrales de recaudar dinero; y, a su vez, ampliar la base societaria. Las invitaciones publicadas en la prensa local dan cuenta de la profusión de festivales, bailes, torneos atléticos y picnics patrocinados por los clubes. Cada uno de estos eventos tenía distintos escenarios, dinámicas e incluso protagonistas; a continuación, desagregaremos los dos tipos de eventos más frecuentes en las décadas de 1910 y 1920: los torneos atléticos y las veladas danzantes.

La fiebre atlética y danzante

El 23 de mayo de 1926, el club For Ever envió una nota a la FAPF en la cual solicitó “se le declare fecha libre a todos sus equipos el domingo en virtud de realizar el sábado un festival para el mejoramiento de sus instalaciones deportivas”.¹⁸⁵ Por fuera de los *matches* disputados en el marco de dicha federación, los equipos tomaban parte en infinidad de partidos amistosos, festivales o torneos en beneficio de otros clubes, incluso en los festejos por el aniversario de la ciudad, como sucedió en 1918:

“Ante numeroso público se disputó ayer [19/11/1918] en el field del club Estudiantes la copa Studebaker, entre los cuadros de los clubs Everton, Sud América, Gutenberg y Sarmiento. Fue indudablemente un número sportivo digno de figurar entre los festejos que anualmente se rinden al natalicio de la ciudad (...) Los matches fueron lúcidos y despertaron en muchos momentos el entusiasmo delirante del público partidario de los bandos”.¹⁸⁶

¹⁸² *Horizontes*, año I, n° 1, junio de 1936, p. 4.

¹⁸³ Reyna, op. cit.

¹⁸⁴ CPBP, Expediente 264-L-33, Estatutos del Club Liverpool, s/f.

¹⁸⁵ Katz, Ricardo, op. cit., p. 51.

¹⁸⁶ “Sports. Football. El torneo de ayer”, *El Argentino*, 20/11/1918, p. 5.

Un partido amistoso podía funcionar como ritual de (re)encuentro entre comunidades barriales: el club Ferro Carril Sud jugó en 1925 un amistoso contra Defensores de Liniers, cuyos integrantes “eran descendientes de los primeros pobladores del barrio, y debido al traslado de los talleres de carpintería del Ferro Carril del Sud a Liniers, debieron radicarse en dicha localidad”.¹⁸⁷ Luego de ser recibidos en la estación de tren y antes de disputar un partido que culminó en empate, los visitantes fueron agasajados por los locales con un “almuerzo criollo” en la plaza del barrio donde rindieron “simpático” homenaje al fundador de Tolosa.

Asimismo, en beneficio de sus cajas sociales los clubes organizaron, por lo general de manera conjunta, “festivales” o “torneos atléticos” en canchas propias o alquiladas a otros clubes. Los programas de esos torneos combinaban competencias deportivas con números lúdicos: pruebas de pedestrismo, ciclismo, partidos de fútbol, carreras de embolsados, juegos de piñata, sorteo de rifas y concurso de bochas.

“Un gran éxito alcanzó ayer el torneo atlético organizado por el club Estrella de Berisso. Alrededor de 1500 personas concurren al campo de deporte a presenciar las distintas pruebas: 1-Match de football, “Petirossi” 0, “Defensores de Cambaceres, 0”. 2-Carrera de lentitud de bicicletas (...) 3- Carrera de posta. 4-Carrera de 400 metros (...).¹⁸⁸

“El torneo auspiciado por el Ateneo Popular resultó tal cual lo preveíamos, sobrepasando los cálculos más optimistas que abrigaba la comisión organizadora del club (...) Un público numeroso bordeó el field, concurrencia que se intensificó por la tarde al realizarse la segunda parte del programa [carreras pedestres y de bicicletas]”.¹⁸⁹

Este tipo de crónicas publicadas por la prensa nos permiten afirmar que los torneos tenían una considerable capacidad de convocatoria en los distintos barrios urbanos y suburbanos donde se ubicaban los *fields* de las entidades. La condición de socio o socia no resultaba excluyente: las personas accedían al campo mediante el abono de una módica entrada. El club organizador (o los clubes) obtenía(n) liquidez del cobro de entradas y de la inscripción a las pruebas atléticas. Entre quienes tomaban parte en las competencias, no sólo se contaban jugadores de fútbol sino también aficionados y aficionadas al pedestrismo y al ciclismo, dos

¹⁸⁷ “Un interesante acto deportivo”, *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre 1936, p. 6.

¹⁸⁸ “Deportes”, *Revista Nuestro Mundo*, Año I, n° 9, 6/6/1924, p. 9.

¹⁸⁹ “El torneo del Ateneo Popular”, *El Argentino*, 12/11/1923, p. 6.

deportes de creciente arraigo en la región, como demuestra la inclusión de las categorías “niños”, “niñas” y “señoritas”. Particularmente el ciclismo o “deporte del pedal”, cosechaba popularidad de la mano del Club Ciclista Platense y del Club Ciclista San Martín, entidades que organizaban frecuentes campeonatos en el Paseo del bosque de la ciudad.¹⁹⁰

En materia de pedestrismo, entre los años 1919 y 1925, se destacaron las populares actuaciones del Club Pedestre La Plata, cuyos corredores conquistaron sucesivas copas locales y actuaron en las Olimpiadas de Río de Janeiro de 1922. Sureda menciona en sus memorias haber “devorado semanalmente las hazañas de los velocistas y larguistas platenses” en las páginas de *El Gráfico*, cuyas fotografías recortaba para pegar en la pared de su dormitorio.¹⁹¹ Resulta oportuno capturar en dicha anécdota la articulación entre triunfo deportivo e identidad de pertenencia local, mediatizada por un medio de masas y las apropiaciones a las que daba lugar.

En síntesis, de modo paralelo a la competencia futbolística, y a menudo en pos de ella, mediante el auspicio de estos torneos atléticos, los clubes propiciaron prácticas deportivas plurales, a menudo hibridadas con elementos lúdicos, en las cuales participaron mayoritariamente varones, pero también mujeres, niños y niñas. Dicho de otro modo, propiciaron formas de sociabilidad en cuyo centro gravitaba el desarrollo de la cultura física.

Un segundo tipo de eventos recreativos organizado por los clubes para recaudar fondos fueron las “veladas danzantes” o “bailes familiares”. Motivos nunca faltaban: celebrar un triunfo deportivo, una efeméride patria, el aniversario del club, el de la ciudad o los carnavales; reunir dinero para un jugador lesionado o enfermo, para levantar la sede social, etc. En sus primeros años de funcionamiento, la mayoría de los clubes no contaba con sedes sociales demasiado amplias: en ocasiones las secretarías se improvisaban en habitaciones de casas de vecinos. De manera que las entidades alquilaban salones como el de la Unione Operai Italiana o Unione e Fratellanza. Aunque al parecer las “pistas” modestas tampoco se desestimaban: una vecina recuerda que a fines de 1920 el club América “era una casa común y corriente, tenía dos habitaciones y una cocina, y se bailaba en una de las piezas”.¹⁹²

¹⁹⁰ “Notas del ambiente local”, *El Argentino*, 3/12/1930, p. 6.

¹⁹¹ La popularidad del club es destacada en las memorias de Sureda, en su capítulo “Puños y piernas”, op. cit., pp. 95-97. Hemos consultado, además, la entrevista: “El simpático campeón Luis Suarez, en un descanso de su entrenamiento, nos cuenta sus performances”, *El Argentino*, 13/12/1931, p. 10.

¹⁹² “América. Viejo club de la barriada”, *El Satélite. Revista de los barrios platenses*, año VII, 2004, n° 38, pp. 2-3.

Tematizada en películas, memorias, ficciones literarias y fotografías de revistas, el impacto de aquella “fiebre danzante” se vuelve tangible en la enorme cantidad de invitaciones a bailes publicadas por la prensa local, la cual excedía a los clubes deportivos e incluía a un cúmulo de asociaciones de beneficencia, profesionales, mutuales y étnicas de la región.¹⁹³ Aquella fiebre no conocía fronteras: se propagaba internacionalmente al calor de la expansión de los fonógrafos, las formaciones musicales, la multiplicación de salones y academias de baile. Durante la década del veinte, el desarrollo de la industria discográfica y la incipiente radiofonía contribuyeron al fenómeno. El escritor argentino Roberto Gache, en su novela *Baile y filosofía* (1922), propuso una metáfora elocuente: “siendo hoy el baile la forma común de la expresión humana, los hombres que no bailan son (...) los analfabetos de los tiempos modernos”.¹⁹⁴

De acuerdo al clásico estudio de Pujol, en la segunda década del siglo XX la danza se democratizó en el territorio rioplatense: si el baile con orquesta contratada había sido hasta entonces un lujo para minorías, con el *boom* de los bailes públicos, “miles de inmigrantes y criollos urbanizados se acostumbraron a la experiencia corporal de la música.”¹⁹⁵ Para mediados de la década de 1910, y tras su consagración en los salones de baile europeos, el tango se convirtió en el “rey de los bailes modernos”: se bailaba en salones, cabarets, teatros, recreos, clubes y sociedades de fomento. Como indica Matallana, su danza implicaba otra forma de conexión física respecto de bailes precedentes: ahora las parejas estaban unidas por las manos y el hombre tomaba la cintura de la mujer para guiarla, estableciéndose una relación corporal sumamente próxima entre ambos bailarines. El “alarmante contacto” generado entre los cuerpos, sumado al clima de sensualidad y seducción típico de su danza, propició que socialmente se fueran estableciendo modos decentes e indecentes de bailar.¹⁹⁶

Al compás de las orquestas típicas, la concurrencia que asistía a los bailes de los clubes, danzaba “animadamente” hasta la madrugada: tango, valsés y milongas; desde mediados de los veinte, se incorporaron ritmos norteamericanos en boga como el shimmy, el foxtrot y el jazz. En los salones se encontraban los jugadores, los dirigentes de las CDs, grupos de “señoritas”,

¹⁹³ Tomamos esta expresión de los trabajos de Pereira acerca de la proliferación de “clubes danzantes” en Río de Janeiro durante la Primera República: Pereira, Leonardo Affonso de Miranda, “Os Anjos da Meia-Noite: trabalhadores, lazer, e direitos no Rio de Janeiro da Primeira República”, *Revista Tempo*, vol.19, n° 35, diciembre de 2013, pp. 97-116.1

¹⁹⁴ Cit. en Pujol, Sergio, *Historia del baile (...)*, op. cit., p. 87. La cita pertenece a la novela *Baile y filosofía* (1922) de Roberto Gache (Buenos Aires, 1891-1966), jurista, diplomático y escritor de comedias y novelas.

¹⁹⁵ Pujol, Sergio, op. cit.

¹⁹⁶ Matallana, Andrea, *Qué saben los pitucos. La experiencia del tango entre 1910 y 1940*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 57.

jóvenes y familias del barrio. Estas veladas daban lugar a múltiples interacciones sociales; contribuían a construir liderazgos y lealtades, a forjar o consolidar vínculos afectivos.¹⁹⁷ En numerosas ocasiones, como sugieren las memorias de contemporáneos e incluso más de un anecdotario familiar, propiciaban el “ritual del galanteo” que derivaba en noviazgos y posteriores matrimonios; en otras tantas, peleas entre “barras” de jóvenes.

De todos modos, es difícil acceder a registros institucionales que ahonden en las dinámicas de esas prácticas de sociabilidad aparentemente mundanas. En tanto práctica social, el baile escenifica la adopción de normas, valores, pautas de conducta, deseos y prejuicios de sus participantes y organizadores. Concretamente, el afán de los dirigentes porque la concurrencia guardara un “correcto” comportamiento se torna ostensible cuando en los libros de actas encontramos “sanciones” de un mes de suspensión para tal o cual asociado “en virtud de notas ingratas” o “incorrecciones” producidas durante los bailes. En este sentido, tanto Garguin como Troisi aportaron rica evidencia empírica acerca de los juicios y sanciones que los dirigentes de clubes platenses, en pos de preservar el “prestigio institucional” de la entidad, establecieron ante la “falta de corrección” de ciertos asistentes de fines de los años treinta. Las dirigencias institucionales, según Garguin, solieron incurrir en un estricto control de las moralidades y pautas de comportamiento consideradas “correctas” entre los y las asistentes de los bailes, aspecto sobre el que volveremos más adelante.¹⁹⁸

En conclusión, de modo paralelo a la disputa de los equipos en el campeonato amateur, para garantizar la entrada de dinero e incrementar la masa societaria, los clubes deportivos impulsaron distintas prácticas y formas de sociabilidad lúdico-deportivas y danzantes, las cuales se desarrollaron en escenarios como campos deportivos o salones, y propiciaron distintas interacciones, patrones de conductas y valores sociales entre sus asistentes. Para mediados de la década de 1920, buena parte de estos clubes contaban con una masa societaria estimada entre cien y doscientas personas.¹⁹⁹

¹⁹⁷ En este sentido, Bernaldo de Quiros precisa que “si deseamos ubicarnos en el universo del actor -y tomamos por ejemplo nuestra propia experiencia- debemos reconocer que la dimensión afectiva es un elemento de la interacción social. Por ejemplo la simpatía o antipatía por más irracionales que sean condicionan el sentido de nuestras relaciones”, en “La sociabilidad y la historia política”, op. cit.

¹⁹⁸ Garguin, Enrique, “Diferenciación e identificación de clase media en la esfera pública popular”, op. cit.; Troisi Melean Jorge, “El club Unión Vecinal y su dirigencia (1939-1946)”, op. cit., pp. 43-75.

¹⁹⁹ Promedio establecido en base a la totalidad de 7733 asociados de acuerdo a registros de la FAPF extraídos de Katz, Ricardo, *Historia centenaria de la liga amateur* (...), p. 76.

2.3 La hora de la cultura

El club “Estrella de Berisso”, fundado en 1921 en la localidad obrera homónima tras la fusión de distintos equipos de la zona, contaba con varias divisiones de fútbol que rápidamente se destacaron por sus buenas performances: en 1928, el equipo de primera división obtuvo el campeonato de la FAPF, que nucleaba a 52 clubes.

Por entonces Berisso reportaba un perfil portuario-industrial y un gran porcentaje de sus moradores inmigrantes trabajaba en los dos grandes frigoríficos, Swift y Armour.²⁰⁰ De hecho el nombre “Estrella” homenajeaba a una murga formada por trabajadores de uno de esos establecimientos. La sucesión de triunfos deportivos de la entidad cooperó para que su masa societaria aumentara rápidamente: a mediados de 1930, el club reunía más de 500 asociados/as.

Además de un campo de deportes, consiguió alquilar una “amplia sede social”, en la cual se llevaban a cabo torneos de ajedrez, practica de box y bailes. En esa sede, en 1935, Estrella libró al vecindario la biblioteca popular Pestalozzi, a la que asistían mayoritariamente los hijos de las familias inmigrantes y la cual se convirtió en una sala de referencia en la localidad.²⁰¹

Desde luego, no se trata de un itinerario excepcional: Estrella integra una lista de al menos veinte clubes deportivos de la región que, tras sostenerse en el tiempo, auspiciaron una biblioteca popular. En este sentido, Romero y De Privitellio han señalado la estabilidad y el prestigio institucional asociado al hecho de que las instituciones barriales fundasen bibliotecas.²⁰² Sin embargo, es prudencial advertir que estos autores no estudiaron casos de clubes deportivos sino, sobre todo, de asociaciones fomentistas. De todos modos, el señalamiento tiende a corroborarse en el caso de los clubes: si el fútbol y los torneos atléticos, como vimos, se desarrollaban en campos de deportes diseminados por el territorio, la

²⁰⁰ Durante las primeras décadas del siglo XX, la localidad se convirtió en uno de los destinos principales del flujo migratorio ultramarino europeo. Por tal motivo, experimentó un pronunciado ascenso demográfico: en 1914 contabilizaba 8874 habitantes, mientras que hacia 1947 esa cifra se había cuádruplicado. Debido al fuerte componente migratorio de sus moradores, florecieron allí las asociaciones étnicas: polacas, griegas, búlgaras, lituanas, checoslovacas, ucranianas, italianas, armenias, árabes, entre otras. Cfr: Lobato, Mirtha, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Entrepasados / Prometeo, 2001, pp. 45-48

²⁰¹ “Club Estrella de Berisso”, *El Argentino*, 12/10/1938, p. 6. El nombre adoptado para la sala homenajea al pedagogo suizo Johan Heinrich Pestalozzi (1746-1827). La sala cuenta con una “Biblioteca del Inmigrante” que atesora distintos tipos de libros en lenguas originarias donados por sus primeros animadores, entre quienes se destacaron Nicolás Pilipchuk, obrero frigorífico y el profesor Jorge Lullis.

²⁰² De Privitellio, Luciano, op. cit., p. 107; Gutiérrez y Romero, “Sociedades barriales (...)”, op. cit.

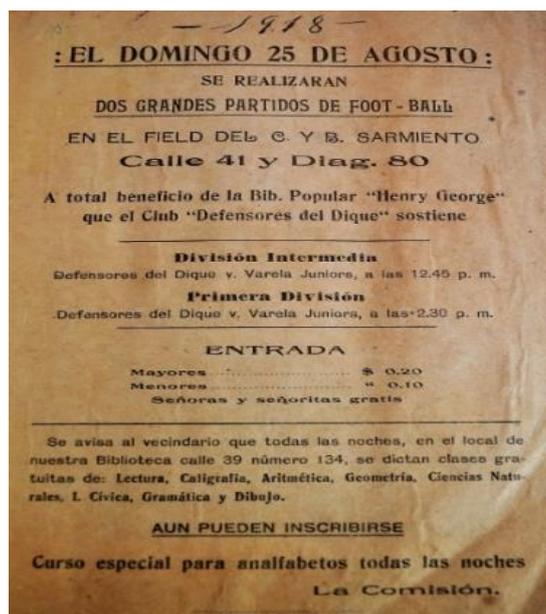
instalación de una biblioteca requería, en cambio, de un *lugar* donde reunir los libros y garantizar una relación “física, material, inmediata” con el público lector.²⁰³ Ahora bien, si asociaciones de fomento y clubes coincidían en el objetivo de “elevar el nivel intelectual del barrio” por medio de la “difusión de la cultura”, al mismo tiempo las trayectorias de los clubes revisten especificidades.

Durante los primeros años los clubes no contaban con sedes espaciosas sino con secretarías improvisadas en casas de vecinos, donde solían sesionar las CDs. La sede del club Gutenberg, por ejemplo, funcionó durante treinta años en domicilios particulares de dirigentes. Por eso, fue después de cierto período de funcionamiento que los clubes pudieron consagrarse a la “difusión cultural”. Como consigna el cuadro nº1 (ver anexo documental), catorce clubes deportivos fundaron bibliotecas después de un período considerable de funcionamiento (entre cinco y diez años), en la mayoría de los casos durante las décadas de 1930 y 1940. Ahora bien, sin desconocer esa generalidad, analizaremos a continuación la singular y en cierto modo pionera trayectoria club Ateneo Popular, que patrocinó una sala de biblioteca desde la década de 1910.

2.3.1 Un pionero en barrio Hipódromo: Ateneo Popular y biblioteca

Imagen 2.3.1.1: Afiche del club, 1918

²⁰³ Chartier, Roger, *Bibliotecas y librerías. Entre herencias y futuros*, Cerlalc, Bogotá, 2018, p. 43.



Fuente: *Libro de recortes de AP* (1927), p. 3

Este afiche integra el *Libro de recortes* atesorado por el club Ateneo Popular. La centenaria pieza reúne numerosa información: partidos de fútbol, el beneficio de una biblioteca, el dictado de clases gratuitas y cursos para analfabetos. Lo primero que sugiere es que las dimensiones “deportiva” y “cultural” se articularon desde el primer momento en la trayectoria de Defensores del Dique, club que desde 1919 pasó a denominarse Ateneo Popular.

Antonio López Torres y su hermano Manuel se contaron entre los jóvenes fundadores del club, cuyas actuaciones futbolísticas se remontan a 1913, cuando Defensores del Dique - referencia a la mencionada localidad portuaria- tomó parte en el primer campeonato patrocinado por la FAPF. De acuerdo a la reseña mecanografiada en el *Libro de recortes*, “aquel puñado de muchachos tenía demasiado que pensar para reunir el dinero con que adquirir los elementos propios del juego antes que preocuparse de actas, documentación, etc.”.²⁰⁴

En efecto, recién dos años más tarde, el 1º de octubre de 1915 se fundó oficialmente la Biblioteca y Club Atlético Defensores del Dique. Aunque hasta 1918 no disponemos de evidencia acerca de las actividades del club y su sala, resulta significativo que ya la nomenclatura fundacional combinase el motivo deportivo con el cultural. En 1918, el nombre de la institución cambió a Biblioteca Popular Henry George y Club Atlético Defensores del Dique. Si bien de duración efímera, aquel nombre elegido para la sala arroja ciertas pistas acerca de sus patrocinadores: el “georgismo” fue una corriente política que conoció una amplia

²⁰⁴ Fondo documental Ateneo Popular (FDAT, en adelante), “Constitución del club”, *Libro de recortes del club Ateneo Popular* (1927), p. 3.

difusión durante la década de 1910 entre universitarios reformistas -sobre todo en las universidades de Córdoba, Buenos Aires y La Plata-, abogados y pequeños comerciantes. A grandes rasgos, en el contexto de crisis generada por la Gran Guerra, los adherentes a las ideas del norteamericano Henry George (1839-1897) abogaban por una reestructuración del sistema fiscal nacional a partir de ciertos principios de progresividad tributaria: promovían, por ejemplo, un impuesto a la renta de los latifundios que supliría los gravámenes al consumo y la producción.²⁰⁵

El afiche también indica que la sala funcionaba en la zona Hipódromo del casco urbano. Lindante con Tolosa y a pocas cuadras de la estación ferroviaria, este “vecindario” constituía una de las zonas más antiguamente pobladas de la ciudad. Caballos, vareadores, vías férreas y studs componían los elementos típicos de su pulso cotidiano, que orbitaba en torno del Hipódromo local, fundado en 1884. Una porción significativa de sus moradores, de hecho, se dedicaba al entrenamiento y cuidado equino, y a todo tipo de actividades comerciales relacionadas con el popular “circo hípico”. Las carreras tenían lugar los jueves, domingos y feriados entre la una y las cuatro de la tarde; en tales ocasiones, la concurrencia “burrera” de distintos puntos de la región y localidades bonaerenses confluía en la arteria principal del barrio, la diagonal 80.²⁰⁶ El turf, como demostró Roy Hora, fue el mayor espectáculo deportivo entre los varones de las clases populares urbanas hasta la década de 1930, cuando el fútbol profesional comenzó a destramarlo. Si bien el dominio y el patronazgo de la actividad turfística correspondía a la clase alta, a diferencia de otros ámbitos deportivos donde los “hombres de fortuna” retrocedían al calor de la popularización deportiva, el hipódromo constituía uno de los mayores puntos de encuentro entre la alta sociedad y las clases populares en entreguerras.²⁰⁷ La trascendencia del espectáculo hípico en la sociabilidad de la capital bonaerense no sólo es advertible en la amplia y humorística cobertura periodística de las carreras ordinarias, sino también en las grandes carreras hípicas auspiciadas como parte del ritual de festejos del aniversario urbano. En 1919, un cronista de *El Argentino* destacaba que cada 19 de noviembre

²⁰⁵ Sobre el georgismo puede consultarse: De Lucía, Daniel “Liberalismo y revolución: los georgistas argentinos y la revolución rusa”, *Pacarina del Sur*, n°10, 2012; Grisendi, Ezequiel, “Contra *nuestro feudalismo*: Intelectuales y política en la expansión del georgismo en Argentina (Córdoba, 1914-2014)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], diciembre 2015.

²⁰⁶ Nicolás Cúcolo, carrerista y propietario de studs durante las primeras décadas de funcionamiento del Hipódromo local, señalaba que “la concurrencia congregaba gente venida de Buenos Aires, Quilmes, Lomas y otras localidades cercanas a La Plata”, en: “Los balbuceos del Hipódromo a través de las anécdotas de Don Nicolás Cúcolo”, *El Argentino*, 19/11/1932, p. 5.

²⁰⁷ Hora, Roy, “Introducción”, *Historia del turf argentino*, op. cit., pp. 9-33.

“el Hipódromo ha constituido el lugar de reunión ineludible para toda la población platense y todos los años se ha alcanzado grandes proporciones tanto en el éxito turfístico como en el social”.²⁰⁸

Precisamente en uno de los bordes de aquel barrio, sobre un tramo del bulevar que circunda el casco urbano, el club consiguió la concesión precaria, de parte del gobierno bonaerense, de una tierra fiscal por la cual abonaba una baja tarifa anual. Allí instaló su *field*, el cual, según describían con orgullo sus socios, “es uno de los mejores ubicados de la ciudad por estar entre dos líneas de tranvía, los números 3 y 4 a Puerto La Plata”.²⁰⁹ A pocas cuadras, el local de la biblioteca Henry George abría sus puertas cada noche para que vecinos y vecinas se instruyeran en diversas materias; o más aún, de acuerdo a la información alojada en el afiche, para que aprendieran a leer y escribir.

De modo que atendiendo un grupo etario que había perdido el tren de la escolarización, la sala Henry George se abocaba a una tarea previa a la difusión de la lectura: la alfabetización de adultos y adultas. Así, la oferta de cursos para analfabetos desafía la idea de una sala prestadora de libros a un “público lector”, indicando precisamente el rol de la biblioteca en la constitución de ese lectorado. Es probable que el préstamo o la consulta de material bibliográfico no fuera (aún) la actividad central. Se trata de un aspecto destacable ya que cierta acumulación de estudios sobre el público lector y los consumos culturales letrados de las décadas de entreguerras tiende a canonizar la imagen de una sociedad altamente escolarizada y alfabetizada, aspecto que si bien no podemos dejar de considerar en términos generales, al mismo tiempo contribuye a cierta invisibilización de las distancias culturales tangible en la evidencia empírica, sobre todo en los inicios del período de entreguerras, cuando las tasas de analfabetismo aún eran considerables. De hecho, el censo nacional de 1914 se refería a la “abrumadora cifra de analfabetos [35,1%] que hoy figura en nuestra población” aunque señalaba que en ese orden el país había avanzado “a pasos acelerados” y que en un porvenir muy próximo aquella cifra “quedaría reducida a su menor expresión”.²¹⁰

²⁰⁸ “La reunión extraordinaria de hoy”, *El Argentino*, 19/11/1919, p.5. Tras las carreras, por lo general buena parte de la “selecta concurrencia” se dirigía a los salones del Jockey Club local, ámbito de sociabilidad clave para los sectores encumbrados.

²⁰⁹ FDAT, *Libro de recortes del club Ateneo Popular* (1927), p. 4.

²¹⁰ *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914*, Tomo II, Población, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., 1916, p. 162.

Tras una asamblea general extraordinaria, en enero de 1919 el club adoptó el nombre “Ateneo Popular”. En ese cambio de nominación pueden haber incidido disputas internas entre grupos de asociados; y, de modo concomitante, la extensión de la prescindencia de la política como un *valor* entre las asociaciones de tipo barrial.²¹¹ Fue frecuente que a inicios de la década de 1920 referencias político-ideológicas como “Henry George” se diluyeran en pos de otras nominaciones más abstractas o simbólicas. Al igual que en las asociaciones analizadas en el capítulo previo, el artículo n° 23 de los estatutos del club consagraba que “está terminantemente prohibido a los socios que se hallen en el local o dependencias iniciar o sostener discusiones de carácter político o religioso”.²¹²

Sin embargo, tal como en las entidades fomentistas, las prácticas cotidianas de los actores desafían y tensionan esos discursos normativos. Tanto las gestiones con funcionarios públicos como los posicionamientos político-ideológicos ante hechos de conmoción pública fueron frecuentes en este club. Por caso, el 24 de agosto de 1927 la CD ateneísta decidió “suspender cinco minutos la sesión en homenaje a los obreros Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti recientemente electrocutados en Estados Unidos de Norteamérica”.²¹³

Si, siguiendo la premisa metodológica de Bruno Latour, la tarea de definir y ordenar lo social corresponde a los actores y no al analista²¹⁴, es oportuno destacar que para los propios dirigentes ateneístas la labor del club se circunscribía a tres órdenes de actividad: “social, cultural y deportiva”. La preeminencia que la actividad deportiva -y, en mayor medida, futbolística- tenía respecto a la “cultural” se desprende de los temas tratados semanalmente en las reuniones de la CD: el club recibía numerosas invitaciones a partidos amistosos y torneos atléticos de otras entidades, así como permanentes solicitudes de arrendamiento de su cancha. Reunión tras reunión, sus socios dirigentes discutían acerca de la formación de los *teams* y disponían las sanciones a los jugadores ante distintos tipos de falta, tales como no actuar en el puesto indicado por el capitán, retirarse del campo de juego sin motivos o las muy frecuentes ausencias sin aviso previo a los partidos.²¹⁵

²¹¹ De Privitellio, Luciano, op. cit., p. 141-147.

²¹² FDAT, *Estatutos del Ateneo Popular*, s/f, p. 4.

²¹³ FDAT, sesión correspondiente al 24/8/1927, *Libro de actas de sesiones ordinarias del club Ateneo Popular (1925-1930)*, p. 125.

²¹⁴ Latour, Bruno, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial, 2008

²¹⁵ FDAT, *Libro de actas de sesiones ordinarias del club Ateneo Popular (1925-1930)*.

A mediados de 1920, Ateneo se contaba entre los clubes de mayor prestigio de la FAPF con cuatro equipos en los que jugaban unos 130 asociados. Para 1927, su masa societaria se conformaba por un total de 239 varones (93%) y apenas 17 “señoras y señoritas” (7%). Como detallaremos luego, estas mujeres se involucraron en la organización de los eventos recreativos de la entidad, mientras que la actividad dirigencial y deportiva era de momento exclusivamente masculina. Respecto de esta última, el *Libro de recortes* del club sugiere que el fútbol no era el único deporte practicado, pues sus páginas se inauguran con una fotografía titulada “Atletismo- Año 1924”, en la cual decenas de jóvenes posan con camisetas portadoras de la insignia “A”, mientras en el centro, un hombre de traje -el entrenador-, sonríe a la cámara. Además, el libro incluye noticias sobre los torneos atléticos de 1924 y 1925, en los cuales los ateneístas se midieron con el popular club Pedestre.²¹⁶

Asimismo, en 1925 Ateneo organizó un primer “campeonato interno” de *basketball* entre asociados: el deporte norteamericano había sido introducido en Buenos Aires en 1912 de la mano de Mr. Phillips, primer director del Departamento de Educación Física de la rama local de la Asociación Cristiana de Jóvenes (Y.M.C.A) y conoció una rápida expansión en el país durante la década de 1920.²¹⁷ En suma, si bien el fútbol era el deporte de mayor popularidad, la descripción del campo de deportes del club ratifica la diversificación de la oferta deportiva: mediante el trabajo colaborativo de los socios, para 1926 el campo se había convertido “en una verdadera plaza de ejercicios físicos con cancha de *basketball*, de pelota al cesto, cancha de bochas y aparatos gimnásticos”.²¹⁸

En cuanto a la actividad “cultural”, para sus dirigentes estaba estrictamente asociada a la labor de la biblioteca. Durante los primeros años de 1920, las reuniones de CD registraron esporádicas menciones acerca de la misma, por lo general vinculadas al agradecimiento a socios, socias e instituciones por la donación de ejemplares y a modificaciones de los “turnos de guardia en la biblioteca”, los cuales eran cumplidos de lunes a lunes por distintos miembros de la CD. En este sentido es importante señalar que ésta sala aún no gozaba de protección de la CPBP, no revistiendo, por tanto, el estatuto de “popular”, ni beneficiándose de las compras bibliográficas a menor costo que dicha comisión garantizaba. La disposición de espacio físico

²¹⁶ FDAT, *Libro de recortes del club Ateneo Popular* (1927).

²¹⁷ Erdociaín, Luis, “La Asociación cristiana de Jóvenes, cofundadora del Deporte Argentino”, en *YMCA-Asociación Cristiana de Jóvenes 110 ° Aniversario 1902-2012*, Buenos Aires, Asociación Cristiana de Jóvenes, 2012.

²¹⁸ FDAT, *Libro de recortes del club Ateneo Popular* (1927), p. 4.

vuelve a asumir centralidad en relación al funcionamiento cotidiano de la sala: según la CD electa en 1924, si en “el orden deportivo” una de las mayores tareas era “la construcción de pieza y baños para los jugadores en el *field*”, en el “orden educacional” la prioridad consistía en “la adquisición de un más amplio y cómodo local para instalar secretaría, biblioteca y salón de clases públicas”.²¹⁹

El uso del vocablo “educacional” por parte de los dirigentes no resulta un detalle menor: es indicativo de la centralidad que asumían instancias instructivas como las clases públicas, las conferencias y los cursos para analfabetos y analfabetas. La actividad deportiva podía colaborar a esos fines: en 1923, Ateneo volvía a patrocinar un torneo atlético con *matches* de fútbol, carreras pedestres y ciclistas, circulando una rifa “a beneficio de la biblioteca y las clases públicas gratuitas”.²²⁰ Un afiche fechado en julio de 1926 invitaba al vecindario a una conferencia sobre “la tuberculosis como problema médico y social” e incluía, al final, el siguiente aviso: “combata el analfabetismo induciendo a las personas de su relación a que asistan a nuestros cursos gratuitos que se dictan los lunes, miércoles y viernes de 20 a 22 horas”.²²¹

A mediados de 1925, Ateneo alquiló un nuevo local social más amplio en el cual se instaló con mayor comodidad la biblioteca y también “una mesa de billar y otros entretenimientos lícitos para esparcimiento de los asociados”.²²² Desde entonces, la CD desplegó un creciente esfuerzo en pos de engrosar el caudal bibliográfico por medio del pedido de donaciones a vecinos e instituciones²²³; y de la organización de eventos cuyo motivo central fuese el libro. Por ejemplo, en 1929, se organizó en la sede del club un “festival danzante” consagrado al Día del libro: se solicitaba a los asistentes la donación de un ejemplar para engrosar la biblioteca “y realizar una obra educacional en beneficio de sus lectores”. El saldo fue positivo: se obtuvieron 70 ejemplares.²²⁴

La modestia del mobiliario de la sala se manifestaba con recurrencia en las reuniones de CD: en 1929, los libros yacían amontonados “en virtud de carecer de los muebles necesarios

²¹⁹ FDAT, reunión de asamblea general ordinaria correspondiente al 3/3/1924, *Libro de asambleas 1923-1944*, p. 6-7.

²²⁰ “Muy lúcido resultó el torneo del Ateneo Popular”, *El Argentino*, 25/5/1923, p. 5.

²²¹ FDAT, afiche del año 1926, *Libro de recortes del club Ateneo Popular (1927)*.

²²² FDAT, reunión de asamblea general ordinaria correspondiente al 22/01/1926, *Libro de asambleas 1923-1944*, p. 15.

²²³ En mayo de 1929, un miembro de la Subcomisión de Biblioteca informó a la CD que la “Dirección General del libro” había donado una partida de libros escolares “pidiendo que sean distribuidos entre los alumnos de las escuelas de nuestro barrio e hijos de los asociados”. *Ídem*, sesión correspondiente al 8/5/1929, p. 202.

²²⁴ FDAT, sesión correspondiente al 27/03/1929, *Libro de actas (...)*, p. 192.

para ese fin”.²²⁵ Esta primera etapa culmina cuando la biblioteca obtiene la protección de la CPBP: las añosas tapas del expediente indican su registro durante el año 1930.²²⁶

Por último, tanto la actividad “deportiva” del club como la “cultural” dependían de distintas entradas económicas, las cuales nos conducen al tercer orden de actividad del club, el “social”. Las cuotas societarias y los eventos recreativos reportaban la mayor entrada económica al club, mientras que un porcentaje menor correspondía a entradas de los *matches* de fútbol, partidas de billar en el local social y subalquiler de la cancha a otros clubes. Por último, el club percibía desde 1923 un subsidio de \$70 m/n otorgado por el gobierno bonaerense, producto de las “felices gestiones” de un asociado ante los poderes públicos provinciales.²²⁷ En el concurso de esas gestiones, como ya mencionamos, el capital social de los asociados de los clubes deportivos jugaba un rol determinante.

Ahora bien, si las cuotas de los socios y socias solían ser fluctuantes tanto mensual como anualmente -variando entre 150 y 300 personas-, los eventos recreativos, en cambio, tendían a garantizar saldos favorables. Torneos atléticos, picnics, bailes y festivales cinematográficos fueron auspiciados por Ateneo Popular con frecuencia mensual. Las reuniones de CD funcionaban como la instancia en que los dirigentes se dividían tareas de rigor: elaborar el programa del evento, invitar a otras entidades deportivas, contactar la orquesta, confeccionar rifas, enviar las invitaciones a asociados, reservar el medio de traslado en el caso de los picnics, organizar el servicio de buffet, etc.²²⁸

Más arriba hemos tematizado la centralidad de los bailes sociales y los torneos atléticos organizados por los clubes, de modo que aquí destacaremos el caso de los picnics y festivales cinematográficos patrocinados por esta entidad. Celebrados durante el verano en las costas del Río de La Plata, los picnics condensaban música, baile, números de variedades y práctica atlética. La actividad se desarrollaba en las playas de Punta Lara, La Balandra y Palo Blanco: la mayoría de las asociaciones impulsaron esta forma de sociabilidad estival en las décadas

²²⁵ *Ídem*, sesión correspondiente al 24/7/1929, p. 208.

²²⁶ CPBP, Expediente 319-L-30, Carátula del expediente, 1930.

²²⁷ FDAT, reunión de asamblea general ordinaria correspondiente al 23/3/1923, *Libro de asambleas 1923-1944*, p. 4.

²²⁸ A propósito de estas últimas, en 1926 la CD mocionó en favor de confeccionarlas con propagandas de casas comerciales, pues “con la suma percibida se saldaba el monto de confección”, en sesión correspondiente al 13/1/1926, *Libro de actas de sesiones (...)*, p. 31.

bajo estudio, pues ofrecía divertimentos para las distintas edades y evitaba a la entidad el alquiler de un campo de juego o salón.

El picnic que Ateneo organizó en febrero de 1925 estuvo “destinado a las clases públicas gratuitas que se dictaban tres veces por semana en el local social”. La CD envió una invitación a cada familia asociada, en la cual solicitaba: “hable a las personas de su relación e indúzcalas a que concurran al pic-nic”.²²⁹ De acuerdo a la crónica de la prensa local, los “excursionistas” partieron en coches de tren a primera hora de la mañana rumbo a Punta Lara. Con “selecta orquesta” en vivo, el domingo se deslizó entre bailes, partidos de fútbol, pruebas atléticas y números de hilaridad. Los gastos del traslado y comida corrieron por cuenta de la concurrencia; la comisión organizadora del club ofreció “a precios reducidos sándwich, fruta y cervezas”.²³⁰ El club no sólo obtenía beneficios de las entradas sino del servicio de buffet: en ocasión de la organización del picnic sucesivo, la CD decidió comprar “veinte cajones de cerveza y cinco cajones de sidrales, cuatro barras de hielo, y cigarrillos” para ofrecer a la asistencia.²³¹

Crónicas de la prensa y memorias institucionales supieron halagar continuamente el lucimiento y la animación de este tipo de eventos sociales.²³² Al elevar sus memorias del año fenecido, el presidente ateneísta saliente en 1927 consignaba la realización de diez fiestas, varias de ellas picnics, las cuales habían evidenciado “primero, el ascendiente que se ha ido infiltrando en el vecindario y segundo el entusiasmo, la camaradería y armonía que hoy por hoy se nota en la gran familia ateneísta”.²³³ Pero lo cierto es que, como en el caso de los bailes, también en el transcurso de los picnics la interacción social solía propiciar distintos tipos de conflictos, los cuales no pasaron desapercibidos para los integrantes de las CDs. Calificado como “incidencia”, se trató en una sesión el caso de un socio que en pleno picnic se apersonó en forma “por demás incorrecta” al presidente del club “en reclamo del premio que debía adjudicársele tras ganar una prueba pedestre”. La CD resolvió amonestar al asociado con una suspensión de tres meses, aduciendo que los premios habían sido anunciados antes de que se realizaran las pruebas en presencia de todos los competidores.²³⁴

²²⁹ FDAT, *Libro de recortes del club Ateneo Popular* (1927)

²³⁰ *Ídem*

²³¹ FDAT, sesión correspondiente al día 16/12/1925, *Libro de actas de sesiones*, p. 29.

²³² “Con el más franco éxito y animación se realizó el domingo un picnic (...)”, comenzaba una de las tantas crónicas publicadas en el diario *El Argentino*, “club Ateneo Popular. El picnic del domingo”, 20/01/1922, p. 3.

²³³ FDAT, “Fragmento de la memoria anual aprobada en la asamblea general ordinaria. 15/02/1927”, *Libro de recortes del club Ateneo Popular*.

²³⁴ FDAT, sesión correspondiente al 10/02/1926, *Libro de actas de sesiones*, p. 39.

El auspicio de festivales cinematográficos y de variedades en beneficio del club, o a menudo, de sus “clases públicas y biblioteca”, comenzó a mediados de la década de 1920, cuando el aún silente séptimo arte ya ocupaba un sitio indiscutido en el podio de los entretenimientos urbanos masivos, codo a codo con el Hipódromo y el fútbol. En 1927, como indica el estudio de Karush, Argentina se había convertido en el segundo mercado para las cintas de la industria de Hollywood.²³⁵ No deja de resultar sugerente la percepción situada del contemporáneo Sureda, quien opina que en una ciudad “tan quieta, tan repetida, tan idéntica a sí misma todos los días (...) el cine lo avasalló todo”.²³⁶ Trece salas de cine funcionaban a mediados de los años veinte en el casco urbano; una de ellas, la correspondiente al cine Opinión -Princesa desde 1928-, estaba ubicada a menos de diez cuadras del club Ateneo, en el palaciego edificio de la Società Unione e Fratellanza di Mutue Socorre.²³⁷ En tiempos de cine mudo, las funciones incluían proyecciones filmicas en actos amenizadas por orquesta, y además, espectáculos en vivo con músicos y músicas populares, ilusionistas, actores y actrices.²³⁸ La atracción del entretenimiento, sumada a la cercanía de la sala respecto del vecindario donde actuaba el club, garantizaron cierta popularidad a estos festivales. En los años cuarenta, entretanto, las películas comenzarían a ser proyectadas en salones y canchas de bochas de distintos clubes de la región.²³⁹

Para concluir con el análisis de esta primera etapa del Ateneo Popular, es productivo mencionar una reseña publicada por *El Argentino* en ocasión del décimo sexto aniversario institucional (1929). En ella puede leerse que el club se había salvado de sucesivos escollos y obstáculos gracias al “tesón de un núcleo de esforzados” quienes sustituyeron “el ambiente de indiferencia” por “un cálido y afectuoso entusiasmo”. De un tiempo a esta parte, Ateneo se

²³⁵ Karush, Matthew B., *Cultura de clase (...)*, op. cit., p. 26.

²³⁶ Sureda, Jaime, “Los cines”, op. cit., pp. 43-45.

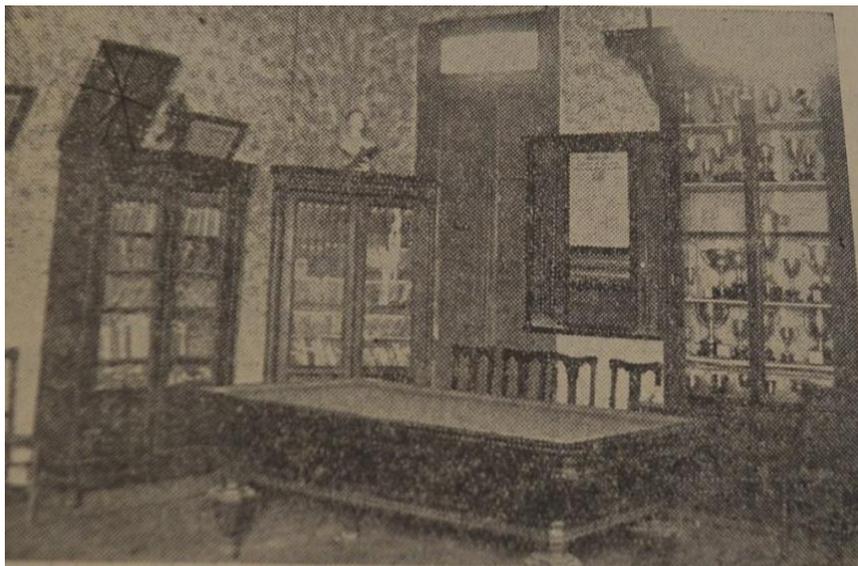
²³⁷ Esta sociedad mutual italiana fue fundada en 1883; su monumental edificio fue erigido en 1889 sobre la Diagonal 74. Sus amplios salones eran alquilados por distintas asociaciones que auspiciaban en ellos bailes, veladas teatrales y funciones cinematográficas. Tras décadas de abandono, en la actualidad distintos colectivos culturales buscan la puesta en valor del inmueble.

²³⁸ Por ejemplo, el Splendid, conocido como “cine de las familias” (12 e/56 y 57), contaba en 1925 con el concurso de tres orquestas: clásica, jazz band y típica. Ver: Bozarelli, Oscar. *Ochenta años de tango platense*, La Plata, Editorial Osboz, 1972, p. 48. La cifra de clubes es extraída de: Cendoya, Juan Pedro, *Cines de La Plata. Los lugares, los hombres, las historias*, La Plata, Universitaria de La Plata, 2014, pp. 80-86.

²³⁹ Según el testimonio de José Dachdje, pionero en la proyección de películas en entidades deportivas durante los años cuarenta, “en los clubes (...) la gente podía ir vestida como quería o llevar mate lo cual hacía que el evento fuese más práctico y accesible (...) Sobre dos mesas se ponía el proyector y la pantalla se armaba con una sábana a unos veinte metros de distancia. Se usaba el salón, como también podía usarse la cancha de bochas donde todo el largo se llenaba de sillas”, en “Proyectando ilusiones”, Revista *El Satélite*, año I, n°3, 1998, pp. 8-10.

había convertido en uno de los clubes de mayor prestigio en la FAPF; y pese a que muchas personas lo consideraban “como un simple club de fútbol”, uno de sus mayores méritos consistía en haber llevado el libro “a un ambiente donde poco se le conocía” mediante el mantenimiento de una biblioteca cuyo material “si bien reducido aún”, estaba a disposición “para quien deseara leerlo” y contaba “con un anaquel dispuesto para la donación de quien desee contribuir al mantenimiento del acervo común cultural”. Además, en la actualidad auspiciaba un ciclo de conferencias y clases públicas gratuitas. Pese a los estrictos recursos económicos, la biblioteca había proveído a “muchos escolares de los implementos necesarios para seguir sus cursos”: en el barrio Hipódromo, puntualizaba la reseña, se radicaban dos escuelas primarias de amplia matrícula -nº 66 y nº 7- y muchos escolares carecían de calzado o ropa para asistir a clase.²⁴⁰

Imagen 2.3.1.2 Interior de biblioteca y sala de billares de Ateneo Popular, 1929



Fuente: *El Argentino*, 12/10/1929

De las fotografías incluidas en la reseña, la correspondiente al interior de la sede social del Ateneo condensa un tríptico ilustrativo de las plurales prácticas patrocinadas por el club: de un lado, las glorias deportivas; del otro, la cultura letrada; en el centro, el componente lúdico. Acaso su mayor mérito, esquivo a otro tipo de fuentes, consista en capturar una zona de cercanías, préstamos y delimitaciones entre la cultura letrada, la sociabilidad lúdica y las

²⁴⁰ “El club Ateneo Popular celebra hoy su 16º aniversario”, *El Argentino*, 12/10/1929, p. 3.

prácticas deportivas. En este sentido, el Ateneo Popular se cuenta entre los primeros de su tipo que en simultáneo impulsaron los deportes y sostuvieron una biblioteca, con énfasis en los cursos de clases gratuitas y la alfabetización de vecinos y vecinas del barrio Hipódromo.

2.3.2 Ferroviarios, futbolistas y señoritas en Sp. Villa Rivera (1923-1936)

Un recorrido diferente ilustra la trayectoria del club “Ferro Carril Sud Tolosano” fundado en 1923 en Villa Rivera; o, de acuerdo a las palabras de sus asociados, “en el barrio de las <Mil Casas> paraje donde día tras día aumenta su población, y es entonces como queda demostrado que se necesita el deporte donde distraerse los días libres”.²⁴¹ Para este club, muchos de cuyos socios trabajaban en el ferrocarril, la inquietud por “difundir cultura entre los vecinos de la zona” se materializaría después de trece años de penas y glorias deportivas y toda serie de vicisitudes materiales, que logramos reconstruir gracias a su boletín de prensa titulado *Horizontes* (1936-37) y distintas noticias publicadas por la prensa local.

Como vimos en el capítulo anterior, Villa Rivera o “el barrio de las mil casas” se contaba entre las zonas más antiguas de Tolosa, la cual, tras el cierre de fábricas y el traslado de los talleres ferroviarios, comenzó a resurgir en las décadas del veinte y treinta de la mano de actividades comerciales, además de la ya consolidada actividad ferroviaria. Una de las primeras acciones que llevó adelante aquel núcleo de jóvenes ferroviarios fue reunirse con directivos de la empresa Ferro Carril Sud para conseguir la cesión de un terreno de su propiedad, donde el club estableció inicialmente su cancha. Sin embargo, la empresa canceló la concesión un año y medio después, de manera que debió arrendarse un terreno particular.

Para construir las casillas, los baños y dos canchas de bochas, los dirigentes solicitaron a socios y vecinos simpatizantes un pequeño empréstito que logró saldarse mediante el auspicio de sucesivos festivales en los que la “comisión auxiliar de señoritas” tuvo un rol protagónico. De acuerdo a una reseña institucional, dicha comisión se había conformado en 1926 en respuesta a un “llamado a la cooperación” hecho por la CD a las señoritas de la localidad, quienes en reiteradas oportunidades habían manifestado su interés por la prosperidad del club. Un “buen número de señoritas” acudió entonces a la secretaría y nombró allí a la primera comisión integrada por nueve de ellas, bajo las funciones de presidenta, vicepresidenta, secretaria, prosecretaria y vocales.²⁴²

²⁴¹ FDAT, “Nota del club Ferro Carril Sud Tolosano”, 31/3/1927, *Foja de correspondencia de la FAPF*, s/p.

²⁴² “Primera comisión auxiliar de señoritas”, *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre 1936, p. 16

En 1928, la CD adquirió un mueble biblioteca y realizó algunos trámites para obtener libros, pero la iniciativa no logró prosperar. A fines de la década, el club entró en una bancarrota “económica y moral”: sus dirigentes abandonaron funciones y la masa societaria se desgranó. Un grupo de socios solicitó entonces a Francisco Merlo, vecino y jugador veterano, forjado en el circuito futbolístico amateur, que presidiera nuevamente el club (ya lo había hecho en los inicios). Entre las acciones destinadas a reorientar la marcha institucional y sumar adherentes, por medio de una asamblea extraordinaria, un grupo de socios bautizó al club con el nombre del barrio: “Sportivo Villa Rivera”. Su nuevo presidente “Pancho” Merlo declaró, en 1930:

“Jamás he creído que los hombres dirigentes de instituciones deportivas, cumplieran acabadamente su misión de hacer obra patriótica, con la propulsión de tal o cual deporte (porque propagar el deporte es hacer patria). Yo creo que la obra edificante de todo cuerpo directivo, consiste en propagar y estimular principios sanos y virtudes nobles y el estímulo a la niñez estudiosa es una de las más bellas realidades en cualquiera de los órdenes de la vida. En esa forma obtendremos, en un futuro cercano, hombres fuertes, capaces e inteligentes, que harán honor a nuestra raza y a nuestra patria”.²⁴³

En consonancia con el himno almafuerteano, Merlo consagraba en su discurso una relación de correspondencia entre deporte y patria. Pero además, se trataba de “unir a la acción de la cultura física, la acción cultural en su faz social y educacional”.²⁴⁴ De hecho el motivo que guiaba su alocución no era otro que la presentación de un proyecto tendiente a estimular a la niñez estudiosa de las escuelas del barrio, premiando con medallas a los alumnos o alumnas con el mejor promedio y asistencia.²⁴⁵ Sin embargo, aquella iniciativa de “acción cultural” no prosperó. Debido al déficit económico, el club rescindió el alquiler del local social y trasladó su secretaría a domicilios de distintos socios, y luego, al cercano local de la liga de fomento Dardo Rocha (1929), que lo cedió gratuitamente por dos años. Por entonces, también trasladó su cancha debido a que obtuvo la concesión gratuita de un terreno de propiedad de un vecino domiciliado en Capital Federal.²⁴⁶

²⁴³ “Una iniciativa plausible”, *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre 1936, p. 16.

²⁴⁴ *Ídem*.

²⁴⁵ En Villa Rivera funcionaban dos escuelas: la n° 31 (1896) y la n° 89, inaugurada en 1930.

²⁴⁶ *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre 1936, p. 16.

“Cultivar la sociabilidad” mediante reuniones de diversa índole fue objeto de especial atención para los dirigentes de aquellos años.²⁴⁷ Ellos mismos sostenían que la organización de exitosos picnics en Punta Lara, matinées danzantes y kermesses en el campo deportivo garantizaba “un beneficio que permite saldar las cuentas y hasta dejar un módico remanente”.²⁴⁸ El saldo de los eventos, sumado al aumento de socios y socias tras la obtención de distintos campeonatos futbolísticos, derivó en la compra, a mediados de 1930, de un terreno particular en el cual se construiría la sede social del club: “la casa propia”, en palabras de sus dirigentes.

Imagen 2.3.2.1: “Un núcleo de los asistentes a la matinée danzante que ofreció el club Sp. Villa Rivera festejando el Día de la Raza”



Fuente: *El Argentino*, 14/10/1931

Efectuada la compra del terreno e incluso de los materiales, la situación financiera del club se tornó una vez más dificultosa: siquiera fue posible hacer frente a los gastos que demandaba el alquiler de la secretaría. Un almacén con “el mejor surtido en artículos de primera calidad”, según rezaba una publicidad ulterior del boletín de prensa, facilitó gratuitamente una sala provisoria a la cual, tras algunas refacciones hechas por el vicepresidente del club, se trasladó la secretaría.²⁴⁹ Integraban por entonces la CD “dos jóvenes entusiastas, Aurelio y

²⁴⁷ “Una iniciativa plausible”, *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre 1936, p. 16.

²⁴⁸ “Un club entusiasta y tesorero el Sp. Villa Rivera”, *El Argentino*, 21/1/1935, p. 8.

²⁴⁹ *Horizontes*, año I, n° 4, septiembre de 1936, p. 2.

Oswaldo, estudiantes universitarios, quienes encabezaron “un movimiento cultural”, el cual derivó en la fundación de una biblioteca, “que hacía tiempo las autoridades anhelaban fundar”. En paralelo, apareció el primer número del boletín, cuyo propósito consistía en dar a conocer las actividades de la entidad y su novel biblioteca al vecindario.

De acuerdo al recorrido institucional escuetamente trazado, la orientación “cultural” del ahora “club social y Biblioteca Sp. Villa Rivera” representó un cambio de rumbo para un club deportivo en crisis, que paradójicamente, ya había adquirido un terreno para levantar su sede social. Apenas fundada, la biblioteca del club recortó a la niñez del barrio como la principal destinataria de sus prácticas. El primer evento organizado, la Semana del libro, estuvo de hecho dedicado al alumnado de las dos escuelas del barrio y se llevó a cabo en el salón de la liga de fomento Dardo Rocha con el objetivo de recibir donaciones bibliográficas. Asimismo, un inciso reglamentario de la biblioteca establecía como uno de sus propósitos “facilitar en lo posible, libros y útiles a los niños que carezcan de medios necesarios para conseguirlos”.²⁵⁰

Paralelamente, desde las páginas del novel boletín, se promovía tanto la asociación vecinal - “Ayúdenos: hágase socio”, fue uno de los reiterados avisos incluidos en los pies de página- como la donación de ejemplares, con permanentes recuadros del estilo: “Un libro que no se lee pierde todo su valor. Si usted posee libros que no lee dónelos a la biblioteca del club”.²⁵¹ A modo de agradecimiento, los nombres completos de quienes donaban libros eran mencionados en la sección del boletín titulada “biblioteca”.

Según permite reconstruir dicha sección, en un primer momento los libros podían retirarse y devolverse de la secretaría del club cada domingo, de 9 a 11hs., para lo cual bastaba presentar el recibo de socio. Al cabo de unos meses, sin embargo, la sala comenzó a abrir sus puertas diariamente, de 16 a 19 hs.; y su reglamento interno consignó que “todos tienen derecho a solicitar libros, aún sin ser socios de la entidad”. Más aún, pronto comenzaron a dictarse en la sala distintos cursos gratuitos: de encuadernación, telegrafía, aritmética para adultos – destinado a los jóvenes aspirantes a ferroviarios- y para analfabetos.

En suma, lejos de la estabilidad institucional e incluso de la disponibilidad de espacio físico -pues durante los primeros meses, los libros se amontonaron en la improvisada secretaría- en la apertura de la biblioteca de este club parecen combinarse una necesidad específica en lo que respecta al acceso a los libros, sobre todo, para la población escolar de un barrio con dos

²⁵⁰ “Reglamento interno de la biblioteca. Cap. 3: de los lectores”, *Horizontes*, año I, n° 11, abril de 1937, p. 13.

²⁵¹ *Horizontes*, año I, n° 1, junio de 1936, p. 4.

escuelas de amplia matrícula; y una salida “cultural” vehiculizada por un núcleo de sus jóvenes dirigentes en vistas a garantizar la supervivencia institucional.

2.4 De honores masculinos y auxilios femeninos

Las singulares trayectorias de los clubes abordados permiten establecer ciertos ejes transversales asociados a las formas de honorabilidad masculina derivadas de las funciones dirigenciales, y en estricta correlación, a las dinámicas de participación femenina en el seno de las entidades. El proceso de diversificación de estas entidades hacia esferas recreativas y culturales tuvo su correlato en la complejización de sus estructuras institucionales, configuradas sobre la base de la periódica elección de las Comisiones Directivas (CDs.) y la posibilidad de constituir subcomisiones y/o comisiones auxiliares. De manera invariable, las CDs de clubes estuvieron compuestas excluyentemente por varones que, tras la elección por medio de la asamblea general de socios, asumían las funciones de presidente, vicepresidente, secretario, tesorero y vocales.²⁵² Acerca de los dirigentes de asociaciones barriales, sobre todo de carácter fomentista, los análisis históricos disponibles han destacado la preeminencia de varones adultos con cierto capital económico, social y/o cultural, por lo general profesionales, comerciantes o empleados, “vecinos conscientes” que mediante la participación asociativa conformaron una “elite barrial”. De Privitellio ha indicado la obtención de prestigio y “modestas formas de honorabilidad” derivada de la participación en las funciones institucionales, en general ocupadas por los mismos apellidos a lo largo de las décadas.²⁵³ En esta dirección, para evitar enfoques extemporáneos a los actores, resulta productivo la consideración de Garguin en relación a capturar los roles dirigenciales a partir del efecto social producido por la jerarquización de prácticas que, institucionalizadas, se tornaban extraordinarias, dando lugar a un proceso de diferenciación y distinción al interior de la comunidad barrial. Siguiendo a Bourdieu, aquellas prácticas no necesariamente implicaban “búsqueda de distinción” desde el punto de vista de la intencionalidad de los actores, aunque, en cualquier caso, “la práctica está destinada a funcionar como signo distintivo y, cuando se trata de una diferencia reconocida, legítima, aprobada, como signo de distinción”.²⁵⁴

²⁵² La estructura de cargos podía variar: ciertos clubes como Ateneo Popular contaban también con pro-tesoreros, pro-secretarios y revisor de cuentas.

²⁵³ Gutiérrez y Romero, op. cit; De Privitellio, op. cit.; Troisi y Reitano, op. cit.

²⁵⁴ Cit. en Garguin, Enrique, op. cit., pp. 1-2.

En el caso de los clubes de fútbol, la experiencia deportiva -o el capital social vinculado al ámbito deportivo- fue un aspecto por demás valorado a la hora de integrar las CDs: muchos de los dirigentes de clubes eran o habían sido jugadores. Francisco Merlo, el mencionado primer secretario y luego varias veces presidente del club Sp. Villa Rivera, “pertenecía ya al grupo de los veteranos después de honrosas campañas en Gutenberg, El Parque, etc.” y tenía “valiosas vinculaciones” en los círculos deportivos locales. Eduardo Gobello, vocal del mismo club en 1935, había jugado en todas sus divisiones, como el entonces tesorero Mario Salgueiro.²⁵⁵ Francisco Cabrera, marino de profesión, había jugado como delantero en todas las divisiones del Ateneo Popular; según *El Argentino*, era uno de los “deportistas más correctos y cultos del barrio Hipódromo” y se desempeñaba como secretario del club y delegado ante la FAPF.²⁵⁶

Sobre todo durante los primeros años, es posible que la composición dirigenal de los clubes reportara un perfil más popular que el de las entidades fomentistas, cuya dinámicas institucionales estaban más alineadas con las gestiones político-administrativas. Es complejo, sin embargo, incurrir en una generalización respecto de la composición social de las dirigencias de los clubes, la cual debiera ser respetuosa de las singularidades territoriales y temporales. Con todo, los perfiles de cada vecindario, barrio o localidad arrojan ciertos patrones: entre los dirigentes del Sp. Villa Rivera primaron los trabajadores ferroviarios; mientras, por caso, el club Sporting, emplazado en la zona norte del casco urbano, fue encabezado por varones profesionales -médicos, contadores, abogados- y empleados bancarios durante la década de 1930.²⁵⁷ En buena medida, esa composición tiende a reiterarse en varios clubes del casco urbano.²⁵⁸

Los dirigentes institucionales se autopercebían y representaban como propulsores de ciertos valores morales: el altruismo, el espíritu de camaradería deportiva, la cooperación, la responsabilidad, el sacrificio y la perseverancia. De acuerdo a la permanente representación propuesta por estos mismos dirigentes y por la opinión pública local, ese cúmulo de valores pugnaba contra el fondo de indiferencia y la falta de cooperación que caracterizaba “el

²⁵⁵ *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre 1936, pp. 6-8.

²⁵⁶ “Francisco Cabrera”, *El Argentino*, 12/9/1931, p. 8.

²⁵⁷ CPBP, Exp. 170-L-36, Informe de Inspección, 1/4/1936.

²⁵⁸ Así se desprende de distintas reseñas de clubes publicadas en la prensa local y del estudio de Troisi Melean y Reitano, op. cit.

ambiente”. Una reseña publicada en *El Argentino* sobre el Ateneo Popular y otra aparecida en el boletín del club Sp. Villa Rivera, ofrecen ejemplos ilustrativos en este sentido:

“Deseamos recordar a uno de sus más esforzados pioneros, Manuel López (...) Alma Mater de sus momentos más difíciles, cuando todo había que hacerlo en medio de la mayor indiferencia, indiferencia que a veces resultaba agresiva, no se ha dado tregua para convertir en sólida realidad, lo que apenas fue una anémica esperanza”.²⁵⁹

“En un barrio donde (...) no se experimenta ninguna inquietud espiritual en los distintos sectores de la sociedad, donde el materialismo ha sentado sus reales, dominándolo todo, allí, en ese barrio, esos jóvenes [del club], se atreven a emprender la lucha por el perfeccionamiento del espíritu, mediante una labor cultural sistemática y efectiva”.²⁶⁰

El “afuera” se representaba en términos morales, como el reino de la indiferencia y/o el materialismo. Desde luego, aquella dicotomía era indispensable para reafirmar el conjunto de moralidades positivas del polo enunciador. Historiadores como Adamovsky y Garguin han destacado precisamente la gravitación de esos valores morales en la configuración identitaria de una clase media que acabaría por articularse públicamente a mediados del siglo.²⁶¹ Distintas prácticas de sociabilidad como banquetes y homenajes fueron centrales para la construcción de los dirigentes como ejemplos de virtud moral. Tanto las solemnes alocuciones pronunciadas en aniversarios institucionales y festivales como los humorísticos versos aparecidos en el boletín del Sp. Villa Rivera, fueron claves en esa construcción:

“Aquí está García Emilio/ hombre probo y diligente/ que es activo presidente/ de un club modesto y sencillo. / Lo lleva por recta vía, pues es muy buen maquinista/ y con su charla hispanista/ habla de él todo el día (...)”.²⁶²

“No anda como su apellido [Malvestito]/ sino que viste correcto/ y aunque es muy grueso su aspecto corre como perseguido/ y a nuestro club, millonario/ lo ha de volver con esmero/ porque de él es tesorero/ este ilustre ferroviario”.²⁶³

²⁵⁹ “Ateneo Popular”, *El Argentino*, 12/9/1931, p. 10.

²⁶⁰ *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre de 1936, p. 19.

²⁶¹ Garguin, Enrique, “Diferenciación e identificación de clase media (...)”, op. cit.; Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, op. cit., caps. 7 y 8, pp. 177-216.

²⁶² “Rimando”, *Horizontes*, año I, n° 1, junio 1936, p. 9.

²⁶³ “Adivina, adivinador”, *Horizontes*, año I, n° 2, julio 1936, p. 4.

Aquel modelo de virtud moral construido en torno a la figura del dirigente, funcionaba como la garantía para que en la práctica cotidiana los miembros directivos tuviesen la facultad de juzgar conductas ajenas, calificarlas de “incultas”, “incorrectas”, “indecentes” y sancionarlas, como vimos en ocasión de bailes o picnics. Pero también las conductas propias: el presidente de Ateneo Popular se quejaba hacia 1927 de la falta de perseverancia y compromiso de numerosos miembros directivos que habían renunciado a sus funciones.²⁶⁴ Una reseña institucional publicada en el boletín del club de Villa Rivera advertía: “como si fuera una ley inexorable (...) a cada dirigente entusiasta, trabajador y digno, sigue otro, inactivo y desleal, que hace resentir la marcha de la institución”.²⁶⁵

En suma, si las memorias, los libros de actas de sesiones y los boletines de prensa de los clubes posibilitan dar cuenta de esa construcción en torno a los elencos dirigenciales, al mismo tiempo ofrecen testimonio de su creciente “poder de nominación”, es decir, de la “capacidad de dar existencia explícita, de publicar, de hacer público, objetivado, visible, decible” y producir sentidos sobre sus prácticas.²⁶⁶ En ese sentido, advertimos un fuerte contraste con la participación femenina en las entidades deportivas, caracterizada por un escaso poder de nominación.

Nuestro relevamiento documental indica que en distintos clubes de la región se formaron “subcomisiones femeninas” o “comisiones auxiliares de señoritas”. En principio la dimensión performativa de la nominación -sub o auxiliar- resulta un aspecto significativo: mientras las CDs eran garantes del ejercicio de la “democracia” institucional ejercida por los varones con capacidad de elegir y ser elegidos; las mujeres, en correlato con su inferioridad jurídica en la esfera pública, no tenían capacidad de ser votadas o elegidas para integrar este órgano de toma de decisiones. Pero sí de integrar comisiones de tareas específicas.²⁶⁷

Imagen 2.4.1: Integrantes de la CD del club Sp. Villa Rivera, año 1937

²⁶⁴ FDAT, “Memoria leída por el presidente del club Ateneo Popular, señor López”, *Libro de recortes del club Ateneo Popular* (1927)

²⁶⁵ “Breve reseña histórica de la institución desde la fundación hasta nuestros días”, *Horizontes*, año I, n° 7, diciembre de 1936, p. 16.

²⁶⁶ Bourdieu, Pierre, “Espacio social y génesis de las clases”, *Sociología y Cultura*, México, Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, pp. 290.

²⁶⁷ Fiebelkorn, Ayelén, “Instrumentos de feliz cultura. Representaciones y agencias de bibliotecas barriales platenses en torno a la niñez”, en Bontempo, Paula y Bisso, Andres (eds.), *Infancias y juventudes en el siglo XX. Políticas, instituciones estatales y sociabilidades*, CABA, Teseo Press, 2019, p. 182.



Imagen 2.4.2: Integrantes de la comisión auxiliar de señoritas del club Sp. Villa Rivera



Fuente: *Horizontes*, año I, nº 7, diciembre 1937, p.18 y 19

Numerosos análisis históricos de asociaciones pasaron por alto las funciones de estas primeras (sub)comisiones femeninas, o bien, las subestimaron, ratificando en el plano analítico la performatividad de la nominación. Desde el clásico estudio de Romero y Gutiérrez, se afirma que en ciertas instituciones barriales a las mujeres “se les asignaba una tarea ancilar e instrumental como la venta de rifas, recaudar fondos, organizar kermeses o reparto de juguetes”.²⁶⁸ Abordajes más recientes como el de Marcela Vignoli sobre las lectoras y socias

²⁶⁸ Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, op. cit., p. 86

de la Sociedad Sarmiento de Tucumán, han comenzado a brindar nuevas claves para atender a la participación femenina en las asociaciones culturales.²⁶⁹ Específicamente para el caso de los clubes en entreguerras, Reyna se refiere a la participación femenina pero desde la dimensión deportiva, en las formaciones de atletismo y básquet. Este autor pondera la autonomía femenina asociada a su participación deportiva, la cual permitió a las mujeres trascender el ámbito doméstico y ocupar nuevos espacios públicos. Con antelación a dicha participación, periodizada a inicios de 1930, indica que “las mujeres sólo tenían cabida en algunos clubes en la organización de fiestas y bailes”.²⁷⁰

En efecto, en los boletines institucionales y noticias recogidas por la prensa local, las comisiones femeninas aparecen vinculadas a la organización de eventos sociales como picnics, festivales y bailes. Pero estos eventos, según hemos demostrado antes, fueron vitales para el sostenimiento económico y el prestigio social de los clubes de la región. De manera que proponemos considerar bajo otra perspectiva, más cercana a los propios actores, a aquel conjunto de tareas presuntamente “menores” o “ancilares” vinculadas a la organización de eventos.

En 1926, los dirigentes del Sp. Villa Rivera afirmaron que la nueva comisión aportaría “una mayor vigorosidad moral y **económica**” al club.²⁷¹ Años más tarde, una crónica de un picnic organizado en Punta Lara destacaba “la propicia labor de la comisión de señoritas que no se han dado tregua hasta conseguir el éxito que hemos destacado”.²⁷²

Por medio de las crónicas publicadas en la prensa es parcialmente posible documentar la existencia de esas comisiones femeninas. Desde las fuentes institucionales resulta un poco más complejo y depende de la incierta conservación de memorias anuales o boletines institucionales. Las crónicas de la prensa tienden a replicar aquella presunta función secundaria o auxiliar: bajo el epígrafe “club atlético Elizalde”, un cronista de *El Día* comentaba que “la comisión auxiliar de señoritas secundará a los organizadores la noche del festival (...) como en festivales anteriores amenizará la velada una excelente orquesta”.²⁷³ En una modulación similar, *El Argentino* publicó la memoria del club Defensores de Cambaceres, de acuerdo a la

²⁶⁹ Vignoli, Marcela, “Educatrices, lectoras y socias. La irrupción de las mujeres en un espacio de sociabilidad masculino. La Sociedad Sarmiento de Tucumán (Argentina) entre 1882 y 1902”, *Secuencia*, n° 80, México, mayo/agosto 2011.

²⁷⁰ Reyna, op. cit., p. 63.

²⁷¹ *Horizontes*, n° 7, diciembre de 1936, p. 8. El subrayado es nuestro.

²⁷² “En una fiesta de juventud se congregó ayer Villa Rivera”, *El Argentino*, 8/12/1931, p. 13.

²⁷³ *El Día*, 3/3/1931, p. 6.

cual “la comisión auxiliar de señoras y señoritas, fue una digna colaboradora de la comisión saliente, ya que tuvo a su cargo, en forma elogiosa, danzas y festivales, como así brindó su entusiasmo en la disputa de los partidos de football”.²⁷⁴

Parece claro que los vínculos familiares con asociados o dirigentes de las CDs fueron un factor decisivo en el acercamiento de las mujeres a los clubes. Una socia de los primeros años del club América, afirmó en una entrevista que “las mujeres acompañaron a sus maridos conformando la subcomisión de damas”. Aunque las formas de participar podían ser, también, más informales e invisibles: un jugador de la misma entidad, recordó que su tía Liberata -cuyo nombre no formaba parte de la mencionada subcomisión- “lavaba todas las semanas 22 camisetitas, 22 pantalones, 22 pares de medias, y un día dijo: ¡no lavo más! porque los jugadores se secan con la camiseta y remató: -Si no le compran toallas, no lavo más”.²⁷⁵

De hecho no todos los clubes deportivos conformaron comisiones femeninas, como demostró el caso del Ateneo Popular. Aun así, las mujeres participaban informalmente en la organización de eventos: de modo recurrente, con posterioridad a los eventos recreativos, las CDs. del Ateneo mocionaron en favor de que se enviaran “notas de agradecimiento” a “señoras y señoritas” en virtud de la cooperación desinteresada en sucesivos bailes o festivales o tareas como la “colocación de los números de rifas”.²⁷⁶

En suma, con lo abordado hasta aquí es posible afirmar con de Certeau que las mujeres se involucraron en las numerosas artes de hacer cotidianas de los clubes deportivos, prácticas sobre las que existen escasos registros escritos y sobre las cuales será preciso continuar indagando.²⁷⁷ Para concluir, Dora Barrancos ha realizado un análisis sobre moral sexual en el período de entreguerras que resulta productivo en vistas a que continuaremos reponiendo modalidades de participación femenina en asociaciones. La autora observó que a medida que las familias obreras se asentaron en barrios o localidades que matizaban el carácter exclusivamente proletario de la identidad de sus residentes, correlativamente se amplió el control sobre la conducta moral exigida a las muchachas. Era casi imposible que una joven pudiera salir sola, ir al cine, a un picnic o al club sin la compañía de una familiar o amiga. Este

²⁷⁴ “La actividad desplegada por el club Defensores de Cambaceres en el año 1934”, *El Argentino*, 1/2/1935, p. 1.

²⁷⁵ “América. Viejo club de la barriada”, *El Satélite. Revista de los barrios platenses*, año VII, 2004, n° 38, p. 2.

²⁷⁶ FDAT, sesión correspondiente al 6/10/1926, *Libro de actas (...)*, p. 92.

²⁷⁷ de Certeau, Michel, “Valerse de: usos y prácticas”, en *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, pp. 35-48.

aspecto aparece vívidamente en las fuentes consultadas: en las memorias de Jaime Sureda, leemos: “¿Mujeres sola? Ni pensarlo (...) las muchachas salían a caminar por las tardes y mostrarse en grupo, generalmente tomadas del brazo, parlotando en voz alta y riendo a destajo para llamar la atención de los muchachos”.²⁷⁸ Sin embargo, según la misma autora, resulta también innegable “un aumento de la sociabilidad femenina con reglas más sueltas, produciendo preocupaciones entre los conservadores y también entre los más dispuestos a aceptar los nuevos tiempos”.²⁷⁹ Esta compleja dinámica entre una moralidad tutelada y el agenciamiento femenino será retomada en capítulos posteriores.

2.5 Una década de clubes con bibliotecas (1935-1945)

“Teniendo en cuenta que la populosa población de la zona oeste de la ciudad donde ésta institución actúa, no recibe casi los beneficios que brinda una biblioteca, por no existir ninguna en el radio nombrado y porque las existentes en otras zonas no llegan por razones de comodidad o falta de propaganda, su creación de esta manera vendría a llenar un claro bien notable”.²⁸⁰

En estos términos los socios del club Liverpool manifestaban la necesidad de contar con el apoyo de la CPBP para sostener la recientemente inaugurada sala de biblioteca. Fundado en 1926, el club había resuelto, en 1933, incorporar a sus actividades deportivas ordinarias “las culturales con la base de realización de un programa de extensión universitaria, artes prácticas y creación de una biblioteca”.²⁸¹ Este pasaje, así como el nombre elegido para la sala –“Joaquín V. González”-, permite identificar entre sus impulsores a jóvenes universitarios, tal como en el caso del Sp. Villa Rivera.

En la misma carta, los dirigentes explicaban que si bien el club contribuiría con una porción de lo recaudado en sus actos para sostener la biblioteca, de todos modos la suma requerida estaba “fuera del alcance de sus posibilidades”. Por eso, además de la protección de la CPBP, habían “solicitado al comercio local su cooperación”.²⁸² Es que la zona oeste del casco urbano donde se radicaba el club, conocida como “La Loma”, contaba con una

²⁷⁸ Sureda, op. cit., pp. 168-170.

²⁷⁹ Barrancos, Dora, “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras”, en Devoto, F. y Madero, M. (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 198-225.

²⁸⁰ CPBP, Expediente 264-L-33, Carta al presidente de la CPBP, 18/07/1933.

²⁸¹ *Ídem.*

²⁸² *Ídem.*

considerable cantidad de comercios. Su fácil acceso a la zona céntrica de la ciudad por medio de dos líneas de tranvía, y la venta de lotes a bajo costo, motivó la creciente instalación de familias comerciantes, empleados, empleadas y obreros de la construcción. Así, el otrora silencioso “vecindario” de casas dispersas y quintas de familias italianas, se fue tornando hacia 1930-1940 un “barrio populoso”, frecuentemente inundable, donde las cuadras asfaltadas convivían con calles de tierra y manzanas sin lotear.²⁸³

Si avanzada la década de 1920, La Loma era un “semillero” de clubes deportivos, al parecer no sucedía lo mismo con las bibliotecas.²⁸⁴ En el primer informe de inspección correspondiente a la sala del club Liverpool, el funcionario firmante ratificó la descripción de sus animadores: “Los jóvenes merecen ser apoyados por el empeñoso afán con que trabajan. La biblioteca ha empezado ya a servir a un radio de población que no cuenta con otro centro cultural”.²⁸⁵

La expansión de La Loma se inscribe en un movimiento de mayor alcance: el ascenso demográfico en la región durante la cuarta década del siglo no sólo es corroborable en localidades y barrios más antiguos, como Villa Rivera, la zona del Hipódromo, la localidad obrera de Berisso o el polo petrolero ensenadense, sino además, en áreas suburbanas hasta entonces escasamente pobladas como las del sudoeste del casco urbano, donde se advierte la fundación de (al menos) cuatro nuevos clubes en un radio de apenas veinte cuadras. Pero de modo general, entre la segunda mitad de la década de 1930 -pues el fuerte impacto social de la crisis parece haber quietado las aguas asociativas- y el primer lustro de 1940, tuvo lugar una nueva oleada de fundación de clubes: “Atenas” (1935), “Juventud” (1936), “Universitario de La Plata” (1937), “Instituto” (1939), “Unión Vecinal” (1939), “Victoria” (1939), “El Fortín de Zona Sur” (1939), “Universal” (1941), “Coronel Brandsen” (1942), “Juan José Castelli” (1943), “Aconcagua” (1944), “Azcuénaga” (1944).²⁸⁶ Como sistematiza el cuadro 2.2 (ver anexo del capítulo), a diferencia de muchos de los clubes de fútbol fundados en décadas anteriores, la mayoría de los surgidos en esta década auspiciaron y sostuvieron bibliotecas desde el momento de su apertura, o bien, las pusieron en funcionamiento enseguida.

²⁸³ Reitano, Emir, “Reconquista”, op. cit., pp. 16-22.

²⁸⁴ De acuerdo a los socios del club Nacional, radicado en La Loma, “en la zona existen ocho instituciones similares, casi todas afiliadas a la FAPF”, Nota del club Nacional, 1/04/1927, *Foja de correspondencia de la FAPF*.

²⁸⁵ CPBP, Expediente 264-L-33, Informe de inspección a cargo del Rector del Colegio Nacional, 15/10/1934.

²⁸⁶ Es probable que el número de entidades sea mayor, pero de momento no disponemos de evidencia empírica rigurosa para afirmarlo.

El club Victoria, radicado en el populoso barrio de Villa Elvira, o Universal, en el sudoeste del casco urbano, surgieron por iniciativa de jugadores deseosos de disputar en campeonatos futbolísticos. Pese a la profesionalización del deporte y la extinción de muchos de los clubes-equipos surgidos en los años diez y veinte, el fútbol amateur congregaba aún a una considerable cantidad de clubes cuyos *matches*, domingo a domingo, gozaban, según el periodismo, “nuevamente del aliciente y favor del público de esta ciudad, perdido un tanto por la invasión del profesionalismo”.²⁸⁷ Una muestra de la enorme popularidad que el deporte cosechaba entre los niños y jóvenes de barrios urbanos y suburbanos fue el “Campeonato de los barrios”, disputado en 1935 en el campo deportivo de GELP. Con una retórica fuertemente plebeya, y en línea con la consagración del dispositivo barrial analizada en el capítulo anterior, la cobertura periodística de este campeonato desarrollada por *El Argentino* se caracterizó por glorificar a “los muchachitos de las barriadas, tostados de sol, tatuados por la intemperie (...) aún bondadosos e ignorantes de los intereses egoístas y el afán lucrativo” del fútbol profesionalizado.²⁸⁸

Sin embargo, a mediados de la década de 1930, no todos los clubes se fundaban como consecuencia de la práctica de fútbol en baldíos o campitos; detectamos, en cambio, una mayor heterogeneidad de motivos y actores involucrados. El club Unión Vecinal, por ejemplo, surgió tras la organización de los concursos de carnaval a cargo de un núcleo de vecinos de la zona sudeste del casco urbano. Sus estatutos consignaban la necesidad de “fomentar las relaciones sociales, culturales y deportivas” para propender a “la elevación del nivel moral e intelectual de sus asociados y familiares”.²⁸⁹ De acuerdo al estudio de Troisi, inicialmente la entidad desarrolló escasa actividad deportiva; caracterizándose, más bien, por terciar en distintos reclamos edilicios y auspiciar juegos recreativos y una biblioteca.²⁹⁰

Otro ejemplo demostrativo de aquella heterogeneidad fue el surgimiento del club Universitario, el cual, como reconstruye el primer capítulo de la tesis de Hang, fue fundado en 1937 por un grupo de estudiantes y profesionales egresados de la UNLP quienes perseguían el

²⁸⁷ “Notas al margen del campeonato local”, *El Argentino*, 16/5/1935, p. 7.

²⁸⁸ “En el field tradicional de Gimnasia y Esgrima los pibes de los barrios alardearon ayer con su pasta de campeones”, *El Argentino*, 23/02/1935, p. 8.

²⁸⁹ *Estatuto del club Unión Vecinal*, cit. en Troisi Melean, Jorge, op. cit., 2002, p. 43.

²⁹⁰ Troisi Melean, op. cit., p. 56. A cinco años de su fundación, la entidad contaba con numerosas subcomisiones internas: fiestas, deporte, relaciones y fomento, auxiliar femenina, cursos y actos populares.

propósito de “estimular entre sus asociados el estudio de temas científicos y de interés general y el fomento de la práctica de todos los deportes”.²⁹¹

Por otro lado, algunos de los nuevos clubes surgieron de la mano de la popularidad de deportes como el box y el básquet. Dentro de los que se consagraron a la práctica de básquet, podemos mencionar, entre otros, a Atenas (1935) y Juventud (1936). La fundación del primero, en 1935, correspondió a un grupo ex basquetbolistas de GELP, donde el básquet se practicaba desde 1924. Años más tarde, Atenas incorporó el box y libró al público la biblioteca popular José Hernández, con libros “de la más variada temática y especialmente aquellos necesarios para los escolares de la zona”, mientras que desde 1947 auspició un Jardín de Infantes.²⁹²

En síntesis, más allá de las heterogeneidades originarias y de las singulares trayectorias institucionales, la mayoría de estos clubes coincidieron en la fundación de salas de biblioteca entre 1935 y 1945, década en la cual, además, también auspiciaron salas varios de los clubes surgidos en los años diez o veinte, como Estrella de Berisso, Cambaceres o el aludido Sp. Villa Rivera.

Lo cierto es que las bibliotecas fundadas en esta coyuntura fueron alcanzadas más inmediatamente por la acción de fomento del estado nacional y/o provincial. Es decir, la proliferación de salas auspiciadas por los clubes de la región convergió con un mayor impulso del estado en relación al fomento de bibliotecas en la década considerada. Atenderemos a la especificidad de esas acciones de fomento vehiculizadas por el estado nacional, por intermedio de la CPBP, en el quinto capítulo de esta tesis. Pero aquí conviene poner de relieve el hecho de que para acceder al fomento otorgado por la provincia bonaerense por intermedio de su Dirección General de Bibliotecas Populares creada en 1938²⁹³, las bibliotecas aspirantes debían

²⁹¹ A diferencia de otros clubes sociales y deportivos de la época, la autora menciona que la condición de estudiante o profesional de la UNLP resultaba excluyente para asociarse a esta entidad. Ver: Hang, Julia, “Política y sociabilidad en un club social y deportivo de la ciudad de La Plata”, cap. 1, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2018.

²⁹² “Atenas. Un verdadero grande entre los grandes”, suplemento 122º aniversario *El Día*, 19/11/2004, pp. 14-17. Este club es el escenario del cuento de Ricardo Piglia “El Laucha Benítez cantaba boleros”. Allí Atenas es retratado como un “desvencijado club de box”, con techo a dos aguas, paredes carcomidas y un gimnasio, donde tiene lugar el encuentro entre los protagonistas del relato: El Vikingo, un melancólico joven “con dulce rostro de galán de cine mudo (...) boxeador sin haberlo elegido, fatalidad de nacer con ese cuerpo espléndido y cerca del club”, y El Laucha, un diminuto varón de diecisiete años “que no se decidía entre su innato talento para el box y sus ganas de ser cantor de boleros”. Más allá de la anécdota, esta breve ficción transita una yuxtaposición de motivos culturales entretnejidos alrededor de la vida cotidiana del club sin dudas estimulantes para nuestra investigación.

²⁹³ De acuerdo a la Ley 4688, correspondía a esta Dirección fundar bibliotecas en todo el territorio de la provincia y fomentar éstas y todas las existentes; propender a la formación de bibliotecarios idóneos. <https://normas.gba.gob.ar/documentos/04Kn4fNV.pdf>

cumplimentar ciertos requisitos como garantizar el libre acceso al público durante (al menos) doce horas semanales, disponer de no menos de mil ejemplares y “adoptar un nombre que se referirá a una personalidad argentina”.²⁹⁴

Este último requisito no implicó mayores esfuerzos para las bibliotecas que habían sido fundadas bajo los auspicios de figuras como Joaquín V. González (club Liverpool) o Bartolomé Mitre (club Unión Vecinal), o incluso para aquellas que en algún momento de su trayectoria habían adoptado por *motus* propio el nombre de un o una connacional.²⁹⁵ Pero para otras entidades, la disposición implicó definir, discusión asamblearia mediante, una nueva denominación. Fue el caso de la biblioteca del estudiado Ateneo Popular: en sus comienzos se denominó “Henry George”; durante los años veinte y treinta asumió el nombre del club; por último, en 1945, en vistas a acceder al fomento provincial, adoptó el nombre de “Bernardino Rivadavia”.

Por su parte, la biblioteca del club Sp. Villa Rivera eligió el nombre del extensamente homenajeado “Domingo Faustino Sarmiento”. Al modo de esta sala, es probable que varias de las incluidas en los cuadros anexos de este capítulo se denominaran en un primer momento con el nombre del club -u otro- y lo modificasen a mediados de los años cuarenta en vistas a acceder al fomento provincial, el cual adjudicaba subvenciones monetarias tomando como criterio la cantidad de obras en disposición de cada biblioteca. De acuerdo a la normativa provincial, por lo menos el 50% de dicha subvención debía utilizarse para compras bibliográficas; mientras que el saldo restante podía destinarse a “alquiler del local, sueldo del personal, encuadernación y conservación de libros, adquisición o ampliación de anaqueles y material de enseñanza”.²⁹⁶ Por último, cabe señalar que la acción de fomento provincial alcanzaría también a salas

²⁹⁴ Decreto 9991/44 Reglamentando la Ley N° 4688, Cap. X, Artículo 22, Inciso 1, Disponible en: <https://normas.gba.gob.ar/documentos/05zy9Ph5.html>

²⁹⁵ Si bien no corresponde a la región platense, podemos citar un caso elocuente de una entidad deportiva que modificó su nombre al calor del clima de época de los años cuarenta. En 1943, los dirigentes del club y biblioteca de niños “Enrique Ling” (Santa Fé, 1935), cuyo nombre rendía homenaje al fundador de la gimnasia sueca Pehr Henrik Ling, convinieron por unanimidad que la entidad debía denominarse bajo el nombre de un prócer nacional. Entre los considerandos de la moción, argumentaron la necesidad de inculcar a los niños “sentimientos netamente argentinos y respeto a sus pro-hombres porque ellos influyen en la formación de los futuros ciudadanos” y además tuvieron en cuenta “los momentos que vive la nación”. Acto seguido, resolvieron denominar al club “General Manuel Belgrano porque su vida fue ejemplo de honestidad, desinterés y cariño hacia los niños”. Dispusieron, por último, “cambiar los colores del club, debiendo sustituirse el verde por el celeste”. Acta del club de niños Manuel Belgrano, reunión del día 26/6/1943, en Exp. n°6352-L-42, Archivo Gral. de la Provincia de Santa Fé.

²⁹⁶ Decreto 9991/44 Reglamentando la Ley N° 4688, Cap. IX, Artículo 17 y 18.

sustentadas por entidades fomentistas, abordadas en el capítulo previo, y por asociaciones culturales, como veremos en los próximos dos capítulos.²⁹⁷

²⁹⁷ Un dato elocuente en este sentido es que en 1949 se llevó a cabo el Primer Congreso Provincial de Bibliotecas Populares organizado por la Dirección Gral. de bibliotecas provincial. Asistieron representantes de unas 155 bibliotecas bonaerenses. De las 54 asistentes por el Partido de La Plata, 30 contaban con reconocimiento provincial. Cfr. *Primer Congreso Provincial de Bibliotecas Populares*, Provincia de Buenos Aires, Ministerio de Educación, Dirección General de Bibliotecas, La Plata, s/d, 1951.

Anexo documental del segundo capítulo

Cuadro 2.1: Clubes fundados entre 1900 y 1930 con salas de biblioteca

Nombre del club	Año de fundación	Nombre(s) de la biblioteca	Año de fundación	Zona/ Barrio
Club Everton	1905	Biblioteca popular Mario Sureda	1947	Casco urbano
Club Ateneo Popular	1915	Biblioteca Henry George/ popular Bernardino Rivadavia.	1915	Casco urbano Zona norte, barrio Hipódromo
Club Atlético Banco de la Provincia de Buenos Aires	1918	Biblioteca popular Florentino Ameghino	1945	Casco urbano Zona centro
Club Estrella de Berisso	1921	Biblioteca popular Pestalozzi	1935	Berisso
Club Defensores de Cambaceres	1921	Biblioteca popular San Martín	1938	Ensenada
Club Atlético Platense	1921	Biblioteca popular Juan Vucetich	1943	Casco urbano Zona sur
Club deportivo Romerense	1921	Biblioteca popular Romerense	1942	Romero
Club Nacional Sporting	1924	Biblioteca popular Alejandro Korn	1934	Casco urbano Zona norte

Club Sp. Villa Rivera	1924	Biblioteca Sp. Villa Rivera/ popular Sarmiento	1936	Tolosa, barrio Villa Rivera
Club Atlético Villa San Carlos	1925	Biblioteca popular Mariano Moreno	1925	Berisso, barrio Villa San Carlos
Club Atlético Liverpool/ Reconquista-Liverpool	1926	Biblioteca popular Joaquín V. González	1933	Casco Urbano. Zona oeste, barrio La Loma
Club Atlético YPF	1926	Biblioteca popular Destilería Fiscal de La Plata	1930	Puerto La Plata Ensenada
Club Atlético City Bell	1926	Biblioteca popular Florentino Ameghino	1936	City Bell
Club Atlético Chacarita Platense	1927	Biblioteca Chacarita Platense	1936 ca.	Barrio Cementerio
Club Social y Deportivo Villa Banco Constructor	1930	Biblioteca popular Belisario Roldán	1945	Berisso, barrio Villa Banco Constructor

Cuadro 2.2: Clubes fundados a partir de 1935 con salas de biblioteca

Nombre del club	Año de fundación	Nombre(s) de la biblioteca	Año de Fundación	Zona/ Barrio
Club Atenas	1935	Biblioteca popular José Hernández	1940	Casco urbano Zona sur
Club Social y Deportivo Unión Vecinal	1939	Biblioteca popular Bartolomé Mitre	1939	Casco urbano Zona sudeste

Club Atlético y Biblioteca El Fortín de Zona Sur	1939	Biblioteca popular Benito Lynch	1939	Casco urbano Zona sudeste
Asociación Cultural y Deportiva Universal	1941	Biblioteca popular Florentino Ameghino	1946	Casco urbano Zona sur
Club Deportivo y Cultural Juan José Castelli	1943	Biblioteca popular Florencio Sánchez	1944	Casco urbano Zona sudeste
Club Aconcagua	1944	Biblioteca popular Juan Vucetich	1945	Casco urbano Zona este
Club Cultural y Deportivo Miguel de Azcuénaga	1944	Biblioteca popular Alfonsina Storni	1944	Casco urbano Barrio La Loma

Capítulo 3

Asociaciones culturales, bibliotecas y universidades populares

Introducción

El 23 de mayo de 1937, cientos de personas se congregaron en la vía pública para alentar a sus corredores durante la carrera pedestre de cinco kilómetros organizada por el centro cultural y biblioteca “Alborada”. Tras un reñido final, aquel domingo por la mañana se impuso el corredor José Giordano, del club atlético Platense, quien fue galardonado con una artística copa, al igual que el segundo y tercer puesto.

La concurrida carrera fue una de las notas salientes de los actos conmemorativos por el décimo noveno aniversario de Alborada, los cuales continuaron el sábado siguiente con un festival en el cine Princesa organizado por la comisión auxiliar de señoritas. Aquella noche cosecharon aplausos el cantor Juan Ferri y sus hermanos guitarristas, la cancionista Lita Tiberti y un grupo de aficionados de la entidad que escenificaron la comedia dramática “Bendita seas” y la pieza cómica “Un drama pirandiliano”.²⁹⁸

El carácter heterogéneo de los festejos es ilustrativo de la pluralidad de prácticas que auspiciaba, en los años treinta, una entidad de carácter “cultural” como Alborada. Como intentaremos demostrar a lo largo de este capítulo, el auspicio de prácticas deportivas, artísticas y lúdicas desbordaban la dimensión letrada de la cultura, aunque al mismo tiempo, esa dimensión letrada, simbolizada en la biblioteca popular y sobre todo en las conferencias y las

²⁹⁸ “Actividades en biblioteca Alborada”, *El Argentino*, 20/05/1937, p. 7; “La prueba pedestre del Centro cultural y biblioteca Alborada”, *El Argentino*, 25/05/1937, p. 8. Escrita por el dramaturgo Alberto Novión (1881-1937), “Bendita Seas” había sido estrenada en el teatro Odeón en 1921, mientras que en 1956 sería llevada a la pantalla grande bajo dirección de Luis Mottura. Por su parte, la obra “Un drama Pirandiliano” corresponde al autor y director teatral Eduardo Ricardo Beccar (1901-1955), también letrista de populares tangos como “Titiriteros”, grabado por su amigo Carlos Gardel. Una semblanza de Beccar puede consultarse en: <https://www.todotango.com/creadores/biografia/315/Eduardo-Beccar/>

universidades populares, era precisamente la que distinguía a una asociación “cultural” de un club deportivo o una entidad de fomento.

A esos fines, este capítulo explora las trayectorias de dos asociaciones culturales surgidas en La Plata durante la década del diez: el centro y biblioteca “Sarmiento” (1914) y el centro “Vicente De Tomaso” (1918), más tarde denominado “Alborada”. Sin perder de vista las coordenadas geográficas y temporales en común, procuramos analizar cada asociación de acuerdo a la singularidad de sus motivos originarios e identidades sociales de sus animadores y animadoras; sus inscripciones territoriales, perfiles ideológicos y posesión de capitales económicos, sociales y culturales.

A mediados del siglo XX, las bibliotecas populares Sarmiento y Alborada se contaban entre las más completas y concurridas de la ciudad. Reconstruiremos la puntual inscripción que las salas tuvieron dentro de las entidades culturales homónimas y las novedosas experiencias de universidades populares patrocinadas por ambas instituciones durante las décadas de 1930 y 1940.

3.1 Las tablas y los anaqueles: Asociación Sarmiento

Según el tradicional matutino local, a inicios del siglo XX “el teatro nacional acababa de abandonar el picadero para conquistar los salones”.²⁹⁹ Si en Buenos Aires el teatro iniciaba su etapa moderna en 1902 cuando, como apuntara el crítico teatral Luis Ordaz, “la gente nocheriega descubría que en su calle Corrientes existía un teatro donde podía pasar horas felices viendo sainetes criollos (...)”³⁰⁰, en el caso de la novel capital provincial aquellas

²⁹⁹ “Una institución de cultura que realiza silenciosa y eficiente labor”, *El Día*, 18/11/1932, p. 14. En los referidos “picaderos” (arenas) actuaban payasos, domadores y equilibristas de los populares circos criollos finiseculares, espectáculo conformado por números acrobáticos, pantomímicos y teatrales. Ver: Pasolini, Ricardo, “La ópera y el circo en el Buenos Aires de fin de siglo. Consumos teatrales y lenguajes sociales”, op. cit.

³⁰⁰ Cit. en Pujol, Sergio, *Valentino en Buenos Aires. Los años veinte y el espectáculo*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1994, p. 27. Es necesario mencionar aquí que las décadas de entresiglos, concurrentes con la fundación y poblamiento de la nueva capital provincial, coincidieron con un fenómeno cultural de grandes dimensiones: el auge del criollismo popular; movimiento “inaugurado” de alguna manera –corte arbitrario en un *continuum* que se remonta hasta la poesía gauchesca de tiempos de la independencia- con la recepción masiva y la difusión a gran escala de *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández y *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, entre muchas otras obras del género. En efecto, la literatura e iconografía de temática criollista circuló profusa y masivamente en las décadas referidas y constituyó un vector clave en el proceso de integración sociocultural de aquella Argentina en pleno proceso de *modernización*. Para las funciones que el criollismo popular desempeñó en este sentido, v. la obra clásica de Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2006 [1988] y la reciente crítica de Adamovsky, Ezequiel, “La cuarta función del criollismo y las

primeras obras de contenido gauchesco se estrenaron en el Politeama Olimpo, teatro adquirido por la compañía de la familia Podestá en 1897 y que desde 1920 lleva el nombre de su primer director.³⁰¹

Si bien el más popular, el teatro-circo de los Podestá no era el único ámbito que ofrecía al público divertimentos criollistas. De acuerdo a la pesquisa de Natalia Di Sarli, entre 1890 y 1910 existían en la región decenas de locales menos convencionales en los que distintos grupos filodramáticos, surgidos al interior de asociaciones vecinales, étnicas o de fomento, auspiciaban funciones.³⁰² Precisamente en una de estas iniciativas vecinales de inspiración recreativo-criollista se inscriben los orígenes de la que se convertiría en la mayor biblioteca popular de la región: el “Centro Lírico Dramático Nacional El Cimarrón”, fundado el 5 de septiembre de 1903, fue el germen de la Asociación Sarmiento (AS, en adelante) sobre la que nos detendremos en este apartado.³⁰³

Con el fin de “estrechar los vínculos de vecindad” en tiempos en los que la ciudad se caracterizaba por una escasa densidad poblacional, un grupo de vecinos se dispuso a organizar veladas danzantes y teatrales en torno a la zona de la estación ferroviaria. El Cimarrón puso en escena algunas de las obras gauchescas de renombre en la cartelera porteña, como “Al campo” o “La piedra del escándalo” de Martín Coronado.

El diario *El Día* publicó en 1932 una reseña de la Asociación Sarmiento en la cual evocaba, con las notas de nostalgia de rigor, las “obras nacionales” ofrecidas por El Cimarrón, “inspiradas en la nobleza y patriotismo del hijo de las pampas”. Aquellas veladas teatrales de inicios de siglo no sólo habían sido meritorias por su “ambiente de familiaridad y cultura”, sino

luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, núm. 41, segundo semestre 2014, pp. 50-92. Como señalan ambos autores, además de aquellas expresiones literarias e iconográficas, la puesta en escena de las obras de temática criollista fue una manifestación característica del fenómeno. El circo criollo reunía a pequeñas multitudes allí donde se presentaba y fue un escenario privilegiado de este hecho sociocultural. En él mucho tuvo que ver la compañía de los hermanos Podestá, radicada en la recientemente fundada ciudad de La Plata.

³⁰¹ Nos referimos al Teatro Coliseo José J. Podestá, en la actualidad bajo gestión municipal.

³⁰² Seguimos aquí la periodización propuesta por Di Sarli, Natalia, *Historia del teatro en el período fundacional de La Plata* (1890-1930), Tesis de Maestría, Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de La Plata, 2014, p. 58. La autora explica que en la joven ciudad la actividad teatral coexistía en diversos circuitos: funcionaban once locales de teatros estables, siendo los más concurridos el Teatro Argentino (1890), con una oferta vinculada al repertorio lírico internacional, y el Politeama Olimpo, que desde la compra de la familia Podestá en 1897 se constituyó en la “puerta de ingreso” al sistema teatral nacional, auspiciando dramas, sainetes, zarzuelas y comedias.

³⁰³ Entre los fundadores de “El Cimarrón” las crónicas mencionan a José M. Silva, Francisco Vecchiarelli, Benito A. Moraña, Juan A. Martínez, Pablo Campanera y otros, “La A. Sarmiento celebra el 25° aniversario de su fundación”, *El Argentino*, 9/09/1939, p. 7.

además por haber formado actores y actrices de relieve para los escenarios argentinos.³⁰⁴ Pero como era “moneda corriente”, de acuerdo a la misma reseña, el centro había atravesado obstáculos asociados a que hombres de distintas ideas habían disputado el gobierno de la institución, la falta de alicientes se había apoderado del ánimo dirigencial, etc. Lo cierto es que hacia 1914 aquellos hombres trocaron la orientación recreativa de la institución por una “cultural” mediante la fundación de una biblioteca popular.

Herederas del prestigio social y del capital económico de la entidad precedente, la “Sección biblioteca” del ahora centro “Sarmiento” contó inicialmente con noventa asociados y cuatrocientas obras teatrales. Sin embargo, rápidamente logró diversificar su material bibliográfico, debido a que tras pocos meses de su apertura recibió, además de donaciones bibliográficas de distintos individuos respetables de la ciudad, la visita de un inspector de la CPBP, lo cual derivó en su inmediata protección. Asimismo, la biblioteca se contó entre las doce censadas en 1914 por la inspección del gobierno bonaerense abordada en el primer capítulo, según la cual la sala disponía de luz eléctrica y tenía capacidad para treinta lectores, aunque su promedio diario se estimaba en siete personas, cinco en sala y dos en sus domicilios.³⁰⁵

Ubicado en el microcentro del casco urbano, a pocas cuadras de la estación ferroviaria, el centro poseía una masa societaria integrada por profesionales -primeros egresados de la joven Universidad Nacional: médicos, ingenieros, abogados-, funcionarios públicos, empleados administrativos, docentes, maestras y estudiantes universitarios. Desde 1917, auspició distintas conferencias y cursos gratuitos: taquigrafía, contabilidad, ornato y figura, literatura, anatomía, castellano, caligrafía, historia, geografía, geometría, inglés y cursos para analfabetos. Dictadas por un grupo de universitarios y maestras, para asistir a estas clases no era requisito asociarse al centro; la única condición, al menos para determinadas asignaturas, consistía en ser mayor de 12 años.³⁰⁶ Si bien no disponemos de cifras, en las frecuentes

³⁰⁴ Se mencionaba a Rosa y Ana Arneodo, Silvestre Camacho, Juan Baudino y José M. Salas. “Una institución de cultura (...)”, *El Día*, 18/11/1932, p. 14.

³⁰⁵ El movimiento mensual de libros ascendía a 210, “Biblioteca Sarmiento”, *Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914/1915*, op. cit., p. 60. Como las restantes salas censadas, Sarmiento recibió aquel año la subvención monetaria otorgada por el gobierno provincial.

³⁰⁶ “Centro y biblioteca Sarmiento”, *El Día*, 12/12/1917, p. 4. Aquel año el plantel docente estuvo integrado por Luis Contarelli (h), Rodolfo Bezzicheri, Miguel Carrino, Diego López, Francisco Delbuono y las educadoras Matilde Barbero, Dominga Bazzana, Edelmira y Emma Archetti.

columnas publicadas por la prensa para difundir las actividades del centro solía informarse que la asistencia a los mismos era “bastante crecida” y aumentaba día a día.³⁰⁷

Esta temprana oferta de cursos gratuitos se convirtió en una marca distintiva de la entidad, funcionando como una instancia de legitimación y al mismo tiempo de transferencia de los capitales culturales de sus asociados y asociadas. Además de su proactiva obra educativa, el centro continuó auspiciando durante la década de 1910 un cuadro “dramático social” que protagonizó numerosas “matinéés teatrales y danzantes” y “veladas artísticas y danzantes” caracterizadas por la mixtura de piezas teatrales y musicales -dramas, comedias, monólogos, tonadillas, couplets, romanzas- y rematadas por un “gran baile familiar”, tal como indican los programas publicados en *El Día*:

1º Biblioteca Sarmiento, marcha por la orquesta. 2º El cuadro dramático social pondrá en escena la chistosa comedia titulada <Tancredi el Chacarero>. 3º La niña Ana María Jurado (La Lucerito) cantará varias tonadillas. 4º Romanzas por el aplaudido tenor Pedro V. Beynes. 5º Tonadillas y couplets por la tonadillera infantil Josefa Jurado (La Gitanilla). 6º El Señor Pedro Menéndez recitará el monólogo: <Cuento Inmoral>. A continuación se iniciará el gran baile familiar amenizado por una buena orquesta.³⁰⁸

Para este tipo de eventos, el centro alquilaba el salón de la Unione e Fratellanza. Las efemérides patrias, el aniversario institucional y el de la ciudad se establecieron durante por aquellos años como hitos ritualizados de celebración, en los cuales predominaron las formas teatrales de “género chico”.³⁰⁹ El éxito de las piezas artísticas protagonizadas por niños y niñas, el desempeño de actrices y actores del cuadro filodramático y la amplitud de la concurrencia, propiciaron el tono laudatorio de las crónicas periodísticas, que bajo la fórmula “éxitos halagüeños” o “brillantes contornos sociales y artísticos” sintetizaba el decurso de las veladas

³⁰⁷ “Centro y Biblioteca Sarmiento”, *El Argentino*, 25/06/1918, p. 4. El alto grado de visibilidad que los eventos de esta entidad asumieron en la prensa local es indicativo de la gran capacidad que tenía la institución de publicitar sus actividades.

³⁰⁸ “Centro y Biblioteca Sarmiento”, *El Día*, 9/12/1917, p. 4.

³⁰⁹ De acuerdo a González Velazco (op. cit.), en oposición al “genero grande” -ópera y repertorio universal- el “género chico” incluía comedias, pochades, juguetes, vodeviles, sainetes y revistas. Algunos de los integrantes del cuadro filodramático de Sarmiento fueron Leonor Rossotti, José F. Jurado, José A. Falbo, Antonio Via, José María Salas. El 8 de julio de 1918 el cuadro puso en escena “por primera vez en La Plata” el drama nacional de Alberto Vacarezza *La casa de Batallán*, “a beneficio de la biblioteca pública que sostiene”, en “Centro y biblioteca Sarmiento”, *El Argentino*, 3/7/1918, p. 6.

sarmientistas. En ocasiones, y tal como era frecuente en crónicas teatrales o de cinematógrafo, se incluyó una nómina de las familias asistentes.³¹⁰

El éxito de estos eventos resulta ilustrativo de la popularidad del baile ya tematizada; pero asimismo, del teatro como divertimento urbano para todas las edades -el cual, parafraseando a Pujol, supo *invadir* la vida cotidiana de una ciudadanía que en la década del diez *despertaba* a la democracia- y, de modo específico, la predilección por el género chico.³¹¹ De igual modo, no cabe duda de que estos eventos funcionaron como instancias claves en la construcción de prácticas distintivas y formas de honorabilidad entre asociados y simpatizantes del centro. Así, “en honor” de los profesores de las clases gratuitas Luis Contarelli (h), Rodolfo Bezzicheri y Miguel A. Carrino, se llevó a cabo en 1917 una gran velada teatral -con tonadillas, comedias y el drama nacional “Justicia de Antaño”- en cuyo entreacto el entonces presidente de la entidad, Juan A. Centeno, “hizo entrega de un artístico lápiz de oro a cada uno de los profesores”; mientras que el Señor José Contreras, en nombre del alumnado, les entregó “un pergamino y una medalla en testimonio de cariñoso recuerdo” y varias niñas, coronando la gratitud hacia los agasajados, arrojaron a “ramos de flores naturales”.³¹²

Por último, cabe destacar que el centro no permaneció indiferente a otro de los entretenimientos urbanos que, como vimos en el capítulo anterior, no cesaba de cosechar popularidad en la región. En 1917, el club deportivo “Sol de Mayo” se fusionó con el centro Sarmiento, que desde entonces auspició una “Subcomisión deportiva”. Los equipos de fútbol sarmientistas disputaron, desde entonces y por sucesivas temporadas, en los campeonatos de la Federación Amateur local. A su vez, las crónicas de los festejos del aniversario urbano de 1919 resaltaron las “destacadas actuaciones” que tuvieron los jóvenes atletas de casaca sarmientista en el “gran torneo atlético” realizado en el club Gimnasia y Esgrima.³¹³

La incorporación temprana del fútbol en esta entidad de impronta marcadamente cultural presenta una divergencia con respecto al modelo establecido por Romero y Gutiérrez según el cual “lo más difícil de incorporar eran los deportes. Los espectáculos deportivos fueron considerados competidores difíciles (...) el deporte por excelencia de las bibliotecas (...) era naturalmente el ajedrez”.³¹⁴

³¹⁰ Es oportuno señalar que el escritor Benito Lynch fue una de las plumas a cargo de las crónicas sociales de este matutino entre 1902 y 1923. Bajo el seudónimo de Thyon Lebic, Lynch publicó también cuentos y columnas satíricas sobre reuniones y costumbres sociales de los sectores encumbrados locales.

³¹¹ Pujol, Sergio, *Valentino en Buenos Aires (...)*, op. cit., p. 19.

³¹² “Centro y Biblioteca Sarmiento”, *El Argentino*, 20/11/1917, p. 4.

³¹³ “C. y B. Sarmiento”, *El Argentino*, 22/11/1919, p. 2.

³¹⁴ Gutiérrez y Romero, “Sociedades barriales y bibliotecas populares”, op. cit., p. 88.

Las dimensiones de la cultura y el acceso diferencial a subsidios públicos

El itinerario de la entidad en los años veinte es parcialmente reconstruible por medio de las memorias institucionales. Portadoras del relato oficial de la entidad, abordar estas fuentes implica el riesgo de asumir sin matices el punto de vista de quienes las escriben, es decir, los dirigentes institucionales -actores de los cuales, conviene reiterarlo, la historiografía se ha ocupado largamente-. Al mismo tiempo, la potencialidad de estas fuentes reside, entre otros aspectos, en la posibilidad de explorar los modos en que esos dirigentes ordenaban esas prácticas y construían discursos sobre ellas.

De acuerdo a quien presidió, en 1926, la por entonces “Asociación Sarmiento” (AS, en adelante), el ingeniero Arturo Albarracín Sarmiento, la aspiración institucional consistía en “llegar al máximo de actividades tanto en la cultura intelectual como física y social”. En esa dirección, la promoción de la “cultura intelectual” se encausaba por medio de la biblioteca, las clases públicas y las conferencias; la “cultura social” lo hacía mediante los usuales festivales artísticos y juegos de salón; en tanto que la “cultura física” era promovida a través de las prácticas de fútbol, atletismo y básquet, para las cuales se arrendaba un campo de deportes.³¹⁵ Es interesante capturar el sentido que el dirigente imprime al sustantivo independiente “cultura” en el sentido apuntado por Williams de un proceso general de desarrollo intelectual, social y físico.³¹⁶

A mediados de la década del 20, la AS contaba con un caudal societario de 400 personas, de acuerdo a las categorías de socios activos (313), honorarios (7), cadetes (80) y protectores (2). Es posible que hasta 1931, año de conformación de la primera “Sección Femenina”, las asociadas se contaran dentro de la primera categoría. Al respecto, resulta oportuno señalar que no sólo las CDs sino también las respectivas “subcomisiones” fueron encabezadas exclusivamente por varones hasta diciembre de 1930, momento en que se conformó la mencionada “Sección Femenina”, la cual reconoció el estatuto de “socias” a unas 75 mujeres quienes, según la memoria institucional, “cooperaban” en los festivales y las kermesses.³¹⁷

³¹⁵ *Asociación Sarmiento. Memoria anual del ejercicio 1926*, La Plata, 1927, p. 1.

³¹⁶ Williams, Raymond, “Cultura”, en *Palabras clave*, op. cit., pp. 88-89.

³¹⁷ *Asociación Sarmiento. Memoria anual correspondiente al período 1931*, La Plata, s/e., 1932, p. 10.

Las categorías utilizadas por Albarracín Sarmiento para ordenar las prácticas institucionales -“cultura social, física, intelectual”- resultan similares a las del club Ateneo Popular abordado en el capítulo anterior. Sin embargo, es fácil advertir la posesión de mayor capital social, económico y cultural de la AS respecto del club radicado en barrio Hipódromo. Este aspecto se vincula con uno de los puntos diferenciales de la trayectoria institucional “sarmientista” en relación a otras asociaciones platenses de entreguerras: un temprano y sostenido acceso a distintos subsidios públicos y beneficios materiales por parte del estado en sus distintos niveles. Para obtenerlos, a su vez, el capital “social” de la entidad jugó un rol central: la capacidad de socios o simpatizantes, entre los que se contaron diputados, senadores y funcionarios provinciales, de realizar gestiones para obtener subsidios públicos.

“Los gastos que demandan el engranaje social son importantes y con la sola cuota de los socios y entradas extraordinarias, está probado que no es posible hacerlo marchar (...) Fue necesario recurrir a los poderes públicos en demanda de ayuda, ya que nuestra obra contribuye en gran parte a solucionar un problema social que aún no está del todo consolidado (...) y es así como obtuvimos un aumento de \$300 m/n anuales en el Presupuesto Nacional y tenemos la promesa de aumentarnos en el provincial, ayuda en la que han cooperado muy eficazmente nuestros consocios Diputados Nacional Edgardo J. Miguez y Senador Provincial Escribano Alfredo Sosa, a quienes la institución les debe quedar muy agradecida.”³¹⁸

Pasajes de contenido similar se reiteran en los balances institucionales de la asociación, dando cuenta de la naturalización, la pervivencia y el éxito de estos mecanismos de negociación entre los socios con cierta influencia política y los poderes públicos. Este tipo de agradecimientos se publicaban sin resquemor en las memorias institucionales porque la posibilidad de recibir subsidios públicos estaba contemplada en los propios estatutos institucionales. Aunque en la práctica, desde luego, el éxito o fracaso en su obtención tenía más que ver con la influencia o capacidad de negociación de sus asociados.

Entre los análisis históricos que atienden a las distintas conexiones entre asociacionismo cultural y poder político, la Sociedad Sarmiento de Tucumán, estudiada por Vignoli, puede traerse a colación como un caso emblemático: entre 1900 y 1909, sus dirigentes -en ocasiones diputados o futuros gobernadores- construyeron, desde la entidad, estrechos vínculos con el poder político, los cuales les permitieron obtener numerosos subsidios y avanzar en ambiciosos proyectos como la creación de una universidad provincial. Así, si bien

³¹⁸ *Ídem*, p. 8.

la sociedad “se pretendía al margen de la política, formaba toda una trama de relaciones que se articulaban sin duda con la cultura política local”.³¹⁹

Atendiendo a esa misma conexión entre asociacionismo cultural y poder político, podemos vislumbrar cómo los dirigentes institucionales sarmientistas se apropiaron del argumento de la funcionalidad social de la asociación cultural- “nuestra obra contribuye a solucionar un problema social (...)”- a la hora de postularla como merecedora de la protección oficial, mecanismo advertido por Agesta para el caso de las asociaciones culturales del sudoeste de la provincia de Buenos Aires.³²⁰ Y, en efecto, la apelación rindió sus frutos, ya que la AS gozó de protección oficial tempranamente: no sólo en materia de subsidios, sino en la protección que desde el año 1914 le dispensó la Comisión Protectora a su biblioteca, a diferencia de otras salas de la ciudad, protegidas más tardíamente.

A la luz de estos factores materiales, no resulta extraño que la sala de biblioteca se convirtiera en el “más justificado timbre de honor” de la AS, la cual, de acuerdo a la citada memoria institucional, hacía sus votos por el bien común y por “llevar a buen término las palabras del gran Sarmiento: Educar es gobernar”.³²¹ Su céntrica sala abría todos los días de 20:30 a 23:30hs; en apenas una década, sus anaqueles lograron reunir la abultada cifra de 5559 libros y 1422 folletos.³²²

Cuadro 3.1.1: Movimiento bibliográfico de BP Sarmiento, año 1925

Clasificación	Volúmenes consultados
Obras generales	2996
Literatura	392
Historia y geografía	245
Ciencias sociales	167

³¹⁹ Vignoli, Marcela, “Asociacionismo, cultura y política en tiempos de crisis, la Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1900-1909”, *Travesías*, n°12, 2010, p. 195.

³²⁰ Agesta, María de las Nieves, “Ni contigo ni sin ti. Bibliotecas populares, asociacionismo cultural y acción estatal en el sudoeste bonaerense (1880-1930)”, *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 23(2), pp.169-198.

³²¹ AS. *Memoria del ejercicio 1926 (...)*, op. cit., p. 8.

³²² La clasificación “folletos” aludía a revistas, publicaciones oficiales y también novelas de muy bajo costo y tiradas masivas en boga en los años diez. De Diego, José Luis “Editores, libros y folletos”, en *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*, Buenos Aires, Ampersand, 2015, pp. 113-139.

Bellas artes	106
Ciencias Puras	87
Filosofía	78
Filología e idiomas	48
Ciencias aplicadas	48
Religión	25
Total obras consultadas	4192

Fuente: *Asociación Sarmiento. Memoria institucional de 1926*

El hecho de que las “obras generales” -con frecuencia, los libros más costosos- encabezaran el movimiento bibliográfico en la sala de la AS, sugiere que una considerable porción de usuarios y usuarias eran estudiantes de los niveles secundario y universitario -4057 varones (97%) y apenas 135 mujeres (3%)-, quienes debían consultar en sala debido a que este género de obras no solía prestarse a domicilio. De este modo, no resulta sorprendente que la consulta en sala (2483 ejemplares) superara los préstamos domiciliarios (1709).³²³ Este perfil de lectorado vinculado a los distintos niveles educativos sería ratificado diez años más tarde por las inspecciones de la CPBP de la década del treinta, como atenderemos más adelante.

Si bien constituían su “piedra angular”, el fomento de la “cultura intelectual” no se agotaba en los libros: las conferencias impartidas por consocios y las clases públicas eran otro motivo de orgullo institucional, aunque el funcionamiento de estas últimas, tal como era frecuente, estaba supeditado a la disposición de espacio físico. Precisamente por falta de espacio, durante el año 1926 las clases debieron ser suspendidas, reanudándose el dictado de aritmética, lectura, dactilografía, historia, literatura y geografía al año siguiente, cuando la AS arrendó un nuevo local, cuya amplitud permitió también “ampliar la sección de billares y juegos de damas y ajedrez” y adquirir un piano, “para mayor solaz de los asociados” que tomaban parte en los festivales “culturales y artísticos”. Organizados por una “subcomisión de fiestas” conformada por cuatro socios, estos festivales satisfacían “las más extremas exigencias”: su

³²³ Por ejemplo, durante 1926 la consulta de material en sala alcanzó los 2483 ejemplares contra 1709 préstamos domiciliarios.

“desbordante” y “selecta concurrencia” se integraba no sólo por adherentes sino también por “personas ajenas a la institución que nos han hecho el honor de concurrir”.³²⁴

En palabras de sus animadores, “a la par de la cultura intelectual tiene que ir la física, forma de hacer hombres fuertes con estas dos funciones humanas”.³²⁵ Así, si bien el fomento de la cultura intelectual tenía un mayor peso institucional, el fomento físico se concebía como su complemento indispensable; más aún, la cultura física no escapaba a la permanente construcción de discursos morales por parte de los dirigentes: el hecho de que sólo uno de entre los más de cien jugadores de fútbol de la AS hubiese sido suspendido era consignado en las memorias como otra “nota de honor”, un saldo que justificaba la “prédica constante por la cultura de nuestros asociados”.³²⁶

Por supuesto, la práctica deportiva exigía otro espacio físico. La AS arrendaba desde 1917 un terreno en las inmediaciones del Hipódromo, a pocas cuadras del local social. El fútbol era el deporte más popular -con seis *teams* en la FAP- aunque no era el único, pues también se practicaba atletismo y básquet (como en el caso de Ateneo, incorporado a mediados de los veinte). En ese campo deportivo, AS organizó populares “torneos atléticos” de similares características a los patrocinados por Ateneo Popular, a veces en conjunto con dicho club.

Pero a fines de los años veinte, la AS debió desalojar aquel terreno porque se construiría allí un colegio. Ante la inesperada situación, según las memorias institucionales, se tuvo en cuenta que un “particular” había efectuado a la AS “la transferencia de unos lotes de tierra fiscal”, y paralelamente se gestionó “la concesión de otros lotes”. Gracias a un ventajoso convenio con una empresa constructora, se inició la construcción del nuevo campo de deportes en la zona norte del casco urbano, sobre un terreno de 120 x 72 metros, inaugurado en 1931 con un convocante torneo atlético en el que participaron los clubes Estudiantes, Ateneo Popular, Everton, Nacional y For Ever.³²⁷

En síntesis, los pormenores ligados a la puesta en marcha del nuevo campo de deportes de la AS, ratifican aquella considerable capacidad de gestión y el saldo exitoso de las negociaciones llevadas a cabo por ciertos socios con influencias sociales y políticas. Así, se

³²⁴ *Asociación Sarmiento. Memoria del ejercicio 1926*, op. cit., pp. 5-6.

³²⁵ *Ídem*, p. 1.

³²⁶ *Ídem*, p. 3.

³²⁷ Los lotes de tierra fiscal -ubicados en 6 e/ 35 y 36- habían sido transferidos a la asociación por un particular en 1928 y en paralelo “se había gestionado la concesión de otros terrenos”, mientras que “merced un ventajoso convenio con la Empresa Pellerini se inició de inmediato la construcción de las nuevas instalaciones (baños, pieza para canchero, cercado y nivelación, etc.), en *Memoria Anual período 1931*, p. 21.

advierte que determinadas redes de sociabilidad individuales supieron movilizarse en beneficio de la asociación cultural; de esta manera, los asociados retroalimentaban su prestigio e influencia social, mientras que la institución incrementaba su capital económico y simbólico.³²⁸

3.2 De Vicente de Tomaso a Alborada: tensiones entre política y cultura

“(…) El hecho ocurrió en la madrugada del 28 de febrero pasado, en circunstancias que los protagonistas, ambos pegadores de carteles, al servicio del partido radical uno, y del socialista otro, se encontraron frente al comité de los últimos. La riña que se trabó entre ambos por cuestiones electorales terminó a balazos, resultando muerto Vicente De Tomaso.³²⁹ En consecuencia, el doctor Oro absuelve al procesado (….) del delito de homicidio que se le imputó”.³³⁰

Este fragmento de la crónica policial titulada “La lucha del engrudo” podría ser el puntapié de un análisis acerca de la violencia política en tiempos electorales en una coyuntura particularmente movilizadora por los ecos de la Revolución Rusa. En este caso, sin embargo, funciona como el hilo de Ariadna que nos permite descifrar por qué un grupo jóvenes que fundaron una biblioteca en el barrio de Tolosa no eligió nombrarla con el apellido un prócer nacional -como el tantas veces escogido Sarmiento-, sino con el del anónimo militante caído, Vicente de Tomaso.³³¹

Por aquellos años decenas de bibliotecas eran fundadas en ciudades y pueblos del país por jóvenes militantes del Partido Socialista o bien con afinidades ideológicas con el mismo. La preponderancia que el socialismo otorgaba a la difusión de la cultura letrada, siguiendo una tradición liberal-democrática de matriz sarmientina, ha sido ampliamente tematizada.³³²

³²⁸ Podemos trazar un enriquecedor paralelismo con la trayectoria del mencionado club Universitario local (1937). La pesquisa de Hang destaca los históricos vínculos de sus dirigentes con el poder político local y provincial, dando cuenta de su centralidad para acceder a distintos subsidios públicos y, además, para lograr, en 1959, la cesión de tierras públicas para el campo deportivo. Cfr: Hang, Julia, op. cit., pp. 45-79.

³²⁹ El nombre del militante es reproducido de diferentes maneras por las distintas fuentes: Vicente de Tomaso, Vicente De Tomaso o, incluso, Vicente De Tomasso. En nuestro texto adoptaremos la primera forma de mencionarlo por ser la más corriente en los registros de la propia institución.

³³⁰ “La lucha del engrudo”, *El Argentino*, 28/5/1918, p. 7.

³³¹ Desde el órgano socialista *La Vanguardia* se dio extensa cobertura al suceso y a su respectiva judicialización: en mayo de 1919, se publicó una noticia que informaba sobre la audiencia pública de acuerdo al “proceso seguido a Carlos Bernasconi, por homicidio en la persona de nuestro malogrado compañero Vicente de Tomaso (….) y en nombre de la parte querellante informará el Doctor Enrique del Valle Iberlucca”, “El asesinato de Vicente de Tomaso”, *La Vanguardia*, 6/5/1919, p. 1.

³³² Aricó, José, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Análisis como el de Barrancos, Pasolini y Tripaldi, entre otros, reconstruyen el funcionamiento de bibliotecas y experiencias de instrucción popular patrocinadas por socialistas durante las primeras décadas del siglo XX.³³³ Desde la bibliotecología, en tanto, se ha subrayado el rol preponderante que el socialismo tuvo en la configuración de una tradición bibliotecaria nacional.³³⁴

Entre los nombres que los socialistas elegían para sus salas, es visible la recurrencia del naturalista Florentino Ameghino, así como del “padre fundador” Juan B. Justo.³³⁵ Por ejemplo, la inspección bonaerense de 1914 anotó la existencia, en la ciudad, de dos centros socialistas con bibliotecas: el primero, “Florentino Ameghino”, ubicado en Tolosa (sección segunda); y el segundo, “Alberto De Diego”, situado en el centro (sección primera y cuarta).³³⁶ El centro social y biblioteca Vicente de Tomaso abrió sus puertas cuatro años más tarde, también en Tolosa, con el objetivo de “difundir cultura, propender a educar al niño, tratar de elevar el nivel moral y el espíritu de solidaridad colectivo”.³³⁷ El nombre elegido para la biblioteca sugiere la voluntad de sus fundadores de honrar, *post mortem*, al militante anónimo: la glorificación de los militantes como *mártires políticos* fue cara a los socialismos de la época y, como admitió De Spiegeleer para los casos del socialismo belga y de los países bajos, presentó más de un punto de contacto con usos y representaciones del martirio propias de los nacionalismos y las comunidades religiosas.³³⁸

El punto de partida del centro Vicente de Tomaso fue, sin dudas, diferente al del centro Sarmiento. Sus jóvenes impulsores disponían de apenas “veintiocho libros y muy escaso

³³³ Barrancos, Dora, *La Escena iluminada* (...), op. cit.; Pasolini, Ricardo, “Entre la evasión y el humanismo”, op. cit., pp. 449-474; Tripaldi, Nicolás, “Las mujeres en la política, los niños de la calle y las bibliotecas: apostillas bibliotecológicas sobre el tema de la Asociación de Bibliotecas y Recreos Infantiles”, *Información, cultura y sociedad*, n° 7, diciembre 2002, pp. 81-101.

³³⁴ A nivel nacional, en 1932 el socialismo patrocinaba 397 bibliotecas, cit. en Planas, Javier, “Historia de las bibliotecas populares en Argentina (...)”, op. cit., p. 31.

³³⁵ Cabe mencionar la BP J. B. Justo de Tandil estudiada por Pasolini y la BP Florentino Ameghino de la localidad pampeana de Guatrache, fundada en 1920 por una entidad gremial con vínculos socialistas, ver: Lanzilotta, María de los Ángeles y Oviedo, Micaela, “Las bibliotecas populares en la trama de la sociabilidad de las poblaciones pampeanas, 1905-1955”, en *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, diciembre 2018, pp. 75-107. Sobre el culto socialista a Ameghino, ver: Podgorny, Irina, “De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna”, *Entrepasados*, Buenos Aires, 1997, año VI, Vol. 13, pp. 37-61.

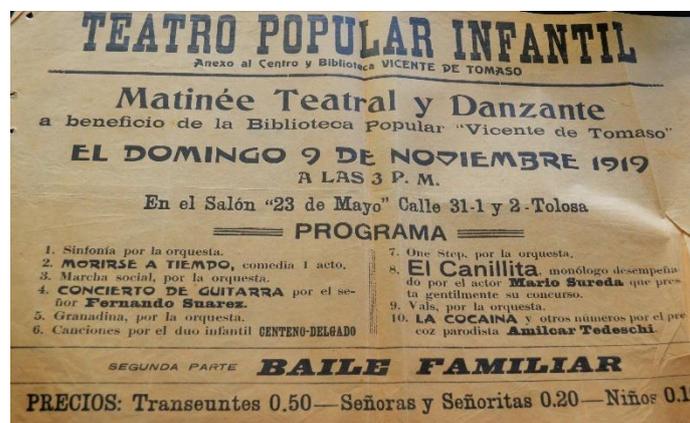
³³⁶ *Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914/1915* (...), op. cit., pp. 39-40.

³³⁷ CPBP, Expediente 326-L-18, Estatutos, s/f. Ante la disposición provincial de que las bibliotecas adoptasen el nombre de una personalidad argentina (1944), en 1947 “Alborada” acabaría adoptando el nombre de “Florentino Ameghino”.

³³⁸ Ver: De Spiegeleer, Christoph, “The blood of martyrs is the seed of progress’. The role of martyrdom in socialist death culture in Belgium and the Netherlands, 1880–1940”, *Mortality: Promoting the interdisciplinary study of death and dying*, 2014, Vol.19, Num 2, pp. 184-205.

mobiliario”, motivo por el cual solicitaron apoyo material a la CPBP: “pues sus socios, en su mayoría obreros, no alcanzan a costear con sus reducidas cuotas, los gastos que demanda la acción cultural”.³³⁹ Pronto la biblioteca recibió donaciones de libros de la CPBP y de otras entidades: a fines de 1918 sus anaqueles reunieron trescientos libros y decenas de publicaciones entre “diarios, revistas y otros impresos”. En su pequeña sala, comenzaron a dictarse cursos nocturnos gratuitos; el centro disponía también de una “Sección Football” y patrocinaba un elenco de teatro infantil, el cual, junto a distintos músicos y actores, protagonizó las primeras matinées teatrales y danzantes organizadas en beneficio de la biblioteca.³⁴⁰

Imagen 3.2.1: Afiche de matinée teatral y danzante, 1919



Fuente: CPBP, Expediente 326-L-18

Afiches de propaganda, informes de inspección, notas de prensa y correspondencia, entre otros, conforman el heterogéneo expediente de esta centenaria biblioteca atesorado por la CPBP. Leyendo las piezas más añejas del expediente, es posible reconstruir una serie de episodios conflictivos que tuvieron como protagonistas al inspector de la CPBP, Manuel Bortón, y a los dirigentes del centro Vicente de Tomaso.³⁴¹ En primer lugar, las afinidades socialistas del centro en cuestión no fueron bien vistas por el inspector de la CPBP, quien visitó la sala en diciembre de 1919 y consignó en su informe:

³³⁹ *Ídem*, Nota al presidente de la CPBP, 28/7/1918.

³⁴⁰ *Ídem*, Nota al presidente de la CPBP, 29/11/1919.

³⁴¹ Planas, “Historia de las bibliotecas (...)”, op. cit. Para un análisis reciente y situado de este aspecto, ver: Agesta, “Ni contigo ni sin ti (...)”, op. cit.

“El día 15 del actual me trasladé a la ciudad de La Plata y visité la biblioteca y centro social, o mejor dicho, comité político (...). Se fundó con doce socios y hoy son cuarenta. La biblioteca es de muy poca importancia y los socios que he conocido son muchachos obreros en su mayoría (...) Tienen una compañía infantil entre sus asociados para hacer comedias, pero el rendimiento de sus éxitos debe ser muy precario porque andan los actores muy mal vestidos. No me explico el interés por los libros de esta pobre gente (...).”³⁴²

Las observaciones del inspector dan cuenta de una concepción elitista de la cultura de acuerdo a la cual sus “guardianes” debían ser portadores de apariencias distinguidas. Sin embargo, no haciendo a lugar a esos prejuicios que poco encarnaban el espíritu sarmientino y de época, el entonces presidente de la CPBP, Miguel F. Rodríguez, contestó: “vuelva a la inspección para que informe si la biblioteca funciona en conformidad a las disposiciones legales, pues eso es lo que importa”.³⁴³ Bortón se vió entonces compelido a ampliar su informe consignando que la biblioteca abría sus puertas de 19 a 22hs., pero “no tenía estatutos, ni dinero para comprar libros”.³⁴⁴

A lo largo del año 1920, el secretario de la biblioteca remitió al presidente de la CPBP notas en las que agradeció el frecuente envío de donaciones y solicitó bibliografía que la biblioteca “no podía obtener porque sus recursos eran escasos”: obras de Alberdi y Agustín Álvarez, manuales de artes y oficios, un buen diccionario, textos escolares para los cursos gratuitos de educación popular que “con mucho éxito”, y al igual que en la AS, se dictaban en la salita del centro -de música, inglés, taquigrafía, aritmética y castellano-. Es destacable que mediante esas notas también se solicitasen “libros, ya sea de cuentos, de viajes, historias y revistas” para la recientemente inaugurada Biblioteca infantil.³⁴⁵ Estas pioneras prácticas en relación a la infancia -no sólo la biblioteca sino también el teatro infantil- traducen el creciente interés del socialismo -a la par de otro vasto conjunto de actores e instituciones-³⁴⁶ por promover un conjunto de actividades instructivas y recreativas para los niños y las niñas, tal

³⁴² CPBP, Expediente 326-L-18, Informe de inspección a cargo de Manuel Bortón, 16/12/1919.

³⁴³ *Ídem*, Nota del presidente de la CPBP, 29/12/1919. Apenas dos meses antes, Rodríguez manifestaba un argumento similar frente al pedido de la Liga Patriótica relativo a que la CPBP le suministrase un delegado, resolviendo informar a los miembros de la Liga que “siendo ésta una oficina nacional, no puede intervenir en los asuntos que hace esa asociación, aunque individualmente sus miembros simpaticen con sus fines”, *Libro de actas de la CPBP*, sesión correspondiente al 13/10/ 1919, acta n° 208, p. 256.

³⁴⁴ *Ídem*, Informe de inspección a cargo de Manuel Bortón, 31/12/1919.

³⁴⁵ *Ídem*, Nota al presidente de la CPBP, 23/5/1920.

³⁴⁶ Ver: Bontempo, Paula M. y Bisso, Andrés (eds.), *Infancias y juventudes. Política, instituciones estatales y sociabilidades*, op. cit.

como ilustra la experiencia de los Recreos Infantiles impulsada desde 1913 por mujeres socialistas.³⁴⁷

Lo cierto es que aquella pluralidad de prácticas culturales -artísticas, deportivas, educativas- impulsadas por el centro Vicente de Tomaso, sólo resultan recuperables a partir de las cartas de desagravio enviadas por los dirigentes del centro al presidente de la CBPB ante la persistencia de los juicios desfavorables del inspector Bortón:

“Es misteriosa la conducta de esta gente: esta es la sexta vez que intento visitar esta biblioteca y la primera vez que consigo entrar (...) La biblioteca no puede ser más insignificante: un pequeño armario con 400 volúmenes (...) No hay estatutos ni apuntación de ninguna clase (...) Esto es también el centro político socialista y cuenta con 61 afiliados que sostienen la biblioteca con la contribución de treinta centavos mensuales cada uno”.³⁴⁸

En la misma carta puede leerse que, pese a las adversidades que había atravesado, como las permanentes dificultades económicas o el “ambiente poco propicio” donde actuaba la biblioteca -“porque en este paraje (sic) de Tolosa están, debido a la proximidad del Hipódromo, instalados la mayoría de los titulados <studs>”-, tras tres años de labor, sus socios habían logrado afianzar “la moral y el buen prestigio del centro”. La biblioteca abría todos los días de 20 a 22hs. y contaba con una numerosa “afluencia de lectores”, en ciertos meses “se registran más salidas de libros que en otras bibliotecas más importantes”. Más aún, sus anaqueles habían incrementado notoriamente la cantidad de libros -unos 1000- y no sólo recibían revistas como *Ediciones Mínimas*, *Ediciones América*, *Ateneo* o *La ingeniería*, sino que también mantenían relaciones con el Instituto Carnegie, radicado en Estados Unidos, el cual había donado ejemplares.³⁴⁹

³⁴⁷ En 1913, un grupo de pioneras mujeres socialistas fundó la “Asociación de Bibliotecas y Recreos infantiles”, con el objetivo de sustraer a los niños de las calles de Buenos Aires “ofreciéndoles en cambio una ocupación inteligente escogida, por medio de libros, láminas, juguetes, juegos racionales y ejercicios físicos, cantos, paseos de estudio y labores manuales”, cit. en Tripaldi, op. cit., p. 86; Barrancos, Dora, “Socialistas y suplementación de la educación pública: la Asociación Bibliotecas y Recreos Infantiles (1913-1930)” en Morgade Graciela (comp.), *Mujeres en la educación, Género y docencia en Argentina: 1870-1930*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 1996, pp. 130-150.

³⁴⁸ CPBP, Expediente nº 326-L-18, Informe de inspección a cargo de Manuel Bortón, 28/2/1921.

³⁴⁹ Institución fundada en 1902 por el filántropo Andrew Carnegie (1835-1919) con el objetivo de promover el conocimiento científico. El empresario y filántropo norteamericano destinó parte de su fortuna al financiamiento de instituciones científicas y educativas, y sobre todo, de bibliotecas públicas. Por ejemplo, en Puerto Rico, la biblioteca Insular de San Juan pasó a denominarse, hacia 1916-17, “Biblioteca Carnegie” precisamente por causa del apoyo financiero de la Fundación homónima. Ver: Flores Ramos, “De los gabinetes de lectura a la Biblioteca Carnegie: política y cultura entre dos soberanías. El caso de Puerto Rico, 1835-1918”, en Aguirre, Carlos y

“La entrada a cualquier persona es libre, siempre que vayan con el deseo de aprovechar el tiempo, leyendo cualquier libro. A pesar de esto, el señor Bortón se permite decir que nuestra biblioteca no era pública sino para obreros y que a ella no podían concurrir otras personas (...) Porque el señor Borton vió en nuestro local diarios obreros, nos tildó de socialistas o anarquistas (para el caso es lo mismo) vale decir enemigos de los intereses de la patria, según él y que nosotros denominamos de otra manera. Nuestra obra dice lo contrario”.³⁵⁰

En respuesta al desagravio formulado por el secretario del centro, el presidente de la CPBP, Miguel F. Rodríguez, esclareció las prioridades institucionales de la dependencia a su cargo:

“Esta Comisión tiene la más buena voluntad para proteger las bibliotecas y, principalmente, aquellas que abran las puertas a los obreros, porque éstos necesitan más la acción de la instrucción pública. La medida de suspender el envío de libros se ha tomado porque la biblioteca no aparece funcionando regularmente, pero esta oficina la hará inspeccionar nuevamente por si se han modificado sus condiciones y si así fuere, no habría inconveniente en dejar sin efecto la resolución tomada”.³⁵¹

Los motivos de la suspensión no eran entonces ideológicos, como suponía Tadei a partir de los desfavorables informes de Bortón, sino estrictamente “administrativos”, de acuerdo a Rodríguez. En este sentido, parece un dato sugerente que, en medio del conflicto, precisamente en marzo de 1921, los asociados del centro se reunieran en asamblea extraordinaria y cambiaran el nombre de la entidad, que desde entonces pasó a denominarse “Centro y Biblioteca Alborada”. De esta manera, tal como lo habían hecho dos años antes los socios del Ateneo Popular -modificando el nombre “Henry George”-, la referencia político-ideológica se diluía en pos de una nominación menos alusiva y más simbólica. Capturar la operación en los términos de “táctica”, una vez más, supone volver a destacar la agencia de los actores, que ante la desconfianza manifiesta del inspector por causa de la filiación o simpatía partidaria, modificaron el nombre institucional en pos de garantizarle a la biblioteca los beneficios materiales derivados de la protección de la CPBP.³⁵²

Salvatore, Ricardo (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*, Lima, Pontificia Universidad Católica Fondo Editorial, 2018, pp. 105-132.

³⁵⁰ CPBP, Expediente n° 326-L-18, Nota al presidente, 26/4/1921.

³⁵¹ *Ídem*, Nota del presidente de la CPBP, 24/5/1921.

³⁵² de Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano*, op. cit.

La transición experimentada por este centro resultó común a numerosas bibliotecas obreras impulsadas por el socialismo, las cuales, frente a la restitución del sistema nacional de protección desde 1908 -estrategia que, de acuerdo a Planas y Tripaldi, puede leerse como una reacción del gobierno conservador frente a la proliferación de espacios de lectura bajo influencia de las izquierdas-, optaron por el reconocimiento oficial de la CPBP, adoptando una “actitud legalista”, puesto que dicha Comisión estaba a cargo de los sucesivos oficialismos (ya fuera conservador o radical).³⁵³ En el caso de “Alborada”, la adopción de esta actitud legalista frente a la CPBP parece corroborarse en un informe correspondiente a 1924, en el cual el inspector Albarracín escribió: “creo que esta biblioteca popular, que hoy se ha apartado por completo de la política, ha tornado al buen camino, y, en consecuencia, se ha hecho acreedora de la protección de nuestra Oficina (...)”.³⁵⁴

Articulaciones entre política y cultura

Antes de recibir la visita del nuevo inspector Albarracín, Alborada había atravesado un momento crítico: en 1922, su entonces secretario, Ángel Defeo, un joven de veinte años empleado de un almacén, había confesado a Bortón que “debían cuatro meses de alquiler”, motivo por el cual la biblioteca permanecía cerrada.³⁵⁵ Al año siguiente, su entonces presidente Tadei envió a la CPBP una nota en la cual admitía que “Alborada va progresando poco a poco pero de forma segura” y solicitaba algunos libros de texto debido a que “en nuestra institución hay varias señoritas que estudian: *El Quijote* de Cervantes (ilustrado), un buen diccionario de la lengua castellana y especialmente *Geometría Plana y del Espacio* de Wentworth y Smith”.³⁵⁶

En 1924, el centro se trasladó a un salón alquilado a la Asociación Ferrocarrilera Mutua y fue ese local, “más amplio y céntrico”, ubicado a cuatro cuadras de la estación, el que visitó el inspector Albarracín. Ahora bien, si en su informe de 1924 el inspector estatal esclarecía con énfasis que Alborada “ya nada tiene que hacer con el comité político que la fundó en 1918”, otras piezas documentales alojadas en el expediente de esta sala minan esa observación al ser dueñas de una indisimulada retórica de izquierda:

³⁵³ Planas, “Historia de las bibliotecas populares (...)”, op. cit.; Tripaldi, op. cit.

³⁵⁴ CPBP, Expediente n° 326-L-18, Informe de inspección a cargo del inspector Enrique Albarracín, 22/5/1924.

³⁵⁵ *Ídem*, Informe de inspección a cargo de Manuel Bortón, 16/3/1922.

³⁵⁶ *Ídem*, Nota al presidente de la CPBP, 14/4/1923.

“Si es Ud. un obrero consciente: debe preocuparse por elevar su propia cultura intelectual y la de los compañeros de su clase. Ingrese en el CENTRO CULTURAL ALBORADA que es la institución que hoy se destaca en nuestra ciudad por su activa labor a favor de la cultura proletaria. Solicite informes en: 41 número 314 entre 1 y 2, los domingos de 10 a 12 horas.”³⁵⁷

Apelaciones similares pueden leerse en otros afiches propagandísticos destinados a la circulación vecinal. Uno de ellos invitaba al “joven amigo” a acudir a las “clases nocturnas gratuitas para ambos sexos” de aritmética y geometría, ortografía y redacción, francés, geografía, telegrafía, contabilidad, historia en general, instrucción cívica y nociones varias. Esa variedad nos sugiere, una vez más, la posesión de cierto nivel educativo de al menos un grupo de sus activistas, para quienes el objetivo de los cursos no era otro que la adquisición de “conceptos y nociones que todo individuo debe lógicamente poseer para mayor desenvolvimiento en la vida diaria”. La asistencia a clases era gratuita y libre, pudiendo concurrir “todo hombre deseoso de aprender algo útil, cualquiera sea su ideología, <política>, <social> o <religiosa>, sin contraer con nosotros compromiso alguno que pueda impedir su libertad de pensar”.³⁵⁸

Aunque no se trataba simplemente de poder, sino de deber, pues el discurso se articulaba en torno a la idea del “ocio productivo”, central para la cultura de izquierda de la época y de acuerdo a la cual el tiempo libre debía convertirse en un momento de instrucción para la clase trabajadora:

“Esperamos que no se dejará dominar por el vicio y la pereza y que coadyuvará en nuestros sanos propósitos asistiendo a las clases gratuitas de ALBORADA y aconsejando a sus hermanos y amigos que le imite. Si ud. conoce algún analfabeto envíenoslo, que aquí le espera un buen amigo dispuesto a enseñarle lo que debe saber todo hombre: leer!”³⁵⁹

Resulta productivo inscribir estas fuentes de Alborada en el marco del debate historiográfico respecto de las categorías metodológicas pertinentes para conceptualizar a los actores históricos y sus identidades sociales en el período de entreguerras, como lo adelantamos en la introducción. En oposición a una supuesta hegemonía de una “cultura popular” basada en una experiencia barrial interclasista de los “sectores populares urbanos” canonizados por la obra de Romero y Gutiérrez, y en línea con la reivindicación del uso historiográfico de la

³⁵⁷ *Ídem*, Pieza gráfica, ca. 1924. Subrayado en el original.

³⁵⁸ *Ídem*, afiche, s/f.

³⁵⁹ *Ídem*, afiche de propaganda, marzo 1924.

categoría de “clase obrera”, Camarero propuso hace varios años que “en coexistencia, superposición y tensión con esta cultura popular, hubo una cultura obrera, cuya existencia no puede ignorarse”.³⁶⁰ La potencialidad de esta categoría se derivaría, a juicio del autor, del hecho de que ésta fue utilizada por los propios actores para explicitar el contenido de sus prácticas: cultura “obrera” o “proletaria” venía a significar un entramado de agencias socio-culturales que tenían como protagonistas a colectividades de trabajadores, sus formas asociativas y sus hábitos de instrucción y recreación. El aporte de las distintas culturas políticas e ideológicas anticapitalistas -socialistas, anarquistas y comunistas- fue central para su articulación y circulación. Así, estas piezas documentales de Alborada destacan las conexiones, usualmente difíciles de capturar por medio de fuentes como los informes de inspección estandarizados en los años veinte, entre orientación ideológica y obra cultural.

Las afinidades ideológicas de Alborada quedan ilustradas también en otras fuentes internas como un balance institucional del año 1928, cuyo ítem “adhesiones y resoluciones” resulta ilustrativo del componente internacionalista constitutivo de la cultura de izquierda de la época.³⁶¹ El centro adhirió a la protesta por el asesinato de Álvaro Obregón, a la manifestación organizada por la “Asociación de Amigos de Rusia” en apoyo al reconocimiento de la Unión de las Repúblicas Socialistas soviéticas rusas y al acto del Centro Republicano español y Federación de sociedades gallegas agrarias y culturales “en protesta por la dictadura que impera en España”.³⁶²

También los festejos de los aniversarios institucionales ofrecen indicios acerca de la orientación y el perfil de cada asociación. En vistas a su octavo aniversario (1926), Alborada organizó un “festival artístico y danzante” y “gran baile familiar” amenizado por orquesta. En la invitación remitida al presidente de la CPBP, los dirigentes aseguraban que, como era costumbre en los actos de esta naturaleza, reinaría en el festival, como dos caras de la misma moneda, “la alegría y seriedad”; admitían, también, que uno de los objetivos primordiales del evento era allegar fondos a la caja social, necesarios “para enriquecer nuestra biblioteca, para iniciar el ciclo de conferencias, para proseguir el curso libre, las excursiones, en fin: para llevar a buen término y con todo éxito nuestra silenciosa labor cultural”.³⁶³

³⁶⁰ Camarero, Hernán, “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina”, op. cit., p. 55.

³⁶¹ Este concepto es desandado por Lobato M. y Suriano J. en su ya clásico *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, cap. 1: “Huelgas, boicots y confrontación social, 1880-1930”, pp. 20-51.

³⁶² CPBP, Expediente n° 326-L-18, Informe de la comisión administrativa correspondiente a 1928, 25/ 1/1929.

³⁶³ *Ídem*, Invitación dirigida a la CPBP, 1/4/1926.

Aquella noche el número principal fue un sentimental drama teatral titulado “El confinado”, protagonizado por un grupo de “destacados aficionados platenses”, posiblemente socios o simpatizantes de Alborada. Dos piezas musicales a cargo de la orquesta, un monólogo teatral titulado “Carrero en huelga”, un área de ópera y una tonada cuyana, compusieron el nutrido y mixto programa, en cuyo entreacto tuvo lugar una conferencia a cargo del crítico teatral de *La Vanguardia*, Octavio Palazzolo, titulada “Influencia del teatro en la cultura popular”.³⁶⁴ El socialismo otorgaba gran importancia a la difusión del teatro: ponderaba su doble carácter de manifestación artística y herramienta de formación política para la clase obrera, procurando su expansión tanto a través de la crítica en su órgano de prensa como del patrocinio de novedosas agrupaciones teatrales y, como se deduce, de conferencias.³⁶⁵

La disertación del crítico y director teatral en Alborada cumplió además la función de inaugurar el “4º ciclo de conferencias” que la entidad patrocinaba desde 1923, a cargo de “distinguidos profesores universitarios, estudiantes y obreros de realce en el movimiento gremial”.³⁶⁶ Esta descripción de los conferenciantes sugiere la confluencia entre sectores universitarios y obreros con filiaciones o simpatías socialistas en el seno del centro cultural. Destacables, en esa dirección, fueron las conferencias brindadas por Alejandro Korn, figura clave del reformismo universitario local -quien en 1928 conferenció “Sobre teoría de los valores”- y por el dirigente socialista Ángel Giménez, quien se abocó al tema: “Acción de las bibliotecas populares”.

Fundador y varias veces presidente de la Sociedad Luz, médico de profesión, concejal por entonces de Buenos Aires, Giménez fue un incansable impulsor de bibliotecas durante las primeras décadas del siglo XX.³⁶⁷ Si bien desconocemos el contenido concreto de la conferencia impartida en el local de Alborada en 1927, su misma realización resulta un dato de sumo interés, por cuanto Giménez fue un referente excluyente en la producción discursiva

³⁶⁴ Desde las páginas de *La Vanguardia*, Palazzolo denunciaba la incompatibilidad entre el carácter comercial del teatro porteño en auge y la finalidad artística que debían tener las obras. Además de crítico, Palazzolo fue un activo participante de la dramaturgia porteña de la época, autor y director teatral: a partir de 1927 dirigió el vanguardista “Teatro libre”, antecedente del “Teatro del Pueblo”. Ver: González Velasco, Carolina, *Gente de teatro, ocio y espectáculos en la Buenos Aires de los años veinte*, op. cit., cap. 2.

³⁶⁵ Para un análisis de los vínculos entre el socialismo y teatro en entreguerras, ver: Guiamet, Javier, “Ni cementerios ni tristezas. Los socialistas argentinos frente a los espectáculos teatrales en la década de 1920”, *Estudios del ISHiR*, vol. 8, n° 22, 2018; Graciano, Osvaldo, *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2008, cap. V.

³⁶⁶ CPBP, Expediente n° 326-L-18, Invitación a conferencia, abril 1926.

³⁶⁷ Para un perfil integral de este dirigente socialista ver Tarcus, Horacio (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 261-263.

sobre bibliotecas obreras.³⁶⁸ De hecho, a partir de sus producciones textuales de aquellos años, el folleto “Nuestras bibliotecas socialistas. Notas y observaciones” (1918) y el libro *Nuestras bibliotecas obreras: notas, observaciones, sugerencias* (1932), es posible reconstruir los lineamientos generales de sus posiciones y conocimientos al respecto.

Una diferencia entre ambas producciones es que el folleto correspondiente a 1918 está dirigido a los “socialistas que fundaban bibliotecas a lo largo del territorio nacional” -unas doscientas salas por entonces-, mientras que en la obra de 1932 ya no sólo se refería a las bibliotecas de carácter socialista, sino “obreras” en general.³⁶⁹ En efecto, el autor dedica esta segunda obra a “los trabajadores que hacen su propia educación y concretan su esfuerzo constituyendo pequeñas bibliotecas en los centros socialistas, obreros, sindicales o culturales” -caso, éste último, de Alborada-, con lo cual daba cuenta de esa pluralidad de adscripciones de los patrocinadores de salas.³⁷⁰

Lo cierto es que las dos obras de Giménez ofrecen una guía práctica para organizar salas de bibliotecas: se establecen las funciones del bibliotecario, el mobiliario indispensable; se aportan guías para la confección de estatutos, inventarios y catálogos, así como para la adquisición, la higiene y el préstamo de libros. El socialista sugiere, además, un repertorio de estrategias -desde la propaganda de obras en pizarrones y carteles hasta las conferencias y lecturas comentadas- para evitar el estancamiento en que solían caer muchas bibliotecas -metaforizadas como “cementeros de libros”- y lograr movilizar “buenas lecturas”:

“Las bibliotecas deben perseguir una finalidad de cultura y de progreso social. Sus libros deben moverse, pero moverse bien.

No deben servir únicamente para llenar las horas libres, o los largos viajes en tranvía hasta el empleo o el taller. Ellos deben dejar algo, un sedimento de nuevos conocimientos generales, contribuir al perfeccionamiento de la técnica y a ampliar el saber humano.

Pero una biblioteca obrera o socialista debe ser algo más: contribuir a formar en sus lectores una nueva conciencia, a quebrar con los prejuicios y errores del pasado, y a adquirir un conocimiento teórico y práctico de las nuevas ideas de emancipación social”.³⁷¹

³⁶⁸ Tal es así que los fundadores de la mencionada BP Ameghino de Guatrache no dudaron en dirigirle una nota al propio Giménez, en 1920, “para rogarle nos ilustre con los datos que usted con su gran práctica en la cuestión posee sobre la instalación y disposición en norma económica de la biblioteca”, cit. en Lanzillota y Oviedo, op. cit., p. 92.

³⁶⁹ Planas, Javier, “Los discursos bibliotecarios sobre la lectura en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Algunas claves para la constitución de un objeto de conocimiento”, en *Políticas de la Memoria*, n° 19, Buenos Aires, 2019, pp. 233-243

³⁷⁰ Giménez, Miguel Ángel, “Al lector”, *Nuestras bibliotecas obreras*, Buenos Aires, *La Vanguardia*, 1932.

³⁷¹ *Ídem*, p. 102.

Para que ello fuera realizable, según Giménez, sus patrocinadores debían asumir una actitud sumamente proactiva: después del trabajo, acudir a la biblioteca y realizar lecturas en voz alta para despertar la curiosidad de la asistencia; debían también movilizar la colaboración de “maestros, universitarios, gente de letras, artistas”. En buena medida, de ellos dependía que la biblioteca se convirtiera “en la fuente a donde irá a satisfacer su sed de saber el pueblo”.³⁷² Pero en las memorias de 1928 los dirigentes de Alborada anotaban “con dolor” que esa *fuentes* no estaba siendo lo suficientemente caudalosa: el movimiento de libros, si bien no había sido inferior al del año 1925 -uno de los peores- había sido sí “más bajo que el de 1927”: el promedio de lectores era de seis por día.

En línea con los planteos de Giménez, los dirigentes consignaban en el balance que “permanecer estacionario en esta materia es retroceder”.³⁷³ Sin embargo, unos 200 ejemplares habían sido adquiridos por intermedio de la CPBP, según informó el inspector Albarracín en 1929. La sala funcionaba de 20 a 22hs. y era “bien atendida” por la señorita Florinda J. Cheula, quien se desempeñaba además en el cargo de vocal en el marco de una CD integrada por ocho varones. La presencia de una mujer al frente de la biblioteca y, sobre todo, en un cargo dirigenal, se presenta como un caso excepcional en el contexto local, acaso explicable por el fuerte activismo femenino en las filas socialistas.³⁷⁴

En contraste con la Asociación Sarmiento, Alborada contaba, según el inspector, “con escasos recursos pecuniarios, pues no tiene subsidio del estado y sus componentes son todos jóvenes obreros”.³⁷⁵ A fines de la década de 1920, se sostenía mediante la cuota de 130 asociados y los eventos patrocinados. Al final del informe, en el margen de la hoja, Albarracín anotó: “Nuevo domicilio: 41 n° 314”. En ese nuevo local tuvo lugar una conferencia a cargo de la reconocida socialista, feminista y médica Alicia Moreau de Justo sobre el tema “¿Cómo llegar a la paz?”.³⁷⁶

3.3 Itinerarios que se bifurcan

³⁷² *Ídem*, p. 107.

³⁷³ CPBP, Expediente n° 326-L-18, Informe de la CD correspondiente al año 1928, p. 2.

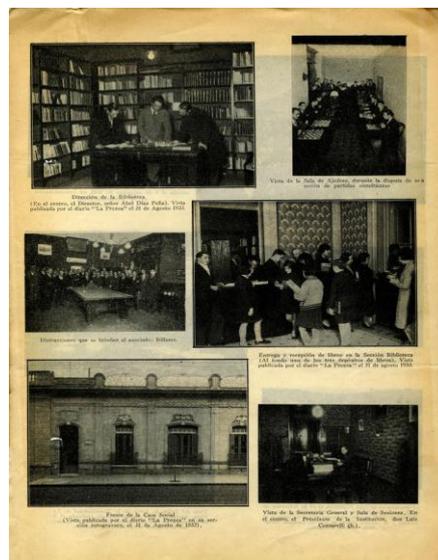
³⁷⁴ Barrancos, Dora, “Socialismo y sufragio femenino. Notas para su historia. 1890-1947” en Camarero Hernán y Herrera, Carlos (ed.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

³⁷⁵ *Ídem*, Informe de inspección a cargo de Enrique Albarracín, 5/11/1929.

³⁷⁶ “Asociaciones culturales: biblioteca Alborada”, *El Argentino*, 23/10/1931.

Las décadas de 1930 y 1940 resultaron de progreso para estas dos instituciones culturales que, como mostró el recorrido, tuvieron muy disímiles orígenes, trayectorias, acceso a recursos y perfiles ideológicos. Por medio de las visitas que inspectores e inspectoras de la CBPB realizaron a sus bibliotecas, es posible reconstruir sus funcionamientos con datos empíricos concretos, como veremos en mayor detalle en el quinto capítulo. En principio, la AS continuó beneficiándose de distintos tipos de subsidios y subvenciones. Sobre la utilidad de su biblioteca discurría el *El Día*, al destacar la afluencia de lectores universitarios y asegurar que “numerosos médicos, ingenieros y abogados, habían obtenido sus títulos estudiando exclusivamente con los libros que esta institución les ha facilitado”.³⁷⁷

Imagen 3.3.1: Local social de la Asociación Sarmiento en 1933



Fuente: CPBP, Expediente 221-L-14.

La trayectoria de Alborada durante la década de 1930 fue mucho más modesta y estuvo signada, en principio, por dos mudanzas. En primer lugar, abandonó la ferroviaria atmósfera de sus orígenes para radicarse en el sur del casco urbano, sobre una de sus principales avenidas, en un “gran salón” dividido en tres secciones destinadas “al dictado de cursos diversos”. La biblioteca abría sus puertas diariamente de 18 a 23hs y sus recursos provenían de las cuotas de una masa societaria estimada en 200 personas. En contraste con la amplia afluencia de lectores

³⁷⁷ “Una institución de cultura que realiza silenciosa y eficiente labor”, *El Día*, 19/11/1932.

que registraba Sarmiento, esta entidad se caracterizó más bien por sus prácticas extensión cultural: conferencias, cursos gratuitos, actividades físicas y el despliegue de relaciones interinstitucionales.³⁷⁸

En este último sentido, Alborada impulsó campañas antibélicas junto a otras entidades culturales, sindicales, estudiantiles y deportivas de la región. Mencionaremos sólo dos que tuvieron a su local social como punto de reunión. A veinte años del estallido de la Gran Guerra (1934), la “Asociación contra la Guerra” convocó un “Congreso Comarcal Antigüerrero” abocado al “estudio objetivo del problema que plantea el acelerado proceso armamentista”.³⁷⁹ El nuevo local de Alborada fue el punto de encuentro de numerosas instituciones obreras, estudiantiles y culturales de La Plata, Quilmes, Berazategui y Bernal.

En segundo lugar, Alborada integró, junto a otros trece clubes deportivos, las reuniones que derivaron en la constitución de la Federación de Instituciones Culturales y Deportivas en 1939. De hecho, el acta constitutiva de dicha federación, que establecía como propósito “difundir la cultura popular, fomentar el deporte amateur y bregar por la defensa y mejoramiento de sus intereses sociales”, se firmó en el local social alborense.³⁸⁰

A su vez, la celebración del vigésimo aniversario institucional (1938) constó de distintos actos conmemorativos, entre ellos un “lunch en honor de las entidades amigas y del periodismo platense”. Entre los asistentes se contaron “directores y miembros del magisterio nacional y provincial, periodistas y otras figuras administrativas y personas caracterizadas de la localidad”, de acuerdo a la descripción provista por el inspector Albarracín, quien también asistió al evento en representación de la CPBP.³⁸¹ La instancia de celebración visibiliza una red de personas vinculadas a la entidad que puede completarse a partir del perfil de los conferenciantes, en su mayoría profesores o doctores:

“Durante el último ciclo cultural [1938-1939], disertaron en Alborada: Don Mario Sureda sobre Almafuerte, el doctor Rodolfo L. Poncet, habló sobre los problemas de la herencia; el profesor Alberto Saenz se ocupó del origen y la determinación del sexo; el doctor Alberto A. Falcione enseñó los problemas fundamentales de la alimentación disertando en dos oportunidades y la profesora Josefina Passadori se refirió al Iguazú por rutas argentinas”.³⁸²

³⁷⁸ “La asociación Alborada inaugura hoy una nueva etapa de su vida”, *El Argentino*, 29/07/1939, p. 5.

³⁷⁹ “El Congreso Antigüerrero del sábado 4”, *El Argentino*, 2/8/1934, p. 6.

³⁸⁰ Katz, Ricardo Santiago, *Historia de la federación (...)*, op. cit., 2009, pp. 25-26.

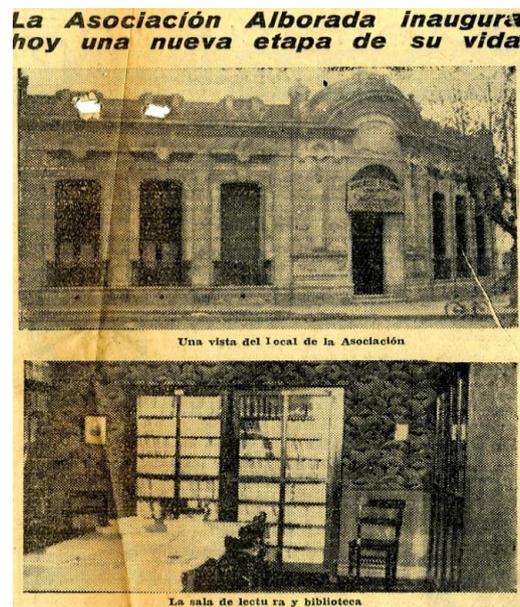
³⁸¹ CPBP, Expediente n°326-L-18, Nota del inspector Albarracín, 2/5/1938.

³⁸² “La asociación Alborada inaugura hoy una nueva etapa de su vida”, *El Argentino*, 15/5/ 1939, p. 13

En 1938 el centro modificó sus estatutos, convirtiéndose en una “Asociación cultural”, razón social que connotaba “un mayor alcance” y se adaptaba más “a las actividades específicas de cultura popular”. Entre sus fines figuraban: “sostener una biblioteca pública, organizar conferencias, exposiciones, fiestas de carácter científico, artístico, literario y social, excursiones de estudio, fundar una universidad popular, desarrollar el ejercicio físico y fomentar la práctica de entretenimientos para la gimnasia mental como ajedrez y damas”.³⁸³

Al año siguiente, la asociación registró la segunda mudanza de la década: alquiló una casa situada en el microcentro urbano. Este nuevo local sería la sede, a partir de 1942, de una universidad popular homónima, como desarrollaremos en el siguiente apartado. Por último, en vistas a acceder al fomento provincial, en 1947 la biblioteca Alborada también modificó su nombre por el de una personalidad nacional. Teniendo en cuenta su perfil ideológico, no sorprende que la elección recayera sobre una figura clave del panteón socialista como “Florentino Ameghino”.³⁸⁴

Imagen 3.3.2: Nueva sede social de Alborada, 1939



Fuente: CPBP, Expediente n°326-L-18

³⁸³ *Libro de actas de Asambleas de la A.C. Alborada*, acta n°1, 17/9/1938, p. 3.

³⁸⁴ De esta manera, considerando la nómina incluida en los capítulos previos, la elección del nombre “Florentino Ameghino” se corrobora en (al menos) cuatro bibliotecas de la región.

3.4 Sarmiento y Alborada: universidades populares

Las salas de biblioteca Sarmiento y Alborada, como adelantamos, incrementaron el flujo de lectores y lectoras desde el momento en que sus respectivas asociaciones patrocinaron Universidades Populares (UP). En ambos casos, los cursos gratuitos se habían sostenido desde los primeros años y, con mayor o menor oferta según las comodidades de los locales y la disponibilidad docente, estas experiencias de educación popular se sostuvieron a lo largo del tiempo. En ese sentido, las UP pueden entenderse como un punto de llegada, una instancia de institucionalización y jerarquización de esas experiencias educativas sostenidas voluntariamente por jóvenes universitarios, maestras y docentes.

En líneas generales, el surgimiento de las UP en Argentina y en Latinoamérica estuvo asociado al movimiento reformista universitario y a su sistemática agenda de extensión cultural.³⁸⁵ Consideradas experiencias claves en materia de educación popular latinoamericana, las UP fundadas a lo largo y ancho del continente durante las primeras décadas del siglo han sido definidas como espacios desde los cuales se intentó “una vinculación entre intelectuales y masas mediante formas organizativas democráticas que llegaron algunas veces a establecer una educación autogestionaria”.³⁸⁶ Al mismo tiempo, en Argentina la primera experiencia de UP correspondió al Partido Socialista, con la fundación de la pionera la Sociedad Luz (1899) en el barrio obrero de Barracas.³⁸⁷ Avanzado el siglo, esta fuerza política, cuya dirigencia fue hegemonizada por dirigentes de extracción universitaria, patrocinó numerosas UP como parte de su vasto plan de extensión cultural y educación de “las masas”. De hecho, producto de la confluencia entre socialistas y universitarios reformistas locales, en La Plata se fundó, a fines de 1937, la reconocida Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), cuyo vasto plan cultural, como analizó Graciano, se extendió hacia barrios periféricos de la región, al interior de clubes y centros de fomento, donde sus adherentes patrocinaron bibliotecas, conferencias y cursos.³⁸⁸ Por ejemplo, en la Liga de Fomento Dardo Rocha, la UPAK llevó a cabo en 1939 “una labor permanente de cultura en favor de la población trabajadora” del barrio tolosano de Villa Rivera,

³⁸⁵ Sobre las UP en el continente puede consultarse Melgar Bao, Ricardo, “Las universidades populares en América Latina 1910-1925”, *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, año 11, n°41, octubre-diciembre 2019.

³⁸⁶ Puiggrós, Adriana, *Democracia y autoritarismo en la pedagogía argentina y latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1991, p. 22.

³⁸⁷ Ver Barrancos, *La escena iluminada (...)*, op. cit.

³⁸⁸ Ver: Graciano, Osvaldo, op. cit., cap. 5, pp. 213-248.

mediante el dictado de distintos cursos de instrucción popular como enseñanza primaria para adultos, dactilografía, corte y confección y un curso para niños, entre otros.³⁸⁹

Unos años antes, en 1934, con el fin de garantizar “la enseñanza gratuita de los obreros y los empleados orientada en un sentido eminentemente práctico con asistencia libre a sus clases” se creaba la Universidad Popular Sarmiento (UPS).³⁹⁰ Así, Sarmiento se cuenta entre las primeras asociaciones de la región que sistematizó sus prácticas educativas bajo esta modalidad propia del extensionismo universitario y del socialismo. La UPS aspiraba a ofrecer un conjunto de conocimientos prácticos tendientes a la capacitación o el perfeccionamiento a personas en edad no escolar. La modalidad libre de asistencia a los cursos se sustentaba en el perfil del alumnado: empleados y obreros solían ausentarse por “la excesiva labor de un día, la lucha azarosa y cruenta de todas las horas”, y no se trataba, precisamente, de “poner trabas a quien tuviera deseos de aprender”. Las cátedras de la UPS también eran de carácter libre, pudiendo ser ocupadas “por toda aquella persona que desee hacerlo, sin otra exigencia que su conocida capacidad y competencia para tratar la materia escogida”.³⁹¹

Durante el primer ciclo lectivo (1934), los cursos fueron impartidos por 30 docentes: 17 profesores y 13 profesoras, según consta en la memoria institucional, “jóvenes elementos que si bien no tienen toda la experiencia necesaria, saben en cambio del entusiasmo, desinterés y sinceridad, que es patrimonio de la juventud”.³⁹² La UPS estuvo presidida en sus inicios por el socio Abel Díaz Peña - ex vicerrector y profesor del Colegio Nacional-³⁹³, “cuya experiencia obtenida durante casi veinte años dedicado a la enseñanza popular” le permitían ser un “eficaz propulsor” de la flamante universidad que ofertó una considerable cantidad de asignaturas:

- a) Cursos para adultos analfabetos. Clases nocturnas para varones y vespertinas para mujeres. Comprende: Cursos especiales de lectura, escritura y cálculo.
- b) Cursos de enseñanza elemental para obreros y empleados adultos. Clases nocturnas para varones y vespertinas para mujeres. Cursos de: Industria, Castellano, Geometría, Caligrafía y Geografía.
- c) Cursos de iniciación profesional para obreros. Cursos para varones de: Industria, Mecánicos, Químicos, Petróleo, Carpintería, Herrería, Jardinería, Industrias de granjas. Cursos para mujeres de Talleres de costura, Bordado, Corte y Confección, Sombreros.

³⁸⁹ “Una fiesta popular en la Liga de Fomento Dardo Rocha realizase”, *El Argentino*, 3/5/1939, p. 6.

³⁹⁰ *A.S. Memoria anual correspondiente al periodo 1934*, op. cit., p. 45.

³⁹¹ *Ídem*, p. 102.

³⁹² *Ídem*, pp. 50-52.

³⁹³ A fines de los años cuarenta, Abel Díaz Peña se desempeñó como funcionario de la Dirección General de Bibliotecas bonaerense y tuvo un rol protagónico en la formación técnica de los bibliotecarios de la provincia.

- d) Cursos de complementación profesional: Dibujo lineal y arquitectónico, Decorativo, de máquinas, de Plástica ornamental, de Teneduría de libros, Contabilidad, Economía política, Dactilografía, Taquigrafía, Elementos de derecho comercial.
- e) Cursos especiales que comprenden a todas aquellas materias que interesen a diez o quince personas como mínimo y siempre que exista un profesor apto que quiera dictarla.³⁹⁴

Los comienzos de la UPS fueron auspiciosos: la matrícula alcanzó a 805 estudiantes para quienes no era requisito asociarse a la entidad, aunque es probable que muchos lo hicieran en función de poder retirar libros a domicilio. Entre los cursos más concurridos se destacaron los de carácter vespertino, a los cuales asistían mujeres; concretamente las asignaturas de inglés (102), taquigrafía (76), francés (70), corte y confección (61).

Imagen 3.4.1: “El presidente de la institución don Luis Contarelli (h), el presidente de la universidad popular don Abel Díaz Peña y los miembros de la referida comisión (...)”



Fuente: *A.S. Memoria Anual correspondiente al período 1934.*

Debido a la numerosa oferta de cursos, algunas clases se impartieron en el local social mientras que para no complicar el funcionamiento de otras actividades como la biblioteca y las conferencias, otras debieron dictarse en el local de la escuela n° 37. La matrícula estudiantil de la UPS creció año tras año: en 1939 la prensa informó más de mil inscripciones, al tiempo que

³⁹⁴ *Ídem*, pp. 45-46.

la AS contaba con una masa societaria de 1009 personas. A la oferta de asignaturas arriba mencionada se agregaban otros como “tejidos, flores, juguetes o radiotelefonía (construcción de aparatos)”.³⁹⁵ La UPS estaba afiliada a la Federación de Universidades Populares Argentinas (UPA), entidad reconocida oficialmente por el Gobierno de la Nación, de manera que si un alumno o alumna culminaba un ciclo completo, recibía un “certificado de suficiencia”.

Imagen 3.4.2: “Vista parcial de la exposición de los cursos de Labores, Corte y Confección”



Fuente: *A.S. Memoria Anual correspondiente al período 1934*

Iniciada la quinta década del siglo, Alborada también patrocinó su UP. Ya entonces, además de la UPS, funcionaba en la ciudad la socialista UPAK y una UP correspondiente al Círculo Cultural Tolosano, aunque sería prudente no descartar la existencia de otras. Los considerandos del acta inaugural de la UP de Alborada vuelven a poner de relieve una instancia de jerarquización de los cursos gratuitos sostenidos a lo largo de los años:

“Que el largo aprendizaje y la exitosa práctica de más de una década de <Cursos gratuitos> en beneficio de la cultura de los obreros, estudiantes y empleados la faculta para darse nuevas orientaciones de mejoras en la enseñanza popular (...). Que cada año que pasa es más amplia, segura y entusiasta la acogida a dichos cursos por parte del pueblo (...) Que la Asociación posee actualmente en su seno un grupo de asociados y simpatizantes profesionales que anhelan elevar el nivel didáctico y cultural de los cursos gratuitos y que por tal motivo pueden ampliarse las materias a dictarse”.³⁹⁶

³⁹⁵ “Iniciará hoy sus cursos nocturnos la Univ. Popular”, *El Argentino*, 2/5/1939, p. 5.

³⁹⁶ CPBP, Expediente n°326-L-18, Informe de la CD correspondiente al período 1941-1942, pp. 4-7.

Como en el caso de la UPS, también se destaca aquí la disponibilidad de recursos humanos para sostener el funcionamiento de la UP: hombres y mujeres, con cierto nivel educativo, por lo general profesionales, que transferían -y al mismo tiempo legitimaban- sus diversos saberes: de índole práctica, artística o teórica. De dimensiones más modestas que la UPS, la UP de Alborada ofertó en sus inicios quince asignaturas: taquigrafía, aritmética, teoría y solfeo, motores a explosión, contabilidad, dibujo, inglés, lenguaje, lecturas y comentarios de textos, primeros auxilios, telegrafía, violín, castellano, francés, corte y confección y piano, siendo los dos últimos los únicos dictados por profesoras. En este caso, se registraron 244 inscripciones.

El acto inaugural, realizado en abril de 1942 en el local social, contó con la presencia de estudiantes y familiares, del inspector de la CPBP, Enrique Albarracín, y del delegado de la UPA, Dr. Clemente Ricci. Además de éste último, hicieron uso de la palabra el presidente de Alborada, Dr. Domingo Perrucci -hombre vinculado a la dirigencia institucional desde inicios de la década de 1920, dentista de profesión-, el director de la UP, Prof. César J. Mariani y la señorita Reli Sáenz en representación del estudiantado. La UP estaba dirigida por un Consejo Directivo conformado por un director, un secretario general, un secretario de cursos, un tesorero, cinco consejeros, un delegado de los estudiantes, y también gozaba del reconocimiento de la UPA. Por último, podemos señalar que, si en el período inmediatamente anterior al patrocinio de la UP, la biblioteca de Alborada contabilizó un saldo anual de 976 lectores, una vez puesta en funcionamiento la UP, aquella cifra alcanzó a 1472 personas.³⁹⁷

3.5 Consideraciones finales

Mediante el cruce de diversas fuentes, en este capítulo recuperamos un espectro plural de prácticas educativas, físicas, artísticas y lúdicas, promovidas por dos asociaciones culturales de entreguerras con perfiles ideológicos disímiles. Parece claro que Alborada adscribió a una cultura de izquierda, siendo gravitante la influencia del socialismo, mientras que en el caso de Sarmiento, en tanto su misión social se concebía como complemento de la instrucción pública, su trayectoria parece más fácilmente encuadrable en la esfera de la cultura legítima.

³⁹⁷ *Ídem*, p. 8.

Si bien estas instituciones se autodefinían y representaban en la esfera pública como “apolíticas”, quedó demostrado, una vez más, que las conexiones con el ámbito político-partidario fueron múltiples: en el caso de la AS, las gestiones de sus asociados con influencias políticas derivaron en el acceso diferencial a subsidios públicos; en el caso de Alborada, por el contrario, su orientación socialista fue materia de conflicto ante el inspector de la CPBP, frente a lo cual sus patrocinadores utilizaron en su favor el argumento de la “apoliticidad” para acceder a la protección otorgada por la repartición cultural estatal.

Lo cierto es que, amén de sus diferencias, ambas instituciones tuvieron como centro gravitante la dimensión letrada de la cultura a través del patrocinio de salas de bibliotecas, clases gratuitas y conferencias. Sin embargo, sería reduccionista analizar aisladamente dicha dimensión: las prácticas institucionales escenifican, más bien, los cruces y apropiaciones de formas de la cultura popular y masiva propias de entreguerras como los deportes -con el auspicio de atletismo y fútbol-, la fiebre danzante y tanguera -los convocantes “bailes familiares” con orquesta-, la proliferación de formaciones musicales y, de modo destacado, de diversas agrupaciones teatrales, cuyos integrantes protagonizaron los incesantes festivales artísticos.

En función de precisar el carácter de esas prácticas, sus patrocinadores utilizaron con frecuencia términos como cultura “física”, “intelectual”, “social” o “proletaria”, de lo cual se deduce que, como sugiere Roldán, el término “cultura” no se ceñía a la dimensión letrada de la misma, sino más bien a “un campo de prácticas moralmente connotado”, caracterizado por las actividades reguladas, ordenadas, sistemáticas y valiosas.³⁹⁸

Sostenidas a lo largo del tiempo, aquellas prácticas *valiosas* convocaron a cantidad de varones y mujeres, niños y niñas de la ciudad, bien a participar cotidianamente en la institución, bien a colaborar frecuente o esporádicamente, o simplemente a asistir a un evento social o competir en uno deportivo. De esta manera, si bien los elencos directivos masculinos fueron quienes motorizaron la obra cultural e imprimieron orientación ideológica a las entidades, incrementando por medio de estas funciones el honor y prestigio personal, otro punto relevante que se desprende del enfoque propuesto es aquella pluralidad un tanto escurridiza, de personas, en considerable porcentaje mujeres -como demuestra la tardía formación de “secciones” o

³⁹⁸ Roldán, Diego, “Imágenes, juegos, rituales y espacios. Las Interacciones socioculturales entre elites y sectores populares durante la entreguerra. La incultura en Rosario (Argentina)”, op. cit., p. 686.

“comisiones auxiliares” femeninas-, al igual que niños y niñas, quienes no necesariamente figuran en los anales institucionales.

Y en este punto, merece destacarse particularmente la labor educativa: los cursos gratuitos, impartidos en los salones de las entidades año tras año, entre cuya asistencia se contaron empleados y empleadas, obreros y obreras, estudiantes de nivel secundario o universitario, analfabetos y analfabetas. Aquellas experiencias de educación no formal, sostenidas por maestras, estudiantes universitarios, obreros técnicos, profesores y profesoras de diversas asignaturas teóricas y prácticas, funcionaron como un sistema de transferencia e intercambio de capital cultural por parte de quienes habían adquirido cierto nivel educativo en el sistema de educación formal de la ciudad: escuelas normales, colegios secundarios y, centralmente, la Universidad Nacional de La Plata. Estos sectores fueron, por lo general, la primera generación en acceder a un sistema educativo que abría las puertas del ascenso social. En ese sentido, podemos inferir que sus trayectorias estudiantiles, ubicables entre la segunda y la tercera década del siglo, se vieron atravesadas en mayor o menor medida por el ideario del reformismo universitario, de cuya influencia ofrecen cabal testimonio las experiencias de las universidades populares y de otras salas de bibliotecas, como aproximará el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Sociabilidad juvenil, femenina y barrial: itinerario de una Biblioteca Cultural

Introducción

El artefacto biblioteca propició múltiples apropiaciones simbólicas a lo largo de la historia: por citar sólo un ejemplo conocido y contemporáneo, Borges postuló en una de sus ficciones a la biblioteca como el universo.³⁹⁹ Para los animadores de la sala que abrió sus puertas el invierno de 1927, en un barrio suburbano de la capital bonaerense, ésta simbolizaba su propio entusiasmo juvenil:

“Euforión: eres un símbolo de juventud, naciste de un sueño y hoy eres la prometedora realidad que cual una jaula estrecha encierras el pájaro azul de nuestra inquietud espiritual. Forjada al calor de un entusiasmo, eres el brote de un árbol en eclosión primaveral: eres el optimismo de nuestros jóvenes años condensado en las ocho letras de tu helénico nombre”.⁴⁰⁰

Un profesor de literatura clásica había sugerido el “helénico nombre” de la biblioteca a un grupo de jóvenes secundarios. A diferencia de las revistas que se multiplicaban por entonces en la ciudad, la biblioteca necesariamente anclaba en un lugar, que no era otro que una salita de la casa de uno de los jóvenes, en el barrio suburbano donde vivían.

En este capítulo estudiamos el itinerario de la “biblioteca cultural” Euforión explorando las distintas dimensiones de su obra cultural a lo largo de las primeras décadas de su casi centenaria existencia (continúa funcionando en la actualidad). La influencia del reformismo universitario, el marcado activismo de las mujeres asociadas y las diversas acciones de protesta en una coyuntura sacudida por el golpe de estado de 1930, se irán desplegando como elementos singulares de su trayectoria, que permitirá rastrear ciertas adscripciones identitarias de sus

³⁹⁹ Borges, Jorge Luis, “La biblioteca de Babel”, *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1984 [1944].

⁴⁰⁰ *Euforión. Órgano Oficial Biblioteca Cultural Euforión*, año I, nº 3, p. 1.

animadores y acercarnos a la configuración de un circuito cultural local escasamente explorado por los estudios históricos disponibles.

4.1 “El genio alado de Ariel”

Para nosotros Euforión es el producto de una nueva civilización; es el genio alado de Ariel que dulcifica las cosas de la vida.

Boletín *Euforión*, año I, nº 2, 1931

La biblioteca cultural Euforión está material y simbólicamente ligada al barrio “el mondongo”, situado en la zona este del casco urbano -delimitada por las avenidas 122, 1, 60 y 72-.⁴⁰¹ Lindante con el bosque local, conocido también como “el barrio de Agronomía y Veterinaria” por la proximidad de dicha facultad, entre sus numerosos habitantes se mezclaban, en entreguerras, familias trabajadoras -muchas empleadas en los frigoríficos de Berisso-, milicianos de distintas provincias del país, costureras de los cercanos Talleres Oficiales, comerciantes -en su mayoría, de origen italiano y español- y estudiantes universitarios que habitaban casas de pensión.⁴⁰²

De acuerdo a la descripción del suplemento “De los barrios” (1931) abordado en el primer capítulo, por aquellos años la “popular zona este” poseía un puñado de calles “hermoseadas por el pavimento moderno”, por donde pasaba el tranvía, y otras que, barrio adentro, contrastaban con sus “hondos zanjones y el brillo del barro en los días de lluvia”. Modestos boliches, dos concurridas escuelas públicas, una fábrica de seda y un club de fútbol

⁴⁰¹ Existen varias versiones respecto del origen del peculiar nombre del barrio. Entre las que gozan de mayor consenso, el apodo de la barriada correspondería a los integrantes de la murga de la zona “Los amantes del engrudo”, quienes popularizaron el apodo del barrio a fines de la década de 1910.

⁴⁰² En la primera década del siglo XX, el gobernador Ugarte decidió la creación de un cuerpo uniformado de Policía para lo cual se reclutaron jóvenes de Catamarca, La Rioja, Tucumán, que se instalaron en la zona este. En relación a las costureras, *El Argentino*, informaba en 1935 que “el barrio de Agronomía y Veterinaria abunda en costureras de los talleres oficiales. Algunas han encanecido sin advertir siquiera las arrugas que iban surcando su tez en tanto vivían encorvadas años y años sobre sus máquinas de costura (...)”, en suplemento “Por las barriadas platenses”, 16/6/1935, p. 17. Por su parte, en sus crónicas Rafael Arrieta se refiere a las “vizcacheras” (casas de pensión) habitadas por austeros estudiantes de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, cfr. Arrieta, Rafael, *La ciudad del bosque. Viñetas platenses*, Biblioteca Humanidades, Tomo XVI, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 1935, pp. 70-71.

- “¿quién es el *footballer* que no conozca la otrora bullanguera hinchada del club For Ever?”, preguntaba el periodista- componían la fisonomía de aquel barrio “de apodo burdo pero simpático” donde había vivido Almafuerte, “uno de los poetas más grandes de américa (sic)”.⁴⁰³

Cierta tarde “propicia a las más bellas concepciones del espíritu”, sentados en la gruta del bosque, ámbito predilecto de la sociabilidad universitaria de los años veinte⁴⁰⁴, dos jóvenes amigos conversaron sobre la conveniencia de crear en la “populosa zona suburbana” donde residían una biblioteca de índole netamente cultural. Enseguida aquella idea “vibró entre la muchachada”.⁴⁰⁵ Además de barrio de residencia, esos muchachos compartían las aulas del Colegio Nacional, de manera que consideraron oportuno consultarle al profesor de literatura clásica, Ezequiel Martínez Estrada, un nombre para el naciente proyecto. Décadas más tarde, el autor de *Radiografía de la Pampa* -y padrino de la biblioteca-, despejaría en una carta la incógnita que gravitaba en torno al nombre que él había sugerido a sus alumnos en 1927:

“Varias veces he oído comentar equivocadamente por qué la biblioteca lleva ese nombre. Hablan de un bibliotecario negro de Alejandría porque acaso han hallado ese dato en alguna enciclopedia (...) No, nuestro Euforión es otro. Es una creación de Goethe, en la segunda parte del *Fausto*, acto tercero. Simboliza a Lord Byron y es hijo de Helena, la belleza clásica eterna y Fausto, la sabiduría moderna (de los poderes fáusticos de la naturaleza). Es una de las escenas más hermosas del poema dramático (...) Posdata: CON EUFORIÓN TENEMOS QUE HACER LA GUERRA DE LA DIGNIDAD, LA BELLEZA Y EL BIEN, CONTRA LA BRUTALIDAD Y LA BARBARIE”.⁴⁰⁶

En 1927, los jóvenes fundadores no dudaron y bautizaron la salita con el altisonante nombre pronunciado por el maestro en el aula del Colegio Nacional Rafael Hernández, una institución clave del reformismo universitario local.⁴⁰⁷ Con dieciocho años, Nicodemo Scenna

⁴⁰³ “El Argentino en la popular zona este”, sup. “De los barrios”, *El Argentino*, 26/9/1931, pp. 5-6.

⁴⁰⁴ Arrieta, Rafael, *La ciudad del bosque. Viñetas platenses*, op. cit.; Vallejo, Gustavo, “La Plata: Figuras culturales de lo nuevo en la ciudad del bosque”, en Gorelik, A. y Peixoto A. A. (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

⁴⁰⁵ Este momento fue plasmado en una breve composición escrita por uno de los jóvenes titulada “Nacencia”, en Scenna, Nicodemo, *Sembrando ideales. En el 25° aniversario de la Biblioteca Cultural Euforión*, La Plata, Escuela de Artes y Oficios, 1952, p. 7.

⁴⁰⁶ Cit. en Lugones, Daniel, “Euforión: 75 años al servicio de la cultura platense”, *El Día*, 3/08/2002, p. 30. Las mayúsculas corresponden al original.

⁴⁰⁷ Del núcleo de sus egresados e incluso de sus alumnos, como destacó Graciano, “surgió el mayor número de dirigentes estudiantiles de alcance nacional del reformismo platense (...) y también quienes se convirtieron en dirigentes de la Federación Universitaria platense de la década de 1920, *Entre la torre* (...), op. cit., p. 55. Biagini, Hugo (comp.), *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 1999.

-hijo de inmigrantes italianos, próximo a finalizar sus estudios secundarios y emprender los universitarios en la Facultad de Medicina- fue elegido primer presidente de la biblioteca y, como tal, tuvo a cargo el discurso de apertura:

“Los esfuerzos y las energías perdidas poco importaran (sic) cuando se trata de una mejora que redunde en beneficio de este barrio; para el (sic) consagraremos nuestras más nobles acciones, nuestros entusiasmos juveniles (...) Espadachines modernos, disponemos de una nueva arma que tiene la virtud maravillosa de no herir aunque sirva para el combate (...) Esta arma que jamás un buen Quijote olvidó de llevar en sus andanzas por el mundo son los libros que hallaréis en nuestra biblioteca (...) Nosotros no venimos a implantar doctrinas, ni a imponer ideas, ni a erigirnos en apóstoles modernos; no, nada de esto. Lo único que anhelamos con el entusiasmo de nuestros jóvenes años, es que el barrio tenga desde hoy un gran hogar donde cada cual sea en él lo que en su casa, pero que venga a él a obtener lo que en ella faltare, o traer lo que en ella sobrare”.⁴⁰⁸

Citamos *in extenso* el discurso inaugural debido a que permite identificar la orientación ideológica del núcleo fundador.⁴⁰⁹ Concretamente, el juvenilismo y apelación a la cultura letrada como un medio para intervenir y transformar el medio cotidiano en un sentido igualitarista. El hecho de que estos jóvenes se autodefinieran en clave juvenil, atribuyendo a dicha condición virtudes morales como el optimismo, idealismo y entusiasmo, y que identificaran su misión bajo la forma de un “combate” cultural, ilustra la influencia del arielismo reformista, de acuerdo al cual la juventud, en tanto minoría del saber, tenía la responsabilidad histórica y moral de educar al pueblo.⁴¹⁰

En esta misma dirección, no resulta un dato menor que una de las primeras relaciones de la novel biblioteca Euforión se estableciera con el “Ateneo de La Plata”, un centro cultural que, de acuerdo a las memorias del entonces estudiante guatemalteco José Arévalo, nucleaba a estudiantes y profesores reformistas de la universidad, bajo el patrocinio moral y material de Alejandro Korn. Durante el bienio 1928-1930, Ateneo ofreció conferencias, exposiciones, recitales y cursos gratuitos para trabajadores, construyendo, de acuerdo a la metáfora utilizada

⁴⁰⁸ “Palabras inaugurales”, *Euforión. Órgano oficial de la biblioteca cultura Euforión*, año I, n° 3, La Plata, julio-agosto 1931, p. 11.

⁴⁰⁹ Nicodemo Scenna, Pablo Minellono, Edmundo Vanni, Miguel Virgilio, Onofre Fernández, José Bonilla, Orencio Alfonsín, Domingo Molinari y Juan Grossi, entre otros.

⁴¹⁰ Bustelo, Natalia, “Arielistas, ateneístas, novecentistas. Los jóvenes revisteros porteños en los inicios de la Reforma Universitaria”, *Los Trabajos Y Los Días*, (3), 2012, pp. 12-40.

por Arévalo, “un puente ancho desde la Universidad hacia las masas no universitarias”, mostrando el rostro de la universidad nueva: “la de la Reforma, vestida de over-all”.⁴¹¹

Eufori3n organiz3 con ferencias dialogadas en conjunto con los simpatizantes del Ateneo. En simultaneo, sus j3venes animadores pusieron en marcha los primeros eventos para convocar al vecindario: bailes, picnics estivales en las playas del r3o y campeonatos de ajedrez.⁴¹² En febrero de 1928, por ejemplo, tuvo lugar un concurrido picnic en playa Bagliardi, donde se “danz3 con entusiasmo a los acordes de una buena orquesta y contribuyeron al mayor 3xito de la fiesta los diversos juegos que llev3 a efectos la comisi3n auxiliar de damas”.⁴¹³

Imagen 4.1.1: Picnic de Eufori3n, 1928



Fuente: *Cuaderno de recortes biblioteca Eufori3n 1927-1951*, s/p.

El involucramiento de mujeres en la organizaci3n de eventos sociales fue, como venimos destacando, frecuente en las asociaciones de los a3os veinte y treinta. Lo que se anota como un rasgo distintivo de esta biblioteca es la r3pida institucionalizaci3n de la participaci3n femenina. Las primeras socias estuvieron a cargo de la conscripci3n de nuevas adherentes y

⁴¹¹ Ar3valo, Juan Jos3, “La fase pr3ctica de los estudios”, *La Argentina que yo viv3* [1927-1924], M3xico D.F., Edici3n Carlos Balleza, 1974, p. 177.

⁴¹² En ellos tom3 parte el destacado ajedrecista Carlos Maderna, quien con apenas diecisiete ya hab3a obtenido la m3xima categor3a del campeonato local. Naci3 en la ciudad en 1910, curs3 sus estudios secundarios en el Colegio Nacional. Iniciado en el juego muy joven, se consagr3 Campe3n del Club Ajedrez La Plata en 1926. Su larga y destacada trayectoria estuvo jalonada por consagraciones locales, nacionales e internacionales. Su biograf3a puede consultarse en: Napolitano, Americo P. (ed.), *Qui3n es qui3n en La Plata*, Argentina, 1972, p. 489.

⁴¹³ Fondo documental Eufori3n (FDE, en adelante), “Eufori3n”, febrero de 1928, *Cuaderno de recortes biblioteca Eufori3n 1927-1951*.

participaron activamente del “Ciclo de visitas a artistas platenses” hacia 1929-1930, el cual consistió en visitar a distintos artistas en plena tarea, con el fin de presentarlos “como exponentes de trabajo”.⁴¹⁴

Si bien ya funcionaba de manera autónoma, en 1931 la CD de Euforión aprobó la “oficialización” estatutaria de la comisión auxiliar de damas. A partir de entonces, por medio de asamblea, las mujeres pudieron elegir sus propias autoridades y ser elegidas por sus pares. De este modo, podían ejercer en la biblioteca un derecho vedado en la esfera pública, así como en la mayoría de las asociaciones de la época. Tras una asamblea de socias, la ahora denominada comisión auxiliar femenina (CAF, en adelante) eligió su primer elenco directivo, el cual quedó conformado por Isabel Scenna en el cargo de presidenta, Italia Vanni en el de vicepresidenta, Nélica Olivier como secretaria; Juana Amengual, prosecretaria; Tecla Valli, tesorera; Arminda S. de Rómulo, protesorera; Ana Virgilio y Elena Pomanti, vocales. De acuerdo a una nómina publicada en el boletín de la biblioteca, en 1931 la CAF nucleaba a 49 socias, muchas de las cuales, como sugieren sus apellidos, eran familiares de los socios fundadores de la biblioteca.⁴¹⁵ Todos los jueves al atardecer la CAF se reunía en el local de la biblioteca, que brindaba servicios al público de 19 a 22hs. Así, si cada día de la semana, un dirigente de la CD asumía la función de bibliotecario, los días jueves “prestar los correspondientes servicios” en la sala era una tarea que correspondía a la CAF.⁴¹⁶ Avanzada la década, como atenderemos, el número de mujeres nucleadas en esta comisión se acrecentaría, al igual que sus funciones.

4.2 Un boletín y el contenido ideológico de la palabra cultura (1931-1932)

En el marco del creciente activismo de los “jóvenes entusiastas y estudiosos” -siguiendo la adjetivación de la prensa local- vinculados a la biblioteca, destacamos la publicación de un boletín oficial de prensa, de aparición mensual y distribución gratuita en el barrio este.⁴¹⁷

⁴¹⁴ Fueron visitados el estudio del pintor Gerónimo Olmos Cárdenas, el conservatorio de la declamadora Cándida Santa María de Otero San Martín, el estudio de escenografía y arquitectura de Guillermo Ruótolo en los altos del Teatro Coliseo Podestá y el conservatorio Santa Cecilia, de acuerdo a las noticias compiladas en *Cuaderno de recortes biblioteca Euforión 1927-1951*, s/p.

⁴¹⁵ “Comisión Auxiliar Femenina”, *Euforión*, año I, n° 3, julio y agosto de 1931, p. 3.

⁴¹⁶ “Biblioteca cultural Euforión”, enero de 1932, *Cuaderno de recortes de biblioteca Euforión* (BE, en adelante), s/p.

⁴¹⁷ *Ídem*.

Aparecido en mayo de 1931, su primer número incluyó un saludo al periodismo -“la más alta tribuna del pensamiento libre”- mientras que el sucesivo hizo lo suyo con las bibliotecas, definiéndolas como “exponentes de la cultura de un pueblo”:

“Bibliotecas para expandir cultura, para borrar el más leve signo del atraso social, para encauzar a la humanidad por las vías del adelanto, del progreso y de la paz. Bibliotecas en las que todos puedan, a costa de nada, adquirir un cierto conocimiento que se acrecentará en proporción directa al número de libros leídos (...) A esas pocas instituciones culturales, nuestras compañeras, les hacemos llegar nuestro cálido y fraternal saludo”.⁴¹⁸

Con una tirada de 1000 a 1500 ejemplares, un promedio de ocho páginas y un aspecto materialmente asimilable al de una revista, el boletín se sostenía mediante avisos publicitarios de comerciantes y profesionales de la zona.⁴¹⁹ Durante su año inicial se publicaron cuatro números; mientras que en 1932 el impacto de la crisis económica derivó en que los avisos se suspendieran y sólo fue posible publicar dos números.⁴²⁰

Imagen 4.2.1: Portada del primer número del boletín, mayo de 1931



Fuente: FDE

⁴¹⁸ “Saludo a las bibliotecas”, *Euforión*, año I, nº 1, mayo de 1931, p. 2.

⁴¹⁹ En los recuadros publicitarios de profesionales figuraban médicos, cirujanos, cirujanos-dentistas, ingenieros, escribanos y abogados. En el caso de los servicios comerciales, publicitaron farmacias, almacén de comestibles, panaderías, carnicerías, tiendas de ropa, mercería, peluquería, sasterías, zapaterías, imprenta, librería, ferretería y pinturería, aserradero, fábrica de mosaicos, taller de reparación de automóviles.

⁴²⁰ De momento sólo hemos podido ubicar estos siete números. La mención del periódico en libros de actas de años sucesivos, nos conduce a conjeturar que continuó editándose, probablemente de manera esporádica.

El interlocutor del boletín era el “vecino” del barrio, a quien se aclaraba permanentemente que la biblioteca funcionaba “sin distinción de colores políticos (...) porque siempre quisimos que esta biblioteca fuera para todos”.⁴²¹ A lo largo de sus entregas, el boletín estandarizó ciertas secciones: “Nuestra obra”, en la cual se anunciaban conferencias y actos culturales; “Zona este”, columna consagrada al señalamiento de los múltiples problemas edilicios del barrio con fotografías alusivas; “Literarias”, espacio donde socios, socias y simpatizantes publicaban breves piezas literarias. Por su parte, las secciones “Escuela N°43” y “Escuela N°45”, reunían composiciones escritas de sus respectivos alumnados y comunicaban las acciones de la biblioteca en beneficio de las instituciones escolares: donación de útiles, libros y guardapolvos, entrega de premios de estímulo a sus mejores alumnos y alumnas.⁴²²

Miradas en conjunto, estas secciones ofrecen un muestrario de los distintos intereses y prácticas sustentadas por la biblioteca, sobre todo destacan las vinculadas al progreso del barrio que en otras zonas de la ciudad, como vimos, solían quedar bajo la órbita de instituciones fomentistas.⁴²³ El boletín también publicó un conjunto de sueltos heterogéneos: listados de nuevos socios, artículos del estatuto, adhesiones a distintos actos, notas de opinión sobre hechos de actualidad, transcripciones de pequeñas citas de José Ingenieros, Esteban Echeverría, José E. Rodó y Almafuerte, así como de conferencias libradas en el local.

Si consideramos el repertorio heterogéneo de secciones y de sueltos, el boletín replicaba cierta estructura miscelánea típica de los populares magazines de esos años, caracterizados por la yuxtaposición de textos con retóricas y objetivos diferentes pero con la forma breve como elemento común.⁴²⁴ Aunque lejos de la heterogeneidad de públicos lectores al que solían apuntar esos proyectos periodísticos masivos de índole comercial, el lector al que apelaba el “humilde periódico” no era otro que “el vecino” del barrio este y el “consocio” euforionista. Lejos también del numeroso *staff* de un magazine, la modesta comisión de periodismo encargada del boletín estaba compuesta por un director, un administrador y tres redactores. Es

⁴²¹ “Proemio”, *Euforión*, año I, n° 1, mayo de 1931, p. 1.

⁴²² En 1929 la biblioteca había gestionado ante el gobierno provincial la apertura de un nuevo edificio para esta institución escolar popularmente conocida como “La Linyera”, a la que habían acudido muchos de los socios y socias. El nuevo edificio escolar se inauguró en 1936.

⁴²³ De todos modos, de acuerdo al suplemento dedicado al barrio, recientemente se había conformado la “Comisión de fomento barrio este”, la cual llevaba una meritoria campaña pro-pavimentación de la diagonal 79 y otras calles adyacentes, cfr. “El Argentino en la popular zona este”, Sup. “De los barrios”, *El Argentino*, 26/9/1931, p.5.

⁴²⁴ Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en Argentina, 1917-1925*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985, p. 22.

dable concebir al boletín como una estructura de sociabilidad específica, dentro de otra mayor, que era la biblioteca cultural.⁴²⁵

Ya egresados del colegio, varios de los redactores y colaboradores del boletín estaban cursando carreras universitarias, factor que explica la amplia cobertura que mereció el conflicto universitario abierto tras golpe de estado de 1930, caracterizado por la exoneración de profesores y las restricciones de la autonomía universitaria.⁴²⁶ El boletín publicó una respuesta a la solicitud hecha por la Federación Universitaria local (FULP) en relación a que la biblioteca ofreciera “un pronunciamiento sobre el actual conflicto” por el que atravesaba la universidad:

“No puede ni debe haber otra autoridad dentro de ella [UNLP], que aquella que emana del seno mismo de las asambleas de profesores y alumnos. Hacer lo contrario implica desconocer sus fueros y la democrática función que ejerce. Nuestra palabra prescinde, como institución apolítica que es, de toda cuestión política, auscultando el mal en toda la gravedad de su repercusión cultural y social”.⁴²⁷

En una coyuntura signada por la polarización política y la disputa ideológica como la de los primeros años treinta, donde los pronunciamientos de jóvenes universitarios eran en alguna medida definibles como políticos, no deja de ser interesante advertir el modo en que los redactores del boletín se apropiaron del argumento de “apoliticidad” de la institución cultural para jerarquizar su punto de vista en la opinión pública. La “apoliticidad” de la “cultura” ofrecía una útil inmunidad en tiempos de clausura política.

Aquel pronunciamiento de la biblioteca distó de ser una excepción: desde distintos sueltos, los redactores apoyaron a la Asociación de Maestros de la Provincia en ocasión de la cesantía de maestros y maestras, publicaron declaraciones contra el fascismo, la pena de muerte y el reclutamiento de escolares por parte de la Legión Cívica Infantil, y solicitaron el levantamiento del Estado de Sitio ante la cercanía de los comicios electorales de 1931.

⁴²⁵ “Al aparecer”, *Euforión*, año I, n° 1, mayo de 1931, p. 1. Acerca de las publicaciones periódicas como estructura de sociabilidad, retomo algunas consideraciones sintetizadas por Delgado, Verónica, “Algunas cuestiones críticas y metodológicas en relación con el estudio de revistas”, en Delgado, V., Mailhe, A. y Rogers, G. (coords.), *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación, 2014, pp.11-25.

⁴²⁶ Por decreto del 6/6/1931, el Gobierno de Facto suspendió el art. 9 y dos incisos del art. 23 de los Estatutos universitarios, despojando de autoridad al Consejo Superior y disminuyendo notablemente la de los consejos académicos. El 25/7 considerando que la situación se había tornado insostenible por <las tendencias ideológicas perturbadoras de la tranquilidad pública>, el gobierno decretó la intervención de la UNLP, designando a Federico Walker como interventor. Se exoneró además a los profesores José Gabriel y Enrique Galli y fueron suspendidos una treintena de alumnos. Cit. en Vallejo, Gustavo, “El reformista y el golpe (...)”, *Hilos documentales*, año 1, n° 2, sept. 2019.

⁴²⁷ “Nuestra universidad”, *Euforión*, año I, n° 3, julio y agosto de 1931, p. 12.

En 1932 un número del boletín fue consagrado a la denuncia de la guerra boliviano-paraguaya.⁴²⁸ Desde la Gran Guerra, la sensibilidad antibelicista unificaba a diversos sectores del arco progresista, para quienes el estallido de la Guerra del Chaco constituyó un suceso repudiable. A lo largo del país, grupos comunistas, socialistas, anarquistas, sindicalistas, anarco-sindicalistas, con una fuerte gravitación de reformistas universitarios cordobeses encabezados por Deodoro Roca, orquestaron una extensa campaña de opinión en contra de la guerra, que tuvo su correlato local en la campaña liderada por la FULP y asociaciones obreras y culturales locales, como Alborada, Ateneo Popular y Euforión.⁴²⁹ Así, la séptima entrega del boletín -octubre de 1932- se consagró enteramente a la campaña antibelicista, pues correspondía a la juventud, “máxime si es estudiosa”, movilizar las conciencias colectivas en contra de la “masacre humana”, contribuir a una humanidad mejor, menos sanguinaria, “más humana y fraterna”.

Encabezado con el titular ¡CONTRA LA GUERRA!, sus páginas incluyeron editoriales de denuncia, reflexiones antibélicas, la transcripción de una conferencia a cargo de Scenna titulada “Por la paz de América” y una crónica del “Acto contra la guerra”, en el cual el dirigente de la FULP, José Lunazzi, discursó en la tribuna de la biblioteca acerca de las determinaciones económicas de una contienda que “sólo interesaba a los capitales norteamericanos y angloargentinos que desean poseer el Chaco boreal por el petróleo”.⁴³⁰ En el marco de la “Semana contra la guerra”, el local de Euforión fue sede de la “Exposición Pictórica” organizada por la “Asociación contra la Guerra”, encabezada por el artista visual Eugenio Rodríguez. A fines de 1932, Euforión tomó parte, junto al mencionado conjunto de asociaciones, del mitin “antibélico” realizado en la plaza Rocha.⁴³¹

⁴²⁸“¿Por qué una nueva guerra? -se preguntaba Scenna- ¿No es acaso bastante con la tremenda experiencia que la guerra europea nos suministró para renegar eternamente de este mal que es peor que una peste y que sin embargo el imperialismo económico nos amenaza ahora con conflictos provocados para favorecer sus ansias ilimitadas de conquista, explotación y dominio?”, en “Por la paz de América”, *Euforión*, año II, n° 7, octubre de 1932, p.8.

⁴²⁹ Organizado por los partidos comunistas argentino y uruguayo, con presencia de trotskistas y anarquistas, en marzo de 1933 tuvo lugar el Congreso Antiguerrero Latinoamericano, ver: Steffanoni, Pablo, “Guerra a la guerra: comunismo, antimperialismo, reformismo universitario durante la contienda del Chaco”, *Bolivian Research Review/Revista Boliviana de Investigación*, año 2014, vol. 11, n° 1, p. 14-49.

⁴³⁰ “Acto contra la guerra”, *Euforión*, año II, n° 7, octubre de 1932, p. 5

⁴³¹ *El Argentino* enumeró a las entidades que participaron del mitin antibélico: “Biblioteca Euforión, Ateneo Popular, Centro de Estudiantes de Medicina, Biblioteca Constancio Campos, Sindicato O. Ladrilleros, Centro Estudiantes de Derecho, Federación E. y O. Telefónicos, Biblioteca y Centro Cultural Alborada, Sociedad O. Panaderos, Asociación Estudiantil Libertaria, Biblioteca Cervantes del Club Yatay, Asociación Empleados de la Universidad, Partido Universitario de Izquierda, Comité Pro-Presos Sociales de La Plata, Ateneo Cultural Ensenadense; Biblioteca Libre Pensar, Chauffeurs y Panaderos de Quilmes”, “En la plaza Rocha se efectúa hoy el mitin antibélico”, *El Argentino*, 3/12/1932, p. 6.

En síntesis, la biblioteca bien podía vanagloriarse de ser una institución “apolítica”, pero aquello no era equiparable a carencia de ideología, como llegó a admitir un socio en asamblea:

“Interpretando el contenido ideológico de la palabra <cultural> que forma parte del nombre de nuestra institución, los componentes de la CD impulsados por un sentimiento hondamente humano, no pudieron permanecer independientes ante un crimen como es la guerra, pues no quieren ser cómplices de la misma con su silencio”.⁴³²

4.3 Biblioteca del (y para el) barrio

La salita “de humildad franciscana” abría sus puertas al público todos los días hábiles de 19 a 22hs.⁴³³ Cualquier persona podía acceder a ella, pues era de carácter público, aunque no gozase del estatuto de “popular”, pues (aún) no estaba reconocida por la CPBP. De acuerdo a un anuncio realizado en el boletín, el “vecino” podía encontrar en sus anaqueles libros para todas las edades, necesidades y preferencias:

“Tenemos el ejemplar ameno, el libro de la fantasía infantil, el texto primario, secundario y el superior. En este hogar del libro, tiene la revista donde su compañera o su hija puede sacar la receta casera con que halagar su paladar (...) Con ella podrá idearse cómo un vestido no pasó de moda con una pequeña reforma, y al mismo tiempo se hace amiga de la lectura y con ella se instruye Vd. Mismo, al sentarse a descansar, después de la labor diaria, hojeando esa revista, se entera de lo que pasa en el mundo, no olvide que leyendo, todos los días, sabemos una cosa más”.⁴³⁴

Lecturas para la instrucción y también para el entretenimiento: los redactores de *Euforión* sorteaban una dicotomía gravitante en los discursos de la época (lo abordaremos en detalle en el próximo capítulo). Ponderaban la lectura doméstica de revistas, formato que, como ha indicado Eujanian, habilitaba una lectura distendida, realizable a lo largo de la semana, que carecía del sentido efímero asociado a la prensa y ofrecía una mayor amplitud de temas e informaciones.⁴³⁵

⁴³² FDE, asamblea general de socios, acta n° 195, 27/1/1933, *Libro de actas de la CD Euforión*, pp. 194-195.

⁴³³ Scenna, Nicodemo, “Prólogo”, *Sembrando ideales*, op. cit, p. 1.

⁴³⁴ *Euforión*, año I, n° 2, junio de 1931, p. 1.

⁴³⁵ Eujanian, Alejandro C., *Historia de revistas argentinas. 1900-1955. La conquista del público*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999.

¿Qué revistas ofrecía la biblioteca al público lector? La sala alojaba una considerable variedad: de entretenimiento y tirada masiva como *El Hogar* y *El Gráfico*; de carácter institucional como *Índice* -de la estudiada BP Sarmiento-, *Bases* -de la agrupación almafuertista homónima-, *Banco de la Nación Argentina*, *City Bank of New York*; de agrupaciones juveniles como *Humanidad*, *El Ateneo Hebreo*, *La proveedora platense*, *Elevate*, *Brujula*; de carácter literario y científico como *Vida literaria*; *Ideas*, *Scientia*, etc. Disponía, asimismo, de los diarios locales *El Día*, *El Argentino* y *La opinión*.

Esta amplia gama de publicaciones estaba a disposición para la consulta en sala, aunque “los números atrasados podían llevarse a domicilio, por un máximo de siete días”.⁴³⁶ En cuanto a los libros, socios y socias podían retirar hasta tres a domicilio por un máximo de quince días. El reglamento interno, publicado en el boletín y la prensa local en 1931, establecía que, en caso de pérdida o devolución en mal estado de un ejemplar, el asociado debía abonar su importe o devolver otro ejemplar de la misma edición, mientras que “todos los casos no previstos” por el reglamento, serían resueltos por “bibliotecarios de turno”.

Esta figura clave, la del bibliotecario, aparecía pluralizada debido a que dicha función era cumplida rotativa y voluntariamente por los distintos miembros de la CD. Además de facilitar y entregar libros bajo recibo, los bibliotecarios debían “tener la dirección y vigilancia general durante las horas de turno como también el cuidado y conservación de los muebles y útiles de la biblioteca”.⁴³⁷

Como en todas las salas, aumentar el caudal bibliográfico fue una preocupación compartida por los elencos directivos de fines de los veinte e inicios de los treinta. En función de eso, cada agosto -mes aniversario de la biblioteca- fue declarado “Mes del libro” y se orquestó una contundente campaña para promover donaciones bibliográficas. En 1931, por ejemplo, se obtuvieron más de 400 ejemplares; en 1936, la “conscripción de libros” arrojó 300 ejemplares. A lo largo de la década, la lista de donantes se integró por numerosos socios y socias, simpatizantes de renombre como Alejandro Korn, Carlos Sánchez Viamonte, Martínez Estrada o José Gabriel. La Dirección General de Escuelas, el Circulo de Periodistas, numerosas facultades de la UNLP, el diario *La Prensa*, la Universidad del Litoral, la Dirección de Impresión de Talleres oficiales y el Centro de Estudiantes de Ingeniería, fueron algunas de las muchas instituciones consignadas como donantes. Un artículo del reglamento se hacía eco de

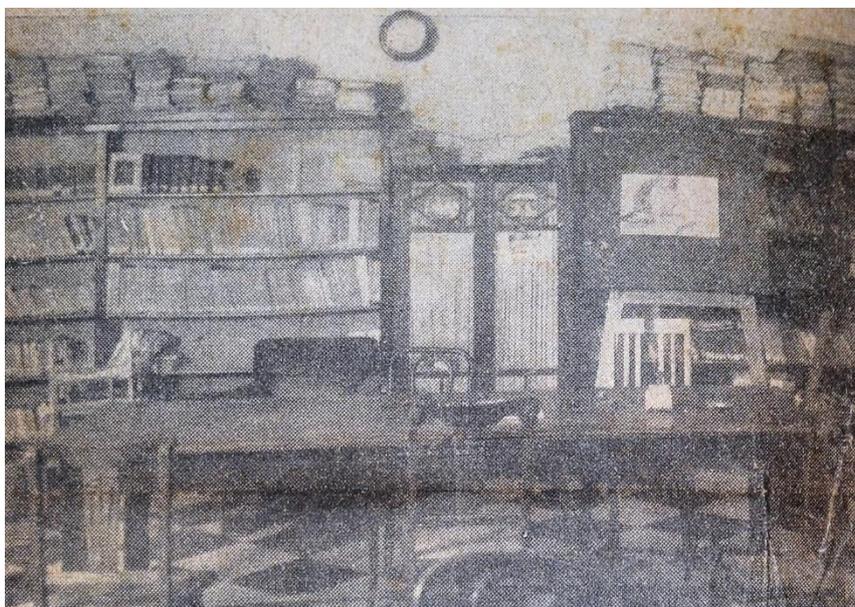
⁴³⁶ “Zona Este. Biblioteca cultural Euforión”, *El Día*, 26/10/1931, p. 6.

⁴³⁷ *Ídem*.

la importancia de las donaciones cuando establecía que “los libros de donaciones de alguna importancia llevarán el nombre del donante”.⁴³⁸

Hacia mediados de los treinta, el entonces presidente de la CD agradeció con creces la “ejemplarísima” conducta del nuevo bibliotecario A. González, quien había procedido a catalogar el material bibliográfico “teniendo un orden en todo como nunca se había podido realizar en la biblioteca”.⁴³⁹ Aquel fondo constituido a base de esforzadas adquisiciones y donaciones, alcanzaba unos 1500 ejemplares y cientos de diarios y revistas. De todas formas, dirigentes admitían, en 1937, que el movimiento bibliográfico aún no alcanzaba un gran desarrollo.⁴⁴⁰

Imagen 4.3.1: “La biblioteca Euforión se remoja”, 1939



Fuente: *Cuaderno de recortes biblioteca Euforión*

De manera similar a la trayectoria de Alborada, serían para Euforión las décadas del cuarenta y del cincuenta claves en el despegue del caudal bibliográfico y la afluencia de público lector. En contraste con los 1500 libros de mediados de los treinta, a fines de los años cincuenta la por entonces biblioteca popular “Juan Bautista Alberdi” -nombre adoptado en los años

⁴³⁸ *Ídem.*

⁴³⁹ FDE, asamblea general de socios, acta n° 252, 28/1/1935, *Libro de actas de la CD Euforión*, p. 294.

⁴⁴⁰ *Ídem.*, acta n° 326, 25/1/1937, p. 36.

cuarenta para acceder al fomento provincial- contaba con más de 11.000 volúmenes adaptados a “los programas vigentes en los colegios y escuelas nacionales y provinciales”; además, atesoraba 2200 folletos y revistas. De acuerdo a una reseña publicada en *El Día*, su sala registraba entonces un promedio de 60 lectores diarios.⁴⁴¹

4.4 El rol de las conferencias en la configuración de un circuito cultural local

“En nuestra labor cultural hay algo que nos preocupa tal vez más que otra cosa: ese algo lo forman las conferencias. Es innegable el valor moral e intelectual de ellas; siempre dejan en la mente de quien las escucha una estela luminosa de conocimientos que, si bien a primera impresión parece no haberlos adquirido, se van agregando a nosotros y salen a relucir en el momento oportuno. Ora sobre un tema educacional, ora sobre un tema científico o histórico, Euforión ha dado y dará conferencias”.⁴⁴²

Como en la Corporación Mitre estudiada por González, también en Euforión las conferencias se caracterizaron por la heterogeneidad, no sólo desde el punto de vista del contenido, sino también del formato. La conferencia solía enmarcarse en actos culturales cuya apertura y cierre solía estar a cargo de animadores de la biblioteca, mientras que la disertación era antecedida o sucedida por piezas musicales y declamatorias, para las cuales se convocaba a socias declamadoras como Loda Puricelli y Lola Guzmán Reyes.⁴⁴³ El hecho de que el boletín transcribiera algunas de estas conferencias sugiere que los oradores realizaban lecturas en voz alta de algún tipo de texto o apunte. Gracias a la mediación de la voz lectora, como señala Chartier, esta práctica contribuía a familiarizar al lectorado popular urbano con obras y géneros propios de los círculos universitarios.⁴⁴⁴

Cuadro 4.4.1: Conferencias de la biblioteca Euforión durante el lustro 1931-1936

Título de la conferencia	Conferenciante	Lugar /año

⁴⁴¹ FDE, “Biblioteca cultural Euforión”, *El Día*, año 1957, *Cuaderno de recortes B.E.*

⁴⁴² “Conferencia”, *Euforión*, año I, n° 3, julio y agosto de 1931, p. 12.

⁴⁴³ González, Ricardo, “Lo propio y lo ajeno (...)”, op. cit., p. 111.

⁴⁴⁴ Chartier, Roger, “Lecturas y lectores populares del Renacimiento”, en Chartier R. y Cavallo G., op. cit., p. 483.

“Educación e instrucción”	Dr. Edelmiro Calvo	Local Eufori3n (1931)
“El papel y los libros”	Prof. Mateo Heras	Local Asociaci3n Sarmiento (1931)
“Enfermedades ven3reas: su profilaxis como higiene social”	Dr. Emilio Cortelezzi	Local Eufori3n (1931)
“Mart3n Fierro”	Abel D3az Pe3a	Local Eufori3n. Auspiciado por Asociaci3n Sarmiento (1931)
“El problema social y profilaxis de la tuberculosis”	Dr. Samuel Zabłudovich	Local Eufori3n (1931)
“El misterio del lago Nemi”	Guillermo Korn Villaf3a	Local diario <i>La Prensa</i> (1931)
“Agust3n Lantero, su obra”	Jos3 C. Picone	Local Eufori3n. Auspiciada por Grupo Humanidad (1931)
“El problema social de la s3filis”	Nicodemo Scenna	Local club Ateneo Popular (1932)
“Un tema de metaf3sica”	Jos3 Cevanti	Local Eufori3n. Auspiciada por Ateneo Popular (1932)
“Los grandes libros de la guerra”	Prof. Jos3 Gabriel	Local Eufori3n (1932)
“Construcci3n de una nueva cultura”	Prof. Jos3 Mar3a Lunazzi	Local Eufori3n (1932)
“Semana contra la guerra”	Prof. Jos3 Mar3a Lunazzi y otros miembros de la FULP	Local Eufori3n. Auspiciada por FULP (1932)
“Reflexiones sobre educaci3n”	Prof. Edelmiro Calvo	Local Eufori3n (1933)
“La mujer en Europa y Norteam3rica”	Hilda Schileer	Local Eufori3n (1933)
“Palabras inaugurales sobre la exposici3n pict3rica de F. Hebequer”	Prof. Jos3 Mar3a Lunazzi	Local Eufori3n (1933)
“La confraternidad humana y el sentimiento de patria”	Nicodemo Scenna	Local Ateneo Popular (1933)

“La cultura. Conversación general”	Dr. Alejandro Korn	Local Euforión (1933)
“La imprenta en la cultura”	Dr. García Cueto	Local Euforión (1933)
“Alberdi: fundador espiritual de nuestra ciudad”	José C. Picone	Local Euforión (1934)
“Religión”	Dr. Alejandro Korn	Local Euforión (1934)
“La ley de Educación común”	Dr. Edelmiro Calvo	Local Euforión (1934)
“La mujer en la vida argentina”	Sr. Ataulfo Pérez Aznar	Local Euforión (1934)
“Evolución y significado de la obra de Euforión”	Sr. Antonio Russo	Local Euforión (1935)
“El sentido de la ética”	Dr. Alejandro Korn	Local Euforión (1935)
“Biografía de Krishnamurti”	Dr. Alejandro Korn	Local Euforión (1935)
“Conceptos del nacionalismo”	Dr. Jacinto Calvo	Local Euforión (1936)
“Profilaxis antituberculosa”	Dr. José E. Mendez	Local Euforión (1936)
“La obra de Shakespeare”	Sta Josefina Passadori	Local Euforión (1936)
“La vida sobre el planeta”	Dr. Paternato	Local Euforión (1936).
“Sobre Euforión”	Dr. Ezequiel Martínez Estrada	Local Euforión (1936)
“Aspectos de la ciudad”	Dr. Justo V. Rocha	Local Euforión (1936)

Fuente: elaboración propia en base al *Libro de Actas de la CD de Euforión*.

El cuadro arroja información de distinta índole que desglosaremos en tres puntos. El primero de ellos se vincula con el perfil de los conferenciantes, entre quienes se contaron profesores y estudiantes universitarios, periodistas, abogados y políticos que abordaron, a tono con el pulso humanista-reformista, un amplio repertorio de temas, desde la salud del pueblo, la educación y la cultura, hasta temas de interés filosófico e histórico, o de actualidad política como la situación social de la mujer y la guerra boliviano-paraguaya. Entre el listado de oradores aparecen figuras claves del reformismo universitario y del socialismo local, perfil sintetizable de algún modo en la icónica figura del “maestro” Alejandro Korn, quien ocupó en más de una ocasión la tribuna de la biblioteca; o los profesores Carlos Sánchez Viamonte y José Gabriel, reincorporados a sus funciones docentes en el Colegio Nacional tras la exoneración de 1931.⁴⁴⁵

Párrafo aparte merecen las disertaciones de José María Lunazzi, líder estudiantil reformista de orientación libertaria.⁴⁴⁶ Tras el golpe de estado, Lunazzi había sido proclamado conductor de la FULP y encabezó protestas con “bombas y petardos” que, de acuerdo a los recuerdos de Arévalo, “supieron atormentar a las bravas policías uriburistas”.⁴⁴⁷ Sus conferencias en Eufori3n, entre 1932 y 1933, acontecieron en el marco de la mencionada campaña contra la Guerra del Chaco y de la inauguraci3n de una muestra de Facio Hebequer, artista pl3stico de izquierda que por entonces exponía sus grabados en clubs, bibliotecas y sindicatos obreros.⁴⁴⁸ En esa ocasi3n, la presencia del conductor de la FULP sembr3 sospechas entre las fuerzas del orden: la divisi3n de investigaci3n de la policia allan3 el local de Eufori3n durante la madrugada del 28 de abril de 1933.

Vale la pena detenernos en este episodio para capturar el posicionamiento asumido por los dirigentes de la biblioteca y la apropiaci3n formulada en relaci3n a la obra cultural sustentada. Tras la irrupci3n policial, 3stos redactaron una nota, dirigida al jefe de policia,

⁴⁴⁵ Acerca de José Gabriel ver: Vallejo, Gustavo, “El reformista y el golpe: avatares de José Gabriel en torno a 1930”, *Hilos documentales*, Añ3 1, n3 2, Sept. 2019.

⁴⁴⁶ José “Pepe” Lunazzi (1904-1995) afin al anarquismo, estudiante universitario durante la d3cada del veinte, graduado como profesor de Ciencias de la Educaci3n. En 1919 lider3 un grupo estudiantil reformista; en 1930 fue detenido por la dictadura uriburista y debi3 exiliarse en Montevideo. Su trayectoria biogr3fica puede consultarse en Tarcus, Horacio, *Diccionario (...)*, op. cit., pp. 377-378.

⁴⁴⁷ Juan José Ar3valo da cuenta en sus memorias del clima de agitaci3n que sacudi3 a la UNLP tras el golpe uriburista; en ese contexto de protestas, “Lunazzi cay3 preso, logr3 salir; volvieron a perseguirlo porque 3l era el cerebro”, cfr.: “Caída del Presidente Yrigoyen”, *La Argentina que yo viví* [1927-1924], op. cit., p. 212.

⁴⁴⁸ Sobre el polifac3tico artista de izquierda Facio Hebequer puede consultarse la tesis doctoral de Devez, Magalí A., “Guillermo Facio Hebequer: entre el campo artístico y la cultura de izquierda”, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, junio de 2016.

levantada por el diario *El Día*, en la cual protestaron ante la “antojadiza y sorpresiva medida” de la que había sido víctima una institución de índole “netamente cultural” y “sólidamente prestigiosa” que excluía toda “tendencia política” y participación ajena a las “costumbres constitucionales y democráticas”. El hecho de que hubiera ocupado la tribuna un intelectual “con ideas sociales” -argumentaban los redactores en referencia a Lunazzi- no justificaba el allanamiento, toda vez que éste había desarrollado temas “de interés general y no doctrinarios”. Por último, los firmantes no desperdiciaban la oportunidad de destacar la “sana orientación en bien del pueblo” de una biblioteca como Euforión, reconocida no sólo por auspiciar “conferencias a cargo de conocidos intelectuales platenses”, sino además por sostener una permanente acción de fomento en la zona este, ayudar a las dos escuelas y estimular el estudio de la niñez del barrio.⁴⁴⁹

Hasta donde hemos podido reconstruir, el episodio del allanamiento no volvió a repetirse; decenas de intelectuales disertaron en la tribuna de Euforión, cosechando calurosos aplausos del público. Entre aquella veintena de oradores, se contaron sólo dos mujeres: la educadora y escritora Josefina Passadori e Hilda Schileer, graduada de Cs. de la Educación de la UNLP.⁴⁵⁰ Esto nos adentra en el segundo aspecto a destacar: el rol que las conferencias tuvieron para la CAF de la biblioteca, considerando tanto los contenidos de las disertaciones, como la participación real de las socias o simpatizantes en la tribuna. En este sentido, la evidencia sugiere que mediante el auspicio o la adhesión a conferencias a lo largo de la década, la CAF visibilizó temas específicamente femeninos, dentro de los cuales el derecho al sufragio femenino ocupó un lugar de peso. Así, en 1934, la CAF adhirió a la conferencia auspiciada por la “Asociación Argentina de Sufragio Femenino” en el diario *La Prensa*.⁴⁵¹ Dos años antes, el último número del boletín *Euforión* había publicado columna titulada “Divorcio y voto femenino”, considerándolas “dos conquistas fundamentales para la liberación de la mujer”.⁴⁵²

⁴⁴⁹ FDE, “El allanamiento de la biblioteca Euforión no ha tenido fundamentos”, *El Día*, 5/5/1933, *Cuaderno de recortes B.E.*

⁴⁵⁰ Josefina Passadori (1900-1987), escritora y educadora argentina de origen italiano, desde niña se estableció en la ciudad de La Plata. En 1922, egresó de la Escuela Normal N°1 Mary O Graham, donde ejerció posteriormente la docencia. Actuó al frente de diversas instituciones culturales de la ciudad como la Sociedad de Artes y la Universidad Popular Sarmiento (1939/1940). Se desempeñó también como subsecretaria de Educación de la provincia de Buenos Aires y, posteriormente, como Secretaria Provincial del Consejo General de la Minoridad. Publicó diversas obras didácticas y también poéticas. Ver: Sosa de Newton, Lily, *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1980. p. 344.

⁴⁵¹ FED, “Sobre sufragio femenino habrá una conferencia”, año 1934, *Cuaderno de recortes B.E.*

⁴⁵² “Divorcio y voto femenino”, *Euforión*, octubre 1932, año II, n° 7, p. 2.

En el local de la biblioteca el joven estudiante de derecho Pérez Aznar disertó acerca de “La mujer en la vida argentina”, mientras que la disertación de Schileer versó sobre “La mujer en Europa y Estados Unidos”. Ese día la apertura del acto estuvo a cargo de la socia Cardulli, quien destacó la participación de la “mujer moderna” en el desarrollo de la sociedad y, tras la conferencia de Schileer, Loda Puriccelli brindó un recital poético.⁴⁵³ A diferencia del escaso número de oradoras, corroboramos que numerosas asociadas tomaron parte de los “actos culturales” desde sus saberes musicales y poéticos. A partir de 1936, la CAF organizó autónomamente conferencias, como “Bellezas del suelo argentino”-para la cual convocaron a la educadora Josefina Passadori- o “Difteria”, a cargo del catedrático Herminio Halti.

El tercer y último punto que nos interesa señalar se asocia con la importancia que las conferencias tuvieron para el establecimiento de relaciones entre Euforión y otras instituciones culturales. Bajo el objetivo de “estrechar los vínculos” con distintas bibliotecas y sus asociados, en 1931 se llevó a cabo un sistema rotativo de conferencias entre Euforión, la Asociación Sarmiento y el club Ateneo Popular. Fruto de esa triangulación de conferenciantes y adherentes, prosperó la iniciativa, impulsada por Ateneo Popular, de conformar una “Federación de Bibliotecas Populares de La Plata”, para lo cual se llevaron a cabo distintas reuniones en el local sarmientista. La noticia fue celebrada por la prensa local:

“Desde hace algún tiempo se reproduce el caso de entidades que en lugar de producir aisladamente sus actos, procuran el apoyo o concurso de otras, de donde resulta una mayor eficacia para los mismos. Al colaborar en la obra desinteresada de la cultura popular, dichas corporaciones aportan sus respectivos elementos, refuerzan los recursos que aislados podrían resultar débiles e ineficaces (...) La coordinación de las diferentes bibliotecas populares de La Plata podría suscitar ventajas que hoy por hoy no se producen”.⁴⁵⁴

De acuerdo a las memorias institucionales de Euforión, el proyecto federativo no prosperó, hecho que no resulta extraño si consideramos que una biblioteca modesta y barrial como la del club Ateneo Popular no tenía las mismas capacidades, necesidades ni aspiraciones

⁴⁵³ El enfoque transnacional de la disertación de Schileer se corresponde con su militancia política: desde 1941, Schileer integró la organización antifascista femenina “Junta de la Victoria”, ver: Mc Gee Deuscth, Sandra, “Mujeres, antifascismo y democracia: la Junta de la Victoria, 1941-1947”, en *Anuario IEHS*, n°28, 2013, pp. 157-175

⁴⁵⁴ “Federación de bibliotecas populares”, *El Argentino*, 16/10/1931, p. 6.

que la más distinguida Sarmiento, cuyo caudal societario y bibliográfico no cesaba de ascender, como vimos. Lo cierto es que desde entonces, Euforión y Ateneo Popular reforzaron sus vínculos: los euforionistas disertaron a menudo en el club de barrio Hipódromo, cuyos dirigentes reconocían que, de todas las entidades hermanas con las que mantenía cordiales relaciones, se destacaba Euforión “refugio admirable de una juventud que piensa”.⁴⁵⁵

Pese a que la federación no llegó a conformarse, la mera existencia del proyecto sugiere que, a diferencia de otros eventos culturales de carácter intrainstitucional o barrial como los picnics, torneos atléticos o bailes, las conferencias jugaron un rol clave en la configuración de un circuito intelectual y en la consolidación, a lo largo de la década, de un repertorio de intervenciones de catedráticos universitarios en la esfera pública local. De hecho, fue frecuente que los mismos profesionales replicaran conferencias en distintas bibliotecas y también que éstas fueran auspiciadas por cátedras de la UNLP o sus colegios.

Las conferencias de temática higienista y las campañas en pos de la profilaxis social y de la salud del pueblo fueron centrales en la configuración de ese circuito. Un ejemplo ilustrativo en este sentido se advierte en la conferencia patrocinada por A. Sarmiento sobre “Sífilis y demás enfermedades venéreas”, a cargo de la Liga Argentina de Profilaxis social, la cual convocó en 1931 a más de tres mil personas, colmando la capacidad del Teatro Argentino.⁴⁵⁶ Un numeroso público acudió a la sala de Euforión ese mismo año a escuchar la disertación del médico Zabludovich acerca de la “lucha contra la tuberculosis”, enfermedad que, de acuerdo al orador, si bien no se especializaba en ninguna clase social, se ensañaba “con ardores vivos cuando de la clase pobre se trata”, siendo “el bacilo de kock (sic) la nueva espada de Damocles que aún a través de los siglos se irguiera como tenaz maldición sobre la humanidad doliente”.⁴⁵⁷

En beneficio del Patronato de Leprosos filial La Plata las socias nucleadas en la CAF de Euforión llevaron a cabo una calurosa campaña en 1939: niñas y señoras con alcancías verdes recorrieron el vecindario y días más tarde realizaron una exitosa matinee danzante en el local de la biblioteca.⁴⁵⁸ A lo largo de la década, Euforión y otras bibliotecas de clubes y

⁴⁵⁵ FED, recorte del boletín “Ateneo Popular”, *Cuaderno de recortes B.E.*, año 1932.

⁴⁵⁶ Destacan las memorias institucionales que “el tema propuesto fue brillantemente tratado. Se pasaron películas y diapositivas y nuestro terceto musical amenizó el acto borrando un tanto los tintes sombríos del tema desarrollado”, en “Conferencias”, *Memoria anual de la Asociación Sarmiento*, La Plata, 1931, p. 16.

⁴⁵⁷ “El problema social y profilaxis de la tuberculosis”, *Euforión*, año I, n° 5, octubre de 1931, p. 6.

⁴⁵⁸ *Libro de actas de la CAS Euforión 1936-1940*, Memoria correspondiente al ejercicio 1939-1940, s/p.

sociedades de fomento fueron la habitual tribuna para los miembros de la Liga Popular contra la tuberculosis y numerosos profesores de cátedras de la Facultad de Ciencias Médicas.⁴⁵⁹

Además de conferencias y campañas profilácticas, ese circuito se nutrió y retroalimentó de otras prácticas culturales como homenajes a “ciudadanos ilustres”, constitución de federaciones, comisiones pro-monumentos y campañas antibélicas. En relación a estas últimas, ya destacamos la participación de Euforión y otras entidades como Alborada y Ateneo Popular en la agitación contra la guerra del Chaco. También que en ocasión del vigésimo aniversario del estallido de la gran guerra el local de Alborada fue sede de un Congreso Comarcal Antigüerrero, abocado al estudio del acelerado proceso armamentista internacional, en el cual participaron la FULP, sindicatos obreros de Quilmes y Berazategui, Euforión y Ateneo Popular. En 1935, el congreso derivó en una Federación Comarcal Antigüerrera, que impulsó una activa campaña de propaganda antibélica y antifascista, la cual incluyó veladas teatrales, funciones cinematográficas, disertaciones, mitines, etc.⁴⁶⁰

El culto almafuertero

“Almafuerte no tiene par en su vida ni en su obra. La Plata lo prohija, le rinde culto, lo hipostasia en su cielo de ciudad joven, sin astros”.

J.J. Arévalo.⁴⁶¹

Un conjunto de “hombres ilustres”, caros a la tradición liberal progresista, fueron homenajeados por estas entidades: Sarmiento, Alberdi, el “sabio Ameghino” y Spegazzini, entre otros. Pero de manera más palmaria, Ateneo Popular, Euforión y Asociación Sarmiento adhirieron a las sucesivas iniciativas en memoria del poeta Almafuerte -Pedro E. Palacios- motorizadas en la ciudad por la Agrupación Bases.⁴⁶² En el marco de los festejos oficiales por

⁴⁵⁹ Por ejemplo, la cátedra de Higiene Médica y Preventiva auspició en Alborada, en 1942, una conferencia acerca de “Lo que debe saberse sobre el cáncer”.

⁴⁶⁰ Los trabajos de Gisela Manzoni reconstruyen discursos y prácticas antimilitaristas y antibelicistas sustentadas por el anarquismo y por las mujeres libertarias a lo largo del período considerado, cfr. Manzoni, Gisela, “¡Abajo las armas! Contrapuntos antimilitaristas en las voces femeninas del anarquismo”, *Travesía*, Vol. 20, n°2, julio-diciembre 2018, pp. 65-92.

⁴⁶¹ Arévalo, Juan José, “La Plata, ciudad...argentina”, en *La Argentina que yo viví*, op. cit., p. 118.

⁴⁶² Conformada en 1928, “Bases” nucleaba a un grupo de escritores y poetas, veneradores de la obra de Palacios, consagrados a distintas actividades culturales. Sus miembros iniciales fueron los poetas Teófilo Olmos, Osvaldo

el cincuentenario urbano (1932), Bases organizó un convocante acto público en el último domicilio de Palacios, inaugurando allí una biblioteca pública y museo, al que asistieron numerosos asociados y asociadas de las entidades culturales estudiadas, además de autoridades locales y provinciales.⁴⁶³

El culto al poeta fue una constante en la trayectoria de las asociaciones culturales en general y de Euforión en particular, debido, entre otras cosas, a que la sala se emplazaba a pocas cuerdas de aquella última casa de Palacios -y sede social de Bases-. Por ejemplo, socios y socias de las tres entidades protagonizaron el acto que se llevó a cabo en 1934, a propósito del décimo séptimo aniversario de la muerte del poeta. Organizada por Bases, la ceremonia en el mausoleo del cementerio local fue musicalizada por la banda de policía y contó con la adhesión del intendente municipal, quien envió una palma de flores. Entre los oradores del acto se contaron dos socios de Bases; y además, José Saiñas por la Asociación Sarmiento y Nicodemo Scenna por Euforión, “mientras en representación del Ateneo Popular concurrieron los miembros de su comisión directiva, notándose la presencia de señoras y señoritas que con ofrendas florales se adherían al homenaje”.⁴⁶⁴ En su alocución, antes de enaltecer al gran poeta “que se solidarizó con la tragedia y el dolor del humilde, y fustigó con el látigo de su verbo genial al fuerte y poderoso”, Scenna no perdió oportunidad de destacar que “en América, tan fácil y propensa al recuerdo de sus militares, el cariño y la veneración de un poeta es algo digno y reconfortante”.⁴⁶⁵

Por aquellos años, Euforión auspició numerosas conferencias sobre vida y obra de Almafuerte, patrocinó distintos proyectos para erigir monumentos en su memoria y bautizar con su nombre la escuela primaria del barrio, en la que el propio Palacios se había desempeñado

Durán, Carlos Antelo, Delfor B. Méndez, Francisco Timpone, Juan Carlos Sambucetti y Mario Sureda. Además de Almafuerte, admiraban la obra de Sarmiento, Alberdi e Ingenieros; reivindicaban también la obra de Lugones, J.V. González, Agustín Álvarez, Alejandro Korn y la literatura gauchesca. Certámenes literarios, publicaciones periódicas, exposiciones y conferencias, se contabilizan como sus principales actividades. Según Casas, en sus primeros años la Agrupación mostró un acercamiento a la literatura de izquierda, cfr. Casas, Matías, “Las bases de la tradición. El rol de la Agrupación Bases en la consolidación del gaucho como símbolo nacional”, en *Cuadernos del Sur-Historia* 3, 2010, pp. 55-72.

⁴⁶³ Desde luego, la prensa local no fue ajena a la veneración almafuerteana: “La gloria de Almafuerte, el poeta que contó, en el dolor de la chusma, toda la tragedia universal (...) es gloria de La Plata, porque aquí, desde su filosófico retiro, produjo su obra de madurez después de haber recorrido la campaña en siembra de <patriótico abecedario>”, *El Argentino*, 19/11/1932, p. 5.

⁴⁶⁴ “Recordose el 17º aniversario del fallecimiento del poeta Almafuerte”, *El Día*, 1/3/1934.

⁴⁶⁵ Scenna, Nicodemo, “Almafuerte”, *Sembrando ideales*, op. cit., pp. 20-21.

como maestro.⁴⁶⁶ Y desde luego, adhirió a las múltiples iniciativas promovidas por Bases, agrupación con la cual mantenía vecindad y estrechas relaciones.

Imagen 4.4.1: Actos en la biblioteca, ca. 1935



Fuente: Cuaderno de recortes de la biblioteca

4.5 Activismo femenino e infancia del barrio

“Siempre es necesario repetir a todas las personas que nos rodean que el libro es la simiente que labra la grandeza de la Patria. En nuestro país hay muchos ejemplos de humildes obreros que por su amistad con los libros llegaron a poseer títulos universitarios (...) El que odia al libro está propenso a sufrir necesidades económicas y caer por ignorancia bajo las garras del vicio (...)”.⁴⁶⁷

Titulada “Los libros”, esta composición escrita por Lidia, alumna de cuarto grado, fue publicada en el boletín *Euforión* en 1931 tras ganar el concurso mensual organizado por la biblioteca para alumnos y alumnas de las dos escuelas del barrio. Otras composiciones infantiles fueron publicadas en los números del boletín, con frecuencia referidas a efemérides escolares como el 9 de julio o el 17 de septiembre, “Día del árbol”.⁴⁶⁸ Pero el escrito de Lidia ofrece una nota resonante, ya que se apropia de un discurso enarbolado con insistencia por las

⁴⁶⁶ Ese proyecto no prosperó, pues en 1936 se inauguró el nuevo edificio escolar bajo el nombre “Juan José Atencio”.

⁴⁶⁷ *Euforión*, año I, n°1, mayo 1931, p. 4.

⁴⁶⁸ Acerca de la centralidad de los árboles históricos en esta época, ver: Blasco, María Elida: “Un panteón de naturaleza nacional: la transformación de los árboles en ‘reliquias históricas argentinas’, 1910-1920”, en *L’Ordinaire Latinoamericain* n° 212, Janvier-Avril, 2010, Toulouse, pp. 75-104. Disponible en: <https://orda.revues.org/2492>

bibliotecas, estructurado en torno a una perdurable dicotomía moral: la “amistad con los libros” abría el sendero del ascenso social, aquel por el cual el “humilde obrero” podía devenir en profesional; mientras que su contraparte, la enemistad, era sinónimo de descenso social y caída en el vicio -pobreza, alcoholismo, enfermedades venéreas, etc.-.

Si, como expresa el boletín, la biblioteca perseguía la máxima sarmientina de funcionar como “complemento de la educación pública”, no resulta extraño que la niñez fuese interpelada y convocada a la sala a partir de su adscripción escolar.⁴⁶⁹ Desde sus inicios, Euforión puso en marcha colectas y donaciones de libros, útiles y guardapolvos para las escuelas; premió a sus mejores alumnos y mejores alumnas, realizó gestiones y campañas para mejorar los edificios escolares.⁴⁷⁰ Como es imaginable, esas prácticas colaborativas entre la sala y las escuelas, implicaron una permanente articulación entre el personal escolar y los simpatizantes euforionistas: en plena crisis económica, “a especial pedido de la Señora Directora”, Euforión donó a la Escuela n°43 “cien cuadernos y cien libritos de cuentos”.⁴⁷¹

Las socias nucleadas en la CAF -que, como mencionamos, funcionaba de manera autónoma desde 1929- fueron, en muchos casos, las impulsoras de estas prácticas. Desde 1935, esta comisión comenzó a dictar distintos cursos en el local de la biblioteca: tejidos, bordado, corte y confección y enseñanza primaria, el cual, de acuerdo a las memorias institucionales:

“tomó caracteres no esperados, tal era la cantidad y asiduidad de niños y niñas que con sus guardapolvos blancos y el timbre cristalino de sus voces hicieron sentir a la biblioteca la certeza de su verdadera misión (...) Completando la enseñanza, la CAF llevó a sus alumnos al Jardín Zoológico y al diario *El Día*. Los padres de estos chicos, vecinos de este barrio, nos hicieron sentir su satisfacción”.⁴⁷²

Los cursos de apoyo escolar fueron habituales en las bibliotecas barriales, como abordamos en capítulos precedentes. En este caso, el aspecto novedoso no sólo se anota en la masividad de la convocatoria sino también en el hecho de que las educadoras fueran las socias nucleadas en la CAF. Debido a la fuerte tasa de feminización del magisterio es probable que varias integrantes de la CAF se desempeñasen como maestras en escuelas del barrio o de la

⁴⁶⁹ *Euforión*, año I, n° 3, julio-agosto 1931, p. 6.

⁴⁷⁰ Cfr. Fiebelkorn, Ayelén, “Instrumentos de feliz cultura: agencias y representaciones de bibliotecas barriales platenses en torno a la niñez (1931-1937)”, en Bontempo y Bisso, op. cit., pp.163-189.

⁴⁷¹ *Euforión*, año I, n° 5, octubre de 1931, p. 8.

⁴⁷² FED, sesión correspondiente al 30 de enero de 1936, *Libro de actas CD Euforión*, p. 349. El subrayado pertenece al original.

región.⁴⁷³ Pero la experiencia más innovadora en materia educativa aconteció al año siguiente, cuando la entonces denominada “comisión auxiliar de señoritas” (CAS) comenzó a dictar los cursos pre-escolares.

Hemos podido reconstruir esta experiencia mediante un libro de actas de la propia CAS, correspondiente al período 1936-1940. En él consta que los cursos pre-escolares se dictaban de lunes a viernes de 13 a 16hs, “de acuerdo al programa de Jardín de Infantes”.⁴⁷⁴ Sostenido voluntariamente por las socias de la biblioteca, este programa se enmarca en el creciente activismo de un núcleo de maestras jardineras jubiladas de Buenos Aires y Entre Ríos, quienes en 1935 fundaron la “Asociación Pro Difusión Del Kindergarten”, dando continuidad a las históricas demandas -planteadas a partir de 1893 por la “Unión Froebeliana Argentina”- en relación a que el estado impulsara la expansión del nivel inicial y formación de Maestras Jardineras.⁴⁷⁵

El éxito de los cursos pre-escolares de Euforión no es sino indicativo de aquella vacancia estatal en relación al nivel inicial. La numerosa matriculación de niños y niñas entre los cinco y los siete años sorprendió, de hecho, a sus propias patrocinadoras: si en un principio cinco señoritas de la CAS, una por cada día de la semana, estuvieron a cargo de estos cursos, enseguida debieron “dividir las tareas diarias entre dos maestras”, conformando un plantel de nueve docentes para cincuenta niños y niñas.⁴⁷⁶ Además, otras dos asociadas continuaron impartiendo los cursos de enseñanza primaria, a los que asistían unos veinticinco escolares. Fiestas patrias, “excursiones escolares de estudio y esparcimiento” al cercano Zoológico y Paseo del Bosque, fiestas de inicio y finalización de los cursos, fueron algunos de los acontecimientos registrados por el libro de actas de la CAS, en cuyas páginas se admite que “se aprovechaba cualquier motivo para reunir padres y alumnos en el local de la biblioteca”.⁴⁷⁷

⁴⁷³ Según la revista de la Asociación de Maestros de la Provincia de Buenos Aires, hacia mediados de la década de 1920, el 95% del magisterio bonaerense era de sexo femenino, ver: Garguin, Enrique, “Intersecciones entre clase y género en la construcción social del magisterio. La asociación de maestros de la Provincia de Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX”, en Adamovsky et al. (comps.), *Clases medias: Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Buenos Aires, Ariel, 2014, pp.167-191.

⁴⁷⁴ FED, sesión correspondiente al 4/4/1936, *Libro de actas de la CAS Euforión 1936-1940*, s/p.

⁴⁷⁵ Cfr. Latallada de Victoria, Rita, “Los jardines de infantes”, *El Monitor de la Educación Común. Órgano del Consejo Nacional de Educación*, diciembre de 1939, n° 804, pp. 31-41. Carli, Sandra, “Infancia y sociedad: la mediación de las asociaciones, centros y sociedades populares de Educación”, en: Puiggróss, Adriana (dir.), *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Buenos Aires, Ed. Galerna, 1991.

⁴⁷⁶ En 1936, las socias a cargo de los cursos pre-escolares fueron Elida Rinaldi, Teresa y Ada Vanni, Inés Fernández, Balbina Ladenas, Nélida Tebaldi, Luisa y Virginia Trusso y Martha Rinaldi. Los cursos escolares fueron dictados por Lola Pérez y Martha Gomez, *Libro de actas de la CAS Euforión*, 1936, s/p.

⁴⁷⁷ *Ídem*.

El periodismo local no tardó en hacerse eco de la iniciativa mediante una elogiosa nota titulada “Los cursos pre-escolares de Euforión” en la cual destacó que la biblioteca era la única institución cultural de la ciudad impartiendo “enseñanza pre-escolar” y que la cantidad de pre-escolares “superaba la capacidad del local social de la biblioteca”. Al siguiente año, en ocasión del décimo aniversario de la biblioteca, un reportero se apersonó en la sala - “hallando a las damas que integran la comisión auxiliar en plena tarea de enseñanza”- y capturó los semblantes de los pequeños y las pequeñas aprendices.

Imagen 4.5.1: Cursos preescolares en Euforión, 1937



Fuente: *Cuaderno de recortes biblioteca Euforión*

Escortados por las “señoritas” y por dos representantes de la CD, los niños y las niñas - fueran o no hijos de socios- aprendían las primeras letras “para que cuando se hallaran en edad escolar supieran leer o escribir”.⁴⁷⁸ La CAS, por entonces, reportaba la cifra récord de 157 asociadas y ofrecía, además, cursos destinados a las asociadas: corte y confección, gimnasia femenina y artes decorativas, en años sucesivos se sumarían bordado a máquina y dibujo artístico. “Sobre sus componentes- admitía una reseña de *El Argentino*- recae parte de la tarea diaria más difícil, porque requiere más paciencia y constancia como los cursos infantiles, de labor doméstica, etc.”.⁴⁷⁹

⁴⁷⁸ “Los cursos pre-escolares de Euforión”, *El Argentino*, 3/8/1937, *Cuaderno de recortes BE*.

⁴⁷⁹ “En la actualidad, la biblioteca Euforión, arraigada de prestigio en la zona, prosigue su labor con éxito”, *El Argentino*, año 1935, *Cuaderno de recortes BE*.

De manera integral, los libros de actas de la CAS informan que las socias organizaban conferencias con la mencionada participación de declamadoras y músicas, reuniones danzantes, fiestas de los cursos pre-escolares y colectas en favor de las escuelas o ligas profilácticas. Día a día, realizaban tareas más minuciosas como visitas a los negocios del barrio “en procura de avisos para festivales cinematográficos” y colocación de números de rifas.

4.6 La celebración en plural: mascaritas, kermesses y cinematógrafo

*“Carnaval de mi barrio,
donde todo es amor,
cascabeles de risa,
matizando el dolor (...)”*

L. Rubistein.⁴⁸⁰

En enero de 1936 fueron elegidas nuevas autoridades para la biblioteca y el triunfo quedó en manos de una lista que bajo el alusivo nombre Renovación -homenaje al grupo estudiantil homónimo orientado por Korn en 1922- se proponía volver a imprimir “dinamismo” y “entusiasmo juvenil” a Euforión, cuya inercia se debía al “alejamiento de la biblioteca del barrio donde tiene su origen y arraigo”.⁴⁸¹

Apenas asumió, la nueva CD integrada por varios de los socios fundadores, como el presidente Edmundo Vanni, por entonces un joven médico, y Nicodemo Scenna quien ya militaba en las filas socialistas, se consagró a la organización de un curso vecinal.⁴⁸² Si tenemos en cuenta que las celebraciones del carnaval se contaban entre los festejos de mayor popularidad en el ámbito rioplatense desde tiempos coloniales, no sorprende que los dirigentes de Euforión apelaran al rey momo como instancia para propiciar el acercamiento entre la biblioteca y el barrio.⁴⁸³

⁴⁸⁰ “Carnaval de mi barrio”, tango compuesto por Luis Rubistein en 1938. Letra y música disponible en: <https://www.todotango.com/musica/tema/4371/Carnaval-de-mi-barrio/>

⁴⁸¹ FED, “Biblioteca cultural Euforión”, enero de 1936, *Cuaderno de recortes BE*. Presidida por Edmundo Vanni, “Renovación” estaba integrada por Nicodemo Scenna, Onofre Fernández, Héctor Lavigne, Victor Grossi, Ángel González, Ludovico Silvestri, entre otros,

⁴⁸² El dato de la militancia socialista de Scenna aparece en su entrada bibliográfica incluida en el volumen *Quien es quien en La Plata*. El libro reúne, según manifiesta su editor Américo P. Napolitano en el prólogo, las trayectorias biográficas de “figuras notables” de la ciudad que desde sus distintas profesiones y actividades hubiesen contribuido “al engrandecimiento de la patria”, *Quien es quien en La Plata (Argentina)*, Américo P. Napolitano Editor, 1972, pp. 759-760. No deja de resultar interesante que si bien por estos años los socialistas desalentaban los festejos del carnaval, de todas maneras Scenna se contó entre sus activos organizadores.

⁴⁸³ Como es sabido, este objeto concitó el interés de la antropología, la sociología y la historiografía. Los estudios históricos sobre celebraciones del carnaval en Argentina durante el siglo XIX y XX son numerosos. Sin pretensión

Distintas memorias y crónicas periodísticas destacan el esplendor de los festejos del carnaval de los años diez y veinte en la capital bonaerense. Celebrados a lo largo de la avenida 7, engalanada con guirnaldas eléctricas y palcos azules, a cuyo remate municipal asistían los notables locales, los corsos oficiales convocaban a una multitud que recorría a pie el asfalto, haciendo altos en los canteros de las plazas, donde los vendedores ambulantes ofrecían refrescos y tajadas de sandías:

“El corso comenzaba a las 21hs. con anuncios de bombas de estruendo (...) El barullo era total, los chillidos de los disfrazados se mezclaban con los gritos de los vendedores de serpentina y papel picado. Sonaban los bombos de las comparsas y las cabezas se asomaban desde los palcos para preanunciar quiénes llegaban. Grandes carruajes adornados con alegorías de empresas comerciales causaban el asombro cada año. Los más importantes eran de fábricas de cigarrillos. El público se agolpaba a su alrededor esperando el reparto de los productos de propaganda”.⁴⁸⁴

Una atmósfera similar a la que captura Szlagowski es reconstruida en las memorias de Sureda, con el añadido de que él recuerda a la murga de su cuadra, apodada “Los Chanta cuatro” y formada por muchachos de trece años que ensayaban en los fondos de una herrería. Disfrazados de aves jabirúes, sin más instrumentos que un bombo y unas rústicas cañitas cubiertas por un papel de seda, los murguistas desfilaban largas horas por la avenida hasta caer exhaustos sobre los canteros de la plaza Rocha. La bomba de las doce de la noche anunciaba el fin del corso, mas no el fin de fiesta, pues “muchas máscaras seguían hacia los bailes de la Municipalidad, el Círculo Napolitano, el Jockey Club, el Coliseo Podestá o las casas de familia”.⁴⁸⁵

de exhaustividad, señalamos algunos de los trabajos consultados que nos brindaron claves de lectura e información contextual: Falcón, Ricardo, “La larga batalla por el carnaval. La cuestión del orden social, urbano y laboral en el Rosario del S. XIX”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 14, segunda época, Rosario: UNR- Editora, 1989; Seigel, Micol, “Cocoliche’s romp: Fun with Nationalism at Argentina’s Carnival”, en *The Drama Review*, vol. 44, n° 2, 2000; Roldán, Diego, “Imágenes de un juego social y simbólico. Los carnavales rosarinos entre 1900 y 1945”, *Estudios Sociales revista universitaria semestral*, año XXI, n° 40, Santa Fe, Argentina, primer semestre 201; Bisso, Andrés “¿El de gaucho o el de Tom Mix? Reflexiones políticas a partir de los horizontes de identidades prestadas en disfraces y personificaciones lúdicas en la provincia de Buenos Aires durante los carnavales de la época fresquista, 1936-1940”, en Bisso et al., *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*, Ceraunia, La Plata, 2014, pp.104-135; Cubilla, Erica, “Buenos Aires en carnaval: los corsos del barrio de Villa Devoto en la década de 1930”, *Páginas (Rosario): Revista Digital de la Escuela de Historia*, 2018, vol. 10, n° 23, p. 101-125.

⁴⁸⁴ Szlagowski, “Carnaval”, *La Plata, los años veinte*, op. cit., pp. 61-63.

⁴⁸⁵ Sureda, Jaime, “Las máscaras, las murgas, las comparsas”, op. cit., pp. 73-80.

Como en la mayoría del país, en la capital bonaerense los “cursos oficiales” se suspendieron a partir del golpe de estado de 1930, cuando el estado de sitio prohibió la utilización de caretas, antifaces y disfraces. Al poco tiempo, los cursos fueron oficialmente reactivados por la dirigencia conservadora fresquista durante el verano de 1937. Como indica Bisso, en aquellos años de fraude electoral resultó productivo para los dirigentes conservadores presentarse como los reactivadores de una práctica movilizadora y popular como el carnaval.⁴⁸⁶ En la temporada estival de 1937, la prensa local celebró el “renacer de momo” tras un período de “decadencia”: “con la desaparición del curso central y de los vanos intentos de reproducirlo en algunos barrios, el entierro definitivo de Momo pareció, en La Plata, una fatalidad incontrastable”.⁴⁸⁷

Siguiendo esta descripción, el curso vecinal de Euforión podría considerarse uno de aquellos “vanos intentos” de celebración barrial durante la temporada previa a la reactivación oficial -porque, como lo inmortalizara el tango del epígrafe, los carnavales continuaban festejándose en los barrios-. Sin embargo, las crónicas aparecidas en la misma prensa en 1936 contradicen la ulterior adjetivación, toda vez que anotaron, un año antes, los “lúcidos contornos” y el saliente éxito del “curso vecinal y concurso infantil vespertino” organizado por la biblioteca.⁴⁸⁸ Para su organización, los dirigentes euforionistas convocaron a otra institución de referencia en el barrio, el club For-Ever (1913), y establecieron distintas comisiones de trabajo: “organizadora”, “vecinal”, “honoraria” y “jurado del concurso”. Éstas solicitaron colaboración a los comerciantes de la zona, quienes donaron efectivo, medallas y objetos para la premiación. La inscripción al “concurso de máscaras infantiles” debía realizarse en el local de la biblioteca y era de carácter libre, destinado niños y niñas, conjuntos humorísticos, murgas y comparsas.⁴⁸⁹

⁴⁸⁶ Bisso, Andrés “¿El de gaucho o el de Tom Mix?, op. cit., pp. 109-110.

⁴⁸⁷ *El Argentino*, 7/2/1937, cit. en Bisso, op. cit., p. 110. También la reciente tesis de Leandro Stagno recupera algunos de los efusivos titulares de la prensa a propósito del retorno del carnaval en 1937, cfr. Stagno, *La configuración de la juventud* (...) op. cit., pp. 79-83. De todas maneras, Bisso explica que los discursos nostálgicos acerca de la “decadencia del carnaval” eran una constante en la prensa, rastreable en períodos previos.

⁴⁸⁸ “Numeroso público acudió a las reuniones del curso vecinal”, *Cuadernos de recortes BE*, s/p.

⁴⁸⁹ Respecto al levantamiento de la prohibición sobre el uso de máscaras, Erica Cubilla recupera una ilustrativa nota aparecida en un periódico barrial de Villa Devoto: “Se permitirá usar careta durante las fiestas de carnaval. Numerosos comerciantes y vecinos nos han solicitado informes sobre la prohibición que rigió en años anteriores sobre el uso de la careta y el antifaz durante las fiestas de carnaval. La prohibición de referencia ha desaparecido con el levantamiento del estado de sitio que rigió en años anteriores exigiéndose como único requisito para usar esos adminículos el permiso que conceden las autoridades policiales”, 16/2/1935, *Noticias Devotenses*, cit. en Cubilla, Erica, op. cit.

Tal como los vecinos de los barrios de Buenos Aires y Rosario, los de la “zona este” de la capital bonaerense no dudaron en reunirse con las autoridades municipales en pos de solicitar el debido permiso para la celebración. Entonces se reglamentó que los corsos estarían temporal y espacialmente circunscriptos: tendrían carácter vespertino y se desarrollarían en un tramo de doscientos metros de la Diagonal 79.⁴⁹⁰ Los vecinos aprovecharon la ocasión para solicitar “cooperación oficial” a la municipalidad, obteniendo una donación de cincuenta pesos y “material para la instalación de los corsos”.⁴⁹¹ Acaso como instancia clave de la negociación, nombraron presidente de la “comisión honoraria” al intendente conservador Luis María Berro. Así, como sostiene Bisso en su análisis de corsos oficiales bonaerenses, no cabe duda de que el carnaval constituía “una instancia más de negociación entre los vecinos y los dirigentes provinciales y municipales, en un registro similar que el de las conmemoraciones patrias y otras fiestas cívicas”.⁴⁹²

Tras extensos preparativos y gestiones, llegaron los ansiados días de celebrar a momo. Las ramblas de la diagonal -moderno escenario para la ancestral celebración- se poblaron de guirnaldas eléctricas y kioskos. A las 17hs, comenzó el desfile de conjuntos humorísticos: “Chaplin y sus vagos” y “Defensores de For Ever”; la comparsa “El desfile del amor”, destacada por sus números de charleston; las murgas “Los hijos del engrudo”, “Amantes de Euforión”, “El ratón Mickey”; los conjuntos criollos “Los pampeanos” y “Religión gaucha”; y más de ciento cincuenta máscaras infantiles. Además, hubo carruajes, automóviles y banda de música.⁴⁹³ Desde el palco oficial, dos potentes altoparlantes transmitieron al “inmenso gentío” apiñado en las veredas los pormenores del desfile carnavalesco, coronado por “aplausos y flores”.⁴⁹⁴

⁴⁹⁰ La regulación de los carnavales por parte del poder municipal tenía una extensa tradición. Desde mediados del siglo XIX, tal como sistematiza Roldán para el caso de los carnavales rosarinos, la regulación incluyó el control del espacio (oficialización de recorridos, circunscripción y aislamiento de los festejos), del tiempo (establecimiento de una pauta vespertino-nocturna en jornadas), y prohibición de ciertos vestuarios, juegos con agua y detonaciones, Roldán, “Imágenes de un juego (...)”, op. cit.

⁴⁹¹ Tras el golpe de estado, el gobierno municipal de Buenos Aires avanzó fuertemente en la reglamentación de las festividades populares: de Vedia y Mitre conformó en 1933 la Comisión Permanente de Fiestas Populares (CPFP), encargada de evaluar las solicitudes vecinales para realizar corsos en los barrios. Cubilla destaca la oposición vecinal de los habitantes de Villa Devoto ante a la injerencia de dicha Comisión en las celebraciones del carnaval. Ver: Cubilla, op. cit. En el caso rosarino, Roldán comenta que el festejo se descentralizó hacia 1933, cuando la Intendencia dejó en manos de los vecinos de distintos barrios la organización de sus corsos.

⁴⁹² Bisso, *op. cit.*, p. 110.

⁴⁹³ “Curso vecinal de la diagonal 79”, febrero de 1936, *Cuaderno de recortes BE*.

⁴⁹⁴ “El curso vecinal y concurso infantil de la Diagonal 79”, marzo de 1936, *Cuaderno de recortes BE*.

Pero para la ceremonia de premiación del concurso infantil, los organizadores dispusieron de otro tiempo y otro espacio: el jueves siguiente, en el Teatro del Lago, las “mascaritas” acudieron a recibir juguetes, alhajas y útiles, mientras que las murgas y comparsas fueron premiadas con dinero en efectivo. Aquella tarde no sólo hubo premios, sino también animadas performances:

“Llamaron la atención de los asistentes el disfraz <Arbolito de Navidad> de la niña Mabel Torrens, que obtuviera el primer premio; el cantor de la murga <Los amantes de Euforión>, Roberto Rho (...) y la pequeña cancionista Petit Simone. Los niños Bernal cantaron y bailaron en celebrado dúo, el gauchito Campanelli, el más pequeño de los autores, las comparsas <El desfile del amor>, <Chaplin y sus vagos> y <Los Pampeanos>”.⁴⁹⁵

Es productivo considerar los nombres y motivos de estas formaciones artísticas que participaron del curso organizado por la biblioteca a la luz del novedoso análisis hecho por Bisso respecto de los disfraces de carnaval de niños y niñas bonaerenses, en los cuales los motivos y figuras de la cultura de masas -personajes de Disney o de íconos hollywoodenses como el popular Tom Mix- convivían con figuras de la tradición gaucha o alusivas a la construcción de la nacionalidad -como el frecuente Gaucho, la Bandera o Escarapela-. Aquella convivencia “despreocupada” anotada por el autor, se reitera en los y las protagonistas del curso barrial patrocinado por Euforión: “Los pampeanos” desfilaron junto a “Chaplin y sus vagos”, cuadro al que cabe añadir un tercer motivo caro a la identidad barrial, como sugiere la formación murguera “Los amantes de Euforión” o su par “Defensores de For Ever”.

En síntesis, siguiendo la hipótesis de Roldán acerca del carácter de los carnavales rosarinos de entreguerras, podemos conjeturar que el curso organizado por la biblioteca y el club no funcionó tanto como un ritual de inversión sino más bien como un ritual de autoafirmación comunitaria. Es que, lejos de cualquier dosis de improvisación, gratuidad o espontaneidad del acontecimiento celebratorio, la capacidad de articulación y organización vecinal aparece en primer plano; esa capacidad fue dinamizada por las personas vinculadas a la biblioteca, en parte debido al prestigio y consenso que la institución cultural había ido cosechando entre los distintos actores barriales -vecinos, maestras, comerciantes, instituciones- y locales -autoridades municipales, notables, prensa, etc.-. Por cierto, aquel prestigio social se

⁴⁹⁵ “Distribución de premios”, marzo de 1936, *Cuaderno de recortes BE*.

advierte en el festejo del décimo aniversario euforionista, al cual asistieron notables locales vinculados a la política municipal y provincial -varios concejales municipales y el senador provincial Justo Rocha (PDN)-, hombres del ámbito deportivo -como el presidente del club Gimnasia y Esgrima-, asociativo y periodístico.

La celebración del carnaval aparece como una respuesta creativa de los patrocinadores de Euforión frente al diagnóstico acerca de que la biblioteca se había “alejado del barrio”. El curso vecinal no fue patrocinado al año siguiente, ya que, como mencionamos, los cursos oficiales fueron reactivados en el centro de la ciudad. Si bien de dimensiones más modestas, la biblioteca volvería a auspiciar concursos infantiles de carnaval en los años sucesivos, como testimonia la fotografía.

Imagen 4.6.1: Curso infantil de Biblioteca Euforión, 1938



Fuente: *Cuaderno de recortes de la Biblioteca Euforión*

De todas formas, la rambla de la diagonal volvió a poblarse de vecinos, kioscos y guirnaldas porque la biblioteca y el club auspiciaron populares kermesses nocturnas durante los meses estivales. Parte de los beneficios obtenidos en 1937 y 1938, fueron donados a la Liga Popular contra la tuberculosis y a la cooperadora de la escuela 43.⁴⁹⁶ Redoblando la apuesta,

⁴⁹⁶ Como destaca Diego Armus, en los años treinta arreciaron las campañas y acciones para prevenir y tratar la tuberculosis: en 1935 se desarrolló una cruzada nacional contra la enfermedad impulsada por la Liga Argentina contra la Tuberculosis, mientras que en 1938, se sancionó una ley que creaba una Comisión Nacional contra la Tuberculosis. Armus, Diego, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1955*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

durante la temporada 1939-1940, la biblioteca auspició un ciclo de “grandes kermesses” en el Teatro del Lago, el cual finalizó con un nuevo concurso de carnaval infantil.

Las kermesses patrocinadas por Euforión ese verano incluyeron un número principal a cargo de artistas y a continuación un baile amenizado por orquesta. Pasaron por el escenario del bosque cancionistas y “astros de radio” en pleno ascenso como el joven Enrique Carbel - alias “El Jilguero de los llanos”⁴⁹⁷-, Carlitos Roldan, Fanny Loy o la cancionista criolla Virgina Vera. Es decir, artistas popularizados, en mayor o menor medida, por medio de la exitosa industria radial de la década, la cual alcanzó a millones de personas de distintos puntos de país, ofreciendo música en vivo, radioteatro, sketches cómicos, noticias y eventos deportivos.⁴⁹⁸

Por fuera de las diversiones estivales como el carnaval y las kermesses, la pluralidad de formas de celebración impulsadas por Euforión puede apreciarse también a través de efemérides de muy distinta índole como el día de los trabajadores, las fechas patrias, el aniversario institucional y el de la ciudad. En ese espectro de objetos a celebrar, se alojaba también una pluralidad de modos de hacerlo. Desde la segunda mitad de la década de 1930, los festejos organizados por la biblioteca incluyeron cada vez más formas de diversión popular como funciones de cinematógrafo, kermesses, bailes de fantasía y torneos deportivos. Se incorporaron tecnologías contemporáneas de radiotransmisión y el cine sonoro, tanto por medio de “festivales artísticos y cinematográficos” en los cines locales Sarmiento o Select - cuyos programas incluían además números musicales y teatrales-, como también al aire libre, sobre un telón blanco frente al local de la biblioteca, como indica el programa de celebración del 9 de julio de 1936:

8 de julio: conferencia cultural en la biblioteca a cargo del sr. Faustino García Cueto sobre un tema que versará sobre la juventud. A las 21:00hs. Cinematógrafo al aire libre con películas cómicas; audición radial de la casa Phonos expresamente contratada con tres altoparlantes; banda musical dirigida por el maestro Bachera.

9 de julio: Torneo deportivo organizado por la subcomisión de deportes de la institución con los siguientes números: carrera de ciclismo, de velocidad, de pedestrisimo, 4000m. sobre la Diagonal 79 (...)

⁴⁹⁷ El apodo se debía a su origen riojano. Su repertorio incluía tangos, boleros y canciones criollas. Una semblanza de Carbel puede consultarse: <https://www.todotango.com/creadores/biografia/940/Enrique-Carbel/>

⁴⁹⁸ Cfr. Karush, “La radio y la homogeneización de la cultura de masas”, op. cit., pp. 88-103. De acuerdo al autor, la competencia radial había producido una gran homogeneidad hacia mediados de la década de 1930, ya que la mayoría de las emisoras buscaban reproducir el éxito de Radio Belgrano de Yankelevich. Según el estudio de Matallana, en 1938 el tango representaba el 54% de la música que pasaban las radios, y el jazz un 19%, Matallana, A., *Locos por la radio*, op. cit., p. 101.

El desarrollo de este torneo se transmitirá por altos parlantes. Las inscripciones están abiertas desde las 18hs. a 20hs. en el local de Eufori3n.

Estos festejos combinaron la t3pica conferencia, con pel3culas c3micas y un torneo deportivo organizado por la nueva “subcomisi3n de deportes”. Acaso como parte de esa misma preocupaci3n por el acercamiento al barrio, la dirigencia de la biblioteca hab3a hecho sus votos por la cultura f3sica, convocando una “asamblea de j3venes deportistas de la zona este”, a la cual acudieron unos cuarenta j3venes que conformaron la mencionada subcomisi3n. Si bien desde 1932 Eufori3n organizaba carreras ciclistas en el “circuito del bosque”, a partir de 1936 se incorporaron el atletismo y el b3squet. Pero a diferencia de la “subcomisi3n de fomento escolar”, tambi3n institucionalizada en 1936 e integrada por un amplio n3mero de mujeres vinculadas a las escuelas, la “subcomisi3n deportiva” registr3 una composici3n enteramente masculina.⁴⁹⁹ Sin embargo, la demanda femenina en relaci3n a la cultura f3sica no se hizo esperar y al a3o siguiente, la proactiva CAS anunci3 que la profesora se3orita Mar3a Robert Alcorta dictar3 “cursos femeninos de gimnasia los mi3rcoles y domingos, a las 10:20 y 19hs., respectivamente”.⁵⁰⁰

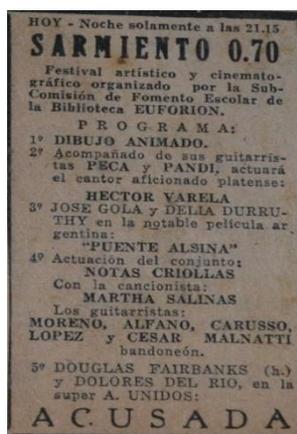
En 1937, cuando el gobierno fresquista avanzaba en la “nacionalizaci3n” de la efem3ride internacionalista del 1º de mayo, Eufori3n auspici3 un festival teatral y cinematogr3fico “en beneficio de la subcomisi3n de fomento escolar”, el cual cont3 con la actuaci3n del cancionista H3ctor Varela y, entre otros n3meros. la proyecci3n de la pel3cula Puente Alsina.⁵⁰¹

⁴⁹⁹ “En Eufori3n se constituy3 la Subcomisi3n de fomento escolar”, mayo 1936, *Cuaderno de recortes BE*. Presidida por Bernarda de Grancelli, dicha subcomisi3n persegu3a “desarrollar una obra de cooperativismo en beneficio de los ni3os que concurren a la Escuela n3 43”. Es importante se3alar que en 1938 las cooperadoras escolares adquirieron un renovado impulso mediante la Ley 12.558 por la cual se cre3 la Comisi3n Nacional de Ayuda Escolar, ver: Cosse, Isabella, “La infancia en los a3os treinta”, *Todo es Historia*, n3 457, 2005, pp. 48-57.

⁵⁰⁰ “Biblioteca cultural Eufori3n”, 17/9/1937, *Cuaderno de recortes BE*. La pr3ctica de gimnasia femenina gozaba de un amplio consenso desde fines del siglo XIX: el discurso m3dico-cient3fico afirmaba que la gimnasia velaba por la salud femenina y garantizaba la regeneraci3n de la raza, al mismo tiempo que preservaba la belleza y feminidad de las mujeres, ya que, como qued3 expresado en *Caras y Caretas* en 1901, “vigorizaba el cuerpo sin desfigurarlo; aumentaba el desarrollo equilibrado de sus miembros sin perder la esbeltez ni la delicadeza del talle”, cit. en Kaczan, Gisela: “La pr3ctica gimn3stica y el deporte, la cultura f3sica y el cuerpo bello en la historia de las mujeres. Argentina 1900-1930”, en *Historia Cr3tica*, n3 61, 2016, pp. 23-43.

⁵⁰¹ Estrenada dos a3os antes y dirigida por Jos3 A. Ferreyra (1899-1943), el film narra la historia de amor entre Edmundo, uno de los muchos trabajadores abocados a la construcci3n del conocido puente del Riachuelo, y Lidia, la hija del due3o de la compa3a constructora. All3 donde las diferencias de clases entre la joven rica y el joven trabajador sugieren toda suerte de distancias cotidianas, la honestidad de Edmundo, que salva y cuida desinteresadamente y respetuosamente a Lidia tras su ca3da al r3o, vuelve posible en cambio -cual *puente*- el acercamiento y el triunfo de la historia de amor, avalada por Don Pablo -el jefe de la obra y padre de Lidia- para quien el joven que hab3a socorrido a su hija era “un hombre honesto y trabajador”, un “caballero” que se hab3a comportado con una “correcci3n digna de todo elogio”. Con su t3pica estructura de melodrama popular, el *film* propone un mensaje

Imagen 4.6.2: Programa de festival teatral (1937)



Fuente: Cuaderno de recortes biblioteca Euforión

Por último, en ocasión de su décimo tercer aniversario (1940) la biblioteca inauguró un patio-recreo para niños y niñas del curso preescolar, auspició una conferencia bien a tono con la incertidumbre de aquellos días, titulada “¿Dónde va a parar el mundo?”; y, además, una función artístico-cinematográfica con proyección de los *films* norteamericanos y un “interesante espectáculo de música nacional” a cargo de Ciriaco Ortiz y Domingo Mercado, guitarrista “de gran éxito en Radio Excelsior”.

Este abanico de formas de celebrar y repertorio de contenidos culturales se reiteraría, con mayor o menor variación, a lo largo de los años. Así, diez años más tarde la misma celebración incluyó baile con orquestas típicas, funciones de cine, un certamen de ajedrez y la inauguración de un “gran salón” dentro del edificio social, evidencia material del crecimiento alcanzado por una biblioteca que ya contaba con el reconocimiento del estado provincial y nacional.

4.7 Consideraciones finales

asociable a nuestro objeto, ya que, como indica Karush (2013:145-146), las virtudes morales del pobre se contraponen a la cobardía e indecisión de Alfredo, el rico prometido de Lidia. Y aquí aparece un punto de contacto interesante con la ideología de la(s) biblioteca(s): en el seno del barrio humilde y laborioso, las virtudes morales de los hombres -la dignidad, el respeto, la capacidad de discernimiento- se forjaban y garantizaban por medio de la instrucción y la lectura. En este sentido, recuperamos la escena en la cual, entre los modestos trastos atiborrados en el hogar del joven Edmundo, la protagonista encuentra un libro.

El objeto abordado aloja una pluralidad desafiante, rápidamente perceptible en su nivel semántico: una biblioteca que evoca un personaje de Goethe en un barrio bautizado como el popular corte de carne argentino de la época.

A lo largo de este capítulo, intentamos delimitar las distintas dimensiones -y las múltiples prácticas asociadas a cada una- de la obra cultural llevada a cabo por hombres y mujeres nucleados en la biblioteca “cultural” durante las décadas de entreguerras.

En cierta medida, la obra de la biblioteca puede concebirse como una traducción juvenil de los valores y prácticas del ideario reformista a un ámbito novedoso: el barrio. La afluencia a su tribuna de reconocidos intelectuales reformistas y socialistas, así como la rápida institucionalización y autonomía de la participación femenina, no son sino huellas tangibles de esa impronta renovadora de la juventud que sostuvo la sala durante los primeros años.

Las conferencias se presentan como un aspecto saliente de su obra, al igual que la activa participación en el “culto almafuerteano” y en las campañas antibélicas junto a otras entidades. Lo cierto es que una fuerte articulación con el ámbito barrial distingue la trayectoria de Euforión respecto de otras asociaciones culturales como Sarmiento o incluso Alborada. En el afán por ser funcional al barrio de sus orígenes, Euforión incorporó prácticas novedosas a lo largo de los años treinta, como sugieren los cursos pre-escolares sostenidos por la proactiva CAF o la celebración de los corsos de carnaval. De la mano del activismo femenino y mediante una permanente articulación con las escuelas zonales, la infancia del barrio se fue configurando como una destinaria central de las prácticas de la sala.

En síntesis, esa confluencia entre los valores del reformismo y la voluntad por mejorar el espacio barrial cotidiano, explica en algún sentido la convivencia de la “solemne” conferencia con la “popular” kermesse.

Segunda parte

Capítulo 5

Las bibliotecas populares de la región de La Plata y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en entreguerras

Introducción

En los capítulos previos vimos que cuando los dirigentes de asociaciones culturales, clubes y centros de fomento fundaban una biblioteca, a menudo redactaban una carta en la cual destacaban la importancia de la obra cultural, manifestando, acto seguido, la necesidad de contar con una ayuda, ya de dinero, ya de libros. Aquellas cartas, firmadas por distintos hombres y encabezadas con diversos membretes institucionales, compartían, sin embargo, un idéntico destinatario: el “señor presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares”.

No cabe dudas que, por intermedio de la CPBP, el estado fue un interlocutor clave para estos agentes culturales que fundaban y administraban bibliotecas. Sin embargo, compartimos el diagnóstico de Planas respecto de la ausencia de análisis históricos que tengan por objeto esa relación entre esa institución cultural del estado y las asociaciones de la sociedad civil en el período de entreguerras.⁵⁰²

Este capítulo explora la relación entre las bibliotecas protegidas en el partido de La Plata y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (CPBP, en adelante). Por medio de catorce expedientes de las bibliotecas conservados por la actual CONABIP y haciendo uso de las memorias institucionales del período y de artículos periodísticos sobre su actuación

⁵⁰² Planas, Javier, “Historia de las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1955. Antecedentes bibliográficos”, op. cit., p. 37; “Los discursos bibliotecarios sobre la lectura en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Algunas claves para la constitución de un objeto de conocimiento”, *Políticas de la memoria*, n° 19, Buenos Aires, 2019, pp.233-243. Para el período inmediatamente posterior al de nuestro análisis, contamos con el valioso trabajo de Fiorrucci, Flavia, “La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo”, *Desarrollo Económico*, vol. 48, n° 192, enero-marzo, 2009, pp. 543-556. Otro avance en esa dirección es el reciente trabajo de María de las Nieves Agesta que reflexiona acerca de la relación entre asociaciones culturales y estado en el sudoeste bonaerense, “Ni contigo ni sin ti. Bibliotecas populares, asociacionismo cultural y acción estatal en el sudoeste bonaerense”, op. cit.

disponibles en el archivo histórico digital, mapearemos la dinámica y las implicancias de esa protección dispensada a las salas.

En función de eso planteamos, en primer lugar, una breve reseña de la CPBP y delimitamos, a grandes rasgos, las políticas institucionales sostenidas entre 1910 y 1940. Mediante los informes de inspección de las bibliotecas de la región, recuperamos la información que dos inspectores y una inspectora brindaron sobre el funcionamiento de las salas de la región en general y sobre sus colecciones bibliográficas en particular. Tematizamos allí la aparición de una tensión entre las lecturas impulsadas por la CPBP y los libros que poblaban los anaqueles de las bibliotecas en tiempos de expansión del mercado editorial y literatura a bajo costo. Esa tensión, como demostraremos, fue en algún sentido consustancial a los términos de la protección que el estado otorgó a las bibliotecas.

5.1 La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en entreguerras

La creación de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares obedeció a la Ley 419 encargada del “Fomento y Protección” a dichas instituciones impulsada por Sarmiento y sancionada durante su presidencia, el 23 de septiembre de 1870. Inspirada en los clubes de lectura de Benjamin Franklin y el modelo bibliotecológico norteamericano de Horace Mann, la Ley 419 -o “Sarmiento”- radicaba la iniciativa y el control de la administración de las bibliotecas en las asociaciones de la sociedad civil.

Como establece la investigación de Planas, al fomentar el “poder creativo” de la sociedad civil, la injerencia del estado en materia de bibliotecas quedó reducida a las funciones de “fomento, subvención e inspección”, para lo cual se creó la CPBP, dependiente del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, a cargo del futuro presidente Nicolás Avellaneda. A grandes rasgos, por intermedio de esta comisión el estado brindaba un saldo igual al dinero recolectado por cada asociación para la adquisición de material de lectura de su elección. Es decir, la CPBP duplicaba la cantidad de dinero reunida, gestionaba la compra del material que las salas solicitaban y cubría los costos de envío. Otras dos funciones le estaban estipuladas: realizar donaciones bibliográficas a las bibliotecas y pagar las subvenciones monetarias que el gobierno les acordase.⁵⁰³

⁵⁰³ Planas, Javier. *Libros, lectores y sociabilidades de lectura*, op. cit., pp. 29-47.

Compuesta por seis integrantes notables y presidida por Palemón Huergo, la CPBP funcionó activamente entre los años 1870 y 1876, hasta que la Ley 800 dispuso su disolución. En aquellos años iniciales editó el *Boletín de las Bibliotecas Populares* (1872-1875), una pieza clave para impulsar la fundación y el desenvolvimiento de “estas instituciones destinadas a personas pobres (humildes) de espíritu i de bolsillo”.⁵⁰⁴ Desde el boletín, la CPBP instó a los jueces de paz, a las corporaciones municipales y los clubes sociales, a párrocos, preceptores y “señoras” a organizar y favorecer el desarrollo de bibliotecas. El llamado rindió sus frutos: más de ciento cincuenta instituciones funcionaban cuando la CPBP se suprimió por falta de fondos, iniciándose para ellas un período de gradual decadencia que duraría más de tres décadas.

Durante la presidencia de Figueroa Alcorta, el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Rómulo S. Naón, dispuso la reapertura de la CPBP. Corría el año 1908 y la institución, presidida ahora por José Nicolás Matienzo, inició un período de actividad estable, aunque siempre dependiente del fluctuante presupuesto anual asignado por el gobierno de la nación. Este aspecto fue una recurrencia a lo largo de todo el período considerado: Miguel F. Rodríguez, presidente de la CPBP desde 1912, se lamentaba de las enormes limitaciones presupuestarias de la “oficina” a su cargo, indicando un desfase entre el escaso presupuesto y la multiplicación de bibliotecas “hasta en las últimas regiones de la República”.⁵⁰⁵

En tiempos de la gran guerra, la CPBP protegía más de quinientas bibliotecas. De la lectura de las memorias institucionales se deduce un desplazamiento novedoso: entre 1915 y 1917 la propia CPBP fundó, en poblaciones o barrios donde aún no existían, “140 bibliotecas elementales”, las cuales “una vez arraigadas” acabarían denominándose “populares”. Es decir: a diferencia de lo establecido por la Ley 419, que depositaba la iniciativa de fundación de bibliotecas en la sociedad civil, en este caso el impulso partía desde el estado, procedimiento que, siempre de acuerdo al discurso institucional, “se adoptó para despertar la acción demasiado lenta de las poblaciones”.⁵⁰⁶

La conclusión a la que arribaban los funcionarios de la CPBP era taxativa: “el estado debe fundar bibliotecas populares, como funda escuelas elementales, llevando a aquellas a toda la República”.⁵⁰⁷ El medio práctico de consolidar las salas en los territorios era vincularlas, en un primer momento, con una institución permanente como la escuela, siendo el niño, el maestro

⁵⁰⁴ *Boletín* (...), 1872, n°1, p. 1. Cit. en Planas, op. cit., p. 68.

⁵⁰⁵ “Funcionamiento de la oficina”, en *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria. 1915 y 1916*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía, 1917, pp. 3-4.

⁵⁰⁶ *Ídem.*, p. 8.

⁵⁰⁷ *Ídem.*, p. 18.

y el director las voluntades que más rápida y fácilmente podían ponerse a su servicio -el primero como lector, los segundos como orientadores-. De esta manera, aquella relación de complementariedad formulada por Sarmiento se reactualizaba en una coyuntura en la que el “semianalfabetismo” era -como había relevado el censo de 1910- un mal tan temible como el analfabetismo; y en la que el estado, por su parte, articulaba diversas estrategias ante las amenazas “disolventes” del cosmopolitismo. En ese sentido, resulta una evidencia significativa que un considerable número de salas fuesen fundadas por la CPBP en los Territorios Nacionales con el doble objetivo de difundir conocimiento y “defender nuestras fronteras de la lenta penetración de elementos extraños”.⁵⁰⁸ Así, podemos inscribir la fundación de bibliotecas elementales orquestada por la CPBP dentro de las complejas tareas de “ingeniería cultural” llevadas a cabo por el estado, desde fines del siglo XIX, en pos de la consolidación de la nacionalidad.⁵⁰⁹

Con todo, sin desconsiderar lo anterior, es preciso advertir que la gran mayoría de salas consignadas por las estadísticas de los años diez surgieron -y surgirían en lo sucesivo- como resultado de las múltiples formas de asociativismo civil abordadas en los capítulos precedentes. En tales casos, la CPBP asumió las funciones previstas por la Ley 419: esto es, se abocó a la compra del material bibliográfico solicitado, al pago de los subsidios trimestrales decididos por el gobierno -aunque los fondos se recibían con un año de atraso-, y al servicio de canje bibliográfico internacional, ámbito en el cual se destacaba la intensificación del intercambio de libros con países latinoamericanos, “con los que hemos vivido en un aislamiento intelectual casi absoluto”.⁵¹⁰

En más de un pasaje, las memorias de 1915-1916 manifestaban al Ministro de Instrucción Pública la necesidad de ampliar el presupuesto y facultades de la CPBP. En esta última dirección, Rodríguez proponía, tras “serenas reflexiones y observaciones recogidas en varios años de labor asidua”, una serie de modificaciones a la Ley 419, la cual si bien había estado “noblemente inspirada” resultaba sin embargo “estrecha para las necesidades actuales del país”.⁵¹¹ Un decreto presidencial firmado por Yrigoyen el 31 de marzo de 1919 recogió buena parte de esas sugerencias, ampliando facultades y atribuciones de la CPBP. De la

⁵⁰⁸ *Ídem*, p. 9.

⁵⁰⁹ Gramuglio, María Teresa, *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2013, pp. 168-169.

⁵¹⁰ *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria. 1915 y 1916*, op. cit., p. 25.

⁵¹¹ *Ídem*, p. 22.

totalidad de sus artículos transcribimos el cuarto, pues en él se actualizan los requisitos a cumplimentar por las bibliotecas en función de acceder a la protección:

“**Art. 4:** Toda Asociación o Corporación establecida o que se establezca en adelante, nacional o extranjera, puede solicitar el auxilio del Tesoro Nacional, en conformidad a la Ley del 23 de septiembre de 1870, siempre que llene los requisitos siguientes:

- a) Que se disponga de local aparente.
- b) Que el acceso a la biblioteca sea libre.
- c) Que el local permanezca abierto por lo menos doce horas semanales, diurnas o nocturnas, continuas o discontinuas.
- d) Que las autoridades de la asociación se responsabilicen personalmente por los libros que se le entreguen o por su valor de compra.
- e) Que se someta a la inspección o contralor de la Comisión Protectora acatando sus resoluciones”.⁵¹²

Las asociaciones que cumplieran con estos requisitos podían acceder al mencionado saldo a favor para adquirir material bibliográfico y recibir remesas gratuitas de libros. Ahora bien, era usual que entre la elevación de solicitud formulada por los dirigentes y el aval efectivo de protección transcurrieran meses, o incluso años, demora asociada a la carencia de personal y a las prevalentes limitaciones presupuestarias de la CPBP.

La actual CONABIP conserva en su sede cientos de expedientes cuyas ajadas caratulas sugieren una lejana fecha de confección. Catorce de ellos corresponden a bibliotecas del partido de La Plata que fueron protegidas en distintos años del período considerado. Sin embargo, nuestra hipótesis es que el número de instituciones reconocidas por la CPBP en la región fue mayor. En esa dirección, resulta un dato relevante que el inspector De la Peña deslizara en un informe de 1947 que debía visitar “35 bibliotecas de La Plata, Tolosa, Ensenada y Berisso”.⁵¹³ La ausencia de esos expedientes podría obedecer, entre otros factores, a que esas bibliotecas, tras dejar de funcionar, hubiesen sido “eliminadas” de los registros institucionales de la CPBP, o bien, a que sus expedientes se conserven en otras dependencias públicas. Por otro lado, también resulta oportuno aclarar que distintas bibliotecas abordadas en capítulos precedentes, si bien fueron fundadas en el período de entreguerras, resultaron en cambio reconocidas por la CPBP con posterioridad a 1945.

⁵¹² Exp. n° 423-E-30, Afiche del decreto presidencial, 31/3/1919.

⁵¹³ Exp. n°468-L-17, Informe de inspección a cargo de W. De la Peña, 29/10/1947. De igual modo, como ya mencionamos, al Primer Congreso Provincial de BP de 1949 asistieron unas 54 bibliotecas; 30 de ellas contaban con reconocimiento del estado bonaerense.

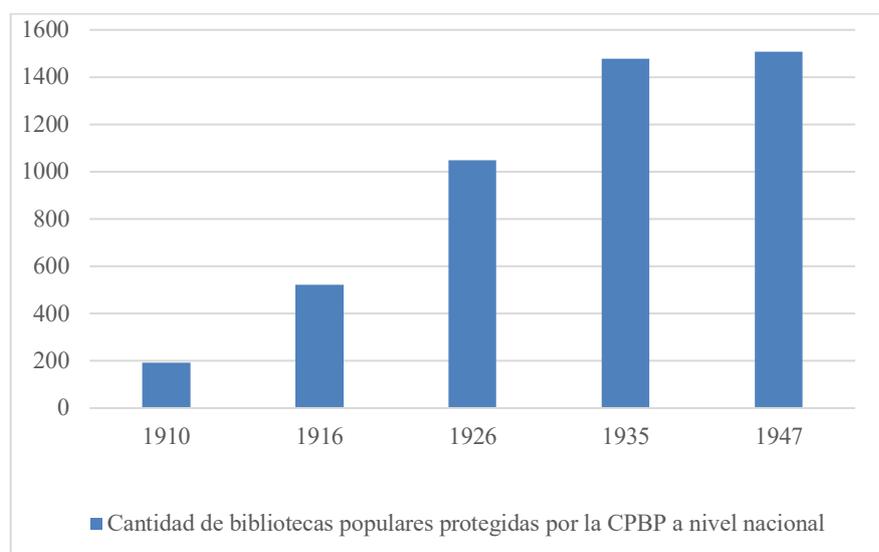
Desde su materialidad, los expedientes a los que hemos podido acceder ilustran los complejos términos de la protección dispensada por la CPBP. Además de los informes de inspección que analizaremos, encontramos en ellos listados de libros, presupuestos de librerías, acuses de recibo, agradecimientos por el envío de “cajones de libros”, invitaciones a eventos institucionales, cartas en las que los dirigentes solicitaban orientación en materia reglamentaria, o lisa y llanamente, ayuda económica. Por ejemplo, en 1921 el secretario de una nueva biblioteca ubicada en la localidad de Villa Elisa redactó una carta en la cual solicitó al presidente de la CPBP “un subsidio de 500 pesos anuales” ya que con el “modesto aporte” de los asociados era imposible aumentar las comodidades de la sala o adquirir nuevas obras. En el reverso de la misiva, en tinta negra, se lee una escueta anotación: “Contéstese que esta Comisión no posee facultades legales para acordar subsidios en dinero y que esto debe pedirse al H. Congreso de la Nación por nota”.⁵¹⁴ El equívoco y la postrera aclaración institucional se reitera en otros expedientes.

Antes que liquidez económica, la protección que la CPBP otorgaba a las salas se vinculaba con la provisión de material de lectura, por el doble mecanismo ya mencionado de las compras y las donaciones. De manera contundente, lo anterior se refleja en las crecientes cifras de adquisiciones bibliográficas hechas por la CPBP: por ejemplo, a mediados de 1920, compró cerca de 250.000 libros. Un pequeño porcentaje de ellos tuvo por destino las bibliotecas nacionales de países latinoamericanos y europeos, con el objetivo de que se conformasen allí “secciones argentinas”.⁵¹⁵ Pero desde luego la gran mayoría desembarcó en los anaqueles de las bibliotecas protegidas, que entre 1915-1925 duplicaron su número a nivel nacional.

⁵¹⁴ Exp. n° 342-V-20, Nota al presidente de la CPBP, 30/9/1921.

⁵¹⁵ “La CPBP nos comenta su forma de favorecer el libro argentino”, *La Literatura Argentina. Revista Bibliográfica*, año I, n° 4, diciembre de 1928, pp. 8-10.

Gráfico 5.1.1: Bibliotecas populares protegidas por la CPBP a nivel nacional (1910-1947)



Fuente: elaboración propia en base a memorias institucionales de la CPBP

La crisis económica de 1930 y el recorte presupuestario llevado a cabo por la dirigencia conservadora hirieron las arcas -de por sí heridas- de la CPBP: entre 1931 y 1937 registró, como otras instituciones públicas, un brusco descenso presupuestario y la supresión del monto asignado para pagar subsidios a 300 bibliotecas. La CPBP fue presidida durante la nueva década y hasta 1944 por el escritor y académico sanjuanino Juan Pablo Echagüe⁵¹⁶, cuya gestión consolidó y diversificó las políticas culturales de la usualmente denominada “repartición”. El número de bibliotecas populares continuaría en ascenso durante su gestión y la de su sucesor Carlos Obligado, aunque, como indica el gráfico, de una manera más ralentizada.

Las memorias institucionales de inicios de los años treinta dan cuenta de las “largas y empeñosas” gestiones llevadas a cabo por Echagüe y otros funcionarios de la CPBP en pos de recuperar el presupuesto y restablecer los subsidios a las bibliotecas.⁵¹⁷ Esos documentos

⁵¹⁶ Echagüe fue historiador, periodista, funcionario y escritor. Nació en San Juan en 1877 y falleció en Buenos Aires en 1950. Bajo el seudónimo “Jean Paul”, escribió críticas teatrales para diversos diarios y estuvo a cargo de la sección teatral de *La Nación* entre 1912 y 1918. Potenció las relaciones intelectuales y literarias con Francia, siendo Oficial de la Legión de Honor de dicho país. Su prolífica obra se compone de ensayos, obras de teatro, novelas y relatos. En su casa natal, ubicada en San Juan, funciona hoy una biblioteca popular con su nombre.

⁵¹⁷ *La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Noticia histórica y memoria 1931-1932*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, 1932, p. 21. En dicho bienio, Carlos Obligado ocupó la vicepresidencia, Eduardo Tibiletti, Carlos Malbrán y Arturo Marasso las vocalías y Ricardo O. Staub la secretaría de la institución. Con variaciones en algunos cargos, estos nombres permanecen a lo largo de la década, sumándose Rómulo Zabala.

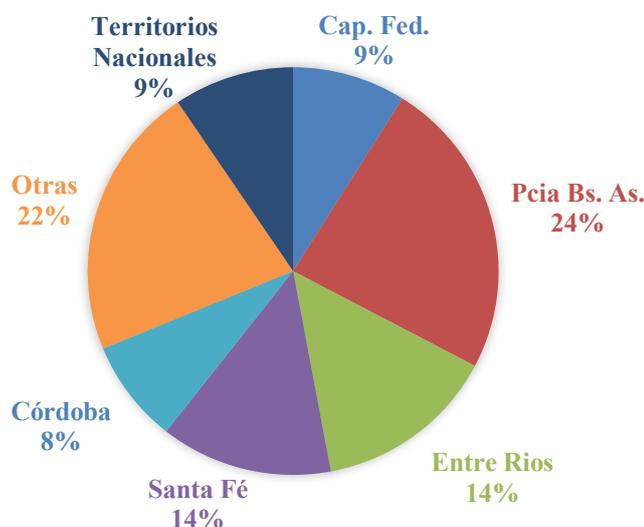
ofrecen, en conjunto, un rico repertorio de datos estadísticos, prácticas y representaciones prácticamente inexplorados por la historiografía. Nos limitamos, a continuación, a señalar algunos lineamientos institucionales claves a los fines de nuestra indagación.

El primero se vincula con el aumento de las inspecciones durante los decenios de 1930 y 1940. Si bien aquel dispositivo previsto por la Ley 419 fue importante en los años veinte, asumió en esta coyuntura un nuevo protagonismo, como atenderemos en la próxima sección. Además de fiscalizar el funcionamiento de las salas, el informe fue ahora concebido como una herramienta para profundizar la perspectiva territorial. Mediante las visitas, los inspectores recogían información sobre el “nivel cultural” de las distintas regiones del país, lo cual permitiría dotar a las bibliotecas de “bibliografía regional argentina” específica.⁵¹⁸ Este acento en la inscripción territorial de las bibliotecas quedó ilustrado en uno de los criterios clasificatorios utilizados por la CPBP, de acuerdo al cual las bibliotecas se emplazaban en las regiones “agrícola-ganadera”, “minera”, “vitícola”, “azucarera”; “colonias de extranjeros” y “regiones fronterizas”.⁵¹⁹

⁵¹⁸ “Merece citarse el caso de una escuela de Tellier (Santa Cruz) cuya maestra no tenía, para enseñar a sus alumnos, sino un viejo ejemplar de un antiguo libro de lectura. En ese, como en otros casos, la Comisión ha procurado facilitar la formación de una pequeña biblioteca con las obras de textos y literatura más adecuadas”, en *Memoria de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Año 1932*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, p. 15. Echagüe Juan Pablo, “Viven una existencia firme y próspera las bibliotecas populares”, *La Nación*, 19 /2/1938, p. 6.

⁵¹⁹ Otros dos sistemas de clasificación coexistentes consideraban su “importancia bibliográfica” y la “importancia” del lugar.

Gráfico 5.1.2: Distribución territorial de las bibliotecas protegidas por la CPBP hacia 1935



Fuente: elaboración propia en base a memorias institucionales de la CPBP

El segundo aspecto, en estricto correlato con el anterior, tiene que ver con una mayor presencia institucional de la CPBP en las bibliotecas por medios impresos y radiales. En los decenios considerados, la CPBP auspició un programa radial, publicó un boletín de prensa y distintos folletos instructivos.⁵²⁰ Distribuido entre 1933 y 1947, el boletín institucional de salida trimestral tenía por objetivo “facilitar el desempeño de los bibliotecarios, mediante un servicio informativo regular relacionado con la bibliografía y la biblioteconomía”. Sus páginas congregaban reseñas de libros, biografías de escritores clásicos, artículos de instrucción técnica para los bibliotecarios, descripciones de las principales bibliotecas populares del país y noticias de la CPBP, entre otras.⁵²¹

Incurción etérea

⁵²⁰ Por ejemplo, en 1935 distribuyó un folleto titulado “La función educacional de la biblioteca pública” de Ernesto Nelson. La obra de Nelson destaca el valor de las bibliotecas como vehículos de la cultura del libro, una cultura caracterizada por un espíritu “constructivo, universal e inclusivo”, contrastante con el carácter selectivo, restrictivo y convencional de la educación formal. Tomando como modelo la experiencia de las bibliotecas norteamericanas, Nelson brindaba ejemplos prácticos para ir a la “caza del lector” y garantizar la eficiencia a las salas.

⁵²¹ “Boletín de la Comisión Protectora”, en *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1936*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, 1937, p. 24. La investigación en curso de Marcela Coria indaga en este boletín, de modo que pronto podremos ampliar nuestros conocimientos del mismo.

La incursión radial de la CPBP resulta particularmente significativa a los intereses de esta tesis. Para mediados de la década del treinta, la radiofonía se había convertido en un medio de comunicación de masas. La radio era el aparato doméstico más consumido -se contaban más de un millón en el país- y el dial estaba dominado por emisoras comerciales consagradas al tango, al jazz y al radioteatro.⁵²² En la opinión pública, se discutía acerca de cuál debía ser la función del estado como ente regulador de la actividad privada y también, al calor de las experiencias radiofónicas europeas y norteamericanas, se tematizaba la potencialidad política del medio. En ese contexto, en julio de 1937, hizo su aparición la emisora pública LRA Radio del Estado, con un discurso inaugural a cargo del mandatario Agustín P. Justo.⁵²³

Producto de las “gestiones” de la CPBP, la estación le concedió una hora semanal de su programación: los domingos, de 20 a 21hs. En su apuesta etérea -la radiodifusión era “el medio más moderno de expansión”- la CPBP combinó la divulgación cultural con los temas caros a la capacitación bibliotecaria.⁵²⁴ Atendiendo la necesidad de “transmisiones atractivas”, el formato proponía una disertación cultural matizada por “selectos programas musicales”.⁵²⁵

Entre los disertantes se contaron intelectuales, periodistas, maestras, profesores y escritores argentinos como Arturo Capdevila, Arturo Cancela, o el popular Manuel Gálvez.⁵²⁶ Las disertaciones incluyeron comentarios de obras y autores literarios, vida y obra de personalidades universales y de figuras de la patria, alusiones a libros y a bibliotecas. Entre estas últimas, resulta relevante una disertación leída por un militante socialista en 1940, titulada “Bibliotecas para obreros”, en la cual, tras ponderar con Henri Lemaître la importancia de las

⁵²² Cfr. Matallana, Andrea, *Locos por la radio*, op. cit.; Karush, M. B. “La radio y la homogeneización de la cultura de masas”, op. cit., pp. 88-103.

⁵²³ Los dueños de Radio *El Mundo* se resistieron a cederle dos horas diarias al estado y contrapropusieron a Justo la instalación de una emisora en el segundo piso del Palacio de Correos, la cual fue aceptada. Sobre la radioemisora estatal en particular, ver: Ulanovsky, Carlos y Pelayes, Susana (comps.), *La Radio Nacional, Voces de la Historia 1937-2011*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2011. Cabe destacar que a inicios de 1937 el gobernador bonaerense Manuel Fresco creó el Servicio de Radiodifusión y Broadcasting oficial de la provincia LS11, realizando una obra radiofónica persuasiva, cfr. Matallana, op. cit. p. 283; Reitano, Emir, *Manuel Antonio Fresco. Entre la renovación y el fraude*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia, 2005.

⁵²⁴ *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1936*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, pp. 33-34.

⁵²⁵ “Ciclo de conferencias en el programa radial que la CP transmite por Radio del Estado”, *Revista Antena*, 6/10/1939, p. 37.

⁵²⁶ *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1938*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, 1939. Algunos ejemplos de las disertaciones de ese año: Juan Alfonso Carrizo “La poesía tradicional del norte de la República”; Artemio Moreno, “El dinero en la obra de Balzac”; Enrique de Gandía, “Fernando de Rivera: un soñador de El Dorado”; María Alicia Domínguez, “El libro de texto”; Bernado Canal Feijoo, “La expresión popular artística en Santiago del Estero”, Teodoro Caillet Bois, “La cultura del General San Martín”, Juan Rómulo Fernández, “Historia de la Biblioteca Franklin”, etc.

salas en la educación obrera, se informaba que las instituciones fundadas por trabajadores eran “casi todas bibliotecas populares, muchas de ellas oficialmente patrocinadas por la CPBP”, entidad ocupada en “fomentar el progreso obrero” por medio de la lectura.⁵²⁷

Otra audición que juzgamos relevante corresponde al propio presidente de la CPBP y se tituló “Un mensaje a las bibliotecas populares” (1938). Tras reconocer el éxito de las “gestiones realizadas” por la CPBP ante el gobierno para conseguir la subvención estatal de 900 de las 1400 bibliotecas protegidas, Echagüe destacó la necesidad de intensificar la propaganda, de disponer de modernos bibliotecarios -glosando a tal fin los conceptos de Ernesto Nelson- y de colaborar con todos los organismos culturales, especialmente con los establecimientos educativos.⁵²⁸

El mensaje radial de Echagüe se inscribe en una etapa institucional diferente de la de los inicios de la década. Desde 1937, la CPBP registró cierta recuperación presupuestaria⁵²⁹ y asumió un lineamiento institucional denominado “de ordenación e intensificación”, en el cual priorizó el “perfeccionamiento” del servicio bibliotecario y del material bibliográfico de las salas existentes por sobre el reconocimiento de nuevas instituciones.⁵³⁰ Es que si el país podía, como se destacaba en las memorias, vanagloriarse de poseer “una biblioteca popular por cada 8434 habitantes [cuando] en los Estados Unidos, el país bibliotecario por antonomasia, se computa una por cada 11.226 habitantes”, lo cierto es que *puertas adentro* restaba mucho por avanzar en materia técnica y práctica.

El profesor y poeta Carlos Obligado -que hasta entonces se había desempeñado como vocal y vicepresidente-, presidió la CPBP entre 1944 y 1949, continuando la línea dinamizadora y modernizante de su antecesor. Un nuevo decreto, en abril de 1946, repasó las atribuciones y nuevas finalidades de la CPBP, que de acuerdo a las estadísticas aportadas por Fiorrucci, experimentó un aumento de su presupuesto bajo el nuevo gobierno peronista.⁵³¹

⁵²⁷ “Bibliotecas para obreros”, *La Vanguardia*, 17/12/1940, p. 53. La conferencia se brindaba con motivo de la primera “Exposición de las Bibliotecas Socialistas Argentinas”, la cual tuvo lugar en la Casa del Pueblo a fines de 1940 con asistencia de 36 bibliotecas.

⁵²⁸ “Un mensaje a las bibliotecas populares”, *La nueva provincia*, 6/4/1938.

⁵²⁹ De todas formas, las memorias no perdieron oportunidad de señalar que “es menester aumentar el número de subvenciones y elevar el monto de estas si el Estado quiere apoyar con más vigor la iniciativa privada en el campo bibliotecario”, cfr. “Labor de la C. Nacional de Bibliotecas Durante 1942”, *Santa Fé de Hoy*, 25/03/1943, p. 91.

⁵³⁰ “Las bibliotecas populares del país tienen a disposición de sus lectores 4 millones de volúmenes”, *El País*, 27/03/1939, p. 20.

⁵³¹ Sobre la actuación de la CPBP en este período, ver Fiorrucci, op. cit.

5.2 Las visitas y los informes de inspección

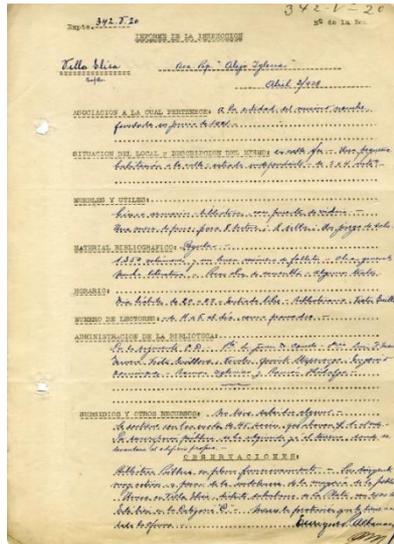
En entreguerras los informes de inspección fueron, como adelantamos, una herramienta clave para la CPBP. Pero cabe establecer una distinción entre los narrativos informes de la década de 1910 y los de décadas posteriores. En el tercer capítulo de esta tesis, transcribimos pasajes de informes firmados por el inspector Manuel Bortón en ocasión de su visita a la biblioteca “Vicente De Tomaso”. En aquellos manuscritos de puño y letra, redactados entre 1919 y 1920, Bortón vertía una serie de juicios despectivos acerca de la orientación socialista y obrera de la sala. Sin embargo, quien entonces presidía la CPBP, Rodríguez, lo instaba a que informara “en conformidad con las disposiciones legales”, pues eso “era lo que importaba”. Rodríguez anteponía, de este modo, el criterio burocrático-administrativo de la institución por sobre la subjetividad del inspector.

Durante la década de 1920, en efecto, aquel criterio se impondría: los informes se estandarizaron, convirtiéndose en un formulario impreso con una sucesión de campos a completar. Aun así, contuvieron un ítem denominado “observaciones”, en el cual los funcionarios y funcionarias incluyeron impresiones sobre el barrio o la localidad donde funcionaba la sala, sobre sus dirigentes y su material bibliográfico. Aquel también fue el espacio para indicar aciertos, irregularidades o sugerencias de envío de donaciones.

Idealmente, estos formularios se completaban a partir de la visita de un inspector o inspectora de la CPBP a la sala en cuestión. Pero debido al bajo presupuesto aludido, el cuerpo de funcionarios era escaso y por eso, el decreto de 1919 estipuló que los Rectores de Colegios Nacionales, Directores de Escuelas Normales y Jefes de Reparticiones Nacionales tuvieran el deber de inspeccionar las bibliotecas de sus jurisdicciones cuando la CPBP así lo solicitase.⁵³² En esos casos, la mayor diferencia con respecto a los informes firmados por inspectores de la CPBP se advierte en la escasez de las preciadas “observaciones”.

Imagen 5.2.1: Informe de inspección de 1928

⁵³² Exp. n° 423-E-30, Afiche del decreto presidencial del 31/3/1919.



Fuente: Expediente n° 342-V-20.

En los años treinta las visitas se incrementaron y los informes se volvieron más extensos. Echagüe y otros miembros directivos de la CPBP supieron trasladarse largas distancias para “auxiliar” en las tareas de inspección a lo largo del país. Aquel incremento fue ostensible en las salas del partido de La Plata, donde el mayor caudal de informes corresponde precisamente al decenio 1935-1945.

Mediante una sucesión de campos, los informes -completados a mano, o bien, mecanografiados por los inspectores- recogían información institucional de rigor -nombre de la biblioteca, fecha de fundación, institución de pertenencia-; datos acerca del funcionamiento cotidiano de la sala -horarios y días de apertura-; descripciones del edificio -indicando si era propio o alquilado, dimensiones y accesibilidad-, de los “muebles y útiles”, del “material bibliográfico”, de los “recursos con los que se sostiene”, la “cantidad de lectores” y “autoridades”. Otros requerimientos aparecían en forma de pregunta: “¿Tiene bibliotecario, es rentado?”, “¿Presta libros a domicilio?”, “¿Se indica al frente que la biblioteca es pública, como así también el horario de lectura?”. Finalmente, el campo “observaciones” era el último a completar y nunca quedaba vacío. A título ilustrativo, valga una “observación” formulada por la inspectora María Josefa Antelo, encomendada en 1935 a la sala del centro de fomento Circunvalación:

“Situada en un apartado barrio denominado Circunvalación, en el deslinde de la ciudad de La Plata, sin medios de comunicación, por sus calles sin pavimentar. Su labor cultural es realmente beneficiosa a un barrio muy pobre; pero bastante poblado, formado por gentes modestas en su mayoría obreras. Su organización es muy elemental, lo que motiva que sus planillas carezcan en general de datos. He hecho

las debidas indicaciones, las que espero serán tomadas en consideración, ya que sus dirigentes tienen empeño en formar una biblioteca útil y bien atendida”.⁵³³

La potencialidad epistemológica de la fuente emerge de inmediato. Las “observaciones” permiten identificar las atribuciones de sentidos operadas por el funcionariado en relación al territorio en el que actuaban las salas, a sus dirigentes y, como atenderemos en lo sucesivo, a la calidad de su material bibliográfico. De igual manera, posibilitan reconstruir el momento de la *visita* de inspección como un encuentro dinámico, mediado por el lenguaje corporal, en el cual coexistió la mirada escrutadora, el interrogatorio -instancia necesaria para completar el formulario- y la conversación entre las partes, con mayor o menor grado de amenidad. Las indicaciones técnicas de los y las representantes de la CPBP, en tanto saberes validados, se intercalaban con toda suerte de inquietudes, sugerencias e incluso quejas de los patrocinadores, como insinúa un comentario apuntado por inspector W. De la Peña en su visita a la BP San Martín: “el presidente del centro [de fomento] se quejó de que hace tiempo que la CPBP no envía libros”.⁵³⁴

Más allá de las singularidades institucionales, analizar los informes como conjunto torna posible capturar ciertos elementos en común de las bibliotecas de la región que fueron visitadas por el inspector Enrique Albarracín -décadas del veinte y cuarenta-, la inspectora María Josefa Antelo -década del treinta- y el Inspector Washington De la Peña -década del cuarenta-.

El primero de ellos está asociado a la espacialidad y materialidad de las bibliotecas. De acuerdo a los informes, éstas funcionaron en habitaciones de pequeñas dimensiones, a las que se accedía desde la calle. Era requisito que un cartel indicara al transeúnte <biblioteca pública> y su respectivo horario de funcionamiento, el cual debía cumplimentar un mínimo de doce horas semanales. Estas salitas formaban parte de los locales de las entidades patrocinadoras - centros de fomento, clubes, asociaciones culturales-, alquilados por tarifas mensuales estimadas entre 70 y 100 pesos, con lo cual las mudanzas fueron instancias usuales, como vimos en la primera parte de esta investigación. Desde luego, como también tematizamos en capítulos anteriores, varias instituciones accedieron a “la casa propia” -edificación o compra del local - en los años cuarenta y cincuenta. Pero resulta un dato por demás significativo que,

⁵³³ Exp. 177-L-33, Informe de inspección a cargo de M.J. Antelo, 10/10/1935.

⁵³⁴ Exp. 387-L-37, Informe de inspección a cargo de W. De la Peña, 7/07/1945.

a nivel nacional, sólo 17 % de las bibliotecas contara con edificio propio a fines de los años treinta.⁵³⁵

Las salas estaban equipadas con armarios-biblioteca con puertas de vidrio y/o estanterías simples sobre las paredes. Ofrecían al público lector servicio de préstamo a domicilio y lectura en sala, para lo cual disponían de una mesa y sillas para diez o veinte personas. Además, contaban con un escritorio y cuadros de próceres. Aquel mobiliario era indicado como “mueblaje sencillo, pero apropiado”. De todas maneras, en más de una sala, los informes testimonian frecuentes yuxtaposiciones: en el local “de madera y zinc” de la biblioteca del centro Circunvalación, el inspector De La Peña observó que “como hay un billar que se tapa cuando funciona la biblioteca, aconseje que la tapa sea de tabla para que el billar sirva de mesa para las revistas y diarios. Me prometieron hacerlo así”.⁵³⁶ El mismo funcionario, al visitar la sala auspiciada por la Sociedad Protectora de la Infancia, anotó: “he visto en un armario muchos ajuares para niños recién nacidos de madres pobres”.⁵³⁷

Lo anterior se vincula estrictamente con el segundo elemento común, ligado a los “recursos” con los que se sostenían las bibliotecas: en primer término, los informes consignaron las cuotas de socios y socias -de menor monto-, en un rango variable entre las cien y las trescientas personas. También los festivales y más ocasionalmente las donaciones. A fines de los treinta, en varias salas se consignó el cobro de “subsidio nacional anual” de 255 pesos -el anunciado por Echagüe en la audición radial-, mientras que entrados los años cuarenta comenzó a informarse una “subvención provincial mensual”, la cual obedecía a la puesta en vigencia de la mencionada Ley provincial n°4688.⁵³⁸ Salvo dos o tres bibliotecas, en las restantes se apuntó la modestia económica, en ocasiones a partir de analogías acerca de la humildad de los barrios “obreros” o “semiobreros” donde éstas se emplazaban.

Un tercer elemento en común de los informes se vincula con la figura de los bibliotecarios y las bibliotecarias. En todas las salas -excepto en la BP. Sarmiento- ésta fue una función honoraria y altamente rotativa. Durante los años iniciales cumplir “turnos en la biblioteca” se concebía como parte de las tareas asociadas a los cargos directivos: “se turnan los miembros de la CD”, consignaban los informes. Más tarde, comenzó a aparecer la figura

⁵³⁵ “A 70 años de sancionada la Ley Sarmiento funcionan en el país 1450 bibliotecas populares con tres millones de lectores”, *El País*, 31/03/1940.

⁵³⁶ Exp. 177-L-33, Informe de inspección a cargo del Inspector W. De la Peña, 10/07/1945.

⁵³⁷ Exp. 468-H-17, Informe de inspección a cargo del Inspector W. De la Peña, 04/07/1945.

⁵³⁸ Recordemos que recién en 1944 se sancionó el Decreto n° 9991 de esa Ley n° 4688 de bibliotecas populares (1938), que puso en marcha el funcionamiento de la Dirección General de Bibliotecas Populares de la Provincia.

del “bibliotecario honorario”; o, con frecuencia, “dos bibliotecarios honorarios”, mientras en las observaciones se reiteraba el comentario: “Bien atendida por bibliotecario sin sueldo”. Si bien la función fue ejercida mayoritariamente por varones jóvenes, es importante destacar que a diferencia de lo que sucedía con los cargos dirigenciales, en algunas bibliotecas como Alborada y San Martín la inspección informó, en años puntuales, “bibliotecarias honorarias”.⁵³⁹

A lo largo de los años treinta, la figura del bibliotecario fue objeto de creciente interés en la opinión pública. Desde la revista socialista *Vida Femenina*, Ángel Giménez hacía sus votos por la feminización del “servicio”: llamaba a las jóvenes “que pierden el tiempo en frivolidades” a ocupar “útilmente” un par de sus horas libres poniéndose al frente de la biblioteca, orientando y dirigiendo al lector.⁵⁴⁰ Por su parte, la CPBP afirmaba en reiteradas oportunidades que “bibliotecas sin bibliotecarios competentes no tendrá ficheros ni catálogos con bases orgánicas”.⁵⁴¹ En este sentido, se preveía que el cobro del subsidio económico permitiría a muchas salas disponer de una mínima renta para incorporar a una persona habilitada “que bien puede ser un maestro o, en ciertos casos, un estudiante aplicado de segunda enseñanza”.⁵⁴²

Sin embargo, los informes de las salas platenses minan un tanto esa previsión de la CPBP: si bien los inspectores consignaron a fines de los treinta “bibliotecarios rentados”, en informes sucesivos de las mismas entidades reapareció la figura “ad-honorem”. Paralelamente, el cargo comienza a ser objeto de mayor detenimiento en las “observaciones” del inspector De la Peña, quien deslizaba comentarios de la índole “El bibliotecario, Sr. Garcé, conoce bien su biblioteca [BP. M. Moreno], y es un joven instruido y muy atento”; “La señorita bibliotecaria [BP. El Estudiante], maestra normal, parece tener vocación para el cargo, que desempeña

⁵³⁹ Acerca de las representaciones de Sarmiento sobre las mujeres como bibliotecarias, ver el apartado de Javier Planas: “Una página inconclusa, Sarmiento y las bibliotecarias”, en *Libros, lectores y sociabilidades (...)*, op. cit, p. 277-283.

⁵⁴⁰ Giménez, Ángel M., “Qué Hacer de las Horas Libres: Una Actividad útil para la mujer”, *Vida Femenina*, año VI, n° 61, pp. 6-7.

⁵⁴¹ Echagüe, Pablo, “Un mensaje a las bibliotecas populares”, *La nueva provincia*, 6/04/1938. Planas indica que en la década de 1930 la preocupación por el bibliotecario se articuló con fuerza en la literatura del campo, como ilustran las producciones del socialista Ángel Giménez y del propio Echagüe. En la figura del bibliotecario debían converger la instrucción técnica y los saberes culturales imprescindibles para orientar las colecciones y al público lector. Ambos autores presentaron al bibliotecario como garantía de un sistema de lectura pública en vías de profesionalización, en Planas, “Los discursos bibliotecarios (...)”, op. cit, p. 240. Es oportuno señalar que en 1944, la CPBP inauguró en su sede una “Biblioteca del bibliotecario” en la cual se reunían obras fundamentales para la formación de los bibliotecarios y estudiantes de bibliotecología, ver: “Cuentan los bibliotecarios con una biblioteca técnica”, *La Razón*, 31/10/1948, p. 107.

⁵⁴² *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1938*, p. 4.

honorariamente”.⁵⁴³ En este último caso, la composición exclusivamente femenina de la entidad patrocinadora, la Sociedad Protectora de la Infancia (1907), no vuelve excepcional, como en otros casos, el ejercicio femenino de la función. Entre las numerosas “bibliotecarias honorarias” de esta sala, un informe de 1935 consignó a la educadora socialista Justa Burgos de Meyer, quien también se desempeñaba como tesorera.⁵⁴⁴

Los dirigentes institucionales fueron otro foco de atención para la inspección. En general, fueron objeto de virtuosas observaciones. Se puso en relieve el empeño, el entusiasmo y la honestidad administrativa de los hombres a cargo de clubes, centros de fomento y asociaciones culturales, y de las mujeres al frente de la asociación protectora de infancia. Es interesante advertir que en el caso de las bibliotecas más modestas, las observaciones permiten capturar la permanencia de una mirada piadosa, como ilustra el siguiente pasaje a cargo del inspector De la Peña:

“Hablé con cinco miembros de la CD y todos ellos demostraron interés y cariño por la biblioteca, y aunque personas sin relieve intelectual tienen el conocimiento intuitivo de la acción social de la biblioteca. En algo menos de media hora de mi visita, vi el movimiento efectivo de la biblioteca, en una noche muy fría, en aquel barrio de edificaciones humildes y espaciadas. En resumen: una humilde biblioteca a la que es preciso ayudar.”⁵⁴⁵

Un último aspecto en común tiene que ver con el “resultado” de las inspecciones, las cuales supieron ser favorables a las bibliotecas debido a que todas “funcionaban de acuerdo a las disposiciones vigentes”. Sólo en contadas ocasiones, ante faltas como “encontrar sin funcionamiento la sala” por motivo de una mudanza o la falta de bibliotecario, la inspectora Antelo sancionó a las bibliotecas del club Liverpool y del centro Circunvalación, con la típica “suspensión del envío de libros”. En tales casos, los dirigentes eran notificados y se les otorgaba un plazo de dos o tres meses para la reorganización reglamentaria -caso contrario, la sala corría el riesgo de ser “eliminada”-. Pero en algún sentido, el contenido de la sanción “suspensión del envío de libros” nos desplaza al centro gravitatorio de la relación entre la CPBP y las bibliotecas: la provisión de material de lectura.

⁵⁴³ Exp. 476-D-18, Informe de inspección a cargo de W. De la Peña, 8/08/1946; Exp.468-H-67, Informe de inspección a cargo de W. De la Peña, 04/07/1945.

⁵⁴⁴ Exp. 468-L-17, Informe de inspección a cargo de M. J. Antelo, 7/10/1935.

⁵⁴⁵ *Ídem*

5.3 Los libros *observados* en los anaqueles

El ítem “material bibliográfico” de los informes estuvo destinado a la contabilizar y describir los libros y folletos presentes en cada sala. Y con frecuencia ese tipo de información fue ampliada por los inspectores y la inspectora en el campo “observaciones”. Sugerimos que a partir de estas dos entradas es posible capturar las distancias existentes entre el material de lectura ponderado por la CPBP, y los libros y folletos reales que colmaban los anaqueles de las bibliotecas populares.

Aumentar y mejorar el caudal bibliográfico era el horizonte perseguido por la CPBP. La cantidad de ejemplares en disposición de cada biblioteca protegida funcionaba, de hecho, como otro de los criterios clasificatorios utilizados. Así, las estadísticas institucionales reportaban que, a nivel nacional, a mediados de 1930, un 64% de salas disponían de 100 a 2000 ejemplares, mientras que apenas un 7% sobrepasaba la cifra de 10.000 libros.⁵⁴⁶ A nivel local, sintetizamos esa información estadística en el siguiente cuadro:

Cuadro 5.3.1: Cantidad de libros y folletos de cada BP en 1945

Biblioteca	Libros	Folletos
BP Sarmiento	25000	7000
BP Alborada	7800	2940
BP Club YPF	6900	1162
BP Ana B. de Selva	6700	600
BP Alejo Iglesias	4624	1500
BP Meridiano V	4075	350
BP Gral. San Martín	3750	6700
BP J.V. González	3151	405
BP Mariano Moreno	2203	357
BP Alejandro Korn	2200	180

⁵⁴⁶ El porcentaje lo calculamos sobre un total de 1380 bibliotecas, *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1935*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, pp. 11-12.

BP Nicolás Avellaneda	1750	500
BP B. Rivadavia	1400	s/d
BP Bartolomé Mitre	1167	56
BP Belisario Roldán	1000	200

Fuente: elaboración propia en base a informes de inspección.

Un primer aspecto llamativo es la distancia existente entre el caudal bibliográfico en disposición de la BP Sarmiento y el de las demás bibliotecas protegidas. Como analizamos en el tercer capítulo, esta sala gozaba de la protección de la CPBP desde los años diez, cobraba subsidios nacionales y provinciales; era dueña, en suma, de un considerable capital económico y social. Todos esos factores impactaron en la disposición de instalaciones más amplias, un mejor mobiliario, bibliotecarios rentados y, por sobre todas las cosas y en lo que respecta estrictamente a la relación con la CPBP, una capacidad de compra bibliográfica ostensiblemente mayor a la de cualquier otra sala de la región.

Cuadro 5.3.2: Evolución del caudal bibliográfico BP Sarmiento

	1926	1933	1935	1939	1945
Libros	5559	9195	14108	17900	25000
Folletos	1422	3382	4895	6000	7000

Fuente: Exp. 221-L-14

Pero más allá de este caso extremo, la desigual posesión de libros entre las salas obedece, entre otros factores, a la desigual capacidad de compra de cada institución. Con todo, para la inspección no se trataba sólo de cantidad de material, sino fundamentalmente de su calidad, asociada a los conceptos de “selectividad” y “eclecticismo”. Así, más allá de disponer de adecuadas instalaciones y una buena administración, en los informes Sarmiento aparecía observada como una sala modélica precisamente porque disponía de un “muy bien seleccionado” material compuesto por

“una excelente dotación de textos primarios y secundarios al día con los programas de enseñanza, y casi completo los de las Facultades de Medicina y Derecho, Ciencias en general, Diccionarios, Filosofía,

Sociología, Idiomas, Bellas Artes, buenas colecciones de Literatura clásica y contemporánea, obras generales”.⁵⁴⁷

En continuidad con la década precedente, la biblioteca atendía a un público lector de carácter mayoritariamente estudiantil, con una consecuente alta tasa de consulta en sala y un material bibliográfico “adaptado a las necesidades de los alumnos de las escuelas primarias, secundarias y de los cursos universitarios, que forman gran parte de su público lector”.⁵⁴⁸

Si bien lo encabezaba, la ejemplar Sarmiento no estaba sola en el podio de los elencos bibliográficos considerados virtuosos: hubo otras dos bibliotecas que, a juicio de la inspección, registraron “buenas” y “selectas” dotaciones en los años treinta y cuarenta. Fue el caso la biblioteca del club Y.P.F, que brindaba servicios a “obreros y empleados” de la destilería homónima y reportaba un “material ecléctico y seleccionado” conformado por “obras de industrias, comercios, explotaciones, literatura seleccionada y completado por obras científicas regalo periódico del Rey de Inglaterra”.⁵⁴⁹

Y lo mismo sucedía con la sala “El estudiante”, de la Sociedad Protectora de Infancia, la cual reportaba un “material de consulta bien seleccionado” compuesto por “diccionarios, obras de ciencias en general, geografía, filosofía, psicología, idiomas, manuales de lectura y literatura más bien seleccionada” del cual se beneficiaba ampliamente “el alumnado de escuelas primarias, secundarias y de distintas facultades”.⁵⁵⁰

No cabe dudas que la inspección ponderaba la disponibilidad de material bibliográfico de carácter instructivo. Aquella jerarquización tuvo como correlato que las colecciones de otras bibliotecas fueron merecedoras de juicios menos auspiciosos. La biblioteca Alborada, por caso, poseía un material “regular” integrado por “obras de medicina, sociología, filosofía, comercio, industrias, y como todas las bibliotecas formadas por donaciones gran cantidad de novelas de toda índole”.⁵⁵¹ Según el inspector Albarracín, en 1942, el elenco bibliográfico de esta sala era “anticuado”, “no muy selecto” y “escasamente renovado en los últimos años”, careciendo por tanto de obras de consulta y libros de texto “que comprendan las enseñanzas modernas”.⁵⁵²

Cuadro 5.3.3: Evolución del caudal bibliográfico de la BP Alborada

⁵⁴⁷ Exp. 221-L-14, Informe de inspección a cargo de M. J. Antelo, 26/10/1937.

⁵⁴⁸ *Ídem*, Informe de inspección a cargo de M.J. Antelo, 8/10/1935.

⁵⁴⁹ Exp. 423-E-30, Informe de inspección a cargo de M. J. Antelo, 27/10/1937.

⁵⁵⁰ Exp. 468-L-17, Informe de inspección a cargo de M.J. Antelo, 30/10/1937.

⁵⁵¹ Exp. 326-L-18, Informe de inspección a cargo de M.J. Antelo, 8/10/1935.

⁵⁵² *Ídem*, Informe de Inspección a cargo de E. Albarracín, 10/06/1943.

	1935	1939	1942	1945	1946
Libros	2000	2950	4500	7800	11000
Folletos	500	900	1500	2940	5839

Fuente: Exp.326-L-18

Con respecto a otras instituciones, las observaciones de la inspectora y los inspectores solieron apuntar la falta de selectividad, epitomizándola en la disposición de “novelas de toda índole”. En 1928, la BP Alejo Iglesias de Villa Elisa poseía un material “regular” conformado por “un buen número de folletos, obras generales, mucha literatura, pocas obras de consulta”.⁵⁵³ La BP Joaquín V. González, del club Liverpool, reunía poco más de 800 libros “casi todos a la rústica (...) diccionarios, obras de legislación, algo de ciencias en general, idiomas, obras históricas y como todas las bibliotecas formadas por donaciones, gran cantidad de novelas de toda índole”.⁵⁵⁴ Por su parte, la biblioteca del centro de fomento Circunvalación poseía “en gran mayoría literatura de toda índole”.⁵⁵⁵

Un 90% de los libros de la sala A. Korn, que ocupaba un “saloncito alejado del bullicio” de las actividades del club Sporting, estaban encuadrados “a la rústica”, es decir, correspondían a ediciones de bajo costo. En sus anaqueles podía encontrarse “literatura en general, pocos libros de valor científico, algunas obras de filosofía, poco material de enseñanza”.⁵⁵⁶ Similar descripción merecía el material de la BP del Circulo enseñadense de ajedrez: “literatura en general (...) pocos textos de enseñanza, no hay literatura infantil”.⁵⁵⁷

En suma, los inspectores y la inspectora distinguieron entre elencos bibliográficos “eclécticos” y “seleccionados” y otros “anticuados” y “poco seleccionados”. En ese sentido, si bien las bibliotecas funcionaban de acuerdo a las disposiciones legales, en materia de colecciones bibliográficas había mucho por hacer, como indica la reiterada indicación de “acrecer y mejorar” el material bibliográfico hecha por los funcionarios.

⁵⁵³ Exp. 342-V-20, Informe de inspección a cargo de E. Albarracín, 3/4/1928.

⁵⁵⁴ Exp. 64-L-33, Informe de inspección a cargo de M. J. Antelo, 11/10/1935.

⁵⁵⁵ Exp. 177-L-33, Informe de inspección a cargo de E. Albarracín, 12/06/1943.

⁵⁵⁶ Exp. 170-l-26, Informe de inspección a cargo de E. Albarracín, 10/06/1943.

⁵⁵⁷ Exp. 182-E-30, Informe de inspección a cargo de W. De la Peña, 12/6/1945.

El itinerario de la BP Mariano Moreno, que para 1945 contaba con varios años de protección en su haber, es ilustrativo de aquel “deseable progreso” en relación al material bibliográfico. La sala pasó de poseer un material “regular”, pleno de folletos y novelas en los años veinte, a reportar, en los años cuarenta, lo que De la Peña consignó como un “elenco bibliográfico interesante” compuesto por “literatura en general, con inclusión de muchos autores argentinos, algo de ciencias puras y aplicadas, muchos textos escolares muy gastados por el uso y una pequeña provisión de literatura infantil”.⁵⁵⁸ No resulta un dato menor el hecho de que De la Peña destacase las crecientes donaciones de textos escolares y literatura infantil que había recibido esta biblioteca por parte de la CPBP.

Para concluir, los informes de inspección sugieren un conjunto estimulante de armonías -en el caso de los materiales “bien seleccionados”- y contrapuntos -las colecciones repletas de “novelas de toda índole”- entre los libros disponibles en los anaqueles de las bibliotecas y los jerarquizados por la CPBP. Precisamente a estos últimos consagramos la siguiente sección.

5.4 Los libros privilegiados por la CPBP

*“¿Cuáles serán los libros buenos? ¡Dios Mío!
Los que estén impresos y a la venta”.*

D.F. Sarmiento.⁵⁵⁹

En 1941 la revista *Mundo Argentino* publicó una entrevista titulada “Ahora los libros van hacia el pueblo”. El entrevistado, Juan Pablo Echagüe, postulaba a las bibliotecas como órganos claves de la democracia del país y a la institución bajo su presidencia como un “resorte vital de la cultura nacional, pues su sello está en los libros del último rincón de Jujuy y de Tierra del Fuego, en los aledaños de la cordillera y en las entrañas de las capitales”. En una inflexión bastante frecuente por esos años de auge antifascista, el entrevistador no desperdiciaba la oportunidad de trazar un paralelismo entre la elogiosa “obra de cultura nacional” orquestada por la CPBP y “los hechos bárbaros de la Alemania actual donde se hace de las bibliotecas, en medio de la calle, ¡un montón de libros y se le prende fuego!”.⁵⁶⁰

⁵⁵⁸ Exp. 476-D-18, Informe de inspección a cargo de W. De la Peña, 7/7/1945.

⁵⁵⁹ Sarmiento, Domingo Faustino (1867), cit. en Planas, op. cit., p. 153.

⁵⁶⁰ González Arena, E.N., “Ahora los libros van hacia el pueblo. Influencia civilizadora de las bibliotecas en el proceso histórico de la República Argentina”, *Mundo Argentino*, 13/5/1941, p. 64.

Más que las 1500 bibliotecas populares fiscalizadas por la CPBP, el objeto privilegiado por el discurso de Echagüe fueron los libros. Autoreferenciándose como heredero del entusiasmo sarmientino -producto, bromeaba, de la filiación sanjuanina común-, el presidente de la CPBP pasó revista de los “planteles bibliográficos” donados a bibliotecas populares, hospitales, cuarteles, buques y transatlánticos; así como de las “obras argentinas” remitidas a “las más famosas” salas de lectura del mundo. Incluso se refirió a libros editados y distribuidos por la CPBP, como *Las islas Malvinas* de Paul Groussac y “otras publicaciones confiadas a su venta y distribución como las obras de Joaquín V. González y la geografía de la provincia de San Luis”.⁵⁶¹

Comprados, editados y distribuidos: los libros ocupaban el centro de las prácticas y discursos institucionales. Es que a lo largo del período de entreguerras la CPBP se configuró como una compradora masiva de libros en un mercado editorial en plena expansión.⁵⁶² Lo hizo de acuerdo al doble mecanismo explicado: adquiriría tanto los títulos que solicitaban las bibliotecas -aspecto sobre el que volveremos en el siguiente capítulo-, como otros miles para donar a las salas del país y del extranjero. Precisamente, en este segundo terreno -las adquisiciones para donaciones- la CPBP se recortó como una permanente impulsora de la producción intelectual nacional.

En tiempos de libros masivos, ya no se trataba, como reza el epígrafe sarmientino, de adquirir los libros que el mercado pusiera a disposición, sino, más bien, de seleccionarlos. Desde la década del centenario, la adquisición de “libros de autores nacionales” fue asumida como una política institucional por la CPBP. Dos objetivos fueron expuestos en las memorias institucionales de 1915-1916 en pos de la adquisición de esa índole de obras literarias, científicas e históricas: en primer lugar, la necesidad de fomentar el comercio local de libros; en segundo lugar, la de “prestar una protección indirecta a los autores nacionales, para que produzcan obras que respondan a nuestro ambiente intelectual o a nuestro medio económico”. Aquella protección se volvía indispensable en un país como Argentina donde, a diferencia de la escena europea, “la edición de libros solía ocasionar cargas pecuniarias a los autores” fundamentalmente porque que su venta “era difícil y aleatoria”.⁵⁶³

⁵⁶¹ *Ídem.*

⁵⁶² Delgado, Verónica y Espósito, Fabio, “La emergencia del editor moderno”, en De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 63-97.

⁵⁶³ *Ídem*, p. 13.

Recogiendo esta práctica y su respectiva motivación, el ya mencionado decreto de 1919 ampliatorio de la Ley 419, contuvo un inciso especial en su artículo primero, en el cual otorgaba a la CPBP “la facultad de proteger a los autores nacionales, adquiriendo ejemplares de sus obras, para distribuirlos en el país o en el extranjero”, priorizando aquellos que

“además de responder a las exigencias de la cultura científica, artística y literaria, tiendan a desarrollar el sentimiento nacional y a fortificar la voluntad y el carácter, y que también deben contribuir al desarrollo de los conocimientos útiles y de aplicación práctica, consultando necesidades de las diversas regiones de la República”.⁵⁶⁴

Libros de autores nacionales, con énfasis en los amplificadores del sentimiento nacional y los de aplicación práctica: estos últimos, a diferencia de los primeros, debían seleccionarse tomando en consideración el área “regional-productiva” donde se emplazaba la biblioteca. A esos fines, como vimos, eran útiles las visitas y los informes de inspección, pero además otra serie de dispositivos, como por ejemplo una encuesta que la CPBP remitió a las salas en 1940, destinada a conocer “cuáles eran los cultivos, labores rurales o industrias principales del lugar en el que está situada la biblioteca”, en función de detectar qué manuales o tratados podían ser allí de mayor utilidad. En respuesta, por ejemplo, la BP. J.V. González, del barrio La Loma contestó: “obreros de la construcción y afines (albañiles, carpinteros, hojalateros, electricistas), radio armadores y empleados de comercio”.⁵⁶⁵

En 1929, la CPBP donó a las salas 110.000 ejemplares, “casi todos de autores argentinos”.⁵⁶⁶ Bien a tono con los discursos nacionalistas de época, las memorias de los años treinta manifestaban haber cumplido con el deber de proteger a los autores nacionales adquiriendo sus obras literarias, históricas y científicas. “Fuera de las obras de actualidad presentada por los respectivos escritores nacionales -admiten, por caso, las memorias de 1933- la Comisión adquirió para su depósito una buena cantidad de las mejores obras argentinas consideradas clásicas”.⁵⁶⁷ Sarmiento, Goyena, Groussac, Joaquín V. González, Mitre, entre varios otros autores. El destino de esas adquisiciones: las salas protegidas y las bibliotecas e instituciones alcanzadas por el aludido servicio de canje internacional.⁵⁶⁸

⁵⁶⁴ Cit. en Fiorrucci, Flavia, op. cit., p. 545.

⁵⁶⁵ Exp. 264-L-33, Encuesta elevada por la CPBP, 07/1940.

⁵⁶⁶ “Labor de la CPBP”, *La Literatura argentina* (...), n° 17, año 1930, p. 140.

⁵⁶⁷ *Memoria de 1932*, op. cit, p. 16.

⁵⁶⁸ Por ejemplo, en 1935 unos 47000 libros fueron donados a las salas, mientras que 13.800 fueron remitidos al exterior. *CPBP. Memoria de 1935*, op. cit., p. 10.

En 1937, las bibliotecas “de tercera categoría” -es decir, con menor caudal de libros- recibieron un “equipo bibliográfico argentino” compuesto por “libros de carácter nacional y textos instructivos en diversas materias”.⁵⁶⁹ Este tipo de libros colmaban los “cajones” que la CPBP remitía a las salas. En su ya citada conferencia radial de 1938 -que, además, se imprimió como folleto y distribuyó en las salas-, Echagüe suministró algunos principios para la formación de las colecciones bibliográficas, destacando como primera necesidad “la adquisición de enciclopedias, diccionarios, obras de consulta y manuales, como segunda, las lecturas infantiles, y ocuparse de periódicos y revistas solo después de atender las otras ramas bibliográficas”.⁵⁷⁰

Por aquellos años, las donaciones de libros por parte de la CPBP se incrementaron. Por ejemplo, en 1942 se duplicó el caudal del año anterior con “obras que pertenecen autores nacionales en su mayoría y en su totalidad han sido impresas y editadas en nuestro país”.⁵⁷¹ Además, se acentuó la adquisición de obras de carácter científico e industrial y de carácter infantil.⁵⁷²

En síntesis, si bien resultan necesarias investigaciones que amplíen nuestros conocimientos respecto de las adquisiciones bibliográficas de la CPBP, los lineamientos escuetamente esbozados nos aportan mayores herramientas para comprender ese hiato abierto entre los materiales bibliográficos observados por la inspección en las salas y aquellos jerarquizados por el criterio institucional de la CPBP.

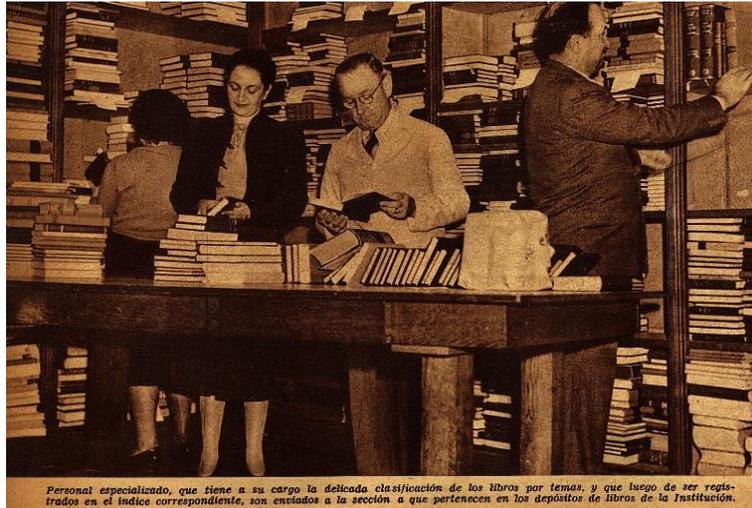
Imagen 5.4.1: Personal de la CPBP dedicado a la clasificación de libros

⁵⁶⁹ “La base del equipo está constituida por un ejemplar del Digesto constitucional argentino, textos de historia, geografía e instrucción cívica nacionales, diez libros argentinos clásicos, cinco obras literarias de diversos autores argentinos, una gramática castellana, tres manuales de conocimientos primarios y tres manuales técnicos”, *CPBP. Memoria de 1936*, op. cit., p. 35.

⁵⁷⁰ Echagüe, Pablo, “Un mensaje a las bibliotecas populares”, op. cit. Aquella preocupación por la provisión de obras técnico-industriales fue elogiada por los socialistas en la citada disertación radial de 1940.

⁵⁷¹ “Labor de la Comisión N. de Bibliotecas durante 1942”, *Santa Fé de Hoy*, 25/3/1943, p. 91.

⁵⁷² En 1943, donó 40.000 volúmenes, repitiendo la preeminencia de obras de autores y ediciones nacionales, “Labor cumplida por las bibliotecas populares”, *La Prensa*, 14/4/1944, p. 103.



Fuente: AHD-CONABIP, *Mundo Argentino*, 13/05/1941

5.5 Consideraciones finales

Ambas partes de la relación -la CPBP y las bibliotecas populares- experimentaron en las décadas de análisis un período expansivo en el cual convergieron en sus esfuerzos por difundir la lectura entre la población del país. No cabe dudas que, tal como contemplaba la Ley 419, las bibliotecas funcionaron con un alto grado de autonomía: fundadas, administradas y orientadas por integrantes de las asociaciones de la sociedad civil, sostenidas económicamente mediante las cuotas de socios y socias, donaciones y eventos sociales; físicamente emplazadas en los locales que esas asociaciones alquilaban o adquirirían después de varios años.

Fue en el acceso al material de lectura donde el estado, por medio de la CPBP, ocupó un rol específico y preponderante. Así, para las bibliotecas, la protección otorgaba en primer término la posibilidad de comprar libros a menor costo y de recibir remesas bibliográficas gratuitas; también asesoramiento técnico -mediante inspecciones, boletín, folletos, audiciones radiales-, y eventualmente, un subsidio económico. La percepción de este último fue inestable: como vimos, al menos hasta 1937 estos fueron suspendidos o cobrados con atraso.

La CPBP fue una dependencia estatal de modestas dimensiones. Como tal, sufrió permanentes oscilaciones y limitaciones presupuestarias a lo largo de un período en cual, paradójicamente, amplió sus facultades y atribuciones, como ilustra el decreto de 1919. Además de fundar y proteger bibliotecas, fomentó, por medio de una activa política de compras, los libros de autoría nacional e impulsó su difusión internacional. Sus políticas se

acentuaron en la década de 1930, asumiendo un mayor “poder estructurante”, sobre todo en el segundo lustro de la década, cuando la CPBP articuló una mayor producción discursiva respecto al material de lectura que debían priorizar las salas y al mismo tiempo incrementó su presencia en la región por medio de inspecciones y donaciones de libros.

La relación entre ambas partes se iniciaba cuando sus patrocinadores enviaban una solicitud al “señor presidente de la CPBP” y la dependencia corroboraba, por medio de una visita de inspección, que la institución en cuestión cumpliera con los requisitos estipulados por la Ley 419: un local, una sala con acceso irrestricto y abierta como mínimo doce horas semanales, un elenco dirigencial y los estatutos correspondientes. A nivel nacional, el sostenido número de bibliotecas protegidas en entreguerras indica que para la CPBP primaba, como destacó Fiorucci, la voluntad de proteger a las instituciones.⁵⁷³ Desde el punto de vista de los patrocinadores de bibliotecas indica, de mínima, que advirtieron una serie de ventajas en el acogimiento a la Ley 419. Lo anterior se corrobora a nivel local en el creciente número de salas protegidas, sobre todo a partir del año 1930, y en los cuantiosos informes favorables a ellas.

En principio, la dinámica de esa relación dependía en buena medida del esfuerzo de cada biblioteca, concretamente, del saldo que cada una pudiese recaudar para comprar los libros que eligiera, el cual era duplicado por la CPBP. Este procedimiento, concebido en el siglo XIX como estímulo para fomentar la formación de salas, tuvo al menos dos contracaras en el tiempo y el espacio de análisis. La primera fue que no inmunizó a las salas ante las usuales crisis económicas o suba de precios del mercado editorial. Según las memorias de la CPBP, en 1935 disminuyó a nivel nacional la cantidad de volúmenes comprados por pedido de las bibliotecas debido a tres factores de índole económico: el encarecimiento de los libros, la supresión de los subsidios a las salas y la mala situación económica general.⁵⁷⁴ A nivel local, varias bibliotecas de la región se fundaron en la década del treinta, en línea con la expansión regional; y a su vez, tropezaron con las dificultades económicas típicas de la década. Es significativa, en este sentido, la relación de causalidad observada por el inspector Albarracín a propósito de la BP del club Liverpool: “Institución de escasos recursos, razón por la cual su material bibliográfico no recibe los refuerzos periódicos -obras de texto principalmente- que las necesidades de los lectores del barrio requieren”.⁵⁷⁵

⁵⁷³ Según la autora, las estadísticas de 1948 informaron que hasta ese año y desde 1910 se habían cerrado unas 817 bibliotecas “por no funcionar en las condiciones reglamentarias”, Fiorucci, op. cit., p. 551.

⁵⁷⁴ *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1935*, op. cit., p. 43.

⁵⁷⁵ Exp. 264-L-33, Informe de inspección a cargo de E. Albarracín, 10/6/1943.

En segundo lugar, el mecanismo tendió a profundizar las desigualdades originarias entre las distintas bibliotecas. Lógicamente una institución más prestigiosa o arraigada podría adquirir mayor cantidad de libros, y/o, libros más onerosos, que eran los instructivos. Por citar un ejemplo extremo: la suma reunida por Sarmiento nunca sería alcanzable para una sala como la BP Avellaneda en la cual “el aporte vecinal era reducido por tratarse de una barriada con falta casi absoluta de recursos”.⁵⁷⁶ Lo anterior tendió a profundizarse más aún debido a que la CPBP “premiaba” a las bibliotecas en disposición de mayor cantidad de libros y lectores: en las “observaciones” de la BP Sarmiento, Antelo recomendaba a la sala “a especial consideración de la H. C. P”.

Por fuera de la cantidad de libros que cada sala pudiese elegir para comprar -materia del próximo capítulo-, la CPBP enviaba remesas gratuitas de libros en las cuales priorizó los libros de autoría nacional, los de carácter instructivo -obras escolares y técnico-industriales - y, un poco más tardíamente, literatura infantil.

Para un alto porcentaje de bibliotecas, la posibilidad de elegir los libros para adquirir y la permanente afluencia de donaciones bibliográficas -del vecindario, de padrinos institucionales, notables locales, editoriales, diarios, instituciones públicas, etc.-, impactaron en cierto *collage* libresco, donde tendieron a predominar las “novelas de toda índole”, que eran los libros de menor costo.

No parece sorprendente, entonces, que en los anaqueles de la mayoría de las salas de la región la inspección observara distancias con respecto a la pretendida selectividad y eclecticismo bibliográfico pregonado por la CPBP. En otras palabras: no sorprende que la tensión entre la autonomía de las salas y el creciente poder estructurante de la CPBP se expresase en el objeto de la relación, es decir, en el material de lectura.

Aquella “falta de selección” bibliográfica apuntada por la inspección escénica, por un lado, la autonomía y el modesto poder económico de las bibliotecas, y en paralelo, los afanes de la CPBP por consolidar, marcadamente desde la segunda mitad de los años treinta, cierta política de lectura. Claro que lo anterior no implica necesariamente que los libros jerarquizados por la CPBP no pudiesen coincidir con los que las bibliotecas juzgasen necesario poseer, más bien ilustra que la dinámica de la protección no era de momento suficiente para saldar ese hiato.

En otro nivel analítico, esas distancias entre los libros y folletos presentes en los anaqueles y los libros jerarquizados por la inspección, entre los libros que el mercado editorial

⁵⁷⁶ Exp. 177-L-33, Informe de Inspección a cargo de E. Albarracín, 12/06/1943.

ponía en circulación y aquellos otros que el estado consideraba prioritarios para las salas, nos remiten a las hibridaciones generadas al interior de la cultura letrada a partir de la producción masiva de literatura de bajo costo que llegaba, por múltiples caminos, a los estantes de las bibliotecas, como tematizaremos en el próximo capítulo.

Capítulo 6

Bibliotecas populares, industrias culturales y público lector

Introducción

En sus visitas a las bibliotecas, los inspectores y la inspectora diagnosticaron más de una estantería atiborrada de “novelas de toda índole”, “folletos” y “ediciones a la rústica”, según vimos en el capítulo precedente. A sus ojos, el cuadro era remediable; a los nuestros, las observaciones nos remiten más bien a una trama desbordante, ligada a la reproducción en serie de prensa y literatura barata.

Este capítulo explora las interacciones entre las bibliotecas populares, la expansión del mercado editorial y el público lector que acudía a las salas. Esa exploración permitirá avanzar en una explicación acerca de ese hiato advertido entre el material bibliográfico jerarquizado por la inspección y el realmente disponible en los anaqueles de las bibliotecas.

Mediante las solicitudes de compras de libros elevadas por las bibliotecas a la CPBP, reconstruimos una cartografía de los géneros y autores más solicitados, situando puntos de contacto con la industria editorial e identificando cruces con la industria cinematográfica. A partir de los aportes de la historia de la lectura, mapeamos representaciones sobre el público lector, reconstruimos sus perfiles identitarios y exploramos indiciariamente modalidades y usos de lecturas.

De manera transversal, los aportes de los estudios culturales nos permitirán reflexionar, desde la especificidad de las bibliotecas populares, acerca de las interacciones entre los ámbitos de la cultura letrada y los bienes culturales masivos del período, así como dar cuenta de algunas de las tensiones e inestabilidades desatadas a partir de esa interacción propia del período.

6.1 Donadas y pedidas: cuando las novelas reinaban

En los distintos informes de la inspectora Antelo encontramos un reiterado formulismo: “y como todas las bibliotecas formadas por donaciones, gran cantidad de novelas de toda índole”. La observación, más allá de la cuota de generalidad en que la funcionaria pudiera incurrir -acaso rotulando como novelas otros géneros narrativos-, propone una correspondencia entre la posesión de ficciones baratas y el acto de donarlas para *formar* la biblioteca del barrio.

La importancia de las donaciones en la instancia formativa de las salas ha quedado señalada en capítulos previos. La centralidad de la literatura de ficción dentro de esas donaciones podemos corroborarla, por ejemplo, al analizar la nómina de los primeros doscientos libros donados al club Sp. Villa Rivera: un 61% del total correspondía a ficción literaria -novelas, cuentos, teatro y poesía-, con predominio de títulos de los populares Emile Zola, José María Vargas Vila, Sexton Blake, Anatole France, Hugo Wast, Julio Verne y M. Delly, entre otros.⁵⁷⁷

No parece extraño que el vecindario cediera literatura que podía adquirirse por poco dinero en librerías, y más aún, en puestos de diarios o venta a domicilio. Aquel circuito popular de ediciones baratas, en formato libro o folleto tipo *magazine*, ligado a reproducción en serie de bienes culturales, ha sido extensamente reconstruido por los estudios culturales, la historia del libro y la edición. Particularmente el apogeo, en los años diez, no sólo de libros baratos importados, sino también de las colecciones de novelas semanales en formato de pequeñas revistas abordadas pioneramente por Sarlo, las cuales encontraban su antecedente en la folletería criollista, analizada por el clásico estudio de Adolfo Prieto.⁵⁷⁸

De manera que cuando en los años veinte la inspección observó “un buen número de folletos, literatura de toda índole” en los anaqueles de las BP de El Dique o Villa Elisa, es probable que un porcentaje correspondiera a estos “novelines” publicados entre 1917 y 1925,

⁵⁷⁷ Fiebelkorn, Ayelén, “Bibliotecas populares platenses en la entreguerra (1914-1945): una aproximación a la formación de sus catálogos”, en Miguel, Sandra (coord.), *Actas de las V Jornadas de intercambio y reflexión acerca de la investigación en bibliotecología (2017: Ensenada)*, La Plata, UNLP, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, pp. 213-223.

⁵⁷⁸ Entre las más populares se contaron: *La novela semanal* (1917), *La novela del Día* (1918), *La novela para todos* (1918), *La novela de hoy* (1918), *El cuento ilustrado* (1918), *La Novela de la juventud*, *La novela femenina*, *La novela universitaria* (1920), ver: Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, op. cit.; Pierini Margarita (coord.), *La novela semanal (Buenos Aires, 1917-1927) Un proyecto editorial para la ciudad moderna*, Madrid, Consejo Superior de investigaciones científicas, 2004; Prieto, Adolfo, *El discurso criollista (...)*, op. cit.; Rivera, Jorge B. “El folletín y la novela popular”, en *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, vol. 3, Bs. As., CEAL, 1981.

impresos en papel de baja calidad y dueños de una trama sentimental-melodramática que atraía mayoritariamente al público femenino y juvenil. Su precio diez veces inferior al de un libro, pues costaba diez o veinte centavos y podían adquirirse en el kiosko, junto con el diario y los populares *magazines* -medios de prensa que, como se sabe, también incluían cuentos y novelas por entregas-.⁵⁷⁹

Paralelamente, los libros fueron cada vez más accesibles al calor del desarrollo de proyectos editoriales que florecieron con la retirada de las casas editoras europeas ante los estallidos de la gran guerra y luego, de la guerra civil española.⁵⁸⁰ Dispuestas en serie, organizadas en “bibliotecas” o colecciones por los editores -mediadores culturales claves-, un corpus creciente de obras literarias, científicas, filosóficas, sociológicas, podían adquirirse a precios populares en su más económica edición rústica o bien, encuadrada. Aquel conjunto de editoriales populares de entreguerras -Claridad, Joyas Literarias, Sopena, Tor, etc.- fue definido por Romero como una “empresa cultural” destinada a un público popular al cual buscaban “elevar” en su nivel cultural y también “entretener” sin demasiadas exigencias. Así, los editores atribuían al lector “intereses, apetencias, carencias y necesidades” y simultáneamente “lo constituían tanto quizá como los libros mismos”.⁵⁸¹

Si, luego de adquirido, un libro podía ser donado por el vecino o la vecina a una biblioteca, cabe añadir un nuevo eslabón a aquel circuito típico de la ficción barata, el cual, como sintetiza Martín Barbero, iba de lo *popular* a lo *masivo* sin pasar “por los lugares de culto de la cultura”. Considerando a la biblioteca popular como uno de esos lugares (con los necesarios matices del caso), estamos en presencia de una tercera fase de ese circuito: popular-

⁵⁷⁹ Es significativo señalar que entre 1924 y 1928 se publicó en La Plata el semanario popular ilustrado *Nuestro Mundo*, el cual se vendía a veinte centavos. Emulando la estructura miscelánea de *Caras y Caretas*, incluía actualidades, noticias deportivas, moda femenina, cuentos y folletines de Manuel Fernández y González, Felipe Mathé y Eduardo Zamacois, entre otros. Sobre la popular *Caras y Caretas*, ver: Rogers, Geraldine, *Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2008.

⁵⁸⁰ Entre ellos, la pionera biblioteca de *La Nación* (1901), *La cultura argentina* (1915) de Ingenieros, la editorial Tor (1916), la Cooperativa Editorial Buenos Aires a cargo de Manuel Gálvez (1917) o la Cooperativa Editorial Claridad de Antonio Zamora (1921). Ver: de Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 2014 [2006]; de Diego, José Luis, *La otra cara de Jano (...)*, op. cit., caps. IV y V; De Sagastizabal, Leandro, *La edición de libros en Argentina. Una empresa de cultura*, Bs. As., Eudeba, 1995; Romero, Luis Alberto, “Una empresa cultural: los libros baratos”, en Gutiérrez L. y Romero L.A., *Sectores populares (...)*, pp. 47-69.

⁵⁸¹ Romero, Luis Alberto, op. cit., pp. 56-57.

masivo-culto, que a su vez, al hacer circular los libros, daba lugar a una nueva mediación con el público lector.⁵⁸²

De todas formas, los libros no sólo llegaban a los anaqueles por vía de las donaciones. También lo hacían mediante las compras que realizaba cada biblioteca por intermedio de la CPBP a partir del dinero recaudado -suma, como vimos, duplicada por la CPBP-. Evidencias materiales de la doble faz simbólica y económica del *objeto* libro señalada por Bourdieu, las solicitudes de pedidos bibliográficos alojadas en los expedientes de la CPBP contienen listados de autores y obras que, si bien “no nos permiten decir nada acerca de las lecturas reales”, nos ofrecen, en cambio y siguiendo a Planas, “un horizonte de lo legible en las bibliotecas populares” toda vez que su confección refleja “las elecciones de un grupo amplio de lectores mediatizados institucionalmente”.⁵⁸³

Varios expedientes de nuestro corpus incluyen este tipo de solicitudes, o bien, su eslabón inmediatamente posterior: los presupuestos remitidos por las librerías a la CPBP. Debido a que la capacidad de compra de cada biblioteca, como vimos, era oscilante y desigual, estos documentos incluían, en ocasiones, apenas una decena de libros. Pero las piezas que examinamos a continuación incluyen cantidades más significativas, las cuales desagregamos a partir de tres criterios: los géneros de las obras, los autores más solicitados y la presencia de “autores nacionales”. La elección de estos criterios obedece a que éstos fueron los utilizados por la propia CPBP al momento de realizar un relevamiento bibliográfico nacional a mediados de los años treinta, sobre el cual volveremos en lo sucesivo.

Durante el invierno de 1919, la biblioteca M. Moreno del barrio El Dique, fundada apenas dos años antes, elevó a la CPBP una solicitud de compra por cincuenta libros. Un 42 % de los ejemplares listados fueron novelas: Alejandro Dumas y Eduardo Zamacois se contaron entre los novelistas más requeridos con tres y cuatro títulos respectivamente; mientras que Honoré de Balzac, Anatole France y el colombiano José María Vargas Vila continuaban la lista con dos entradas cada uno. La única ficción de un “autor nacional” solicitada fue la reciente *Raquela* (1918) del escritor Benito Lynch, domiciliado en La Plata y cronista del diario *El Día*. El segundo género más solicitado -18%- correspondió a obras poéticas de autores

⁵⁸² Martín Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Ed. G. Gili, 1991, p. 141.

⁵⁸³ Planas, Javier, cap. 5: “Una mirada a los catálogos de las bibliotecas populares”, op. cit., p. 164; Bourdieu, Pierre, “Una revolución conservadora en la edición”, en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

hispanoamericanos como Ramón Campoamor, José de Escpronceda, Manuel Acuña, Andrés Bello y Carlos Guido Spano. Los libros de historia, ensayos políticos y biografías ocuparon el tercer orden de las solicitudes -11%-, con predominio de firmas nacionales como Agustín Alvarez, Carlos M. Urien y Juan Bautista Alberdi. El cuarto y quinto orden correspondió a títulos de ciencias y obras generales (los manuales escolares, diccionarios y enciclopedias).⁵⁸⁴

La solicitud de libros elevada por la biblioteca del centro social Villa Elisa a inicios de 1922 arroja porcentajes más pronunciados. De los cincuenta ejemplares solicitados, la gran mayoría fueron novelas (80%) de un repertorio amplio de escritores: los franceses Pierre Loti, Alphonse Daudet, Alejandro Dumas, Víctor Hugo; los españoles Ricardo León, Benito Pérez Galdós y Vicente Blasco Ibáñez; y el ya mencionado colombiano Vargas Vila. Del lado de los autores nacionales, fueron solicitados *Martín Fierro* de José R. Hernández y *Flor de durazno* de Hugo Wast.⁵⁸⁵ Los títulos restantes corresponden a obras de teatro (8%), y obras generales (8%), historia y ensayos (4%).⁵⁸⁶

A mediados de los veinte, Alborada solicitaba las obras teatrales completas de William Shakespeare, Victor Hugo, Florencio Sánchez y César Iglesias Paz, material indispensable si recuperamos la importancia que la difusión teatral tenía entre sus patrocinadores socialistas. A los pocos meses, una solicitud sucesiva incluyó 47 tomos de la colección infantil Araluce, dos novelas recientes de Benito Lynch, *Trabajo* de E. Zola y un ensayo de Lenin. Un tercer pedido de veinte ejemplares incluyó un 85% de obras de ficción: Salgari (8), Verne (4), Sué (2), Zolá (2), *Amalia* de José Mármol y *El conde de Montecristo* de A. Dumas.⁵⁸⁷

Continuidades y variaciones en los años treinta

⁵⁸⁴ Exp. 476-D-18, Planilla de solicitud de libros, 12/06/1919. La CPBP consideraba “obras generales” a diccionarios, enciclopedias y publicaciones cuyo autor no se puede determinar. En función de simplificar la exposición, también incluimos dentro de esta categoría a los textos de enseñanza escolar.

⁵⁸⁵ Seudónimo de Gustavo Adolfo Martínez Zuviría (1863-1962), escritor y figura pública ligada al nacionalismo católico. Fue el novelista más popular de Argentina entre las décadas de 1920 y 1940, sus ficciones conocieron decenas de reediciones, traducciones y adaptaciones cinematográficas. En 1931 fue designado Director de la Biblioteca Nacional, cargo que ocupó hasta 1954, entre otras funciones públicas desempeñadas. Sobre el impacto y las polémicas desatadas a propósito de la publicación de sus novelas antisemitas en los años treinta, ver: Lvovich, Daniel, “Una mirada sobre el antisemitismo de la década de 1930: *El Kahal-Oro* de Hugo Wast y sus comentaristas”, *Cuadernos de CISH*, Vol. 4, n°5, 1999. Acerca de su labor literaria en particular, cfr. Prieto, Adolfo, *Diccionario básico de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1968, p. 156.

⁵⁸⁶ Exp. 342-V-20, Planilla de solicitud de libros, 9/01/1922.

⁵⁸⁷ Exp. 326-L-18, Planillas de solicitud de libros 24/10/1925 y 12/06/1926.

Las restantes solicitudes corresponden a la década siguiente: indican una continuada predilección por la novelística, pero también algunas variaciones. En este caso, contamos con solicitudes elevadas por la BP J. V. González (1933), del barrio La Loma, y la BP del club YPF (1930), de Ensenada. La primera sala solicitó 90 libros en 1935: un 43% de los títulos correspondieron a novelas, 11% a obras de teatro, 8% poesía y 7% a cuentos. Entre los autores más solicitados, registramos más de un título de Wast, Blasco Ibáñez, Hamsun, Dumas, France, Feval, Remarque y Dostoievski; Pirandello y Shakespeare encabezaron las entradas del género dramático; Kipling y Poe las de cuentos, pero la lista de autores es realmente extensa. Por otra parte, un 13% de los títulos solicitados se engloban dentro de ensayos, biografías y obras históricas, 10% literatura infantil, 4% obras generales y 4% ciencias y filosofía.⁵⁸⁸

En 1939, la misma biblioteca realizó una segunda solicitud por idéntica cantidad de ejemplares, en la cual las novelas continuaban en el primer plano con 44% del total de libros, mientras que el segundo lugar lo ocupaban las obras generales -15%- debido a la inclusión de una decena de manuales y textos escolares.⁵⁸⁹ Al igual que en la solicitud anterior, el número de escritores “nacionales” se había incrementado, representando aproximadamente el 25% de las entradas. El ascenso se advertía particularmente en la literatura de ficción, pero también en la ensayística, la historia y la crónica de viaje. Obras decimonónicas debidas a Echeverría, Mármol, Del Campo y Ascasubi eran sucedidas por autores de entresiglos como los infaltables González -nombre de la sala- y Almafuerte -venerado en la ciudad-; los más contemporáneos Güiraldes, Payró, Rodríguez Larreta y Castelnuovo, y la escritora Ada María Elflein.⁵⁹⁰

Hay un segundo aspecto digno de mención en el expediente de esta sala. La primera solicitud desagregada es un presupuesto de la librería “El libro Barato”, de manera que incluye el costo de los libros según casa editorial. En esta fuente, la editorial Tor lideraba la oferta, tanto por disponibilidad de títulos –en muchas celdas aparecía la aclaración “Ed. Tor únicamente”- como por su menor valor respecto a otras editoriales listadas como Sopena, Rosso, Roldán, El Ateneo, Legítima y Aguilar. Así, por poner solo un ejemplo, la edición Tor

⁵⁸⁸ Exp. 264-L-33, Planillas de solicitud de libros, 22/03/1935.

⁵⁸⁹ *Ídem*, Planillas de solicitud de libros, 31/1/1939. La lista continuaba con obras de teatro (8%), literatura infantil (7%), cuento (7%), poesía (7%), ensayos- biografías- historia (6%) y ciencias- filosofía (6%).

⁵⁹⁰ Sobre el aumento de escritores “nacionales” es ilustrativa una cita del contemporáneo Pedro Henríquez Ureña recuperada por de Diego. El escritor dominicano señaló en 1926: “En el orden intelectual Argentina crece asombrosamente. Este año ha sido el de las novelas y los cuentos. Han aparecido libros de imaginación de Lugones, Gerchunoff, de Cancela, de Gálvez, de Rodríguez Larreta, de Quiroga, de Payró, entre docenas de otros, y todos ha alcanzado éxito (...)”, cit. en de Diego, *La otra cara de Jano*, op. cit., p. 130.

encuadrada de *La vida de las abejas* de Maeterlinck tenía un costo de 1,45 pesos, mientras que la edición de Aguilar costaba 2, 95 pesos.

Fundada por el catalán Juan Carlos Torrendell en 1916, la editorial Tor estuvo orientada por un criterio estrictamente comercial. Como revela el pionero estudio de Abraham, a partir de 1930 incorporó el uso de rotativas, hecho que le permitió realizar masivas tiradas de libros y revistas a muy bajo costo: desde clásicos del pensamiento universal y ensayos de divulgación, hasta colecciones de literatura de masas -novela rosa, policial, de aventura, ciencia ficción, gauchesca- e historietas. Las atrayentes ilustraciones de tapa correspondieron en los años treinta a Ivern y en la década siguiente a Ricardo Palau, dueño de un estilo con trazos más amplios y espaciados -posiblemente influenciado por la historieta- y colores vivaces.

Imagen 6.1.1: Portada e interior de ejemplar editado por Tor, año 1945



De acuerdo a Abraham, distintos sectores de las élites culturales criticaron las ediciones Tor por su papel de baja calidad, sus deficientes traducciones y la omisión de aparato crítico en el caso de los clásicos.⁵⁹¹ Tal como en otros proyectos editoriales de entreguerras, en el catálogo de la editorial las piezas célebres de la literatura “cultura” coexistían con ficciones de folletín, libros de actualidad política de Hitler y Roosevelt, y diversas curiosidades de época. Pero su capacidad de producción en serie -llegó a editar cinco títulos por semana con enormes tiradas- no encontraba parangón en el mercado editorial. En vistas a la aparición de una de sus

⁵⁹¹ Aquel desdén de determinados sectores del campo cultural del período, repercutió según Abraham en la falta de bibliografía crítica acerca de una de las editoriales más importantes del período 1920-1960, quizá la más importante si se toma en cuenta la cantidad de títulos publicados, el nivel de sus tiradas y la exportación de libros a diversos países de Latinoamérica. Ver: Abraham, Carlos, *La editorial Tor. Medio siglo de libros populares*, Temperley, Tren en Movimiento, 2012.

colecciones de novelas más icónicas, “Las obras Famosas” (cfr. Imagen 6.2.1), la editorial llamó a sus lectores a adquirir:

“Novelas inolvidables que todo el mundo debe conocer y que no deben faltar en ningún hogar. Libros de imponente recuerdo, que permiten evocar las grandezas del pasado y, a la par que un agradable pasatiempo, constituyen un elemento de cultura. Autores considerados como maestros, los nombres que figuran al frente de las letras de cada país; los creadores de ese mundo fantástico y grandioso en el que viven El Quijote y David Copperfield, D’Artagan y el Capitán Nemo. Personajes a los que la fantasía y el arte de los autores han infundido tanta personalidad y carácter que bien es posible decir de ellos que tienen vida propia y perdurarán a través de los años y son nuestros inseparables compañeros”.⁵⁹²

Por lo visto, estos libros “de imponente recuerdo” no debían faltar en ningún hogar, pero tampoco, en las bibliotecas. La impronta del catálogo de Tor es también visible en un extenso pedido de centenas de libros elevado por la BP del club YPF en 1939.⁵⁹³ Entre el amplísimo elenco de novelistas requeridos, los populares folletinistas decimonónicos coexistían con contemporáneos *best sellers* de intrigas, misterios y delincuentes urbanos. Formaban parte de la solicitud de títulos: Edgar Wallace (23), Maurice Leblanc (22), Paul Feval (19), Julio Verne (18), Xavier Montepin (18), Víctor Hugo (10), León Tolstoi (8), Allain y Souvestre (7), Alejandro Dumas (6), Manuel Gálvez (6), Walter Scott (5), Emile Zola (5) y el nobel polaco Henry Sienkiewicz (5), entre muchos otros.⁵⁹⁴ Por su parte, los títulos de escritores “nacionales” representaron un 13% de las entradas: además del mencionado Gálvez, fueron solicitadas obras de Benito Lynch (4), Juan José de Soiza Reilly (4), Belisario Roldán (2) y Omar Viñole (2).⁵⁹⁵

Cuadro 6.1.2: Libros solicitados por la BP YPF según género en 1939

⁵⁹² Cit. en Abraham, op. cit., p. 185.

⁵⁹³ Exp. n° 423-E-30, Planillas de solicitud de libros, 19/09/1939.

⁵⁹⁴ Consagrada a las novelas policiales y de aventuras, la Colección Misterio de Tor, que aparecía los días martes, contó entre sus principales autores a Edgar Wallace (1875- 1932), a Verne y al mentor de Arsenio Lupin, el francés Maurice Leblanc (1864-1941). Fuera de la ficción, la correspondencia se advierte además en las solicitadas obras de Roosevelt, Hitler y Shaw, publicadas por la popular colección de Tor “El mundo de hoy”, dedicada a obras políticas de actualidad y ensayos de estadistas relevantes. Con tapas ilustradas que buscaban recrear una cierta impresión apocalíptica, esta exitosa colección se extendió entre los años treinta y cuarenta, con numerosas reimpressiones. Cfr. Abraham, op. cit., pp. 82-84.

⁵⁹⁵ Sobre este escritor-performer, del cual se solicitaron *Jesús en la casa de departamentos* y *La camiseta del jefe de Policía* -libros que encontramos en otras bibliotecas de la región-, puede consultarse el prólogo de Osvaldo Baigorria a la edición del 2014 de la Biblioteca Nacional de *El hombre de la vaca* del propio Viñole.

Género	Cantidad de libros	Porcentaje
Novela	214	53%
Ensayo-historia-biografía	50	12%
Teatro-poesía-cuento	45	11%
Literatura infantil	44	11%
Ciencias-filosofía	36	9%
Obras generales	16	4%
Totales	405	100%

Fuente: elaboración propia en base a las planillas de solicitud de libros

En síntesis, teniendo en cuenta la amplitud de autores y obras requeridas, las solicitudes traslucen, entre otros aspectos, un criterio de apertura con respecto a la oferta literaria, al tiempo que ratifican la consolidación de ciertas predilecciones lectoras hacia las novelas realistas y de aventuras.

Por otra parte, las piezas analizadas presentan correlato con un relevamiento nacional -titulado “fichero de obras y autores”- hecho por la CPBP en base a todas las solicitudes recibidas durante el último semestre de 1935:

“Este índice confirma el predominio de los libros de literatura, y entre éstos, el de las obras de ficción: novelas [40%], cuentos, teatro, poesía, etc., al mismo tiempo que revela que los autores argentinos han sido más solicitados que los de cualquier otra nacionalidad, de tal modo que la suma de las obras de autores argentinos se aproxima considerablemente a la de todas las de extranjeros juntas”.⁵⁹⁶

En línea con lo señalado en el capítulo previo, no sorprende que uno de los resultados del relevamiento -el avance de autores “nacionales”- se expusiese en clave celebratoria. El posterior desagregado informa que 39% de las solicitudes correspondieron, en orden decreciente, a H. Wast, H. P. Blomberg, M. Gálvez, B. Lynch, J. B. Alberdi, J.J. de Soiza Reilly, R. Payró, J. Ingenieros, D.F. Sarmiento, A. Capdevilla y R. Rojas. Mientras que del lado de los “autores extranjeros” -54% del total- la lista era encabezada por E. Salgari y

⁵⁹⁶ “Ficheros de obras y autores”, en *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria año 1935*, op. cit., pp. 17-19.

continuada por A. Dumas, M. Delly, J. Verne, E. Zola, C. Vigil, A. France, V. Hugo, V. Blasco Ibáñez, C. Invernizzio, M. Gorki, P. Feval, H. Quiroga, X. Montepin, E. Barbusse y G. Martínez Sierra.⁵⁹⁷

Vistas y leídas

“Desde la butaca, cada espectador vive en su sensibilidad un trozo de existencia de los personajes de sombra que gozan o sufren ante él”.

R. Arlt.⁵⁹⁸

Las solicitudes de libros elevadas por los patrocinadores de bibliotecas reflejan, una vez más, las preferencias del público lector por el universo de la literatura de ficción.⁵⁹⁹ Hacia 1938, la CPBP ratificaba el esplendor de aquel *reinado* al informar que entre los ejemplares más retirados a nivel nacional aún primaba el “libro de imaginación, y sobre todo, las novelas”.⁶⁰⁰ Para explicar aquella preferencia, autores como Pasolini conjeturaron que se trataba de un género más cercano al “horizonte cultural” de lectores “recién avenidos” al ámbito letrado: una novela de Salgari resultaría más amable o cercana que un ensayo o estudio científico.⁶⁰¹ El poeta José Portogalo, que había emigrado al país desde Italia con apenas cinco años, vuelve tangible esa cercanía en la primer estrofa de su poema “Maleta” (1933): “Guardo, entre muchas cosas de mi etapa/ infantil con su rol de palabrotas/ un libro de Salgari sin la tapa/ y el pie de mi cajón de lustrabotas”.⁶⁰²

Resulta en este punto enriquecedor sumar la perspectiva metodológica de Quiroga en relación a concebir los libros, y las modalidades de lectura, no desde la insularidad del discurso escrito sino como bienes culturales insertos en -y atravesados por- un entramado

⁵⁹⁷ *Idem*. Después de las novelas, el segundo lugar lo ocupaba la “literatura infantil” -7,5%-, el tercero los “textos de estudios secundarios” -6,6%-, el cuarto “crítica y ensayos” -6,3%- y en porcentajes menores se sucedían el cuento, el teatro, la filosofía, la historia, etc.

⁵⁹⁸ Arlt, Roberto, *Notas sobre el cinematógrafo*, Buenos Aires, Ediciones Simurg, 1997, pp. 19-20.

⁵⁹⁹ En 1915 la biblioteca de la Sociedad Luz estudiada por Barrancos registró un 60% de préstamos dentro del género “Literatura”. La “ficción literaria” alcanzó el 60% de las extracciones en la BP Juventud Moderna de Mar del Plata hacia fines de los veinte. En la BP Juan B. Justo de Tandil, el 82% de los préstamos fueron novelas entre 1928 y 1945. Cfr.: Barrancos, Dora, *La escena iluminada*, op. cit., pp. 52-53; Quiroga, Nicolás, “Lectura y política”, op. cit.; Pasolini, Ricardo, “Entre la evasión y el humanismo (...)”, op. cit.

⁶⁰⁰ “Nuevas orientaciones para las estadísticas del movimiento de libros”, *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria año 1938*, op. cit., p. 17.

⁶⁰¹ Pasolini, op. cit., p. 386.

⁶⁰² Portogalo, José, “Maleta”, *Tregua*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1933.

comunicacional más vasto, donde concretamente el medio audiovisual ocupaba una referencia ineludible en términos de popularidad. Como es sabido, desde su invención el cine incurrió en permanentes transposiciones de las ficciones literarias al nuevo lenguaje primero visual y luego audiovisual.⁶⁰³ En concreto, el autor descubre que varios lectores de la BP Juventud Moderna volvieron a retirar en 1941/2 la novela de Hugo Wast *La casa de los cuervos* (1916), que había sido extraída con frecuencia a fines de los veinte. El autor conjetura que el “retorno” de los lectores a dicha novela obedece al estreno de la película homónima, dirigida por Carlos Borcosque y exhibida en distintas salas de Mar del Plata en 1941.⁶⁰⁴

A lo largo de nuestra investigación, nos encontramos con numerosos discursos que postulaban una oposición entre el “mercantil” entretenimiento cinematográfico y el “ascético” acto de lectura. Sin embargo, el hallazgo de Quiroga habilitó nuevos interrogantes. Es decir, más allá de que las asociaciones incorporaran las funciones de cine a sus prácticas culturales, como vimos en capítulos anteriores, ¿existía algún otro cruce, menos evidente, entre el celuloide, los libros y el público lector?⁶⁰⁵

A partir de las solicitudes bibliográficas, verificamos una correspondencia temporal entre los estrenos de las cintas cinematográficas y los posteriores pedidos de las novelas u obras teatrales homónimas. La solicitud hecha por la BP González a inicios 1939 ofrece elocuentes ejemplos en esta dirección.⁶⁰⁶ Allí fue pedido un ejemplar de *Ana Karenina* de Tolstoi, cuyo film homónimo protagonizado por Greta Garbo había merecido salientes halagos en la opinión pública en 1936.⁶⁰⁷ Un volumen de la novela *Buena Tierra* de Pearl S. Buck, exitoso largometraje en la temporada 1937; y algunos clásicos de Mark Twain como *El príncipe y el*

⁶⁰³ Steinberg, Oscar, *Semiótica de los medios masivos. El pasaje a los medios de los géneros populares*, Buenos aires, Atuel, 1993.

⁶⁰⁴ Quiroga, Nicolás, op. cit., p. 460.

⁶⁰⁵ Diego Roldán tematizó la aparición de esa oposición en el discurso de los animadores de las bibliotecas rosarinas. Ante la popularidad de las atracciones masivas como el cine y el futbol, ciertas bibliotecas se plantearon como “refugios de la cultura”, mientras que otras “comprendieron que el proceso de masificación era irreversible” e incorporaron el cine o el futbol. Cfr: Roldan, Diego, “Bibliotecas populares: dilemas iluministas”, op. cit., pp. 173-189.

⁶⁰⁶ Exp. 264-L-33, Planillas de pedido de libros, 31/1/1939. Precisamente para este año, disponemos de cifras más que elocuentes con respecto a la atracción del séptimo arte. Los cinematógrafos locales reportaron una concurrencia de 706.820 espectadores -en una ciudad de 152.480 habitantes-. Estadísticas extraídas de: Oitaven, Alberto, *La Plata. Ciudad Ideal*, La Plata, 1941, p. 49.

⁶⁰⁷ “No recordamos de Greta Garbo –afirmaba E. Danero desde la sección cinematográfica de *Caras y Caretas*– una película en la cual estuvieran más en armonía: argumento, dirección, desarrollo, fotografía e intérpretes (...) De la novela de Tolstoi se ha obtenido una versión perfectamente cinematográfica (...) El director Clarence Brown, mezclando lo espectacular con escenas de delicado sentimentalismo, y lo puramente cinematográfico con lo que resulta sugestión intelectual, ha logrado esta vez la obra perfecta (...)”, en “Ana Karenina, de la Metro, con Greta Garbo y Fredric March”, *Caras y Caretas*, n° 1956, 28/3/1936, p. 52.

mendigo y *Las aventuras del príncipe Tom Sawyer*, con sus respectivas películas estrenadas en 1937 y 1938.⁶⁰⁸

A su vez, y en línea con el caso marplatense, los patrocinadores de esta BP solicitaron un ejemplar de *La que no perdonó*, novela de Wast rodada por José Agustín Ferreyra, estrenada en 1938 e inscribible tanto en la “resurrección” de la industria cinematográfica nacional suscitada a partir de la introducción del sonido, como en la popular transposición de obras literarias de inspiración criollista, bajo las plumas de Wast, Lynch y Gálvez.⁶⁰⁹ También solicitaron la clásica obra teatral *Las de Barranco* (1908) de Gregorio Laferrere, cuya película había sido estrenada pocos meses antes.⁶¹⁰

Entre los libros pedidos por la BP del centro Meridiano V en 1942, se incluyeron dos novelas de Benito Lynch -*Los caranchos de la Florida* (1916) y *El inglés de los güesos* (1924)- cuyas películas homónimas se habían estrenado en 1938 y 1940 respectivamente.⁶¹¹

En síntesis, las solicitudes de libros permiten establecer puntos de contacto entre las salas de cine y las bibliotecas que será preciso continuar indagando, incluso para el período silente, cuando se estrenaron películas de novelas ampliamente solicitadas como *Amalia* (1914) de José Mármol o *Flor de Durazno* (1917) de Hugo Wast, entre muchas otras. De momento, afirmamos que el estreno de ciertas películas marcó en los años treinta y cuarenta el pulso de la provisión de libros homónimos. En cuanto a la motivación que guiaba esos pedidos de libros, conjeturamos que obedecía tanto a una posible demanda del público lector, deseoso de (re)encontrarse, parafraseando a Arlt, con los “personajes de sombra” en el papel, como asimismo a una deliberada estrategia de parte de los patrocinadores de las bibliotecas para propiciar el acercamiento de lectores y lectoras.

⁶⁰⁸ “Estas aventuras del pequeño e inmortal héroe de Mark Twain, contempladas en la pantalla (...) constituyen una demostración de cómo los grandes libros no mueren y en qué forma es posible extraer de ellos elementos más que suficientes para inyectar al cine (...)”, “Las aventuras de Tom Sawyer”, *Caras y Caretas*, n° 2018, 13/08/1938, p. 26.

⁶⁰⁹ Otras novelas de Wast serían adaptadas en años sucesivos: la mencionada por Quiroga *La Casa de los Cuervos* (1941), *El camino de las llamas* (1942), y *Valle Negro* (1943). Cabe señalar que en el período silente habían sido filmadas *Flor de Durazno* (1917), *La casa de los cuervos* (1924) y *Valle Negro* (1924).

⁶¹⁰ Estrenada en junio de 1938. Dirigida por el actor, director y guionista chileno Oscar Davison. Música compuesta por Sebastián Piana y Homero Manzi.

⁶¹¹ Exp. 99-L-40, Planilla de solicitud de libros, 31/1/1942. *Los caranchos* (...), fue dirigida por De Zavalía y en el caso de *El inglés* (...) se trató de la opera prima de Carlos Hugo Christensen.

6.2 Fantasía e instrucción: lecturas infantiles

“Por ello es que solicito al Señor Presidente [de la CPBP], en nombre de las autoridades de la institución del epígrafe, y de esa pléyade de niños que reclaman lectura para su entretenimiento y, en especial, de esos niños que no saben de fantasías, ni han aprendido a imaginarse un hada o un castillo oriental, por el hecho de que sus padres -pobres trabajadores- los han dedicado desde sus más tiernos años a rudos trabajos, quiera tener a bien la gentileza de remitirnos obras adecuadas de literatura infantil”.⁶¹²

De esta manera concluía Alberto Frangi su carta mecanografiada, fechada en 1942, dirigida a Juan Pablo Echagüe. En párrafos anteriores, el dirigente fomentista había expuesto la estrecha relación que ligaba a la entidad con la infancia del barrio ferroviario Meridiano V. Más de doscientos niños y niñas, “hijos de gentes trabajadoras”, que poco tiempo atrás “invadían” las calles de la zona, molestando el tráfico y poniendo en peligro sus propias vidas, ahora pasaban las tardes jugando en el amplio local de la institución. Había llegado el momento, entonces, de “llevar a cabo la verdadera acción cultural”, para lo cual se necesitaban aquellos libros de fantasía infantil.

Iniciada la década de 1940, recibir una solicitud de ese orden era moneda corriente para la CPBP, que venía impulsando la formación de bibliotecas y colecciones infantiles desde inicios de los treinta. De hecho, las estadísticas institucionales habían informado, en 1939, que un 91% de las salas protegidas contaban con “secciones infantiles”.⁶¹³ Lo interesante del pasaje, en todo caso, se aloja en el sentido atribuido a la literatura infantil en auge: aquella capacidad de despertar fantasías y educar a los más pequeños. De manera similar se expresaban los dirigentes del centro Circunvalación cuando solicitaban a la CPBP, para su lectorado infantil, “libros que instruyan deleitando”.⁶¹⁴ Las lecturas escolares no bastaban a esos fines: eran los relatos de “castillos y hadas” los que propiciaban el deleite. Su atractivo y eficacia no residía sólo en las textualidades, sino, como bien señaló Gloria Chicote, “en la presencia constante de imágenes, exponentes de la nueva cultura visual que emergía y se imponía definitivamente”.⁶¹⁵

⁶¹² Exp. 99-L-40, Solicitud enviada a la CPBP, 30/09/1942.

⁶¹³ *El Diario*, 28-11-1939, p. 18.

⁶¹⁴ Exp. 177-L-33, Nota y planilla de solicitud de libros, 12/05/1943.

⁶¹⁵ Chicote, Gloria, “Mercado editorial e infancia: los comienzos hasta Colibrí (1921-1932)”, en Delgado et al. (eds.), *Tiempos de Papel: publicaciones periódicas argentinas*, op. cit., pp. 102-126.

En capítulos previos abordamos un cúmulo de prácticas consagradas a la infancia impulsadas por las bibliotecas. La específica preocupación por disponer de libros infantiles en los anaqueles se inscribe en la configuración de un público lector infantil y sugiere una arista poco explorada en relación a las interacciones entre las bibliotecas y los imaginarios e íconos de la cultura de masas.

Como ha sido señalado, en las primeras décadas del siglo la infancia había ido ganando espacio en el mercado editorial, no sólo como receptora de contenidos formativos, sino, crecientemente, como consumidora de literatura de entretenimiento, ya fuera por medio de libros, folletos o de las populares revistas infantiles.⁶¹⁶ Al recordar sus primeras lecturas, Sureda destaca los semanarios ilustrados de bajo costo *Tits-Bits* (1909) y *Pucky* (1921), émulos de los exitosos *penny magazines* ingleses, en cuyas páginas se sucedían series protagonizadas por el detective Sexton Blake, relatos de aventuras firmados por Jack London y otros protagonizados por “dos paisanos legendarios de nuestras tierras: Juan Moreira y Santos Vega”.⁶¹⁷ Además, Sureda describe la fascinación ejercida por los “personajes insólitos” de las novelas de Verne y Salgari, e incluso recuerda una práctica de lectura singular:

“En algunas tardes siesteras de verano o en algunos días de lluvia de invierno, cuando era inconveniente jugar en la calle, solía yo leer a mis compañeros de juegos, sentados en rueda alrededor mío, algunos de aquellos relatos que me fascinaban. Lo hacía cambiando la voz según las exigencias del texto. Debo haberlo hecho bastante bien porque recuerdo que los mantenía en suspenso escuchándome”.⁶¹⁸

Escenas similares, con lectura en voz alta a cargo de un adulto o una adulta, se replicaban en los recintos bibliotecarios de aquellos años. En 1920, los jóvenes socialistas del centro V. de Tomaso, solicitaban a la CPBP “libros, ya sea de cuentos, de viajes, historias y revistas” para la nueva biblioteca infantil.⁶¹⁹ En 1925, como mencionamos antes, esta sala solicitó casi cincuenta libros de la colección infantil Araluce. Los impulsores de Euforión, por su parte, se enorgullecían de disponer, el libro de la “fantasía infantil”, el texto de enseñanza primaria y la enciclopedia infantil *El Tesoro de la Juventud*.⁶²⁰ En suma, si bien la evidencia

⁶¹⁶ Carli, Sandra, *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2000.

⁶¹⁷ Sureda, Jaime, “Primeras lecturas”, op. cit., pp. 173-177.

⁶¹⁸ *Ídem*, p. 175.

⁶¹⁹ Exp. 326-L-18, Nota al presidente de la CPBP, 23/5/1920.

⁶²⁰ Enciclopedia infantil en tomos de amplia circulación en Latinoamérica, basada en la inglesa *The Children's encyclopedia* (1908-1910), creada por Arthur Mee. La primera edición en castellano apareció en 1915, editada

empírica no es sistemática, es dable anotar una cierta correspondencia con las bibliotecas del sudoeste bonaerense, en las cuales, de acuerdo a Agesta, el reconocimiento de un público lector infantil y la aparición de “secciones infantiles” se efectuó al promediar la década de 1920.⁶²¹

Ahora bien, fue a partir de la segunda mitad de la década de 1930 cuando, por un lado, la CPBP alentó de modo sistemático la formación de colecciones infantiles en las bibliotecas populares protegidas y, simultáneamente, las solicitudes de libros elevadas por las salas de la región reflejaron esa creciente demanda de volúmenes infantiles. De acuerdo a las estadísticas institucionales de la CPBP, muy por debajo de las novelas, la literatura infantil fue el segundo género de libros más solicitado -con un 7,5% de los pedidos- por las bibliotecas del país hacia 1935.⁶²²

Pero si en materia novelística la CPBP podía celebrar el creciente impulso de los “autores nacionales”, en materia de literatura infantil el escenario era diferente por el momento. Con sus tapas coloridas e ilustradas, los ejemplares publicados por las firmas ibéricas Araluce, Sopena y Calleja, lideraban la lista de pedidos con cuentos, fábulas y leyendas escritas, recopiladas o adaptadas por plumas europeas y norteamericanas.

La BP J.V. González incluyó en su solicitud de 1935 una decena de ejemplares de la colección “Obras maestras al alcance de los niños” editados por la firma catalana Araluce.⁶²³ Bajo el propósito de “instruir deleitando”, los tomos de pequeño formato y tapas ilustradas incluían adaptaciones “de las obras maestras de la literatura que han producido los más gloriosos genios de todos los países y todas las épocas”.⁶²⁴ Los títulos solicitados por la biblioteca fueron los *Cuentos escogidos* de los hermanos Grimm, tres títulos de Hans Christian Andersen y adaptaciones de Shakespeare, Schiller, Tirso de Molina, Stowe y Stevenson.⁶²⁵

Walter M. Jackson, bajo dirección de Estanislao Zeballos y un comité de colaboradores integrado por renombrados escritores y científicos latinoamericanos. Ver: Riesco, Leonor, “*El maravilloso Mundo de El Tesoro de la Juventud*: apuntes históricos de una enciclopedia para niños”, *Revista Universum*, n°23, Vol. 1, 2008, pp.198-205.

⁶²¹ Agesta, M. de las Nieves, “Libros en juego: bibliotecas populares y público infantil en el sudoeste bonaerense (Argentina, 1880-1930)”, TOPOI, Río de Janeiro, 2018, vol. 21, n°44, pp. 413-434.

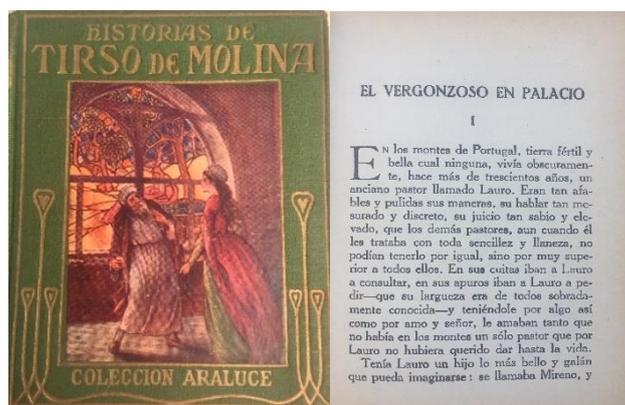
⁶²² “Ficheros de obras y autores”, en *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria año 1935*, op. cit., pp. 17-19.

⁶²³ Exp. 264-L-33, Planillas de solicitud de libros, 22/03/1935.

⁶²⁴ Cit. en Renán Silva, op. cit., p. 28. Cercana al centenar de títulos, la colección incluyó adaptaciones de obras de Cervantes, Dante, Shakespeare, Schiller, Swift, Molière, Tirso de Molina, Lope de Vega, Eurípides, Defoe, Goethe, Andersen, entre muchos otros. Fundada en Barcelona por Ramón de San Nicolás Araluce (1865-1941), la casa editorial homónima alcanzó una gran presencia en los mercados editoriales latinoamericanos durante la primera mitad del siglo XX. Renán Silva dio cuenta de la amplia difusión que esta colección tuvo en las bibliotecas aldeanas de Colombia, como consecuencia de la adquisición realizada por el gobierno liberal colombiano en los años treinta. Ver: Silva, Renán, “El libro popular en Colombia, 1930-1948. Estrategias editoriales, formas textuales y sentidos propuestos al lector”, *Revista de Estudios Sociales*, 2008, n° 30, pp. 20-37.

⁶²⁵ Exp. 264-L-33, Planillas de solicitud de libros, 22/03/1935.

Imagen 6.2.1 Portada e interior de libro infantil ed. Araluce, año 1914



Como consecuencia del incremento del público lector infantil, en 1938 la biblioteca del club YPF informó a la CPBP su intención de fundar una “biblioteca popular infantil” destinada a niños de Ensenada y Berisso, la cual funcionaría en un salón del club y estaría manejada por los infantes bajo supervisión de adultos. Del extenso pedido de 405 libros desagregado (ver cuadro 6.2.2), un 10% correspondió a literatura infantil. La colección Araluce lideró nuevamente el pedido, con veinte títulos, seguida por la editorial Sopena -unos quince títulos, entre ellos: *Cuentos de Perrault*, *Cuentos en colores*, las series de Gulliver con ilustraciones de Asha-, varios ejemplares de Calleja -*Cuentos azules*, *Cuentos infantiles*, *Pelusa*-, y una colección denominada “Cuentos en postales”, con clásicos como *El gato con botas*, *Pulgarcito*, *La Cenicienta*, *Pinocho* y *Caperucita encarnada*.⁶²⁶

Luego del estallido de la guerra civil española, comenzaron a ser solicitados ejemplares correspondientes a las colecciones de Billiken y numerosas obras del escritor y director de dicha editorial, Constancio Vigil.⁶²⁷ La profusa literatura infantil de este autor ampliamente difundido en Latinoamérica, como señaló Paula Bontempo en su investigación sobre Atlántida, era dueña de un fuerte contenido moral y enfatizaba valores como el respeto, el amor al prójimo, la paz, la responsabilidad, la caridad, el orden, la higiene, la verdad y el estudio.⁶²⁸

⁶²⁶ Exp. 423-E-30, Planillas de solicitud de libros, 19/09/1939.

⁶²⁷ En 1943, la BP del centro Circunvalación solicitó “algunos cuentitos de C.C. Vigil” y más de treinta volúmenes de la Biblioteca Oro de Billiken, Exp 177-L-43, Planillas de solicitud de libros, 26/06/1943 y 14/11/1943. Por su parte, la BP J.V. González solicitó treinta títulos de Vigil y otros diez de Atlántida, ver Exp. 264-L-33, Planillas de solicitud de libros, 25/08/1943.

⁶²⁸ Bontempo, María Paula, “Editorial Atlántida. Un continente de publicaciones, 1918-1936”, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2012.

Se solicitaron, además, numerosos volúmenes debidos a “Walt Disney”. Por supuesto, se trataba de una referencia cinematográfica: los populares cortos del Ratón Mickey pronto fueron sucedidos por el primer largometraje de Disney, *Blanca Nieves y los siete enanitos*, estrenada en el país en 1938.⁶²⁹ Los libros solicitados a la CPBP se referenciaban en la figura de Disney debido a que, producto de la popularidad de las películas, editoriales como Tor y Abril lanzaron colecciones integradas por ficciones de hadas, aventuras y personajes homónimos.⁶³⁰ También, en estos casos, vislumbramos la correspondencia entre películas y libros tematizada más arriba. A lo largo de los años cuarenta y cincuenta las solicitudes de títulos infantiles exhibieron mayor heterogeneidad conforme este género alcanzó un mayor desarrollo de la mano de nuevas colecciones, editoriales, escritores y escritoras.⁶³¹

6.3 El público lector: de las representaciones a las prácticas

*“Los lectores son viajeros;
circulan por tierras ajenas, nómadas
dedicados a la caza furtiva en campos
que no han escrito, arrebatando los
bienes de Egipto para gozar de ellos”*

M. de Certeau⁶³²

Distintos animadores de bibliotecas alojaron reparos respecto al consumo excesivo de novelas por parte del público lector. El estudio de Ricardo González recupera un episodio por demás ilustrativo: en 1928, la presidenta de la biblioteca de la Corporación Mitre de Villa Nazca elevó sus quejas por el hecho de que los lectores jóvenes no solicitasen “textos de consulta” ni buscasen “datos en el diccionario enciclopédico” prefiriendo en cambio “novelas

⁶²⁹ El citado trabajo de Andrés Bisso sobre los disfraces de carnaval (2014) da cuenta del furor del filme al contabilizar el disfraz de Blancanieves como el segundo más elegido entre la asistencia infantil del curso local.

⁶³⁰ Abraham recupera un periplo ilustrativo del juego de yuxtaposiciones en tiempos de cultura de masas. En el marco de su colección infantil “La Abeja” (1939-1942), la editorial Tor publicó, en paralelo al filme de Disney, dos cuentos apócrifos basados en el decimonónico Pinocho creado por el italiano Carlo Collodi. Sin embargo, a diferencia de otros casos en los que Tor había contratado a *ghost writers* locales para garantizarse un éxito de ventas de la mano de algún *best-seller*, en esta ocasión la versión apócrifa había sido tomada de las ediciones españolas de la casa Saturnino Calleja. Ver Abraham, op. cit., p. 219.

⁶³¹ Costa, M. E. y Purvis, G. L., “Editoriales y lecturas infantiles: Érase una vez en la Gaceta del Libro (1946-1948)”, ponencia presentada en V Jornadas de Intercambio y Reflexión Acerca de la Investigación en Bibliotecología, Dpto de Bibliotecología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2017.

⁶³² de Certeau, Michel, cap. XII “Leer: una cacería furtiva”, *La invención de lo cotidiano* (...), op. cit., p. 187.

de Doyle o de Verne, cuando no de autores peligrosos”. En torno a la bibliotecaria se consolidó rápidamente un sector institucional influyente que abogaba por impulsar lecturas “necesarias y apropiadas” entre los lectores en edad escolar, a quienes se les prohibió consultar novelas “por lo menos hasta el período de las vacaciones”.⁶³³ Si bien esta tendencia extrema fue enseguida neutralizada por otro sector institucional dueño de un criterio más libre y amplio en relación al material bibliográfico, la anécdota ilumina el sentimiento de sospecha que ciertos sectores de la sociedad civil supieron alojar con respecto a la profusión de ficciones baratas que poblaban los anaqueles de las bibliotecas.

Desde la opinión pública, el malestar desatado a partir de la circulación masiva de impresos puede rastrearse en intervenciones de distintos actores. El diario *La Razón* consideraba a las novelas semanales de los años diez como “corruptoras del buen gusto”; la revista vanguardista *Martín Fierro*, en 1924, denostaba la popularidad de una “subliteratura que alimenta la voracidad inescrupulosa de empresas comerciales creadas con el objeto de satisfacer los bajos gustos de un público semianalfabeto”⁶³⁴; mientras que sectores nacionalistas de extrema derecha, como demuestra Rubinzal, advertían desde *Crisol* acerca de los “efectos perniciosos de las novelas vulgares que envenenaban el alma”.⁶³⁵

La elección de estos tres ejemplos tan disímiles no es accidental: tal como señaló Humberto Eco, los discursos “apocalípticos” resultaron consustanciales a la reproducción en serie de bienes culturales en sociedades occidentales y no necesariamente fueron patrimonio de sectores “altos”. Desde luego, en numerosos casos tradujeron, desde una matriz aristocrática, la desconfianza hacia el igualitarismo y el ascenso democrático de las multitudes. Pero en muchos otros casos, los portavoces críticos surgían de esas mismas masas en ascenso, incluyendo a sectores radicales o de izquierdas.⁶³⁶

⁶³³ González, op. cit., “La biblioteca y los libros”, pp. 118-125.

⁶³⁴ Cit. en Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, op. cit., p. 34.

⁶³⁵ Cit. en Rubinzal, Mariela, “La cultura combate en las calles. Nacionalismo e industrias culturales en la Argentina de entreguerras”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, n° 2, octubre de 2016, p. 5.

⁶³⁶ Si bien estos sectores alojaban una intención progresista en la denuncia a la *banalización* o *vaciamiento* cultural, al mismo tiempo reproducían un concepto “fatalmente aristocrático del gusto”. En la vereda opuesta, los “integrados” dan por descontado que la circulación libre e intensiva de los diversos productos culturales de masa es “naturalmente buena” y no tienen en cuenta que la cultura de masas es producida por grupos de poder económico con el fin de obtener beneficios, por tanto permanece sometida a todas las leyes económicas que regulan la fabricación, la distribución y el consumo. Cfr. Eco, Humberto, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen, 1981, cap. “Cultura de masas y niveles de cultura”, pp. 39-79. Huyssen, Andreas, *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2006, Introducción y Parte I: “Lo otro evanescente: la cultura de masas”.

Es posible señalar con Lyons que las bibliotecas europeas no permanecieron ajenas a los fantasmas que se agitaban ante la inédita masividad del consumo de folletines: en 1890, los bibliotecarios parisinos se quejaban de que los usuarios rechazaran las “obras serias” decantándose por Alejandro Dumas o por el *Notre-Dame de París* de Hugo.⁶³⁷

Sin perder de vista las distancias, es productivo establecer puentes con el discurso de la bibliotecaria de Villa Nazca. Porque, en efecto, en el ámbito específico de las bibliotecas populares, aquel malestar con respecto a la reproducción en serie de impresos, en ocasiones se expresó bajo la forma de una dicotomía moral, según la cual el público lector debía realizar lecturas útiles y necesarias y no evasivas o frívolas. En numerosas intervenciones, como por caso la que Agustín Rivero Astengo publicó en el boletín del club Villa Rivera, la frivolidad aparecía asociada a la lectura de prensa masiva.⁶³⁸ El escritor aconsejaba al usuario de biblioteca, metaforizada como “santuario del espíritu”, ir en busca del libro “consagrado”, cuyas páginas nunca perdían vigencia:

“Leed siempre y procurad escoger los libros. No malogréis el tiempo leyendo **frivolidades, revistas ilustradas o diarios** que no buscan otra finalidad que el sensacionalismo. No apreciéis tampoco al libro por la encuadernación. A veces una buena encuadernación salva un libro malo, que será malo por recamadas que sean sus tapas. Lo mismo con las gentes: el lujo de sus ropas no es patente de bondad, de virtud. El mundo actual es triste y aburrido, porque los hombres han perdido el hábito de la **buena lectura**, se entretienen con bagatelas mecánicas o diversiones que llevan al hastío de sí mismo, el peor de los suplicios (...) Lo ideal sería que el más mísero trabajador tuviera sus deleites refinados y, en continuo mejoramiento, se familiarizara con Platón”.⁶³⁹

En suma, con sus diversas variantes, en lo esencial esa dicotomía entre una lectura útil y otra frívola a menudo se articuló discursivamente “desde arriba” -el estado, por medio de las inspecciones de la CPBP- y también “desde abajo”, por medio de distintos mediadores culturales pertenecientes o cercanos a las bibliotecas. Pero, desde luego, esa dicotomía tiende a mostrar su *evanescencia* o en todo caso su bajo nivel de pregnancia cuando recuperamos, con

⁶³⁷ Lyons, op. cit., p. 576.

⁶³⁸ Recordemos que los anaqueles alojaban diversas revistas y diarios para consulta en sala, como vimos en el caso de la biblioteca Euforión, donde podían consultarse revistas de tirada masiva como *El Gráfico* y *El Hogar*.

⁶³⁹ Rivero Astengo, Agustín, “El culto del libro”, *Horizontes*, año I, nº 10, marzo de 1937, p. 6. El subrayado me pertenece.

Chartier, la pregunta por las prácticas concretas de los lectores y las lectoras, por sus plurales maneras de leer y apropiarse de los impresos.⁶⁴⁰

La primera operación que se nos presenta productiva en esa dirección es dejar de lado el punto de partida que concibe el acto de lectura como mera interacción abstracta de intelección, asumiendo que se trata, además, de una “puesta en juego del cuerpo, inscripción en un espacio, relación consigo mismo y con los otros”.⁶⁴¹ ¿Cuándo empezaba esa *puesta en juego* para el usuario o la usuaria de una biblioteca popular? ¿Cómo podemos describir, desde un punto de vista sociológico, a esos usuarios y usuarias? ¿Es posible documentar usos y apropiaciones de los textos que tomaban prestados?

Solos o en compañía, lectores y lectoras se apersonaban en la biblioteca al declinar la tarde. A continuación, entablaban diálogo con quien cumpliera el turno de bibliotecario o bibliotecaria, pronunciaban -acaso leían en un papel- el nombre de un autor o el título de una obra, o bien, pedían consejo, ya que no necesariamente sabían qué material solicitar. Incluso, en caso de saberlo, puede que la obra en cuestión “estuviese en falta”, de modo que asentaban constancia para que la misma fuese incluida en las solicitudes bibliográficas. Para retirar el ejemplar a domicilio debían acreditar asociación; sin embargo, en varias salas era común el préstamo “a personas conocidas en el barrio”. Es lógico suponer que el domicilio no fuera un escenario de lectura excluyente, sobre todo en primavera y verano, en una región generosa en plazas y espacios públicos. Un bar, una sala de espera, el lugar de trabajo: los escenarios y las situaciones de lectura eran muchos, en más de un caso, incluso, más confortables o luminosos que el domicilio.⁶⁴²

⁶⁴⁰ Acha señaló tempranamente la ausencia de un estudio de las apropiaciones lectoras en la clásica obra de Gutiérrez y Romero (1995), donde los libros de editoriales populares como Claridad configurarían por medio de sus mensajes una cultura popular relativamente conformista. Al postular al libro como “fermento de ideas” -de acuerdo a la pionera *La aparición del libro* de Martín y Febvre (1962)-, quedaba por fuera del análisis las modalidades en que estos mensajes se incorporaban a la cultura popular y sus respectivas resignificaciones, ver: Acha, José Omar, “La renovación de la historia del libro: la propuesta de Roger Chartier”, *Información, Cultura y Sociedad*, n° 3, 2000, pp. 61-74. Afortunadamente, la perspectiva de la historia de la lectura ha avanzado sustancialmente en las últimas décadas para el caso argentino: cfr.: Batticuore, Graciela, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, 2005; Parada, Alejandro, *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lectores, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2007; Cucuzza, Héctor Rubén y Sprengelburd, Roberta Paula (dirs.), *Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales*, Buenos Aires, Editoras del Calderón, 2012.

⁶⁴¹ Chartier, Roger, “Comunidades de lectores”, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Gedisa Editorial, Barcelona, 2005, p. 29.

⁶⁴² Homólogamente, los hábitos generados por la expansión urbana producían un nuevo estilo de lectura que, como sintetizó Fritzche para el caso berlinés, era “fragmentaria, libre, irreverente”. Fritzche, Peter, *Berlín, 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 215. Sobre prácticas cotidianas de lectura en el escenario urbano de Buenos Aires, ver.: Bontempo, Paula, “Hombres, mujeres y niños leen y cruzan la ciudad.

La segunda posibilidad, menos frecuente, era consultar material en sala -prensa, manuales y enciclopedias-, opción crecientemente aprovechada por estudiantes de niveles primario y medio.⁶⁴³ Más allá del estructural avance en las tasas de escolarización, hay un segundo factor, vinculado con la dimensión mercantil del libro y las oscilaciones del mercado editorial, que explica ese incremento: el de por sí elevado costo de los manuales escolares y las obras de consulta se profundizó más aún desde la segunda mitad de los años treinta. La CPBP debió enviar desde entonces frecuentes refuerzos de “obras de texto” a las salas. Si bien la comisión identificaba un desplazamiento con respecto a la “misión” de las bibliotecas populares -pues ese servicio correspondía a las salas escolares-, al mismo tiempo admitía que el acercamiento de pequeños y jóvenes constituía una oportunidad de vincularlos con el hábito de la lectura.⁶⁴⁴ Para los años cuarenta no había biblioteca de la región que no necesitase aprovisionarse de manuales y enciclopedias: el inspector De la Peña observaba que la BP Moreno de El Dique contaba con “muchos textos escolares muy gastados por el uso” y seguidamente aconsejaba una donación.⁶⁴⁵ La afluencia de escolares -“niños pobres de las escuelas de la zona” según los informes- parece haber sido común a todas las salas de la región, hecho que incidió en el incremento de las cifras de lectores hacia 1940-45 (ver cuadro 6.3 del anexo).

Además de escolares y estudiantes del nivel medio, debemos considerar entre el público lector a otras personas señaladas por la inspección: “mujeres que asisten a los cursos gratuitos”, “jóvenes obreros”, “adultos del barrio”. Es productivo establecer un diálogo con aquellos “nuevos lectores” del siglo XIX europeo identificados por Martyn Lyons como “mujeres, niños y obreros”, quienes se volcaron ávidamente a la lectura de novelas de folletín. Desde luego, para el caso argentino del siglo XX, además de desagregar por género, edad y clase social, se vuelve necesario intersectar el componente estudiantil en sus distintos niveles, que particularmente en la región estudiada, como vimos, asumía un peso considerable.

Prácticas de lectura cotidianas en Buenos Aires (1900-1950)”, en Ghirardi, Mónica, *Territorios de lo cotidiano. Siglo XVI-XX. Del antiguo virreinato del Perú a la Argentina contemporánea*, Rosario, Prohistoria, 2014, pp. 261-274.

⁶⁴³ Por ejemplo, en 1931 la biblioteca popular A. Iglesias de Villa Elisa, informó 228 “lectores a domicilio” y 89 en sala, “Villa Elisa. BP. Alejo Iglesias”, *El argentino*, 18/10/1931, p. 14.

⁶⁴⁴ *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria año 1936*, pp. 4-5. Una noticia publicada por *Caras y Caretas* destacó la numerosa presencia de “lectores y lectoras estudiosas” en las bibliotecas. A diferencia de unos veinticinco años atrás, cuando el estudiante “prefería la casa” debido a que los medios económicos y el costo de los libros de enseñanza facilitaban “tal manera individualista de aprender”, ahora, en cambio, los programas exigían una mayor suma de conocimientos, cosa que tornaba más difícil adquirir los textos y obras de consulta, cfr. “El problema de las bibliotecas públicas”, *Caras y Caretas*, 8/4/1939.

⁶⁴⁵ Exp. 476-D-18, Informe de inspección a cargo de W. De la Peña, 7/07/1945.

La pregunta por las maneras de leer, los usos y las apropiaciones, es, como en tantas ocasiones, la más compleja de contestar: la edad, el género, la clase social, el nivel de instrucción, el tipo de ocupación, resultan puntos de partida insoslayables. Lejos de pretender emprender esa compleja tarea, recuperamos a continuación algunas modalidades de esas “lecturas sin huellas” de usuarios y usuarias de bibliotecas de la región.⁶⁴⁶

Las lectoras tuvieron cada vez mayor presencia en las salas locales: en 1934, la BP Sarmiento reportó un 36% de usuarias, mientras que diez años antes, el porcentaje apenas representaba al 3% del público lector. En 1938, la CPBP informaba acerca de un “considerable” incremento de la concurrencia femenina en las bibliotecas de todo el país, “no sólo como usuaria” sino también “como factor inteligente de su gobierno y obrera insustituible de su dinamismo funcional”.⁶⁴⁷ El registro anual de más de 4.000 mujeres en la céntrica BP Sarmiento obedece a la creciente necesidad de consultar obras instructivas: estas lectoras *en ascenso* eran maestras, jóvenes empleadas, estudiantes del nivel medio y, crecientemente, del nivel universitario, sobre todo del área de Humanidades.⁶⁴⁸ Más aún, muchas estudiaban en la universidad popular de la asociación.

En salas barriales, el porcentaje de usuarias tendió a ser menor. En la biblioteca del barrio ferroviario Meridiano V, una planilla de salidas mensual de 1943 informa que el 20% de los préstamos se debió a 66 usuarias.⁶⁴⁹ El material bibliográfico prestado aparece desagregado sólo en tres ítems: “novelas” (20%), “novelas literarias” (41%) y “estudio” (39%). La curiosa distinción entre “novelas” y “novelas literarias” -posiblemente para señalar un conjunto de obras clásicas- es sintomática de la profusión del género abordada más arriba y sobre todo, de la apropiación de los criterios utilizados por las casas editoriales, cuyas colecciones solían aludir a “clásicos universales” u “obras selectas”.

El expediente de esta sala incluye una representación gráfica de una joven lectora, inclinada armónicamente sobre su libro, realizando una lectura silenciosa y reconcentrada en

⁶⁴⁶ Chartier, Roger, “Lecturas y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica”, en Chartier y Cavallo, op. cit., pp. 470-493.

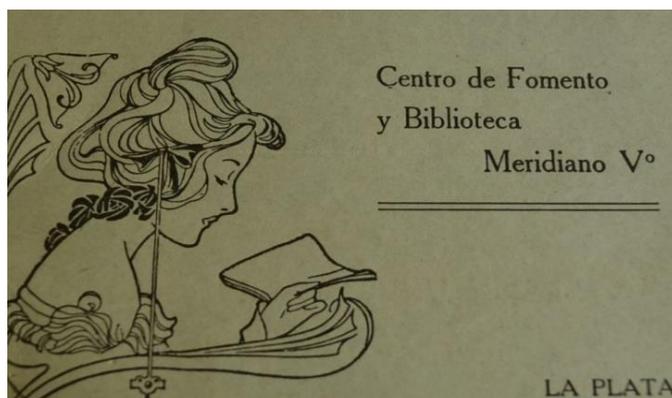
⁶⁴⁷ “Nuevas orientaciones para las estadísticas del movimiento de libros”, en *Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria año 1938*, p. 15.

⁶⁴⁸ De 12.980 lectores anuales informados durante el año 1934, 4629 fueron mujeres y 8351 varones, cfr. *Memoria de la A. Sarmiento de 1934*, p. 41. Al iniciar sus estudios en la Facultad de Humanidades, el guatemalteco Arévalo se sorprendió ante el alto número de “señoritas”: “La muchachada guatemalteca del año 26, compuesta solamente de varones, actuaba con más desenfado, mientras que aquí teníamos obligación de mayor compostura en las palabras, en los temas, en los ademanes, en el tono de la voz”, en Arévalo, op. cit., p. 133.

⁶⁴⁹ En abril de 1943, Meridiano V informó un 20% de lectoras, Planilla mensual de lectores, Exp. 99-L-40.

la intimidad (imagen 6.3). Posiblemente una usuaria de la biblioteca, entregada a los pormenores de una de las tantas novelas que conformaban su catálogo, el cual contenía numerosos títulos de A. Dumas, A. France, J. Verne, J. Benavente, E. Gutiérrez, H. Wast, A. de Musset y J. M. Pereda.⁶⁵⁰

Imagen 6.3.1 Pieza gráfica de biblioteca, ca. 1940



Fuente: Exp. 99-L-40.

El gesto replegado de la lectora remite, en algún punto, a las representaciones renacentistas de la lectura silenciosa, la cual, según Chartier, era denominada con verbos del arrobamiento como “encantar, maravillarse, embelesarse”, ya que a diferencia de la lectura en voz alta, se presupone que ese modo de leer desvanecía las fronteras entre el mundo real y el imaginario.⁶⁵¹

La atracción de las lectoras por los “libros de imaginación” constituye el *leitmotiv* de un conjunto más amplio de fuentes textuales y visuales de la época que en muchos casos reactualizan esa representación. Por medio de un desplazamiento, es posible (y preciso) recuperar apropiaciones de lectura de jovencitas contemporáneas. En las memorias de Marta Mercader, joven a fines de los treinta en un ambiente social “provinciano” como el platense, que siguiendo su narración, establecía rígidas pautas de conducta y rituales para las jóvenes de sectores medios, el acto de lectura aparece cifrado en términos de liberación y alivio, en clave

⁶⁵⁰ Exp. 99-L-40, Catálogo de obras por autor al 30/09/1948.

⁶⁵¹ Chartier, “Lecturas y lectores (...)”, op. cit.

con lo que Lyons sintetizó, para el caso de las lectoras europeas de folletines como la “conquista de un espacio autónomo”.⁶⁵²

Pero volviendo a nuestras usuarias, resulta interesante poner en diálogo la representación gráfica de Meridiano V, con otra representación visual contemporánea (imagen 6.4.), publicada en *Mundo Argentino* en la ya mencionada entrevista a Echagüe, titulada “Ahora los libros van hacia el pueblo”.

Imagen 6.3.2 Mujer leyendo a un niño



Fuente: AHD-CONABIP, *Mundo Argentino*, 13/05/1941.

La fotografía construye una escena de lectura distinta. Con la luz del día, una mujer adulta lee en voz alta a un niño. Las dimensiones del tomo encuadrado, provisto por la biblioteca, hacen pensar en un novelón decimonónico. Su inclusión en la reseña refleja el ánimo por ilustrar el amplio alcance del material disponible en las bibliotecas populares. Pero aún así la fuente aloja la potencia de situar otras prácticas de lectura distintas a la ensimismada y silenciosa de la jovencita, más largamente representada. La lectura representa aquí un momento

⁶⁵² “*Los hijos del Capitán Gran* de Julio Verne me divertieron; *Los miserables* de Victor Hugo me exaltaron y me acongojaron; después, suspiré con los patéticos amores de Gustavo Adolfo Bécquer...Es decir, había descubierto el placer de la lectura y todavía no había terminado la Escuela Primaria (...) En la Secundaria, la afición creció. Leer me soliviantaba, me potenciaba, me purificaba y me desorientaba con sus invitaciones inesperadas, en medio de una impaciencia silvestre por apurar la vida”, en “Rompecabezas”, en Mercader, Martha, *Para ser una mujer*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

de las tareas de cuidado hacia los más pequeños de la familia. Funciona como una invitación a considerar modalidades de lectura más fragmentarias, acopladas con los ritmos de las labores domésticas, las tareas de cuidado y/o los diversos trabajos fuera del hogar.

Jóvenes obreros, estudiantes, estudiantes-obreros fueron usuarios mayoritarios de las bibliotecas populares, y como demostramos, en más de un caso fueron sus principales impulsores. Para ellos, la lectura en solitario de novelas de aventuras y realistas pudo ser el corolario de largas jornadas de trabajo, de militancia y estudio, de trabajo y deporte, etc. Cuando José Luis Romero destaca la seducción que los autores rusos y, sobre todo, Dostoievski, ejercían en la imaginación de quienes, reunidos en una barriada popular, “veían hervir las inquietudes sociales del mundo a través de su propia experiencia inmediata”, no es difícil imaginar a los jóvenes patrocinadores de la biblioteca Vicente de Tomaso o Henry George.⁶⁵³

Entre estos jóvenes, aquella práctica solitaria se alternó con lecturas intensivas, requeridas para el aprendizaje de monólogos shakespearianos o de los cómicos pasajes de Florencio Sánchez; lecturas ensayadas en voz alta, en grupo, destinadas a la posterior puesta en escena. Lo mismo cabe para las declamadoras, cuyo material de recitación era extraído de las bibliotecas de las asociaciones donde luego acontecían las veladas literarias.

Teniendo en cuenta que en las bibliotecas la trama de sociabilidad está compuesta por “figuras entretajadas por la tradición oral y la cultura letrada”, como bien sintetiza Quiroga⁶⁵⁴, resultaría incluso insólito que las lecturas realizadas en solitario no se tornasen objeto de conversación, con su consecuente “efecto contagio”. Los clubes de lectores florecían y se marchitaban, sin dejar demasiadas huellas. O dejando muy pocas. El último bimestre de 1942, un 10% de los préstamos de la biblioteca del Circulo Ensenadense de Ajedrez (1924) correspondió a obras de Stephan Zweig.⁶⁵⁵ Esta asociación alquilaba el primer piso de un salón ubicado en la calle principal de Ensenada y contaba con una masa de asociados exclusivamente masculina. Sus componentes más jóvenes eran los principales usuarios de la BP Mitre, que funcionaba en una pequeña sala anexa al salón de juego, de 20 a 22hs. Con veinte socios

⁶⁵³ Romero, José Luis, “La revolución de posguerra”, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Ediciones Solar, Bs. As., 1983, p. 149.

⁶⁵⁴ Quiroga, op. cit., p. 467.

⁶⁵⁵ El popular escritor austríaco, que había visitado el país en 1936 y 1940, se había suicidado en Brasil pocos meses antes, cuando el desarrollo de la guerra presagiaba el triunfo del nazismo. En abril de 1942, el programa radial de la CPBP dedicó una de sus audiciones a su figura, con una conferencia estuvo a cargo de Alfredo Cahn, traductor de su obra, titulada *La Prensa*, 04/04/1942, p. 72.

retirando sus obras, la salida de Zweig destaca por sobre cualquier otro autor. El austríaco era publicado por Tor en los años treinta y cuarenta; su popularidad se debía a sus novelas y biografías traducidas por Alberto Cahn, quien a pocos meses de su fallecimiento homenajeó su memoria con una conferencia en el programa radial de la CPBP titulada “Stefan Zweig: un hombre bueno”. Cierta furor póstumo pudo motivar las salidas, también las conversaciones y recomendaciones entrelazadas en torno a los rituales del “juego ciencia”. Yendo más lejos en el terreno de las conjeturas, la afición de Zweig por el juego -cuya última novela se tituló, precisamente, *Novela de ajedrez*-, pudo haber sido significativa para estos usuarios.

En síntesis, ir tras las huellas de las usuarias y los usuarios es una tarea ardua por la ostensible falta de evidencia y los riesgos metodológicos asociados.⁶⁵⁶ Pero esta preliminar incursión, que será preciso continuar desandando, nos confronta con plurales maneras de leer que, como mínimo, desestabilizan las frecuentes dicotomías de las que el público lector fue objeto en la opinión pública, las representaciones de la CPBP e incluso de las propias bibliotecas.

6.4 Consideraciones finales

Aunque en el terreno de las representaciones las bibliotecas asumieran un permanente aura de sacralidad -“santuarios del espíritu”- presuntamente alejada de la mercantilización de la cultura, algunos de sus documentos nos devuelven un rostro más profano, ligado a las lógicas del mercado impreso. Confeccionar listados, comparar valores y recibir encomiendas de libros, eran quehaceres usuales para los animadores de salas protegidas por la Ley 419. La cultura letrada estaba imbricada con los avatares de un mercado editorial en expansión, al cual las bibliotecas populares, por intermedio de sus compras, contribuyeron en buena medida a expandir.

Desde los listados de libros, conformados por un contundente porcentaje novelas y de literatura infantil, asoman las decisiones de los animadores culturales y también las demandas del público lector, fragmentos de sus necesidades, sus intereses, y sobre todo, de su heterogeneidad. De manera análoga a las bibliotecas, el público lector fue objeto de extensas representaciones y guarismos institucionales; como suele suceder, sus identidades y prácticas de lectura se tornan bastante enigmáticas. En pos de comenzar a descifrarlas, es preciso partir

⁶⁵⁶ Sobre esto, ver Chartier, op. cit, pp. 492-493.

de las clásicas variables sociológicas de edad, género, clase y niveles de instrucción, pero además, recuperar el peso explicativo específico de otros fenómenos y prácticas culturales que excedían y en algún sentido también retroalimentaban el circuito libresco, como el entretenimiento cinematográfico.

Cartografiar otras maneras de leer, complejizar usos y situar apropiaciones textuales, es una de las complejas pero fructuosas tareas en las cuales será preciso continuar indagando desde la especificidad de las bibliotecas populares y que posibilita, como mínimo, desestabilizar pares antinómicos heredados como el de “instrucción-entretenimiento”.

A inicios de los años cuarenta, los inspectores de la CPBP no ahorran consejos para que las salas “mejorasen” sus colecciones bibliográficas. Si bien “los libros de imaginación” ocupaban el altar del gusto popular, las “salas públicas de lectura” debían atender las eclécticas necesidades de un público lector cada vez más heterogéneo.

Anexo documental del sexto capítulo

Cuadro 6.1 Libros y público lector, período 1926-1929

Institución	Lectorado trimestral	Libros y folletos	Año
BP. Sarmiento	1200	6981	1926
BP. M. Moreno	1000	900	1928
BP. El estudiante	900	2650	1928
B.P. A. Iglesias.	300	1650	1928
B.P. Alborada	288	2200	1929

Cuadro 6.2 Libros y público lector, período 1935-1938

Institución	Lectorado trimestral	Libros y folletos	Año
BP. Sarmiento	3554	18000	1935
BP Pestalozzi	900	1700	1938
BP. El estudiante	500	3500	1935
BP. Club YPF	423	3600	1937
BP. A. Iglesias	s/d	4267	1936
BP. Circunvalación	300	1215	1935
BP. J.V. González	300	863	1935
BP Alborada.	200	2500	1935
BP. M. Moreno	180	2030	1935
BP. Ateneo Popular	s/d	1420	1937
BP. Mitre.	s/d	600	1937

Cuadro 6.3 Libros y público lector, período 1940-1945

Institución	Lectorado trimestral	Libros y folletos	Año
BP. Sarmiento	s/d	20000	1940
BP. J.V. González	744	3520	1945
BP. A. Korn	630	3328	1945
BP. M. Moreno	558	2560	1943

BP. Meridiano V	466	3500	1945
BP. El estudiante	459	7300	1945
BP. Club YPF	456	8062	1945
BP. San Martín	450	10450	1945
BP. A. Iglesias	326	4624	1945
BP. Alborada	395	10200	1943
BP. Mitre	336	1123	1945
BP. Circunvalación	216	2250	1945

Fuente: elaboración propia en base a los informes de inspección de cada BP.

Conclusiones

“Los centros recreativos, los de deportes, y otras tantas instituciones que en su forma acusan proporciones modestas, pero en su espíritu nobles y grandes aspiraciones, llenan un cometido de difusión cultural tan importante que bien puede decirse que constituye un sistema docente de fácil asimilación (...) Es por ello que estos centros culturales y deportivos en su generalidad tienen en la pequeña biblioteca de barrio el motivo central de su personalidad”.⁶⁵⁷

Este fragmento periodístico de 1931 nos da pie para hilvanar algunos de los ejes recorridos a lo largo de esta investigación. El periodista reconoce en el abanico de asociaciones vecinales un objetivo común: la difusión cultural, y un dispositivo material clave para garantizarla: “la pequeña biblioteca de barrio”. En esta modulación un tanto folclórica, alineada con las representaciones de “lo barrial” florecientes en la prensa platense de inicios de los treinta, la biblioteca aparecía territorializada -era *parte* del barrio- y también institucionalizada -*parte* de los centros culturales y deportivos-. Más allá de la enunciación singular, desde luego el periodista celebraba su multiplicación. Sin que haya sido un objetivo de esta investigación analizar los itinerarios de la prensa local, nuestro recorrido permite señalar que al menos los diarios *El Día* y *El Argentino* fueron agentes activos en la configuración del circuito asociativo local: brindaban cotidianamente información acerca de las actividades de las entidades, celebraban las prácticas de asociación vecinal e incluso instaban al vecindario a constituir asociaciones de fomento o garantizar el funcionamiento de una biblioteca, como vimos en el primer capítulo.

La constatación empírica de la existencia de más de cuarenta bibliotecas populares en la región platense durante entreguerras es un punto de llegada de esta tesis. Partíamos de la hipótesis de que las bibliotecas populares son prismas a través de los cuales era posible describir y analizar un repertorio de sociabilidades y prácticas culturales que se hibridaron con particular vigor en este período. Aquel repertorio probó su contundencia en el nivel empírico.

A diferencia de otros países en los cuales el estado fue el protagonista de la consolidación de una red bibliotecas públicas, en Argentina la iniciativa y la administración de

⁶⁵⁷ “El aniversario de la ciudad”, *El Argentino*, 19/11/1931, p. 4.

bibliotecas quedó, a partir de la Ley 419 de 1870, en manos de las asociaciones de la sociedad civil. La capital bonaerense, fundada doce años más tarde, materialización urbana de la misma matriz ideológica liberal orientadora de la Ley 419, dio muestras desde el comienzo, aún con escasa población (acaso precisamente por eso), de aquel vigor asociativo característico de la región de la pampa húmeda.

De modo pronunciado a partir de la década de 1910, proliferaron en la región tres tipos de asociaciones: asociaciones de fomento, clubes deportivos y centros culturales. Surgían en vecindarios céntricos, barriadas ferroviarias, localidades portuarias. Casi todas estas entidades fundaban bibliotecas.

Esta heterogeneidad propia del objeto -territorial e institucional, en primer término- se presentó como un poderoso interrogante: ¿qué indicaba el hecho de que tanto un modesto club suburbano como una distinguida asociación cultural del centro se embarcaran en la misión de “difundir cultura”? ¿Se trataba sólo de libros? En las fuentes la “cultura” aparece como coherente, sistemática, consensual, como un objeto no ideológico; pero, como cualquier otro (o como ningún otro), el concepto acumula un proceso conflictivo de construcción de significado donde intervienen actores diferencialmente posicionados.

Esta investigación se adentró en esa heterogeneidad territorial e institucional, intentando, en ese despliegue, otorgar valor analítico a esas dimensiones. En el primer capítulo, reconstruimos el surgimiento de decenas de entidades fomentistas fundadas para promover el “progreso” de sus zonas de influencia. El “progreso”, además de las gestiones edilicias, se tradujo en la promoción de instancias de instrucción y recreación para el vecindario. De manera que estas entidades se contaron entre las primeras en patrocinar bibliotecas y cursos de instrucción en una trama urbana que se expandía al calor de las actividades políticas, administrativas y educativas, pero también, como precisamente dejan entrever estas mismas entidades, ferroviarias, portuarias y de servicios, en correlato con una economía de matriz agroexportadora.

Patrocinados por grupos de varones jóvenes, fundados para fomentar “la cultura física” surgieron en entreguerras decenas de clubes consagrados a la popular práctica de fútbol. En simultáneo, y animados por la necesidad de recaudar fondos para garantizar la práctica deportiva, auspiciaron torneos atléticos, festivales, picnics y bailes. Al calor de esas prácticas recreativas, los clubes se fueron configurando como ámbitos claves de las sociabilidades barriales: el vecindario en general, aún las personas que no fuesen socias, asistían a los convocantes torneos atléticos de los años veinte, a las kermesses o a la sala pública de lectura.

Sobre todo para sus dirigentes y jugadores, el club se configuró como un vector identitario poderoso. El objetivo de “elevar el nivel intelectual del barrio” se materializó en la fundación de bibliotecas y el patrocinio de cursos gratuitos. Al menos catorce clubes deportivos de la región abrieron salas de lectura en el período 1935-1945, tras varios años de funcionamiento. La dimensión de lugar destacada por Agulhon aparece como un factor analítico clave: a diferencia de las entidades fomentistas, los clubes desarrollaban sus prácticas en campos de deportes diseminados por la trama urbana. La instalación de una biblioteca requería de un espacio físico donde reunir los libros y garantizar la consulta del público lector. Si algo caracterizó a la mayoría de esas salas, fue su modestia y provisionalidad: se improvisaron en secretarías y las mudanzas fueron usuales, como informan las inspecciones de la CPBP.

Las asociaciones culturales abordadas en el tercer y cuarto capítulo indican formaciones originarias más heterogéneas: un centro lírico-dramático, un centro cultural socialista y una “biblioteca cultural” ligada al reformismo universitario. En estos casos las bibliotecas fueron el ámbito específico desde el cual sus animadores intervinieron en la esfera pública a través de un nutrido circuito de conferencias a cargo de catedráticos universitarios, con gravitación de intelectuales reformistas y/o socialistas. Estas entidades motorizaron distintos homenajes a “ciudadanos ilustres”, dentro de los cuales advertimos la centralidad del “culto almafuerteano”. Asimismo, impulsaron distintas comisiones pro-monumento y extensas campañas de profilaxis social. Euforión, Alborada y el club Ateneo Popular encabezaron, junto a numerosas entidades estudiantiles y obreras, campañas antibélicas con motivo de la Guerra del Chaco, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial.

Con todo, este tríptico de entidades culturales no dejó de auspiciar prácticas deportivas y lúdicas que desbordaban la dimensión letrada de la cultura: juego de billares, kermesses, festivales artísticos, picnics, funciones de cinematógrafo, torneos ciclistas y carnavales. Así, si las representaciones difusionistas de la cultura se reiteran por doquier en estatutos, reglamentos y notas de prensa -retomando, por caso, el artículo transcripto-, al mismo tiempo, en el nivel empírico, las prácticas patrocinadas por los tres tipos de asociaciones estudiadas indican que la cultura, parafraseando a Williams, era en cierto sentido algo más *ordinario*.⁶⁵⁸

Lejos de la mera gratuidad mundana, estas prácticas de sociabilidad eran fundamentales para el sustento económico de las entidades y/o de sus bibliotecas. La motivación material resulta inescindible de su articulación simbólica: las efemérides patrias y los aniversarios

⁶⁵⁸ “Culture Is Ordinary”, *Resources of Hope: Culture, Democracy, Socialism*, Londres, Verso, 1989, pp. 3-14.

urbanos fueron, año tras año, motivo de reunión bajo las plurales formas de la *matinée* danzante, el torneo atlético o el festival artístico. En este sentido, siguiendo el planteo de Bertoni, nuestra investigación documentó ciertas formas específicas de “traducir lo nacional en prácticas cotidianas”, y análogamente, dio cuenta de ciertas confluencias identitarias entre lo “nacional”, “lo institucional” y “lo barrial”.⁶⁵⁹

Por otra parte, en el nivel específico de la interacción social, fue posible explorar el despliegue de un conjunto moralidades y patrones de conducta considerados “decentes”, que recaían con particular ahínco sobre las “señoritas”. Al mismo tiempo, asumiendo cierta perspectiva bajtiniana, una forma “indecente” de bailar o una manera “por demás incorrecta” de reclamar un premio en una prueba pedestre, podrían encarnar cierto tipo de resistencia, de malicia o actividad lúdica en los márgenes de las estructuras de dominación.⁶⁶⁰

De acuerdo a nuestro recorrido, otros dos aspectos fueron comunes a las asociaciones estudiadas. El primero está vinculado con las formas de circulación de la política. La defensa de la prescindencia política fue una marca de identidad y legitimidad de las asociaciones, consagrada en los primeros artículos de los estatutos. Como en otros casos, registramos amplios niveles de interacción con el ámbito político-partidario: las gestiones de ciertos asociados con influencias políticas derivaron en el acceso diferencial a subsidios públicos, como demostró el paradigmático caso de la Asociación Sarmiento. En este sentido, al ser la ciudad la sede de residencia de los poderes públicos provinciales, y teniendo en cuenta que muchos de sus animadores formaban parte o tenían contactos con esos ámbitos, las interacciones con los poderes públicos locales y provinciales fueron acentuadas, sin que aquel mecanismo se presentase, para los actores, en tensión con la prédica de apoliticidad institucional.

Hay otra dimensión de la politicidad que advertimos en el transcurso de la investigación y que se aloja en el nivel de las apropiaciones de los actores y de las nominaciones institucionales. En ciertos casos los animadores culturales se apropiaron de la presunta “apoliticidad” de la asociación para acceder a la protección de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, como demostró el tránsito del centro socialista Vicente de Tomaso hacia la asociación cultural Alborada, en cuyas prácticas cotidianas la influencia del socialismo

⁶⁵⁹ Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, Buenos Aires, FCE, 2007, p. 102.

⁶⁶⁰ Seguimos aquí la perspectiva antropológica de Ortner que combina tanto los aportes gramscianos de la cultura como hegemonía, como los estudios sobre cultura popular de perspectiva bajtiniana, cfr. Ortner, Sherry, “Thick Resistance: Death and the Cultural Construction of Agency in Himalayan Mountaineering”, en: Ortner, S. (ed.), *The fate of “Culture”: Clifford Geertz and beyond*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1999.

continuó siendo notoria. Un panorama similar arrojó el caso de Euforión: los jóvenes universitarios hicieron uso de la “apoliticidad” de la obra cultural como carta de inmunidad en tiempos de clausura política e intervención universitaria. Esa “apoliticidad” les permitió pronunciarse contra el avance de la dictadura uriburista en la casa de altos estudios, realizar declaraciones contra el fascismo, la exoneración de docentes o el reclutamiento de escolares por parte de la Legión Cívica.

Los casos de las bibliotecas Henry George o Vicente de Tomaso, en la década del diez, indicaron que en el nivel de las nominaciones originarias se alojan pistas sobre las identidades políticas de sus patrocinadores, las cuales, como constatamos, tendieron a atenuarse en las décadas sucesivas. No necesariamente porque perdieran vigencia para los propios actores, lo cual de todas maneras se vuelve difícil de comprobar empíricamente, sino porque una nominación más matizada posibilitaba, en primer lugar, el acercamiento de más adherentes, pero también, acceder al fomento del estado. Un dato muy significativo, en esta última dirección, reside en el hecho de que uno de los requisitos exigidos por el gobierno provincial a partir de 1944 fuese que las salas debían adoptar un nombre referido a una personalidad argentina. Bibliotecas como Sarmiento, Joaquín V. González o Mariano Moreno (El Dique) los habían incorporado desde el vamos, mientras que otras debieron atenerse a la norma para acceder al fomento. El cambio de nominación resulta ilustrativo del poder estructurante del estado provincial en relación al fomento de bibliotecas. Salas que conservaban el nombre del barrio homónimo, como Circunvalación, pasaron a denominarse “Nicolás Avellaneda”. Las más ligadas a la tradición socialista como Alborada -desde entonces, “Florentino Ameghino”- o Euforión -“Juan Bautista Alberdi”-, como queda ilustrado, hicieron una elección cara a su propio panteón.

Un segundo elemento que nuestro recorrido reveló está ligado al permanente patrocinio de formas de instrucción popular por parte de las entidades. Desde la escuela popular de artes y oficios femenina patrocinada en los años diez hasta los cursos para analfabetos auspiciados en Villa Rivera a fines de los treinta, pasando por aquellos destinados a la primera infancia euforionista, se evidencia que las numerosas prácticas de instrucción popular funcionaron como un sistema de transferencia e intercambio de capital cultural entre habitantes de la región. La impronta del reformismo universitario aparece plasmada en el auspicio de “universidades populares” de Sarmiento y Alborada, con una formidable oferta instructiva sostenida por maestras, estudiantes universitarios, obreros técnicos, profesores y profesoras de artes y oficios.

Lo anterior nos da pie para introducir un tercer elemento puesto en relieve por nuestras fuentes, de las cuales se dedujo que el repertorio de actores vinculados a las asociaciones no era analíticamente reductible a sus elencos dirigenciales, cuyos discursos y prácticas de distinción han sido más analizados. En este sentido, destacamos la construcción de los dirigentes como ejemplos de determinadas virtudes morales, asociables con el repertorio identitario de la clase media articulada públicamente hacia mediados de siglo. Por otro lado, las inéditas fuentes presentadas han contribuido a poner de relieve el protagonismo asumido por las mujeres y las infancias de los barrios. Con respecto a las modalidades de participación femenina, fueron singulares en cada entidad: mientras en Euforión o el club Sp. Villa Rivera las comisiones “auxiliares” femeninas se conformaron a fines de los veinte, en el club Ateneo Popular las “señoras y señoritas” organizaban eventos sin nuclearse en una comisión. Así, sus prácticas quedan condenadas a cierta evanescencia, pues sólo son empíricamente registrables por medio de una ocasional mención en prensa o un testimonio visual. En el nivel más irreductible, el de las experiencias, las fuentes sugieren una compleja coexistencia entre moralidades tuteladas y agenciamientos femeninos en el seno de las entidades.

De manera pronunciada a partir de la década del treinta, niños y niñas fueron asumiendo marcado protagonismo en las prácticas y los discursos institucionales. Específicamente las bibliotecas se autoconcibieron y funcionaron cada vez más como complementos de las escuelas del barrio. Esto se tradujo en permanentes donaciones de libros, útiles y guardapolvos; gestiones y campañas para mejorar los edificios escolares, patrocinio de cursos de apoyo escolar y premiación a sus mejores alumnos y alumnas.

Y esta última evidencia nos da pie para consignar que ha sido una tarea desafiante delimitar la especificidad del dispositivo bibliotecario, con sus silenciosos anaqueles, en las bulliciosas dinámicas institucionales. Por cierto, testimonios visuales como el aportado en el segundo capítulo, en el cual la biblioteca y el billar ocupaban la misma sala, no coadyudaban en esa dirección. Tampoco la improvisada secretaría del club Sp. Villa Rivera, atiborrada de libros, sin el mobiliario de rigor. En las vicisitudes por disponer de un lugar estaban involucrados, sobre todo (aunque el cuadro no es excluyente), los clubes. Pero la disposición de un lugar para reunir los libros y recibir al público lector apareció como una problemática usual para el conjunto de las entidades, que sólo después de muchos años lograban adquirir “la casa propia”.

Para la provisión del material de lectura sus animadores apelaron a las donaciones de vecinos e instituciones: en ese tren, organizaron numerosas matinées, días y semanas “del libro”. En simultáneo, procuraron acceder a los beneficios de la Ley 419, por intermedio de la CPBP; y desde 1944, a la protección dispensada por el estado bonaerense vía Ley 4688. Considerando que muchas salas de la región accedieron a los beneficios de ambas leyes, el poder estructurante del estado en relación al fomento de bibliotecas aparece como un punto de llegada hacia 1945.

Pero, ¿en qué prácticas concretas se traducía ese fomento del estado? Los catorce legajos de bibliotecas protegidas por la CPBP entre las décadas del diez y del cuarenta, en diálogo con memorias institucionales de dicha Comisión, nos permitieron delimitar a lo largo del quinto capítulo que fue en el acceso al material de lectura donde el estado nacional ejerció un rol específico, el cual tendió a intensificarse a fines de los treinta. Para las bibliotecas, la protección implicaba la posibilidad de comprar libros a menor costo, recibir remesas bibliográficas gratuitas y eventualmente asesoramiento técnico por medio de las visitas de inspección.

Los informes de inspección funcionaron como una valiosa fuente para ampliar nuestro conocimiento del material de lectura y del público lector de las bibliotecas de la región, aspectos que en las fuentes institucionales o en la cobertura de la prensa, como mencionamos antes, revestían opacidad. En segundo lugar, leídos en clave sistémica, nos permitieron tematizar una tensión entre la pretendida selectividad bibliográfica pregonada por los inspectores y los libros reales que observaban en los anaqueles de las salas: folletos, ediciones rústicas, “novelas de toda índole”.

Las observaciones de los inspectores capturaban una trama desbordante: la vinculada a la cultura de masas; más precisamente, con la reproducción en serie de prensa y literatura barata. En un mercado editorial en plena expansión, la literatura de bajo costo llegaba, por múltiples caminos, a los estantes de las bibliotecas. Uno de esos caminos era, en efecto, las compras que las entidades realizaban por intermedio de la propia comisión. Para concretarlas, los patrocinadores de bibliotecas llevaron a cabo, cotidianamente, un conjunto de prácticas novedosas: confeccionaron listados de libros, compararon valores, redactaron correspondencia y recibieron las respectivas encomiendas.

Tomando como fuente a las solicitudes de libros elevadas a la CPBP, advertimos la predilección por adquirir novelas de bajo costo y literatura infantil, en correlato con la creciente afluencia infantil a las salas. Estas fuentes nos permitieron destacar puntos de contacto entre

las bibliotecas y el popular entretenimiento cinematográfico: los pedidos de ciertas novelas presentaban cercanía temporal con los estrenos cinematográficos de las películas homónimas.

Situamos el interrogante por las prácticas concretas de los lectores y las lectoras desde la especificidad de las bibliotecas. Este interés se configuró a largo del procesamiento documental, ya que advertimos que el público lector quedaba en cierto sentido apresado entre guarismos y representaciones. Sin ánimos de establecer generalizaciones, intentamos una aproximación acotada a maneras de leer de lectores y lectoras de las bibliotecas estudiadas. La pluralidad evidenciada en ese terreno, permite desestabilizar aquella dicotomía entre una lectura útil y otra frívola, discursivamente gravitante en los años de estudio.

Por último, a partir del recorrido realizado a lo largo de los distintos capítulos, no parece aventurado afirmar que las bibliotecas populares de la región platense epitomizan las yuxtaposiciones entre las dimensiones culta, popular y masiva de la cultura de entreguerras.

Fuentes

Expedientes de bibliotecas populares

Correspondientes al fondo documental de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares,
Ministerio de Cultura de la Nación:

Expediente n° 33-B-47
Expediente n° 99-L-40
Expediente n° 170-L-36
Expediente n° 177-L-33
Expediente n° 182-E-30
Expediente n° 221-L-14
Expediente n° 264-L-33
Expediente n° 319-L-30
Expediente n° 326-L-18
Expediente n° 342-V-20
Expediente n° 387-L-37
Expediente n° 423-E-30
Expediente n° 468-L-17
Expediente n° 476-D-18

Documentos de asociaciones culturales, clubes y bibliotecas

Centro Musical Martín J. Iraola. Reseña: catálogo general de biblioteca popular y reglamentos, La Plata, Taller de impresiones oficiales, 1906,

Asociación Sarmiento. Memoria anual del ejercicio 1926, La Plata, s/d, 1927

Asociación Sarmiento. Memoria anual correspondiente al período 1931, La Plata, s/d, 1932

Foja de correspondencia de la Federación Amateur Platense de Foot-Ball (1927)

Libro de recortes del club Ateneo Popular (1927)

Libro de actas de sesiones ordinarias del club Ateneo Popular (1925-1930)

Euforión. Órgano oficial de la biblioteca cultura Euforión (1931-1932)

Cuaderno de recortes de la biblioteca cultural Euforión (1927-1951)

Libro de actas de la comisión auxiliar de señoritas de la biblioteca Euforión (1936-1940)

Horizontes. Publicación mensual del Club Sportivo Villa Rivera (1936-1937)

Memoria y Balance del Centro de Fomento y Biblioteca Meridiano V, La Plata, s/d, 1938

Diarios y revistas

El Argentino (1914-1945)

El Día (1914-1945)

Nuestro Mundo (1924)

El Arca (1927)

El Monitor de la Educación Común (1939).

La Literatura Argentina. Revista Bibliográfica (1928-1930)

Caras y Caretas (1936-1938)

La Nación (1938)

La nueva provincia (1938)

Revista Antena (1939)

La Vanguardia (1940)

El País (1940)

Mundo Argentino (1941)

La Prensa (1944)

Memorias, ensayos y relatos

Arévalo, Juan José, *La Argentina que yo viví* [1927-1924], México D.F., Edición Carlos Balleza, 1974.

Arlt, Roberto, *El juguete rabioso*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993.

—————, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*, Buenos Aires, Alianza, 1993.

—————, *Notas sobre el cinematógrafo*, Buenos Aires, Ediciones Simurg, 1997.

Arrieta, Rafael Alberto, *La ciudad del bosque. Viñetas platenses*, Biblioteca Humanidades, Tomo XVI, La Plata, 1935.

Blasco Ibáñez, Vicente, “La Plata: improvisación brillante, locura grandiosa”, en *Argentina y sus grandezas*, Madrid, La Editorial Española Americana, 1910, pp. 530-533.

Borges, Jorge Luis, “La biblioteca de Babel”, *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1984 [1944].

Bozarelli, Oscar, *Ochenta años de tango platense*, La Plata, Editorial Osboz, 1972, p. 48.

Capdevila, Arturo, *Loores platenses. En el cincuentenario de la fundación de La Plata*. La Plata, Editorial Cabaut y Cía., 1932.

Cónsole, Alfredo, *El bibliotecario y la Biblioteca. Fundación y Organización de Bibliotecas Populares*, Buenos Aires, Ed. Tor, 1928.

Díaz González Argentino, *Autores y artistas platenses*, Tomo I, Buenos Aires, Editorial Minerva, 1930.

Domínguez, Fulgencio, “Plano de la ciudad de La Plata”, La Plata, Taller de Publicaciones Oficiales, 1932.

Gache, Roberto, *Baile y filosofía*, Buenos Aires-Madrid, Babel, 1928.

Giménez, Miguel Ángel, *Nuestras bibliotecas obreras*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1932.

Giménez, Miguel Ángel, “Qué Hacer de las Horas Libres: Una Actividad útil para la mujer”, *Vida Femenina*, año VI, n°61, pp. 6-7.

Mercader, Martha, *Para ser una mujer*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

Napolitano, Américo (editor), *Quién es quién en La Plata*, La Plata, Edición de autor, 1972.

Oitaven, Alberto, *La Plata, ciudad ideal*, La Plata, 1941.

Portogalo, José, “Maleta”, *Tregua*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1933.

Rey, José María, *Ciudad armoniosa*, La Plata, Talleres Impresiones Oficiales, 1939.

Scenna, Nicodemo, *Sembrando ideales. En el 25° aniversario de la Biblioteca Cultural Euforión*, La Plata, Escuela de Artes y Oficios, 1952.

Sureda, Jaime, *La Plata. La edad de mi infancia*, La Plata, Ramos Americana Editora, 1982.

Szelagowski, Miguel Blas, *La Plata, los años veinte*, La Plata, Librería Editora Platense SRL, 1979.

Publicaciones oficiales

Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914/1915, La Plata, Taller de Publicaciones Oficiales, 1915.

Boletín de Estadística Municipal, La Plata, Taller de Publicaciones Oficiales, 1931.

Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria. 1915 y 1916, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía, 1917.

La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Noticia histórica y memoria 1931-1932, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, 1932.

Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1935, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, 1936.

Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1936, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, 1937.

Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Memoria de 1938, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso, 1939.

Primer Congreso Provincial de Bibliotecas Populares, La Plata, s/d, 1951.

Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914, Tomo II: "Población", Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1916.

Cuarto Censo Nacional, Tomo I: "Población", Publicación de la Dirección Nacional del servicio estadístico, Buenos Aires, 1948.

IV Censo Escolar de la Nación. Resumen General de toda la República, parciales de la Capital Federal y Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Consejo Nacional de Educación, 1948.

Archivos, hemerotecas y bibliotecas consultados

Archivo histórico digital de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares.

Fondo documental de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares.

Archivo histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene.

Hemeroteca de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata.

Sala La Plata de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata.

Hemeroteca de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires.

Biblioteca central del Palacio municipal López Merino.

Biblioteca Profesor Guillermo Obiols de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Biblioteca popular Bernardino Rivadavia del club Ateneo Popular.

Biblioteca popular Bernardo de Monteagudo del club Libertad.

Biblioteca popular Florentino Ameghino de Asociación cultural Alborada.

Biblioteca cultural Euforión

Bibliografía

Abraham, Carlos, *La editorial Tor. Medio siglo de libros populares*, Temperley, Tren en movimiento, 2012.

Acha, José Omar, “La renovación de la historia del libro: la propuesta de Roger Chartier”, *Información, Cultura y Sociedad*, n°3, 2000, pp. 61-74.

Adamovsky, Ezequiel, “Historia y lucha de clase. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado”, en *Nuevo Topo/ Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 4, 2007, pp. 4-33.

—————, “La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del ethos argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* Tercera serie, núm. 41, segundo semestre 2014, pp. 50-92.

Agesta, María de las Nieves, “A puertas cerradas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana”, *Estudios del ISHiR*, 16, 2016, pp.6-30.

—————, “Libros en juego: Bibliotecas populares y público infantil en el sudoeste bonaerense (Argentina, 1880-1930)”, *TOPOI*, Río de Janeiro, 2018, vol. 21, n°44, pp. 413-434.

—————, “Ni contigo ni sin ti. Bibliotecas populares, asociacionismo cultural y acción estatal en el sudoeste bonaerense”, Universidad de Santiago de Chile, *Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. 23, n°2, 2019, p.p. 169-198.

Agüero, Ana Clarisa y García, Diego, “Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir”, en *Prismas. Revista de Historia intelectual*, n°17, 2013, pp. 181-185.

Aguirre, Carlos y Salvatore (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América latina: siglos XIX y XX*, Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018.

Agulhon, Maurice, *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México Instituto Mora, 1994.

—————, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 [1977].

Ansaldi, W; Pucciarelli, A. y Villarruel, J. (eds.), *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993.

Archetti, Eduardo, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Aricó, José, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

—————, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1955*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

Badenes, Daniel, “Un pasado para La Plata: producción editorial y disputa de sentidos sobre la historia de la ciudad en su centenario -1982”-, Tesis de maestría, Facultad de humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2012. Disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.880/te.880.pdf>

Ballent, Anahí y Gorelik, Adrián, “A la búsqueda del país urbano”, en Cattaruzza, Alejandro (dir.), *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930- 1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 143-200.

Barrancos, Dora, *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.

—————, “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras” en Fernando Devoto y Marta Madero (dirs.) *Historia de la vida privada en Argentina*, Tomo 3, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp.198-225

—————, *Inclusión / exclusión. Historia con mujeres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

—————, “Socialismo y sufragio femenino. Notas para su historia. 1890-1947” en Camarero Hernán y Herrera, Carlos (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Batticuore, Graciela, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

Béjar, María Dolores, “Altares y banderas en una educación popular. La propuesta de gobierno de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, 1936–1940”, en AAVV, *Mitos, altares y fantasmas*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 1992.

—————, *Historia del siglo XX: Europa, América, Asia, África y Oceanía*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Belinche, Marcelo y Panella, Claudio (comps.), *Postales de la memoria: un relato fotográfico sobre la identidad de la región*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2010.

Benjamin, Walter, *Iluminaciones II. Baudelaire un poeta en el esplendor del capitalismo*, Madrid, Taurus, 1972.

Bergel, Martín y Palomino, Pablo, “La revista El Gráfico en sus inicios: una pedagogía deportiva para la ciudad moderna”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 4, 2000, pp. 103-124.

Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2007 [2001].

Biagini, Hugo (comp.), *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 1999.

Bisso, Andrés, *Sociabilidad, política y movilización. Cuatro recorridos bonaerenses (1932-1943)*, Buenos Aires, Editorial Buenos Libros, 2009.

—————, “El lugar de la sociabilidad como factor de análisis en los estudios de historiografía política de la democracia renovada” en *Cuestiones de Sociología*, nº 9, 2013.

—————, “¿El de gaucho o el de Tom Mix? Reflexiones políticas a partir de los horizontes de identidades prestadas en disfraces y personificaciones lúdicas en la provincia de Buenos Aires durante los carnavales de la época fresquista, 1936-1940”, en Bisso, Andrés,

Kahan, Emmanuel y Sessa, Leandro (eds.), *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*, La Plata, Ceraunia, 2014, pp.104-135.

Bisso, Andrés y Bontempo, M. Paula, *Infancias y juventudes en el siglo XX: política, instituciones estatales y sociabilidades*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Teseo Press, 2019.

Bjerg, María, *Historias de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Blasco, María Elida, “Un panteón de naturaleza nacional: la transformación de los árboles en ‘reliquias históricas argentinas’, 1910-1920”, en *L’Ordinaire Latinoamericain* n° 212, Toulouse, janvier-avril, 2010, pp. 75-104. Disponible en: <https://orda.revues.org/2492>

Bonafina, Javier G., *Una sociedad en la bruma de la ciudad fantasma: La Plata 1880-1914*, La Plata, Ed. del autor, 2014.

Bontempo, María Paula, “Editorial Atlántida. Un continente de publicaciones, 1918-1936”, Tesis de Doctorado, Universidad de San Andrés, 2012.

—————, “Hombres, mujeres y niños leen y cruzan la ciudad. Prácticas de lectura cotidianas en Buenos Aires (1900-1950)”, en Ghirardi, Mónica, *Territorios de lo cotidiano. Siglo XVI-XX. Del antiguo virreinato del Perú a la Argentina contemporánea*, Rosario, Prohistoria, 2014.

Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 2004.

—————, “Espacio social y génesis de las clases”, *Sociología y Cultura*, México, Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990 [1984], pp. 281-309.

—————, “Una revolución conservadora en la edición”, en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

Bravo, María y Fernández Sandra (coord.), *Formando el espacio público: Asociacionismos y política. Siglos XIX y XX*, Edunt, Buenos Aires, 2014.

Bruno, Paula (dir.), *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, UNQUI, 2014.

Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005.

Burke, Peter, “El descubrimiento de la cultura popular” en Raphael Samuel (ed.) *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1981.

—————, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona, Crítica, 2005.

—————, *Formas de hacer historia cultural*, Madrid, Alianza, 2006.

Bustelo, Natalia, “Arielistas, ateneístas, novecentistas. Los jóvenes revisteros porteños en los inicios de la Reforma Universitaria”, *Los Trabajos y Los Días*, (3), 2012, pp. 12-40. Disponible en: <https://revistas.unlp.edu.ar/LosTrabajosYLosDias/article/view/5748>

Caimari, Lila M., *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

Caldo, Paula y Fernández, Sandra, “Sobre el sentido de lo social: asociacionismo y sociabilidad. Un breve balance”, en Fernández, Sandra, Videla, Oscar (comps.), *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*, Rosario, La Quinta Pata & Camino Ediciones, 2008, pp. 145-151.

Caldo, Paula, “Introducción al Dossier: Por una historia con mujeres. Asociaciones, experiencias y prácticas femeninas en la historia argentina de fines del siglo XIX y primera mitad del XX”, *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes-UNR, vol. 3, nº 5, 2011, pp. 3-10.

Camarero, Hernán, “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930”, en *Nuevo Topo/Revista de historia y pensamiento crítico*, nº 4, 2007, pp. 35-60.

Canal, Jordi, “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)”, *Siglo XIX*, nº 13, 1993, pp. 5-25.

Carli, Sandra, *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2000.

Casas, Matías, “Las bases de la tradición. El rol de la Agrupación Bases en la consolidación del gaucho como símbolo nacional”, en *Cuadernos del Sur-Historia* 3, 2010, pp. 55-72.

Cattaruzza, Alejandro (dir.), *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

—————, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

—————, *Historia de la Argentina 1916-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Cendoya, Juan Pedro, *Cines de La Plata. Los lugares, los hombres, las historias*, vol. I 1895-1930, La Plata, Universitaria de La Plata, 2014.

Cernadas, Mabel, López Pascual Juliana y Agesta María de las Nieves (coords.), *Amalgama y distinción. Culturas políticas y sociabilidades en Bahía Blanca*, Bahía Blanca, Ediuns, 2017.

Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996 [1980].

—————, *La cultural en plural*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1999 [1974].

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1996.

—————, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Gedisa Editorial, Barcelona, 2005 [1992].

—————, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 2006.

—————, *Bibliotecas y librerías. Entre herencias y futuros*, Bogotá, Cerlalc, 2018.

Chicote, Gloria (ed.), *Redes intelectuales en América Latina. Los universos letrado y popular en la primera mitad del siglo XX*. Rosario, Prohistoria Ediciones, 2014.

Cosse, Isabella, “La infancia en los años treinta”, *Todo es Historia*, n° 457, 2005, pp. 48-57.

Costa, M. E. y Purvis, G. L. “Editoriales y lecturas infantiles: Érase una vez en la Gaceta del Libro (1946-1948)”, Ponencia presentada en V Jornadas de Intercambio y Reflexión Acerca de la Investigación en Bibliotecología, departamento de Bibliotecología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación UNLP, 2017.

Cubilla, Erica, “Buenos Aires en carnaval: los cursos del barrio de Villa Devoto en la década de 1930”, *Páginas (Rosario): Revista Digital de la Escuela de Historia*, 2018, vol. 10, n° 23, p. 101-125.

Cucuzza, Héctor Rubén y Sprengelburd, Roberta Paula (dirs.), *Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales*, Buenos Aires, Editoras del Calderón, 2012.

Darnton, Robert, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Delgado, Verónica, Mailhe, Alejandra y Rogers, Geraldine (coords.), *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación, 2014.

Delgado, Verónica y Espósito, Fabio, “La emergencia del editor moderno”, en De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 63-97.

De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.

————— (dir.), *La otra cara de Jano: una mirada crítica sobre el libro y la edición*, Buenos Aires, Ampersand, 2015.

————— (dir.), *La Plata. Una geografía literaria*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2019.

De Sagastizábal, Leandro, *La edición de libros en Argentina. Una empresa de cultura*, Buenos Aires, Eudeba, 1995.

De Privitellio, Luciano, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

De Privitellio, Luciano y Romero, Luis Alberto, “Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática: el caso de Buenos Aires, 1912-1976”, *Revista de Historia* 1 (2005), pp. 11-59.

De Spiegeleer, Christoph, “The blood of martyrs is the seed of progress”. The role of martyrdom in socialist death culture in Belgium and the Netherlands, 1880–1940”, *Mortality: Promoting the interdisciplinary study of death and dying*, 2014, Vol.19, Num 2, pp. 184-205.

Devez, Magalí A., “Guillermo Facio Hebequer: entre el campo artístico y la cultura de izquierda”, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, junio de 2016.

Devoto, Fernando y Madero, Mirta (dir.), *Historia de la vida privada*, Buenos Aires, Taurus, Tomo II.

Devoto, Fernando y Míguez Eduardo (comps.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992.

Di Maggio, Paul, “Emprendimiento cultural en el Boston del siglo XIX: la creación de una base organizativa para la alta cultura en Norteamérica” en Javier Auyero (comp.), *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, pp. 163-198.

Di Sarli, Natalia, “Historia del teatro en el período fundacional de La Plata (1890-1930)”, Tesis de Maestría, Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de La Plata, 2014. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36340>

Di Stefano, Roberto, Sábato Hilda, Romero Luis Albero y Moreno José Luis, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis-Edilab Editora, 2002.

Eco, Umberto, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen, 1981 [1964].

Elias, Norbert y Eric, Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 [1986].

Else, Brenda y Nadel, Joshua, *Futbolera. A History of women and sports in Latin America*, Austin, University of Texas Press, 2019.

Escalera, Javier, “Sociabilidad y relaciones de poder”, *Kairós*, Universidad Nacional de San Luis, año 4, nº 6, 2000.

Eujanian, Alejandro C., *Historia de revistas argentinas. 1900-1955. La conquista del público*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999.

Falcón, Ricardo, “La larga batalla por el carnaval. La cuestión del orden social, urbano y laboral en el Rosario del S. XIX”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, n° 14, segunda época, Rosario: UNR- Editora, 1989.

Fiebelkorn, Ayelén, “Instrumentos de feliz cultura: agencias y representaciones de bibliotecas barriales platenses en torno a la niñez (1931-1937)”, en Bontempo y Bisso, op. cit., pp.163-189.

—————, “Miradas de inspección: las bibliotecas populares del partido de La Plata según los informes de la Comisión Protectora”, *Revista Historia y Espacio*, Vol. 14, n° 51, agosto-diciembre 2018.

Fiorucci, Flavia, “La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo”, *Desarrollo Económico*, Vol. 48, n° 192, (enero-marzo, 2009), pp. 543-556.

Fraser, Nancy, “Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia existente”, en *Revista Entrepasados*, n° 7, Buenos Aires, 1994.

Fritzche, Peter, *Berlín, 1900: prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Frydenberg, Julio, “Los nombres de los clubes de fútbol. Buenos Aires 1880-1930”, en *Revista Digital: Educación Física y Deportes*, 1996, vol. 1, n° 2.

—————, *Historia Social del Fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*. Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011.

García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001 [1990].

Garguin, Enrique, “Diferenciación e identificación de clase media en la esfera pública popular”, ponencia presentada en *IX Congreso Argentino de Antropología Social*, Posadas, Misiones, 5-8 de agosto de 2008.

—————, “Los argentinos descendemos de los barcos. Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960)” en Visacovsky Sergio E. y Garguin Enrique (comps.) *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2009.

—————, “Intersecciones entre clase y género en la construcción social del magisterio. La asociación de maestros de la Provincia de Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX”, en Adamovsky et all. (comps.), *Clases medias: Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*, Buenos Aires, Ariel, 2014, pp.167-191.

Gayol Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2002.

Gayol, Sandra y Madero, Marta (eds.), *Formas de historia cultural*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008.

Gayol, Sandra y Palermo, Silvana A. (eds.), *Política y cultura de masas en la Argentina de la primera mitad del siglo XX*, Los polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018.

Graciano, Osvaldo, “Entre cultura y política: la Universidad Popular Alejandro Korn. 1937-1950”, *Trabajos y comunicaciones*, EDULP, La Plata, 1999, pp. 71-119.

—————, *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

Gramuglio, María Teresa, *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2013.

Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987 [1955].

Ginzburg, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, *Tentativas*, Tucumán, Prohistoria, 2004, pp. 69-114.

González, Ricardo, “Lo propio y lo ajeno: actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal. Barrio Nazca (1925-1930)” en Armus Diego, *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

González Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

—————, “La <sociabilidad> y la historia política”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2008, [en línea], disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/index24082.html>

González Velasco, Carolina, *Gente de teatro: ocio y espectáculos en la Buenos Aires de los años veinte*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2012.

Gorelik, Adrián, “Lo local y lo global: un debate sobre el reformismo. Notas sobre sociabilidad popular, ciudadanía, espacio público y Estado en la Buenos Aires de entreguerras”, en *Cuadernos del CIESAL*, núms. 2-3, 1994, pp. 33-57.

—————, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

Gorelik, Adrián y Peixoto Areas Adriana (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

Grisendi, Ezequiel, “Contra *nuestro feudalismo*: Intelectuales y política en la expansión del georgismo en Argentina (Córdoba, 1914-2014)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2015, [en línea], disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/68743>

Guiamet, Javier, “Tentaciones y prevenciones frente a la cultura de masas: los socialistas argentinos en el período de entreguerras”, Tesis de Doctorado, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2017. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1582/te.1582.pdf>

—————, “Ni cementerios ni tristezas. Los socialistas argentinos frente a los espectáculos teatrales en la década de 1920”, *Estudios del ISHiR*, vol. 8, n° 22, 2018

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2007 [1995]

Hall, Stuart, “Notas sobre la deconstrucción de lo popular” en Raphael Samuel (ed.) *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1981.

Halperin Donghi, Tulio, *La República imposible (1930- 1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004.

Hang, Julia, “Política y sociabilidad en un club social y deportivo de la ciudad de La Plata”, Tesis de Doctorado, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2018. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1599/te.1599.pdf>

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Critica, 2005.

Hora, Roy, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Editorial Siglo Veintiuno Editores, 2014.

Horowitz, Joel, “Las bibliotecas populares como asociaciones cívicas: el papel de las bibliotecas en la creación del ambiente político y social del gran Buenos Aires anterior a 1945”, *Desarrollo Económico*, vol. 58, no. 226, 2019, pp. 373–398.

Huysen, Andreas, *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2006 [1986]

James, Daniel, “El 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, *Desarrollo económico*, n° 107, octubre-diciembre de 1987.

—————, *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

Jumar, Fernando, *Tolosa: Asociaciones vecinales, lugares de memoria y generaciones, 1871-1995*, La Plata, 1997.

Kaczan, Gisela, “La práctica gimnástica y el deporte, la cultura física y el cuerpo bello en la historia de las mujeres. Argentina 1900-1930”, en *Historia Crítica*, n° 61, 2016, pp. 23-43.

Karush, Matthew B., *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.

Katz, Ricardo Santiago, *Periodismo platense. Génesis y evolución*, Buenos Aires, Edición de autor, 2004.

—————, *Historia centenaria de la Liga Amateur Platense de Fútbol 1913-2013*, La Plata, Edición del autor, 2013.

Korn, Francis y Romero, Luis Alberto (comps.), *Buenos Aires/ entreguerras. La callada transformación*, Buenos Aires, Alianza, 2006.

Korol, Juan Carlos, “La economía”, en Cattaruzza Alejandro, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política* (dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 17-48.

Laguarda, Paula y Fiorrucci, Flavia, *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2006.

Lanzilotta, María de los Ángeles, y Oviedo, Micaela, “Las bibliotecas populares en la trama de la sociabilidad de las poblaciones pampeanas, 1905-1955”., en *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, diciembre 2018, pp. 75-107.

Latour, Bruno, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial, 2008.

Levi, Giovanni, “Sobre microhistoria”, en Burke, Peter (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1996 [1993], pp. 119-144.

Lobato, Mirta (dir.), *Nueva Historia Argentina tomo V: el progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2000.

—————, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Entrepasados / Prometeo, 2001.

—————, *Cuando las mujeres reinaban. Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

Lobato Mirta y Suriano Juan, *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Luna, Félix, *EL 45*, Madrid, Hyspamérica, 1984.

Lvovich, Daniel, “Una mirada sobre el antisemitismo de la década de 1930: *El Kahal-Oro* de Hugo Wast y sus comentaristas”, *Cuadernos de CISH*, Vol. 4, n°5, 1999.

Lyons, Martyn, “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros”, en Chartier, Roger y Cavallo, Guglielmo, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2004 [1997].

Manzoni, Gisela, “¡Abajo las armas! Contrapuntos antimilitaristas en las voces femeninas del anarquismo”, *Travesía*, Vol. 20, n° 2, julio-diciembre 2018, pp. 65-92.

Matallana, Andrea, *Locos por la radio. Una historia social de la radiofonía en la Argentina, 1923-1947*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

—————, *Qué saben los pitucos. La experiencia del tango entre 1910 y 1940*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Martín Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Ed. G. Gili, 1991.

Mc Gee Deutsch, Sandra, *Las derechas. La extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

—————, “Mujeres, antifascismo y democracia: la Junta de la Victoria, 1941-1947”, en *Anuario IEHS*, n° 28, 2013, pp. 157- 175.

Melgar Bao, Ricardo, “Las universidades populares en América Latina 1910-1925”, *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, año 11, n° 41, octubre-diciembre 2019.

Montaldo, Graciela, *Museo del consumo. Archivos de la cultura de masas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Morgade Graciela (comp.), *Mujeres en la educación, Género y docencia en Argentina: 1870-1930*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 1996, pp. 130-150.

Morse, Richard M., “Ciudades periféricas como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina)”, en Hardoy Jorge Enrique y Morse Richard (comps.), *Cultura urbana latinoamericana*, Buenos Aires, Clacso, 1985.

Navarro Navarro, Javier, “Sociabilidad e historiografía: trayectorias, perspectivas y retos”, *Saitabi: Revista de la Facultat de Geografia i Historia* de la Universidad de Valencia, n° 56, año 2006, pp. 99-119.

Ortner, Sherry, “Thick Resistance: Death and the Cultural Construction of Agency in Himalayan Mountaineering”, en Ortner, S. (ed.), *The fate of “Culture”: Clifford Geertz and beyond*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press, 1999.

Palermo, Silvana, “Los ferrocarriles del estado entre la política electoral y la modernidad administrativa: la revista “Riel y Fomento” a comienzos de 1920”, *Estudios del ISHIR*, vol. 2, n°3, 2012, pp. 59-83.

Parada, Alejandro, *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lectores, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2007.

Pasolini, Ricardo, “Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares: la biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945”, en *Anuario del IEHS*, N° 18, 1997, pp. 449-474.

—————, *La utopía de Prometeo*, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2005.

Paz Trueba, Yolanda de, *Mujeres y esfera pública. La campaña bonaerense entre 1880 y 1910*, Rosario, Argentina, Prohistoria Ediciones, 2010.

Pereira, Leonardo Affonso de Miranda, “Os Anjos da Meia-Noite: trabalhadores, lazer, e direitos no Rio de Janeiro da Primeira República”, *Revista Tempo*, vol.19, nº 35, diciembre de 2013, pp. 97-116.

Pierini Margarita (coord.), *La novela semanal (Buenos Aires, 1917-1927) Un proyecto editorial para la ciudad moderna*, Madrid, Consejo Superior de investigaciones científicas, 2004.

Piglia, Ricardo, “El laucha Benítez cantaba boleros”, *Nombre falso*, Barcelona, Anagrama, 2002.

Planas, Javier, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

—————, “Historia de las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1955. Antecedentes bibliográficos”, *Revista Historia y Espacio*, Vol. 14, nº 51, agosto-diciembre 2018.

—————, “Los discursos bibliotecarios sobre la lectura en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Algunas claves para la constitución de un objeto de conocimiento”, *Políticas de la memoria* nº19, Buenos Aires, 2019, pp. 233-243.

Podgorny, Irina, “De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna”, *Entrepasados*, Buenos Aires, 1997, año VI, Vol. 13, pp. 37-61.

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 [1988].

—————, *Diccionario básico de literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1968.

Puiggrós, Adriana, *Democracia y autoritarismo en la pedagogía argentina y latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1991.

Pujol, Sergio, *Valentino en Buenos Aires: los años veinte y el espectáculo*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

—————, *Historia del baile. De la milonga a la disco*, Buenos Aires, Gourmet Musical Ediciones, 2011.

Quiroga, Nicolás, “Lectura y política. Los lectores de la biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata (fines de los años treinta y principio de los cuarenta)”, *Anuario del IEHS*, n° 18, 2003: pp. 449-474.

Reitano, Emir y Troisi Melean, Jorge, *Barrios y clubes platenses. Reconquista y Unión Vecinal*, Colección Serie del Encuentro, La Plata, La Comuna Ediciones, 2002.

Reitano, Emir, *Manuel Antonio Fresco. Entre la renovación y el fraude*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia, 2005.

Revel, Jacques, *Un momento historiográfico*, Buenos Aires, Manantial, 2005.

Reyna, Franco, “El proceso de transformación de los clubes de fútbol en entidades sociales y deportivas en Córdoba, Argentina, en los años de entreguerras”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n° 11, 2018, pp. 52-72.

Rogers, Geraldine, *Caras y caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2008.

Romero, José Luis, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011 [1976].

—————, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Ediciones Solar, Bs. As., 1983.

Roldán, Diego P., “Imágenes, juegos, rituales y espacios. Las Interacciones socioculturales entre elites y sectores populares durante la entreguerra. La incultura en Rosario (Argentina)”, *Historia Sao Paulo*, vol. 28, n° 2, 2009.

—————, *La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2012.

Riesco, Leonor, “El maravilloso Mundo de El Tesoro de la Juventud: apuntes históricos de una enciclopedia para niños”, *Revista Universum*, n° 23, Vol. 1, 2008, pp.198-205.

Rivera, Jorge B., “El folletín y la novela popular”, en *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, vol. 3, Buenos Aires, CEAL, 1981.

Rubinzal, Mariela, “La cultura combate en las calles. Nacionalismo e industrias culturales en la Argentina de entreguerras”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, n° 2, octubre 2016. Disponible en: <http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/AIHAc02>.

Saitta, Alfio, “From the Barrio to the Nation: Social, Neighborhood, and Sports Clubs in Argentina, 1920-1975”, Tesis de doctorado, Indiana University, 2014.

Sáitta, Sylvia, “Mapas urbanos en la literatura y el periodismo”, en Korn, Francis y Romero, Luis Alberto (comps.), *Buenos Aires/Entreguerras. La callada transformación, 1914-1945*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2006, pp. 191-229.

—————, *Regueros de tinta. El diario crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2013.

Sánchez, Emiliano Gastón, “La gran guerra con ojos platenses. El diario *El Argentino* de La Plata ante los inicios de la primera guerra mundial”, *Revista Forjando*, n° 6, febrero de 2014, n°6, año 3, pp. 76-86.

Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Catálogos editora, 1985.

—————, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988.

—————, *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1992.

Scharagrodsky, Pablo (coord.), *Mujeres en movimiento. Deporte, cultura física y feminidades. Argentina 1870-1980*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2016.

Scott, Joan, *Género e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Seigel, Micol, “Cocoliche’s romp: Fun with Nationalism at Argentina’s Carnival”, *The Drama Review*, Vol. 44, n° 2, 2000.

Sennett, Richard, *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

Silva, Renán, “El libro popular en Colombia, 1930-1948. Estrategias editoriales, formas textuales y sentidos propuestos al lector”, *Revista de Estudios Sociales*, 2008, n° 30, pp. 20-37.

Simmel, Georg, *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

Sik, María Eugenia, “La creación de bibliotecas durante el apogeo del anarquismo argentino, 1898-1905”, en *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, 2018, pp. 49-74.

Sosa de Newton, Lily, *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1980, p. 344.

Stagno, Leandro, “La configuración de la juventud como un problema. Delitos y vida cotidiana de varones jóvenes provenientes de los sectores populares (La Plata, 1938-1942)”, Tesis de Doctorado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2019. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1868/te.1868.pdf>

Schorske, Carl, *Viena Fin-de-Siècle: política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Stedman Jones, Gareth, “Cultura y política obreras en Londres, 1870-1900: Notas sobre la reconstrucción de una clase obrera”, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832- 1982)*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1989, pp. 175-235.

Steffanoni, Pablo, “Guerra a la guerra: comunismo, antimperialismo, reformismo universitario durante la contienda del Chaco”, *Bolivian Research Review/Revista Boliviana de Investigación*, año 2014, vol. 11, n° 1, p. 14-49.

Steinberg, Oscar, *Semiótica de los medios masivos. El pasaje a los medios de los géneros populares*, Buenos aires, Atuel, 1993.

Suriano, Juan, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

————— (comp.), *La cuestión social en Argentina*, Buenos Aires, La Colmena, 2004.

Tarcus, Horacio (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina: de los anarquistas a la “nueva izquierda”, 1870-1976*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales. 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2015.

Tripaldi, Nicolás, “Las mujeres en la política, los niños de la calle y las bibliotecas: apostillas bibliotecológicas sobre el tema de la Asociación de Bibliotecas y Recreos Infantiles”, *Información, cultura y sociedad*, n° 7, diciembre 2002, pp. 81-101.

Ulanovsky, Carlos y Pelayes, Susana (comps.), *La Radio Nacional, Voces de la Historia 1937-2011*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2011.

Valobra, María Adriana, “Algunas consideraciones acerca de la historia de las mujeres y género en Argentina”, *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, n°1.

Vallejo, Gustavo, *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y universidad (1882-1955)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.

—————, *Proyecto urbano y sectores populares en la génesis de La Plata*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2015.

—————, “El reformista y el golpe: avatares de José Gabriel en torno a 1930”, *Hilos documentales*, Año 1, n° 2, Sept. 2019.

Vignoli, Marcela, “Asociacionismo, cultura y política en tiempos de crisis, la Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1900-1909”, *Travesías*, n° 12, 2010.

—————, “Educadoras, lectoras y socias. La irrupción de las mujeres en un espacio de sociabilidad masculino. La Sociedad Sarmiento de Tucumán (Argentina) entre 1882 y 1902”, *Secuencia*, n° 80, México, mayo/agosto 2011.

Williams, Raymond, *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

—————, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.

—————, “Culture Is Ordinary”, *Resources of Hope: Culture, Democracy, Socialism*, Londres, Verso, 1989, pp. 3-14.

Wolf, Eric, “Conceptos polémicos”, en *Figurar el poder. Ideologías de dominación y crisis*, México, Ciesas, 2001.

Zubieta, Ana María (dir.), *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Zuppa Graciela (ed.), *Prácticas de sociabilidad en un escenario argentino. Mar del Plata 1870-1970*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2004.

Agradecimientos

Por financiar esta investigación y mi formación de posgrado, agradezco infinitamente a la Universidad Nacional de La Plata. Y por extensión, a las políticas públicas que hicieron y hacen posible acceder a una formación de excelencia en la universidad pública.

No alcanzan las palabras para expresar mi agradecimiento hacia Andrés Bisso, por su generosidad, su calidez, su creatividad y sus brillantes enseñanzas a lo largo de estos años.

A Enrique Garguin, una guía que me animó a emprender este camino en el año 2011, por su permanente confianza, generosidad y lucidez intelectual, mi infinito agradecimiento.

Agradezco a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, donde me forme como profesora de Historia y tengo el honor de dar clases y aprender día a día. A las personas que forman parte del Departamento de Historia y del Doctorado en Historia, que en todo momento me han orientado y facilitado las cosas.

A los profesores y profesoras de excelencia que conocí en este trayecto formativo del doctorado: Elida Blasco, Alejandro Cattaruzza, Brenda Elsey, Patricia Vargas, Leandro Sessa, Sandra Fernández, Paula Caldo, Hernán Pas, Nicolás Welschinger, Ornela Boix.

Al Centro de Investigaciones Sociohistóricas del Instituto de investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, mi lugar de trabajo. A la Cátedra de Historia Argentina II. A los directores e integrantes del Proyecto de investigación “Los sentidos del pasado (...)”, con quienes hemos discutido y compartido bibliografía que nutrió esta investigación. A los profesores Emir Reitano y Marcelo Scotti, que amablemente me sugirieron bibliografía y fuentes documentales. Al Doctor Justo Cuño, por recibirme en la Universidad Pablo de Olavide durante el otoño de 2018.

Quiero agradecer especialmente a los investigadores e investigadoras Paula Bontempo, Ana Lía Rey, Diego Roldán, Javier Planas, Leandro Stagno y Erica Cubilla, cuyos comentarios a mis trabajos e invitaciones a participar de jornadas y publicaciones han sido de inestimable valor a lo largo de este trayecto.

Agradezco a las personas colaboraron gentilmente en el acceso a las fuentes documentales. A Sebastián y Mariana de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, quienes me asesoraron y garantizaron el acceso a los expedientes de bibliotecas populares. Al amable personal de la Sala La Plata y de la hemeroteca de la Biblioteca Pública de la UNLP. A Esteban y Ñato, por aquella mañana colmada de historias centenarias. A Vanesa y Claudio

de la biblioteca Euforión; a Esteban y la gente del club Ateneo Popular; a Javier de la biblioteca Alborada: gracias por abrirme las puertas de sus clubes y bibliotecas, por las gestiones y la predisposición para desempolvar viejos documentos institucionales; por confiar en esta investigación.

Estoy enormemente agradecida con mis amigos y amigas del “grupo de lectura y autoayuda”, colegas de quienes aprendo día a día. A Javier Guiamet agradezco sus permanentes consejos e incondicional ayuda desde la primera hora. A Emanuel Correa, el afectuoso acompañamiento en este ciclo compartido y su inteligente ayuda hasta último momento. A Paula Román, sus enriquecedores aportes y amoroso aliento. Y a Lucía Gandolfi, sus rigurosas lecturas y amistad incondicional.

Agradezco también a Gastón, Esteban y Marianela, maravillosas personas con quienes tengo el gusto de compartir un espacio de representación, risas y amistad. También a mis compañeros y compañeras graduadxs con quienes comparto el interés por sostener una carrera inclusiva y con compromiso social.

A las amigas y los amigos que, parafraseando a Cortázar, siempre anduvieron por ahí y me brindaron su afecto. Especialmente a Julia, por sus infinitas formas de acompañarme. A Juan Franco, por su afecto aéreo. A Pablo, por su arte inspirador. A Celeste, por el cariño y los hermosos recuerdos estudiantiles. A Paula, Marina, Ernesto, Maiara, Leticia, Debora, Ionara y Lucca, por el aliento y afecto a la distancia. A Yamila y Ambar, por los rituales compartidos. A mis amigos de Mulas en la niebla: Fabricio, Rodrigo, Javier y Lisandro, por tantas historias.

A mis abuelas Natividad y Dolly: sin sus historias de romerías y matineés esta tesis no hubiese existido. A mi tía Cecilia, por su afecto y la pasión por la historia compartida.

A mi mamá Laura, mi hermana Brenda, mi hermano Pedro y mi sobrina Ana Paula.

A mi papá Jorge, que me legó, entre tantas cosas, el amor por la universidad pública.

A mi segunda familia del mar. A Silvio, por su adorable amistad silenciosa. Y a Damián, por el amor y la literatura.